

# LA AMIGA



TERESA DRISCOLL

«Creía que podía confiar en ella, pero quizá ahora sea demasiado tarde».

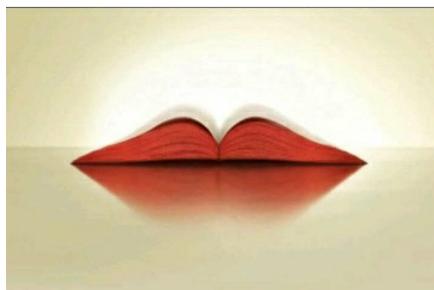
Cuando se mudó a Tedbury, Sophie buscaba la seguridad de un pueblo pequeño donde criar a Ben, su hijo de cuatro años, pero nada está saliendo como esperaba. No tuvo en cuenta que se sentiría sola. Que su nueva amiga, Emma, despertaría rumores en el pueblo. Que alguien moriría.

Un día, mientras viaja en tren con su marido, lejos de su hogar y de su hijo, Sophie recibe una estremecedora llamada. Dos niños están hospitalizados tras un trágico accidente. Uno de ellos es Ben. Entonces, Sophie se da cuenta de quizá ha cometido un terrible error y de que toda su familia está en peligro. Al fin y al cabo, ¿cuánto conoce a Emma?

Teresa Driscoll



# **La amiga**



Título original: *The friend*  
Teresa Driscoll, 2018  
Traducción: Cristina Zuil González, 2019

---

Editor: Vins  
Revisión: 1.0  
Fecha 07/08/2019

*Para mi querido padre, al que echamos mucho de menos*

# Hoy

16.00

¿Por qué un petirrojo? No lo entiendo...

Estoy en el baño del tren con las piernas separadas e inclinada sobre el pequeño lavabo de acero inoxidable, intentando con todas mis fuerzas... respirar. *Vamos... Maldita sea...* Y tratando de entender qué narices tiene que ver un petirrojo con todo esto.

A más de trescientos kilómetros, mi hijo está en la cama de un hospital, atendido por extraños. Puede que le hayan extirpado el bazo. O puede que no.

Está con un amigo y, sorprendentemente, el equipo médico no puede distinguirlos, por lo que se ha producido una confusión terrible que no he sido capaz de resolver con una serie de llamadas. Esto de la identidad es humillante y surrealista, pero solo ahora me doy cuenta de que, en cuanto a su aspecto físico, se parecen bastante: pelo castaño, ojos marrones y, gracias al crecimiento repentino del amigo de mi hijo, casi la misma altura.

Una enfermera con un suave acento irlandés ha estado intentando hacerme entrar en razón a través de la neblina que parece envolverme e impide que piense con claridad. En una llamada telefónica, me ha preguntado si mi hijo tenía alguna marca distintiva.

¿Lunares? ¿Pecas? ¿Una marca de nacimiento?

Ya me han dicho que los sanitarios han desvestido a los chicos, pero por alguna razón me tranquiliza repasar la lista de su ropa con la enfermera: una camiseta verde con el logo de un dinosaurio (su preferida, la que planché justo anoche) y unos vaqueros negros con el dobladillo subido porque son

demasiado largos. Quiero cosérselos, pero no soy de ese tipo de madres y...

Me interrumpe con suavidad para preguntarme por su pelo.

¿Rizado? ¿Liso?

Le digo que tiene una coronilla poco común, como si fuera un signo de interrogación. Solía trazarlo con el dedo mientras dormía entre mis brazos cuando era un bebé.

Se produce una pausa al otro lado de la línea durante la cual me sorprendo a mí misma dibujando un signo de interrogación en el borde del lavabo. Luego, dice que lo siente, pero que les ha mirado el pelo y que no sabe exactamente a qué me refiero. Sin embargo, ya no la escucho, porque estoy pensando en el día en que mi hijo decidió cortarse el flequillo él solo. Hace un año, cuando ya había cumplido los tres, vino a mi habitación con las tijeras todavía en la mano y con los ojos muy abiertos y asustados bajo ese espantoso desastre.

Y, en este lugar estrecho y horrible, veo por un momento su cara perfecta mirándome a través de las manchas del borde del lavabo. «Mamá, ¿puedes arreglarlo?».

El tren se balancea —chucu, chucu— al pasar por una curva y, luego, coge velocidad, por lo que tengo que separar todavía más las piernas para recuperar el equilibrio. Alguien llama despacio a la puerta del cubículo del baño preguntándome si estoy bien, pero es una pregunta tan ridícula que soy consciente del ruido extraño que sale de mi boca mientras cierro los ojos ante las imágenes desdibujadas que se cuelan entre la niebla, los momentos y lugares en los que debería haberme dado cuenta de que esto iba a pasar, en los que debería haberlo detenido.

Nos ha llevado seis meses acabar aquí y no me puedo creer que lo haya permitido...

Entonces, la voz de la enfermera reaparece al otro lado de la línea —chucu, chucu—, ahora más animada. Uno de los chicos tiene algo dibujado con rotulador en el brazo. Un garabato que parece una especie de pájaro, posiblemente un petirrojo, puesto que el pecho está coloreado de rojo intenso.

Quiere saber si eso significa algo para mí.

¿Un petirrojo?

# Capítulo 1

## Anteriormente

Nos conocimos un jueves. Dos chicos. Dos madres. Mucho después, sobre todo en ese tren, la curiosidad y el entusiasmo con el que me abrí a todo eso me torturarían.

Pero, en ese momento, no tenía ni idea de lo que nos depararía el futuro, de sus consecuencias. En aquel instante, no sabía que alguien iba a morir y estaba perdida en la monotonía de un día tan rutinario que el momento crítico de nuestro encuentro me pilló distraída con los nabos.

Había ido a la tienda a por huevos, solo con el bolso, pero los nabos me llamaron la atención, tan gordos y compactos. Compré demasiados para la bolsa de papel gratuita pero endeble que me dieron, por lo que, cuando me topé con el alboroto en la plaza del pueblo, llevaba a Ben apoyado sobre una de mis caderas mientras los nabos se desparramaban en todas direcciones.

Al principio, no reparé en el camión, solo en el pequeño grupo de gente apiñado cerca del *pub*. Algunos conocidos negaban con la cabeza, claramente consternados. Hasta que no me acerqué, con más nabos cayendo de la bolsa rota hacia el suelo —«maldita sea»—, no me di cuenta de lo que había ocurrido.

No era la primera vez. En nuestros cuatro años en Tedbury Cross, había visto dos accidentes idénticos: un camión que calcula erróneamente la curva de la colina cerca del *pub* y acaba encajado entre la pared del bar y la casita de campo de la pobre Heather.

La «pobre Heather» era una artista local con dificultades económicas que

tenía la mayor prima de seguros del pueblo. Cuando un par de años antes tuvo que reconstruir una parte significativa de la pared de la cocina, decidió tirar la toalla. Pero las noticias sobre el riesgo de accidentes se habían propagado. Dos posibles compradores habían rechazado la oferta de manera continua y, como los habitantes del pueblo tenían más miedo a una «maldición» que a una guerra nuclear, el consejo parroquial impulsó una campaña ruidosa pero totalmente inútil para que hicieran un desvío.

«Oh, no» y «otra vez no», eso susurraba la multitud mientras yo ponía a prueba mis abdominales tratando de recuperar los nabos sin que Ben se cayera. Solo al incorporarme, reparé en ella. El reflejo de mi imagen. La atractiva recién llegada, una mujer de más o menos mi edad exactamente en la misma postura que yo, con un niño pequeño sobre la cadera.

Iba vestida de negro de arriba abajo, con manoleínas y accesorios grises, una chica de ciudad que nos llamó la atención en cuanto se subió las grandes gafas de sol cuadradas a la cabeza y dejó al descubierto sus impresionantes ojos azules. Me di cuenta de que Nathan, un vecino arquitecto y amigo de la familia, la miraba y metía tripa, por lo que tuve que morderme el labio para no sonreír.

—¿Tu camión de mudanzas? —Di un paso al frente mientras nuestros pequeños se miraban sobre nuestras caderas con tímida curiosidad.

—Me temo que sí. No es muy buen comienzo, ¿verdad? —Su hijo escondió la cabeza en su cuello y Ben hizo exactamente lo mismo en el mío mientras fingían que no se miraban el uno al otro. Fue muy gracioso.

Desde el otro lado de la plaza, varias voces gritaban órdenes contradictorias al conductor del camión de mudanzas que se había quedado temporalmente atrapado en su cabina entre dos muros de piedra.

«Gira rápido hacia la izquierda...».

«No. No. Necesita ponerse recto primero. Avanza poco a poco. Luego, gira».

—Se suponía que nos mudábamos a Priory House. —Hizo una mueca—. Al menos, ese era el plan. Por cierto, soy Emma. Emma Carter. —Comenzó a extender la mano, pero su hijo se retorció protestando, por lo que se encogió de hombros a modo de disculpa antes de juntar ambas manos para levantarlo y colocarlo en una posición más cómoda.

Sonreí.

—Mira, vivo al otro lado de la calle. ¿Por qué no te vienes a tomar un té? Soy Sophie y este es Ben.

—Ah, eres muy amable, pero no puedo. En serio. Tengo que ayudar a resolver este lío.

—Hazme caso. Esto les va a llevar bastante tiempo. Y ya hay demasiada gente para arreglar el entuerto. Es posible que pronto haya aquí un equipo de televisión. Me temo que no es la primera vez que ocurre. Existe una especie de campaña para que se haga algo al respecto. —Le cambió la cara y sentí un golpe de culpabilidad—. Lo siento mucho. Te he asustado, Emma. En serio, parece que los dos necesitáis tomar algo. ¿Por qué no os escondéis en mi casa? Los niños podrían jugar, no hay problema.

—Pero me siento muy responsable.

—Tonterías. No es culpa tuya. Vamos. —Me volví hacia la izquierda para explicarle mi plan a Nathan, arrastrando más nabos a mi paso, lo que hizo reír a Emma a carcajadas. Unas cuantas cabezas más se giraron y varias personas se adelantaron para rescatar las verduras, por lo que ambas seguíamos sonriendo ante lo absurdo de la situación cuando la guie hacia nuestra casa.

Al abrir la puerta, un extraño escalofrío de entusiasmo por estar en compañía de una desconocida me sobrevino de repente. Me di cuenta de que ella miraba hacia abajo y recordé exactamente cómo me había sentido la primera vez que lo había visto. El suelo. A veces, después de unas vacaciones, aún me sorprendía. Las baldosas. No eran las baldosas de pizarra en forma de rombos de ángulos perfectos de las tiendas de cocina inteligente que visitábamos de vez en cuando en nuestra antigua vida en la ciudad, sino un testimonio más suave y pálido de la vida que habían presenciado, padecido. Piedras redondas y lisas, con los bordes tan desgastados por el paso de cientos de pies durante cientos de años que en nuestra primera visita había querido agacharme y acariciarlas, deseando pasar mis dedos por la piedra fría y suave. Ese día estaba demasiado avergonzada; el agente inmobiliario sonreía de oreja a oreja mientras Mark me decía a mis espaldas que no mostrara mucho entusiasmo. «Es malo para los negocios, Sophie».

—Una casa muy bonita. —Emma dejó a su hijo en el suelo y se ajustó la ropa antes de dejarme atónita al arrodillarse para pasar primero la palma de la

mano y, luego, los dedos por el suelo, trazando la forma de los fósiles en la esquina de una de las piedras más grandes antes de apoyarse sobre sus talones—. ¡Qué envidia! Es precioso. —Deslizó de nuevo los dedos por la misma piedra, una de mis favoritas, y me di cuenta de que sus manos no se correspondían con el resto de su cuerpo. Uñas cortas y descuidadas y zonas de piel seca y rugosa—. Es una pena que hayan retirado muchos de estos suelos. Por desgracia. Priory House tiene moqueta. Esperaba encontrar algo interesante debajo, pero lo he mirado; cemento.

—Sí, lo sé. —Estaba un poco desorientada, sentía una agitación que no entendía, por lo que me di la vuelta, llevé a los chicos hacia la cocina y les serví zumo de manzana antes de arrodillarme para saludar al hijo de Emma a la altura de sus ojos—. ¿Cómo te llamas, hombrecito?

—Theo. Mi nombre completo es The-o-dore.

—¿En serio? Bueno, es un nombre muy bonito. Nunca antes había conocido un The-o-dore. —Enfaticé el ritmo, pero no recibí respuesta, ni siquiera una pequeña sonrisa, por lo que me giré hacia mi hijo—. Bien, Ben. ¿Por qué no le enseñas a Theo los juguetes del cuarto de juegos y los compartes con él? ¿Sí? Y, recuerda, les puse pilas a los trenes.

Al levantarme, la sentí todavía con más fuerza. Esa combinación de nervios y expectación olvidada pero nada desagradable. Una desconocida. Un cambio. Una brisa de aire fresco.

—Entonces, ¿has estado en Priory House? Ay, pero ¿qué digo? Seguro que conoces todas las casas de este pueblo, Sophie.

—Perdona, pero yo no me sentaría ahí. Pelos de gato. Por cierto, ¿café o té?

—Té, por favor. Así luego te puedo leer las hojas como agradecimiento. Ay, Dios, mira. —Estaba arrodillada en el asiento de la ventana—. Alguien se está metiendo en la cabina del camión de mudanzas. ¿Crees que es buena idea?

—Si es uno de los granjeros, es muy buena idea. Pueden girar hasta remolques en espacios reducidos. Lo siento, no he entendido lo que me estabas diciendo. Me refiero a lo del té.

Emma se gira.

—Mi habilidad, leer las hojas del té. La aprendí de mi abuela. También leo las palmas de las manos. ¿Crees en eso? —Luego, al ver mi ceño fruncido,

añadió—: Perdóname, Sophie, te he incomodado.

—Para nada —miento—. Bueno, sí, es verdad. Para serte completamente honesta, creo que solo tengo bolsitas de té.

Se estaba riendo de mí cuando comencé a hurgar en uno de los armarios de la pared.

—En serio, no pasa nada. No te molestes. El té normal me vale, cuanto más fuerte, mejor, pero no era broma lo de leer el té y las manos. Lo podemos hacer en otro momento. —Luego, se giró hacia la ventana—. Perdón, ¿has dicho algo sobre que iba a venir un equipo de televisión?

—Es bastante probable. Un poco como la continuación de una saga: los camiones y esta carretera. Depende de cuánto tiempo se quede encajonado y cuánto trabajo haya en la sala de prensa. Aunque, si dejan que uno de los mozos de labranza se encargue, no se llegará a tanto. —Dejé la falsa búsqueda, bastante consciente de que no teníamos hojas de té, y puse tres bolsitas en una tetera de cerámica azul. Luego, lo serví apartándome de la nube de vapor.

—Por cierto, has sido muy amable rescatándonos a Theo y a mí. Esto no hubiera ocurrido en Streatham.

—¿Venís de Londres?

—No directamente. En realidad, de Francia. Fie estado allí unos meses con mi madre.

—Ah, claro. Ya entiendo.

—Lo dudo. Es un poco complicado. No hay ningún señor Carter, por si te lo estabas preguntando. Nunca lo ha habido. Espero que eso no contraríe a la gente en un pueblecito como este. Por Theo, me refiero.

—No seas tonta. —Sentí el rubor en las mejillas mientras llevaba la tetera y dos de nuestras mejores tazas a la mesa—. Así que... ¿unos meses en Francia? Suena muy bien.

Entonces, Emma me sorprendió de nuevo. Un claro gesto de dolor, un rápido parpadeo de sus llamativos ojos mientras jugueteaba con su pelo largo y oscuro. Una fractura rara e inesperada en su aparente seguridad.

Me sentí mal por su repentino malestar mientras ella intentaba ganar tiempo mirando de forma intencionada hacia el cuarto de juegos, donde los dos chicos estaban tumbados en el suelo, formando líneas de camiones en vías

de tren paralelas. Los miramos. Esperé.

—Parece que se llevan bien. Theo estaba nervioso por la mudanza. Yo también, la verdad. —Entonces, el tono de Emma sonó firme de nuevo—. Aunque prefiero pensar que me va a gustar este sitio. —Le volvió la sonrisa no solo a la boca, sino también a los ojos, en los que me fijé que tenía pequeñas motitas de distintos colores, rayas verdes y marrones mezcladas con el azul. Un detalle tan poco común que, de pronto, me hizo ser consciente de nuevo de esa rara e inesperada mezcla de sentimientos; curiosidad y algo extraño. Algo que, en ese momento, no sabía decir qué era.

# Hoy

16.30

¿Para qué sirve exactamente el bazo?

Miro a través de la ventana del tren, luchando por encontrar en el archivador de mi cerebro una clase de biología o un fragmento de algún documental que me ayude, pero no recuerdo nada. En vez de eso, me viene a la mente la mujer con la niña insoportable sentada unos asientos más allá y... su iPhone.

En menos de un minuto, estoy de pie en el pasillo, a su lado.

—Siento molestarla y juro que no le pediría esto si no estuviera totalmente desesperada, pero necesito buscar una cosa y hoy solo tengo este móvil horrible. No me importaría pagarle.

—¿Perdone?

—¿Habría alguna posibilidad de que me prestara su teléfono? Por favor. Solo un momento. Es mi hijo. Solo tiene cuatro años.

—¿Su hijo de cuatro años tiene un móvil? —Su tono desprende sorpresa y desaprobación.

—No, no. No me estoy explicando muy bien. No quiero llamarlo. Necesito buscar una cosa sobre él. Le han hecho daño... Mire, no quiero ponerme en ridículo. —Hago una pausa, con las palabras atrapadas en la garganta y advirtiéndole con los ojos que «No-pre-gun-te, por-fa-vor»—. Mire, estoy desesperada. Este es mi teléfono de repuesto y no tengo datos. —Levanto mi modelo tosco y antiguo.

—Ah, claro. Ya veo. Sí, bueno. —Mira a su hija, que está coloreando el

dibujo de un hada con un horroroso rotulador rosa—. Claro. Sí. Supongo. — Toca la pantalla de su móvil, configurándolo para que lo use... y yo intento con todas mis fuerzas esconder mi envidia porque su hija esté sentada ahí. Suspirando. Aburrida. A salvo.

—Muchas gracias. No me llevará demasiado.

Cinco minutos después, estoy sentada en mi asiento con las palabras volando ante mí.

«...una parte esencial del sistema inmunológico».

El bazo, como me temía, es importante. Un órgano del tamaño de un puño situado bajo la caja torácica y sobre el estómago. Garabateo notas en la parte trasera de mi agenda de bolsillo. La página web decía algo de sistemas de filtrado. Plaquetas, glóbulos blancos y rojos. Si no se tiene uno, aumenta el riesgo de infección de por vida, lo que significa que quizá se deba tomar penicilina u otros medicamentos todos los días...

Y solo tiene cuatro años.

Por teléfono, a la enfermera se le ha escapado lo de la operación. Después, ha dado marcha atrás diciendo que no debería habérmelo contado hasta que el especialista hubiera tomado la decisión y hubieran descubierto quién era quién...

De pronto, me siento bastante mal. Los remordimientos por esa palabra (bazo, bazo) hacen que me sienta débil, patética y no lo suficientemente fuerte para mi hijo. Cierro los ojos y deseo de corazón que sea el bazo de su amigo el que esté en alguna bandeja de acero inoxidable en el quirófano, lo que es retorcido y cruel y hace que me avergüence mucho pero es un pensamiento que no puedo evitar porque, de repente, de eso trata la maternidad.

Mi hijo. Mi bebé.

Y, en este momento, en este maldito tren, no tengo energía para preocuparme por nada más.

## Capítulo 2

### Anteriormente

¿Lo peor? Yo hice que nos mudáramos al campo porque pensé que sería más seguro.

Mi idea, no la de Mark. Mi insistencia.

Durante los primeros dos años de matrimonio, nos encantaba Londres. Los teatros. Los restaurantes. Los puentes. El alboroto.

Compartíamos el tópico de un piso en el norte de la ciudad con una ventana mirador, con escritorios de mármol negro, mullidos sofás blancos y constantes atracos en la puerta del kebab local.

El nuestro era el sueño metropolitano, deseado al principio y detestado después en igual medida por todo el grupo de amigos que, embarazo tras embarazo, pasamos del placer fácil de las estaciones de metro y la comida exótica a domicilio a las críticas inesperadas contra el alto número de delitos, la falta de existencias y el estado del colegio público local.

Según fueron expandiéndose las hormonas de embarazo por el grupo, todos nuestros amigos se sorprendieron y nos sorprendieron cambiando sus vidas por completo; Ryan y Elaine comenzaron a dirigir un complejo vacacional en Francia; Sally y Eden consiguieron nuevos puestos de enseñanza en Nueva Zelanda; Hermione e Ian se trasladaron a la temible periferia, y Simon y Stella pasaron por el tribunal de divorcios. Luego, llegó nuestro turno.

—Londres no es un buen lugar para formar una familia, Mark. Es demasiado peligroso.

—Tonterías, Sophie. Es un lugar genial para crear una familia. Piensa en

los museos.

—Nunca vamos a museos. Lo digo en serio. ¿Has visto el colegio local? Las navajas están prácticamente a la orden del día.

—Iremos a uno privado.

—No creemos en lo privado.

—La hipocresía está permitida después del parto. —Me miró la barriga mientras yo estaba allí, de pie, embarazada de cinco meses, en la cocina en blanco y negro de nuestro, de pronto, inconveniente apartamento de una habitación.

El plan de Mark era muy simple. Nos mudaríamos a un piso más grande con jardín y un sistema de seguridad láser.

Me llevó tan solo unas semanas convencerle, gracias a una descarada campaña que incluía cantidades ingentes de solomillo poco hecho y gran abundancia de sexo oral.

—Me sentiré más segura en el campo, Mark. Una persona distinta. Cocinaré más, me estresaré menos. Es lo que necesita el bebé. Lo que todos necesitamos.

Así que, mientras Mark continuaba apostando por la periferia, yo me impliqué en nuestra completa reinención. Si iba a tomarme la pausa profesional que habíamos acordado en favor de la vida familiar, lo haría con las pilas puestas. Me había enamorado de Devon cuando era una cría y me imaginaba con optimismo a Mark reubicando, con el tiempo, su negocio en Exeter. O, en el peor de los casos, en Bristol.

—Estás loca, Sophie. ¿Devon? ¿Tienes idea del tiempo que me llevará desplazarme desde Devon? Nos pasaremos la vida viéndonos solo los fines de semana.

Entonces, cayendo a través de la ranura de nuestro buzón en Londres, los folletos comenzaron a llegar, con tejas de paja, establos y *campos de ensueño* con hamacas y llamas. También con golf. De esa manera, según me crecía la barriga, la resistencia de Mark se iba reduciendo, hasta que Tedbury apareció de pronto ante nuestros ojos.

Era el «pueblo del año», con una iglesia del siglo XIII, un *pub*, una tienda y un colegio de primaria. Tedbury ofrecía, además, el extra poco común de una plaza tradicional con seis magnolios que todas las primaveras, durante un

breve período de tiempo, hacían caer una lluvia de confeti rosa sobre los habitantes que paseaban a sus perros por la mañana temprano o aparcaban sus coches a altas horas de la noche.

«Seré feliz en el campo. Lo sé. Mark».



Esa frase me perseguía mientras daba vueltas y vueltas en la cama tras conocer a Emma.

¿Todo el aburrimiento y la frustración? Culpa mía al cien por cien.

Me fui de Londres soñando con esta vida, pero desde el momento en que dejé mi trabajo como redactora creativa con experiencia en una empresa de publicidad... Lo habéis adivinado, lo eché de menos. Y, justo cuando tuve a mi ansiado niño entre mis brazos berreando por los cólicos, fui yo la que pensó: «¿Qué he hecho?». Anhelaba el bullicio de la ciudad, el «cuidado con el espacio entre tren y andén». Todo eso hacía que me sintiera culpable de una forma terrible y devastadora, sobre todo cuando veía a Mark pasearse de arriba abajo por la autopista.

Él intentaba compartir la culpa. Mark planeaba de verdad reubicar el negocio; sin embargo, luego, se acobardó. Pero fui yo la que lo calculó todo mal. Fui yo la que no contó con que un zorro se comería mis gallinas ni con que la madera húmeda no ardía ni con las nubes de tormenta que parecían aferrarse al pantano como el algodón a un árbol de Navidad. Ni con el hecho de que el bebé número dos se negara rotundamente a aparecer, estirando mi pausa profesional hasta convertirla en un limbo solitario y sin fin.

Cada cierto tiempo, me venían los mismos pensamientos: «Vuelve al trabajo, Sophie... No va a haber un segundo bebé», justo antes de desechar la idea al retrasármeme la regla. Una semana prometedora. Dos. Sueños. Esperanzas. Y, luego, la decepción agobiante de siempre...

—Bueno, ¿cómo es?

Abrí un ojo y me encontré con Mark sentado en la cama.

—¿Quién? —Me sentí confusa momentáneamente; no había oído a mi marido entrar la noche anterior.

—Sophie, ¿me estás escuchando?

Entonces, sentí más culpabilidad aún al preguntarme qué le había ocurrido a la barbilla de Mark. Juraría que alguna vez había tenido una barbilla bonita. ¿Dónde estaba? ¿Le ocurría a todas las esposas? ¿Miraban a sus maridos después de pasar un tiempo separados y pensaban: «Madre mía, siempre has sido así»?

—Perdóname. Perdóname. No estaba lo bastante despierta. ¿A quién te refieres?

—A la misteriosa mujer de la que todo el mundo habla en el *pub*.

—¿*Pub*?

—Ya estabas dormida cuando he llegado.

—Así que te has tomado una copa rápida.

—Tres. —Me besó en la frente, expulsando su aliento de dragón con olor a cerveza rancia a modo de confirmación—. He conseguido un nuevo contrato esta semana para que puedas seguir con esta maravillosa vida. Así que ha sido mi celebración. De todas formas, Nathan estaba allí y solo hablaba de que ayer una furgoneta de mudanzas se chocó contra la casa de los Heather y de una mujer misteriosa por la que ahora bebe los vientos. Cree que es una cantante de *jazz*. Dice que la rescataste, por lo que tengo instrucciones estrictas de enterarme de todo antes de ir a jugar al golf.

—Ah, ¿vas a jugar al golf con Nathan *otra vez*?

—Bueno, ¿qué pasa? ¿Es famosa?

Fruncí el ceño mientras analizaba nuestra conversación. Había estado muy a gusto con Emma la hora que había pasado en casa, pero no había dicho ni una palabra sobre música. De hecho, no habíamos hablado de trabajo, lo que me había venido muy bien.

—Yo no la reconocí y ella no me comentó nada.

—Ay, eres imposible. Voy a preparar café.

—Es bastante especial, la verdad. Elegante pero con claros hábitos de Tomes. Quería leerme no sé qué, lo que fue extraño. Abuela gitana o algo así. Pero me gustó. Puede que sea lo que este lugar necesita. Aunque es demasiado agradable para Nathan. Tendré que avisarla.

Mark, al escuchar la referencia a Totnes, se puso a hacer gestos *hippies* de la paz a modo de burla. Ese pueblo cercano era un extraño portal de entrada a

un pasado aún más extraño.

—¿Está seguro de que es cantante?

—Al parecer, es alguien importante en el mundo del *jazz*. Ha estado en *Jools Holland*. Pero bueno, a ti no te gusta la música.

—Sí me gusta.

—No, no te gusta. Y yo no me entrometería en lo de Nathan. —Levanté las cejas y Mark levantó las manos—. Bueno, a por el café.

Desapareció por el pasillo, atrancando la puerta mientras yo cerraba los ojos de nuevo y oía los pasos de Ben. Lo siguiente que oí fue a Mark levantando a nuestro hijo en el aire, seguido del sonido de un avión y risas. Oh, sí. Sonreí al recordar por qué me había casado con él. «Papá prepara el desayuno. Papá juega a los aviones. Papá...».

De pronto, Mark me despertó por segunda vez; no tengo la más remota idea de si fue diez minutos o una hora después, de pie frente a la cama con una bandeja en las manos y expresión de perplejidad. Junto a un café espumoso que confirmaba su guerra con la máquina de expreso, traía un periódico, un ramo de flores y un misterioso paquete de té Darjeeling. Una caja verde oscura en forma de Tardis con letras doradas. Buena calidad. Hojas de verdad.

—¿Flores?

—Antes de que digas: «No tenías por qué», te aviso de que no son mías. Estaban en la puerta junto al té. ¿De qué va todo esto?

—Nuestra nueva cantante.

—¿Té? —Hizo una mueca, mirando el regalo, pero decidí picarle encogiéndome de hombros con desconcierto y reajustando las almohadas.



Una hora después, duchada y vestida, bajé los escalones hacia el alboroto familiar que salía del armario de debajo de las escaleras. Al parecer, Mark estaba buscando su equipo de golf, algo tan sorprendente como totalmente ineficaz porque la bolsa estaba en el garaje. Le había visto cambiarla el fin de semana pasado con un comentario sobre lo conveniente que sería «meterla directamente en el maletero».

No dije nada cuando se oyeron una serie de golpes seguidos de palabrotas. Puse las flores en agua y le susurré despacio a Ben:

—Coge tus zapatos, pequeño.

—¿Perdona? ¿Qué has dicho? No encuentro el equipo de golf. —La voz de Mark surgió de las profundidades del armario, seguida de un golpe enorme, el sonido del cristal rompiéndose y un silencio inquietante.

Le puse a Ben el abrigo muy rápido y lo empujé hacia la puerta.

—Mira en el garaje, cariño. Nos vemos luego.



El paseo a Priory House fue exactamente como había temido: muy familiar y muy extraño a la vez. El crujido de la arena, el olor a plantas silvestres en flor a lo largo del camino, el mugido de una vaca cerca de la valla, enfadada por nuestra intromisión en su desayuno... Y, junto a todas esas imágenes y sonidos conocidos, la certeza en la boca del estómago de que no sería Caroline la que abriera la enorme puerta del establo ni nos íbamos a sentar en su mesa de cocina, con sus familiares manchas y salpicaduras. La mesa en la que, hacía solo unos meses, nos habíamos esperado una línea azul en la prueba de embarazo; una línea azul que nunca apareció...

La llegada de Emma significaba que iba a tener que enfrentarme al nuevo estilo de Priory House antes de lo esperado, así que intenté imaginarme cómo sería. El mismo lugar. Sofás distintos...

—¿Vamos a visitar a Caroline, mamá? ¿Ha vuelto?

—No, Caroline se ha mudado, ¿te acuerdas? Vamos a visitar a la mujer nueva y a su hijo Theo... Ya sabes, al que conociste ayer. Van a vivir en la casa de Caroline.

En la entrada, tuve que retener la mano de Ben para que no se colara en la casa. Caroline nunca cerraba la puerta.

—¿Por qué llamamos al timbre, mamá? ¿Dónde va a vivir Caroline cuando vuelva?

—No va a volver. ¿Recuerdas? Te lo conté.

—¿Porque la llamaste «cucaracha»?

—Ya basta. Ben.

Entonces, una sorpresa: Heather nos abrió la puerta.

—Ay, jo, Sophie. Es mejor que pases. Lo siento, Emma tiene las manos ocupadas. —Sonrió a Ben y nos dirigió hacia la cocina a través del comedor, en el que Emma estaba sacando porcelanas y boles de varias cajas enormes.

Dado el impacto en la pared de Heather, me sorprendió el compañerismo.

—¿Ningún duelo al amanecer? ¿Ninguna lucha en el barro? Creía que ibais a necesitar abogados para hablar.

—Madre mía, no. Emma se ha portado genial. Ya hemos terminado con todo el papeleo de la empresa de mudanzas. Lo paga todo el seguro, gracias a Dios. Por aquí de momento no hay nada destrozado y no parece que haya ningún daño estructural en mi casa. Solo algún enfoscado que arreglar... Además... —Entonces se giró hacia nuestra anfitriona con los ojos muy abiertos—. ¡Emma sabe leer el futuro!

—Eso me han dicho.

—Me ha leído las hojas de té y la palma de la mano. In-cre-í-ble. Mejor que el tío del Barbican. Vamos, Sophie. Tiene que leerte el tuyo inmediatamente.

Abrí los ojos a modo de aviso.

—Bueno, en realidad rio nos quedamos. Solo he venido a darle las gracias a Emma por las flores y a hacerle una propuesta. Me preguntaba si a Theo le gustaría venir a jugar en algún momento. —Luego, bajando la voz, añadí—: Si no es demasiado tímido, es bienvenido ahora mismo. Así os deja un poco de espacio para adelantar con la mudanza. Pero, si es muy pronto, no te preocupes, es solo una idea.

—No soy tímido, pero no quiero jugar a los trenes otra vez.

—No, no. No pasa nada, Theo. —Le, guiñé un ojo a Emma, recordando la discusión por el derrumbe del puente—. Bueno, tenemos muchos otros juguetes en casa. Pero como quieras. ¿Prefieres quedarte a ayudar a mamá?

Los dos chicos se miraron confabulando implícitamente.

—Tengo dinosaurios —le ofreció Ben, esperanzado.

—¿De los que se comen a los hombres?

Ben asintió.

—Genial. Si tienes T. Rex, iré.

—Perfecto. Podemos jugar a *Parque jurásico*.

—No has visto *Parque jurásico*, Ben.

—Sí.

—Ya lo hemos hablado muchas veces. No la ha visto —les aseguré a Emma y a Heather con otro guiño—. Un tema delicado.

Emma le removió el pelo a Theo, riéndose cuando este se apartó, antes de extender la mano y apretar el interruptor para encender la tetera, insistiendo en que nos quedáramos a tomar algo antes y guiando a los chicos hacia el jardín para que jugaran al fútbol.

—No te preocupes, no beberemos té. No te leeré el futuro. Haré café, Sophie. No quiero que te sientas el centro de atención. Los libra lo odian. — Emma se echó a reír cuando miré a Heather.

—No me mires así. Yo no he dicho nada. No sé cuándo es tu cumpleaños, no tengo Facebook. ¿Ves? Te he dicho que es buena.

Mientras, Emma se lavó las manos y se sentó a la mesa a esperar a que la tetera estuviera lista. También añadió, evidentemente por mi reacción:

—Lo siento, Sophie. No debería haberme burlado de ti, pero apostararía lo que fuera a que eres libra. ¿A que sí?

Era cierto. El 20 de octubre. Sin embargo, por alguna razón que no llegué a comprender, no lo confirmé.

—Tengo una pregunta para ti, Emma. Solo para asegurarme de que no me he perdido nada. ¿Cantas?

—¿Cantar?

—Sí, como profesión...

# Capítulo 3

## Antes

Cuatro días después, Emma miraba hacia el pueblo de Tedbury, que se extendía bajo ella, y descubría algo.

El día anterior había comprado unas postales en la tienda local: una versión romántica y poco probable del pueblo, una imagen desenfocada con una neblina extraña. Photoshop, había supuesto.

Compró varias, diciéndole al cartero que las utilizaría como tarjetas para el cambio de domicilio. Cuando llegó a casa, las tiró a la basura, sin intención alguna de comunicarle a nadie dónde estaba.

¿Y ahora? Desde esa posición estratégica, Emma observó que la postal no era un truco fotográfico. Lejos de ella, la niebla matutina se posaba sobre el valle exactamente como aparecía en la imagen mientras que, en ese lugar elevado en el que ella se encontraba, las vacas pastaban su desayuno bañadas por la luz del sol.

Perfecto. Un truco no de la fotografía, sino de la topografía. Emma sonrió, consciente de que la niebla no duraría mucho y pensando en las gracias que debía darle a su abuela por habérsela dado a conocer; una mujer alta y delgada a quien había conocido como yaya Manzana y quien le había enseñado a levantarse pronto para recoger champiñones. «Es la maldición de las casas, Emma», le había explicado muchos años atrás mientras los recolectaban con los pies descalzos sobre el rocío. «Las casas crean la fantasía de que el interior es más cómodo que el exterior. Y, sin embargo, mira. Observa lo equivocados que están, cuánto se pierden».

—«Ay, sí», pensó Emma. «¡Cuánto nos perdemos!».

—¿Es humo, mamá?

En Francia, había paseado con Theo metido en una pequeña mochila sobre su espalda, pero ya había superado esa etapa. Ahora era una tímida y somnolienta voz a su lado, hablando, quejándose. Siempre hablando.

—No, Theo. Es niebla.

—¿Hace daño?

El niño se había quejado especialmente por tener que salir tan temprano, pero entonces recordó otro de los trucos de su abuela.

—Tomaremos tortitas cuando volvamos, como recompensa.

—¿Con sirope de arce, mamá?

Emma ignoró la pregunta, imaginándose por un momento no la sartén en el fuego, fuera de la caravana deteriorada de su abuela, sino las tortitas de Francia, la habilidad con la que las mujeres del mercado las hacían muy finas sobre las grandes sartenes calientes, y a Theo poniéndose de puntillas para mirar. El olor a azúcar caramelizado y a chocolate caliente flotaba en el aire, como la niebla. Luego, con el recuerdo de Francia, vino la tensión en su estómago que siempre acompañaba a los pensamientos sobre su madre y su abuela, mujeres que nunca se habían podido sentar juntas tranquilamente. Ni en la misma habitación. Ni en la misma frase. Ni en la misma fantasía.

—¿Puedo comer sirope de arce, mamá?

Emma fingió que no lo había escuchado. Se había dado cuenta de que al final se cansaría de hacer preguntas. En lugar de contestar, se imaginó vasos y platos rotos por todo el suelo de la cocina de su madre en Francia y, con ese recuerdo, vino el eco en su cabeza de su propia voz enfadada y descontrolada.

«¿Quién ha hecho esto, Theo? ¿Has sido tú otra vez? Si lo has hecho, tienes que confesárselo a mamá y a la abuela ahora mismo».

—Vamos, Theo. —Emma levantó la barbilla. Tendría que tener más cuidado con su hijo en Tedbury—. Tortitas con jarabe de arce.

Mucho más cuidado.

Consciente de que el camino probablemente se veía a kilómetros de distancia, levantó la mano para que le chocara los cinco, con la intención de ofrecerle la vuelta a casa a caballito. Sí. Ese sería el tipo de cosas que Sophie haría. Se sintió satisfecha consigo misma por pensar así, pero Theo no le

respondió. En vez de eso, quitó la mano. Ella se dio cuenta de que algo entre los setos, a unos pocos metros, había captado su atención. El niño puso una rodilla en el suelo, separó con mucha delicadeza la larga hierba bajo el seto y, concentrado con los ojos muy abiertos, extendió la mano con un control y precaución poco comunes en él. Su cara se suavizó por la expectación, pero justo entonces se oyeron unos ladridos en la carretera y ambos se giraron a la vez mientras un perro enorme aparecía para unirse a ellos e introducir la cabeza en ese punto exacto del seto.

—¡Theo! —Emma se lanzó hacia delante. El perro era un golden retriever. A pesar de la buena reputación de esa raza, su excitación era alarmante. Mientras Theo lloraba de miedo, el animal retrocedió, quedándose a ras del suelo, contoneando su trasero con algo en la boca.

—Se lo ha comido. Ay, mamá, ¡se lo ha comido! —La angustia de Theo era incomprensible para Emma, ya que no tenía ni idea de qué había captado su atención. Mientras intentaba calmarlo lo suficiente para que se lo explicara a través de los sollozos, una voz fuerte y al principio incorpórea dijo desde la carretera:

—¡Bella! ¡Bella! Ven aquí, pequeña.

Emma se giró hasta ver, subiendo los peldaños con botas de agua, a Nathan, el chico que estaba en la plaza del pueblo el primer día. La perra respondió al instante. Primero, giró la cabeza y, luego, obedeció; se unió a su dueño a través del barro, moviendo el rabo, y dejó a Theo llorando.

Emma, agachándose para rodear a su hijo con los brazos, vio como la perra le daba a Nathan algo que este examinó con mucha atención, poniendo cara de concentración al principio y de sorpresa después, antes de hurgar en su bolsillo.

—No pasa nada. Quieta, Bella, ¡quieta! —Dejó a la perra cerca de los escalones antes de caminar hacia ellos, envolviendo el hallazgo en un pañuelo con mucho cuidado—. Lo siento. No hace nada, solo ladra. Mira, sigue vivo. —Entonces, Nathan se agachó a la altura de Theo, abrió un pañuelo blanco y le enseñó, para sorpresa de Emma, un pajarito tembloroso—. Me sorprende que no haya muerto del susto por tanto ladrido, la verdad. Pero lo he entrenado para que recoja las presas con cuidado. Mira, no le ha traspasado la piel.

Apartó hacia atrás el pañuelo un poco más para que el niño viera el pico

del pájaro abriéndose y cerrándose en silencio, como si intentara chillar. Había sangre oscura en su ala izquierda que Nathan tapó cuando Theo compuso una mueca de dolor.

—Te prometo que eso no ha sido culpa de Bella. Es sangre seca, no fresca. El pájaro ha debido de meterse en una pelea. Perdona, no me acuerdo de tu nombre, pequeñajo.

—Theo. Mi nombre completo es Theodore.

—Ah, bien, yo soy Nathan. Mi nombre completo es Nathaniel.

No respondió, ni siquiera con una pequeña sonrisa, por lo que Emma, con las cejas enarcadas, articuló una explicación por encima de la cabeza de su hijo mientras trataba de limpiarle los restos del llanto con un pañuelo:

—Le encantan los pájaros.

—Perdón por el jaleo, pero estoy encantado de conocerte oficialmente, Emma. —Nathan extendió el brazo para estrecharle la mano con fuerza mientras hacían contacto visual—. Estaba en la plaza cuando llegaste.

—Sí, lo sé. Sophie me ha hablado de ti.

—¿En serio? —Hizo una pausa, sosteniéndole todavía la mirada sin pestañear, antes de sonreír y girarse hacia Theo—. Bueno, Theo, parece que has salvado a un petirrojo.

—¿Un petirrojo? Creía que solo salían en Navidad.

—No, no solo en Navidad. Salen durante todo el año. Y son muy territoriales. En realidad, las peleas entre ellos son bastante comunes.

Emma se puso de pie.

—¿Es que eres un observador de aves?

—Ah, no, no. —Nathan comenzó a limpiarse los vaqueros—. Yo no, un compañero de copas. Tom. Hay poco que no sepa sobre aves. —Y, animándose de repente, añadió—: Te propongo una cosa, hombrecito. ¿Por qué no llevamos el pájaro a mi casa y llamamos a Tom para ver qué piensa? Vivo al final de esta carretera.

Theo comprobó la reacción de su madre.

—Íbamos a ir a casa a comer tortitas.

—Pues resulta que cocino unas tortitas excelentes.

—¿En serio? —Emma le devolvió la mirada a Nathan y, luego, miró la hora—. Ah, bueno. ¿Por qué no?

El caserón, a poco más de medio kilómetro por la carretera, era un granero transformado en vivienda, una de esas raras construcciones que no estaban situadas frente a la casa de labranza. Se encontraba en una finca de casi una hectárea, lo que le aportaba un grado imprevisto de privacidad. La casa era extraña. Unas escaleras empinadas llevaban hacia una entrada con magníficas puertas de roble de doble ala que daban a un salón diáfano y a una cocina con comedor.

—¡Vaya! —Theo estaba mirando los largos y amplios tramos de suelo de madera pulida—. ¿Me puedo quitar los zapatos?

—No, Theo. —Emma pensó en las patadas que recibirían las costosas cerámicas colocadas en las mesas bajas tras un derrape en calcetines.

—Jo, por favor.

—He dicho que no —dijo con experta determinación. Madre e hijo estaban estudiando la habitación juntos mientras Nathan sujetaba al pájaro lo suficientemente alto como para impedir que Bella lo olfateara con entusiasmo. Al final, se lo pasó a Emma («¿Te importaría?») y llevó a la perra escaleras abajo, al parecer al jardín trasero.

Minutos después. Nathan reapareció con una caja de zapatos en la que le pidió a Emma que metiera al petirrojo.

—Vamos a llamar a Tom.

Nathan se lavó rápidamente las manos antes de coger el teléfono y caminar hacia la cocina para abrir las puertas de los armarios mientras marcaba el número.

—Mientras tanto, tortitas... Sentíos como en casa, por favor. Theo, si puedes perdonar a Bella, está en el jardín. Juega bien a atrapar la pelota, y hay varias en el césped. Está al bajar las escaleras, detrás de las puertas grandes. En serio, es muy juguetona. —Se giró hacia Emma, frunciendo el ceño de repente y ruborizándose después—. Aunque si a tu madre le pone nerviosa... Te prometo que la perra es totalmente segura. Pero sé que a algunos padres...

—Me parece bien, siempre y cuando lo vea desde la ventana.

Theo parecía estar analizando de cerca la cara de su madre y, cuando esta asintió, animándolo, él se encogió de hombros y se fue escaleras abajo. Nathan metió el móvil bajo su barbilla, hablando con Tom mientras, a la vez, reunía los ingredientes para hacer las tortitas. Para sorpresa de Emma, no necesitó

mirar ninguna receta cuando comenzó a medir con confianza la harina y a romper los huevos al tiempo que le explicaba a Tom lo que habían encontrado.

—Sí. Bella le dio un buen susto al pobre. Sé que no es común que sobrevivan, pero un chavalín lo ha encontrado y está un poco preocupado... ¿Perdón...? Sí, en media hora está bien. —Eché un vistazo al enorme reloj de pared—. Lo he metido en una caja de zapatos. De acuerdo, hasta ahora. Estás invitado a comer. Adiós.

Cuando se dio la vuelta, Emma lo observó intensamente. Tanto la casa como el hombre le habían sorprendido. La habitación era sencilla. No tenía madera oscura ni cuero como se había imaginado, sino que era luminosa y espaciosa, con grandes sofás color crema y una serie de sencillos y peculiares cuadros colgados de las paredes de piedra blanca.

—Una casa preciosa.

—Gracias, aunque no volvería a decantarme por el diseño abierto. Al principio, parecía una buena idea, pero te acabas cansando de vivir con el olor de la última comida. —Sonrió mientras batía la mezcla con una mano y guardaba el móvil con la otra, mirando a Emma todo el rato, para nada cohibido.

—Entonces, ¿te gusta cocinar?

Nathan se miró la barriga, haciendo un gesto de falsa sorpresa, lo que hizo que Emma estallase en carcajadas.

—Me han dicho que tienes algo así como una bola de cristal. —Su tono era burlón. Se estiró para coger una pequeña sartén del estante de utensilios de cocina que colgaba sobre los fuegos.

—¿Cómo te has enterado?

—Es Tedbury, Emma. No puedes tirarte un pedo en Tedbury sin que se escriba un párrafo sobre eso en la revista parroquial.

Emma se acercó a la ventana para ver a Theo jugar con la perra en el césped.

—Como es obvio, cantar me tiene muy ocupada.

—*Touché*, aunque tengo que decir que ese malentendido en concreto no fue culpa mía.

El error, le explicó, se debía a que, según Heather, un agente inmobiliario local pensaba que se podía incrementar el precio de una casa afectada por la

«maldición» de los camiones si se difundían rumores de que algunas «estrellas» se estaban mudando al pueblo.

—El año pasado fue el vocalista de una banda. Este año, una cantante de *jazz*... que todo el mundo supuso que eras tú. —Nathan dejó de batir la mezcla para girarse y seguir la mirada de Emma hacia el jardín—. No te preocupes. No hay nada con lo que hacerse daño. Solo la motosierra —añadió con una sonrisa mientras ella estudiaba su expresión—. De modo que, si Sophie te ha hablado de mí, supongo que ya sabrás todo sobre mi oscuro pasado. En realidad, es buena chica. Estamos juntos en el equipo directivo de la feria. Me gusta, es una pena que yo a ella no. Su marido es muy buen golfista.

—Tengo que advertirte de que ha sido muy buena conmigo, muy cordial, así que no hables mal de ella.

Nathan comenzó a verter el primer cazo de la mezcla en la sartén, moviéndola para que se extendiera.

—Es gracioso que la primera tortita siempre salga mal. ¿Por qué será?

La masa chisporroteó cuando él la observó de cerca.

—Hemos vivido en Francia durante un tiempo, visitando a mi madre. Ahí es donde Theo le cogió el gusto a las tortitas.

Él no contestó, concentrado en su trabajo, mientras desechaba la primera en un bol. Emma observó con atención cómo cocinaba varias tortitas de un color perfecto con rapidez y de manera experta y, luego, las dejaba en una bandeja.

—Bien, ya estamos listos.

—Sophie sí que me avisó sobre ti. Dijo que habías pasado por dos matrimonios bastante desastrosos y que tenías una especie de «mala reputación».

—Ay, cariño. —Sonrió de nuevo—. Bueno, puede que nuestra querida Sophie tenga bastante razón. Si hubiera conocido a la Sophie de hace unos años, seguramente yo también habría pensado lo mismo, la verdad sea dicha. Pero, por otro lado, es el tipo de mujer que lo ve todo o blanco o negro, ¿no crees?

—Te he dicho que no hables mal de ella.

—Ah, no. A mí también me cae bien, en serio. Es muy inteligente y divertida. Se burla sin piedad del resto del equipo directivo de la feria, por lo

que merece mi apoyo. Solo digo que no tiene casi experiencia en los tonos grises de la vida. —Su expresión se tornó seria—. Mientras que yo siempre... —Hizo una pausa, frunciendo el ceño—. Bueno, digamos que a mí siempre me han parecido muy interesantes las partes grises de la vida. —Parecía estar escrutando la cara de Emma en busca de una respuesta, pero esta vez ella se giró hacia la ventana y Nathan se dio la vuelta, dirigiendo su atención de nuevo a la sartén—. Por eso aprendí a cocinar, por ser un marido tan pésimo. Por favor, elige la música que te guste en el aparato que está sobre la chimenea. Y será mejor que llamemos al hombrecito para que se tome su desayuno.

Emma se había dirigido hacia la ventana para ver a Theo disfrutar del control que ejercía sobre la perra, haciendo que se sentase y girara, mientras la señalaba con el dedo en un gesto exagerado de castigo. Y allí, observándole repetir la secuencia, percibió en su interior la conocida sensación de impaciencia.

La veía en su propia cara, reflejada en el cristal, por lo que conscientemente suavizó los rasgos y relajó la boca. En realidad, esperaba proseguir con sus cosas en Tedbury, pero, después de todo lo ocurrido en Manchester y en Francia, sabía que necesitaba prestar más atención, frenar.

—Estoy muy contenta de haberme topado contigo esta mañana. —Emma se giró de golpe, abriendo los ojos—. Sí, muy contenta.

## Capítulo 4

### Antes

*LIBRA*

*Hoy tienes que dejarlo a solas, huir de él. Sé fuerte, prudente y, sobre todo, no te preocupes tanto. Practica el arte de «pasar de todo». Ahí está la solución.*

—¿Estás segura de que no quieres que te acompañe? Puedo retrasar la reunión. —La voz de Mark me devolvió a la sala.

—¿Perdón?

—A la cita. ¿Quieres que vaya?

—No, no, Mark. No hace falta. Estoy bien. —Cerré el periódico de golpe y sentí que me sonrojaba de vergüenza. Nunca leía el horóscopo...

—¿No lo dices por decir?

—No, no lo digo por decir. En serio. —O no solía leerlo. Dejé a un lado el periódico y eché más café en nuestras tazas.

—¿Y Ben? ¿No será incómodo que lo escuche?

—No te preocupes. Emma se ha ofrecido a cuidarlo. —Sonreí internamente—. Theo y él se llevan muy bien. Es una pena que Theo sea un poco más pequeño, porque no van a poder ir juntos al colegio. Además, estaba

pensando en invitar a Emma a cenar un día de estos. Te caerá bien. Y me gustaría presentarle a más gente, ayudarle a que se sienta a gusto. Ya sabes cómo puede ser la gente de este pueblo.

—Claro, como tú quieras. Quizás podamos invitar a Nathan, anda detrás de ella. ¿Me llamarás después de la cita? —Cerró el maletín mientras sorbía el café y trataba de ocultarme que estaba mirando la hora en el reloj de la pared de enfrente. Nuestra rutina de los lunes: él fingía que no tenía prisa y yo, que no me importaba.

—Estoy bien. Vete o vas a encontrar tráfico. Estoy bien, en serio. —No estaba para nada bien...

*No te preocupes tanto.*

Me encontré sonriendo cuando me besó en la cabeza y, después, me quedé sentada sin moverme mientras salía de la cocina, consciente de mis latidos en el cuello al escuchar la conocida secuencia de sonidos. El maletero cerrándose, el motor encendiéndose y las llantas moviéndose por la arena antes de que se produjera una pausa mientras miraba hacia la calle y se fuese. Después, el silencio.

A veces, tras su marcha, me sentaba durante un largo rato llena de paz. La casa y yo a solas, con Ben jugando en su habitación, en la planta de arriba. Recordé aquellos horribles días, hacía tiempo, cuando me sentaba no inmóvil, sino como anestesiada, a mirar a Ben, un bebé vestido con un bodi azul y amarillo, atado a la sillita en el suelo. Esperando. Había varias llaves de plástico sujetas con velero a la barra de la sillita, junto con una araña multicolor hecha de felpa, con cada par de patas de un color distinto. Azul. Rojo. Amarillo. Verde. Ben jugaba con esos juguetes mientras esperaba, con más paciencia de la que me merecía. «¿Esperando a qué?», pensaba, observándolo.

¿A qué estás esperando?

Ese día, junté las manos como si estuviera rezando y me di varios golpecitos en los labios.

—Vamos, Ben. Coge la mochila. Nos vamos a casa de Theo.



«Técnicamente, acudimos a los doctores equivocados», pensé sentada en la sala de espera, mientras miraba los cuadros en venta de pintores aficionados que colgaban de las paredes. Tedbury, en la carretera a medio camino entre Modbury y Aveton Gifford, caía bajo la jurisdicción de Modbury, pero no me había dado cuenta cuando nos mudamos, por lo que me había inscrito en una clínica diferente varios kilómetros más allá. Nadie se quejó y en ese momento daba las gracias por haber cometido ese error, ya que no me entusiasmaba la idea de que todo el pueblo se enterara de nuestros asuntos, de todas estas citas.

Había más o menos una docena de cuadros aquel día, algunos de ellos sorprendentemente buenos. Una acuarela de un barco, bastante llamativa. Sesenta libras, pero el marco era horrible. Me estaba preguntando si valdría la pena ponerle otro, mientras recorría mentalmente la casa para ver en qué pared quedaba mejor, cuando un pitido me avisó de que un nuevo mensaje había aparecido en el cartel de neón. Mi nombre en letras rojas. «Dra. Elder. Sala 4».

—Bueno...

Me senté y comencé a dibujar la línea de mis pantalones sobre la rodilla, en el lugar en el que la pana marrón estaba completamente aplastada. La imagen de Emma con su conjunto negro y gris me vino a la cabeza y miré hacia abajo, hacia mis desgastadas chanclas y hacia las uñas de los pies sin pintar.

La doctora Elder era muy agradable. Me gustaba. Era una de las dos mujeres que trabajaban en esa clínica. A veces tenía que esperar más de una semana para verla, pero no quería que me atendiera ningún hombre. Para esto, no. La doctora Elder tenía unos cuarenta años y cuatro hijos que sonreían desde un marco de cuero rojo bermellón que había sobre su mesa: dos chicas de pelo rubio rojizo y dos gemelos más pequeños, con pecas en la nariz y en los pómulos.

Me pregunté cómo narices le daba tiempo a trabajar. ¿Una niñera? ¿Un *au pair*? Quizás yo debería haber hecho lo mismo, volver al trabajo en lugar de esperar a que el segundo bebé apareciera.

La doctora Elder frunció el ceño mientras miraba un informe que tenía en el escritorio y en la pantalla. Podía oír mi pulso en los oídos. Por fin, dijo:

—A ver, la buena noticia es que todo está bien. —Me sonrió cuando se

giró hacia mí—. Los análisis de sangre confirman que ovulas de manera totalmente normal. Y veo que hablamos la última vez sobre los resultados de tu marido. También buenos.

Moví los hombros y asentí. En realidad, me hubiera gustado mostrarle el alivio que la doctora Elder estaba esperando, pero no fui capaz. La cosa era que yo ya sabía que estaba ovulando «de manera normal», tras haberme gastado en pruebas de la farmacia el dinero equivalente a lo que costaría un coche pequeño.

—Entonces, ¿qué ocurre?

La doctora tensó los labios.

—Se debe a lo que hablamos la última vez. A veces no hay una explicación obvia. —Miró la fotografía que tenía encima de la mesa—. A veces solo hay que esperar. —Yo también miré la fotografía. Apenas se llevaban unos centímetros. No parecía que hubiera señales de espera en el mundo de la doctora Elder.

—Pero quedé embarazada de Ben muy pronto.

—¿Desde hace cuánto lo estáis intentando? —La doctora comprobó sus notas una vez más.

—Dos años y cuatro meses. —Me arrepentí al instante de haberlo dicho tan rápido en voz alta, lo que provocó que las lágrimas me inundaran los ojos.

—¿Has hablado con tu marido sobre las opciones que comentamos la última vez?

—Sí —mentí—. Cree que deberíamos seguir esperando. —No dije por qué.

—Bueno, veo que esta situación es muy complicada, Sophie. Pero en la gran mayoría de los casos, tu marido estaría en lo cierto. Sois todavía jóvenes. Y sé que para mí es fácil decirlo, pero lo que te recomendaría es que intentaras relajarte. Vete de vacaciones. Distráete. Intenta no centrarte demasiado en eso. —Volvió a mirar a la pantalla—. Dime, ¿estás trabajando?

—Por el momento, no. —Sentí escozor en la garganta y, de nuevo, picor en los ojos—. Quería volver después del segundo niño.

—Ya sabes que no hay nada que sugiera que la historia pueda volver a repetirse, Sophie. Estaremos vigilando...

—No tengo miedo.

Una nueva sonrisa amistosa.

—Mira, ¿por qué no lo intentáis un poco más? Digamos, un par de meses. Después, si sigue sin haber buenas noticias, me gustaría veros a ti y a tu marido. Podemos hablar sobre todas las opciones para que los dos entendáis en qué consiste exactamente cada tratamiento.

—Sí, suena bien.

—¿Hay algo más en lo que te pueda ayudar?

Después, con el piloto automático del coche activado, camino a casa y sin recordar cómo había sido la primera parte del trayecto, me di cuenta de que no me había despedido de la doctora Elder. Ni siquiera le había dado las gracias. Me recordó a mí de pequeña en la iglesia, cuando me descubría terminando una oración sin acordarme de si había dicho la primera parte. ¿La había dicho? ¿O estaba evocando del domingo pasado? ¿O el anterior?

En el umbral de la puerta de Priory House, el escozor de la garganta seguía ahí, por lo que no me sorprendió, aunque sí me avergonzó, la explosión ante la pregunta inocente de Emma:

—¿Te encuentras bien, Sophie?

No fue un sonido, solo un río de silencio salpicado por lágrimas furiosas que luché por detener mordiéndome con fuerza el interior del carrillo y girando el cuerpo hacia la ventana que daba al jardín. Estaba avergonzada.

Entonces, antes de que Emma pudiera responder, la humillación se intensificó al aparecer Ben en la puerta.

—Mamá, mamá, ¿qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

Me quedé de piedra ante los ojos abiertos de Ben hasta que Emma se lanzó sobre mí y me cogió la mano izquierda.

—A mamá se le ha clavado una astilla de la puerta de entrada. Voy a tener que sacársela. ¿Alguna vez te has clavado una astilla?

—Sí, del columpio del parque.

—Entonces sabes lo que duele. Y mamá va a tener que ser muy valiente.

—¿Vas a usar una aguja caliente?

—Me temo que sí.

Luego, tras poner cara de disgusto y los brazos rígidos con los puños blancos y tensos, desapareció.

Después de buscar a tientas, sin éxito, un pañuelo en mis bolsillos, acepté

uno de la caja que me tendía Emma.

—Madre mía, lo siento mucho.

—No seas tonta. —Emma me guió hacia una silla de la mesa sujetándome por los hombros—. Bien, siéntate. Vamos a tomarnos un café cargado.

Me soné la nariz con fuerza.

—Gracias. Ha sido muy buena excusa. Lo de Ben, digo.

Mientras Emma estaba ocupada con las bebidas, comencé a inventarme una coartada. Sin embargo, en cuanto la primera idea cogió forma, Emma se sentó delante de mí con una expresión tan extraordinaria y expectante en los ojos, con sus rayas verdes y marrones brillando, que la verdad se escapó de mi boca como si mis labios se hubieran cansado de retenerla.

La espera. Los falsos comienzos. El día en que me había sentado con Caroline en esa misma cocina tras dos semanas de retraso, tan segura que incluso me había permitido entusiasmarme. Pero no, al final, la maldita prueba siempre decía que no. Y, luego, esa preocupación de que, de alguna manera, estaba atrapada en ese horrible período desde el nacimiento de Ben. La depresión. *La... depresión... posparto*. El período largo y oscuro hasta que me la diagnosticaron, cuando me arrastraba de un día al siguiente como un zombi. Sin vestirme. Sin ducharme. Con Mark sin tener ni idea de qué hacer. Con Ben sentado en la sillita, asombrado. *Esperando...*

—Lo siento mucho, Emma. No suelo ser así. Ha sido una explosión espontánea. Creo que... debería irme. —Me puse de pie.

—No vas a ir a ningún sitio. Siéntate y respira con suavidad. Lo digo en serio. Inspira y espira, con lentitud, hasta que te calmes.

Y sí. Inspiré. Espiré. Hice lo que me decía. Inspirar... Espirar... Y antes de darme cuenta, ya estaba soltando la historia completa. Cómo había mentido a la doctora. Mark negándose rotundamente a aceptar el tratamiento de fertilidad por miedo a que tuviéramos gemelos y a que, si la depresión posparto volvía, dos bebés fueran demasiado, para mí y para él, mientras que yo como hija única estaba desesperada por conseguirle un hermanito o una hermanita a Ben.

—Quiero decir, sé que con Ben debería ser suficiente. Fíjate en ti y en Theo. Estáis genial juntos. Y algunas personas ni siquiera tienen hijos. —Hablabla cada vez más y más rápido—. Una parte de mí se siente culpable por

obsesionarme tanto con esto, pero ¿es tan malo que quiera tener otro bebé? ¿Es tan terrible? —Emma no dijo nada—. He leído incluso el maldito horóscopo esta mañana. ¿Te lo puedes creer? ¡Es muy triste!

—Mira, Sophie, sobre lo de leer las hojas de té y lo de los signos del zodiaco, no debería haber dicho nada. Me refiero a que lo hago por diversión, nunca lo haría en serio ni sobre algo importante...

—No, no, no me refería a eso. —Eché la cabeza hacia delante, meciéndola entre las manos—. Ay, madre mía, Emma, en realidad, sí...

Entonces, las dos nos echamos a reír y Emma me pasó, de nuevo, la caja de pañuelos.

—Te lo prometo, no suelo estar tan chiflada. —Me soné la nariz de nuevo—. Es la vida del pueblo, me está volviendo loca poco a poco.

—¿Así que no has trabajado desde que tuviste a Ben? ¿Nada?

Niego con la cabeza.

—Hago publicidad, no hay ninguna empresa que entienda lo de «trabajo a tiempo parcial». Había pensado en tener dos hijos rápido y, luego, volver a trabajar la jornada entera. El plan era reubicar la compañía de Mark una vez que la familia estuviera completa.

—¿Nunca has considerado contratar a una niñera?

Me encojo de nuevo al verme a mí misma con ocho años yendo de la mano del *au pair* mientras mi madre buscaba las llaves del coche. El montón de equipaje en el pasillo. El típico beso rápido de despedida, la esencia de su perfume en el salón junto con la promesa de que mandaría postales. Todas esas postales...

¿Por qué es tan complicado para las madres? ¿Trabajar? ¿No trabajar? *Blanco. Negro.*

—No, no me gustaba la idea de la niñera. De todas formas, fue mi decisión, es mi culpa. La mudanza. La pausa profesional. Todo. Y, en realidad, no me arrepiento... de Ben, quiero decir. Lo quiero con toda mi alma. Claro que sí. Solo que nunca pensé que iba a ser así de duro.

Escruté la cara de Emma en busca de una respuesta, pero no encontré nada.

—Lo siento. Nos he incomodado a las dos. —Me levanté de nuevo—. La doctora tenía razón. Me he obsesionado con quedar embarazada. Ella me ha recomendado «tomarme unas vacaciones». Supongo que necesito distraerme.

Entonces, la expresión de Emma comenzó a cambiar. Durante un momento, miró por la ventana y, después, esbozó una sonrisa, como si algo se le acabara de ocurrir. Luego, se abalanzó sobre un cajón de la cómoda en el que rebuscó con empeño.

—Mira, me lo puedes decir si piensas que es una idea terrible. —Lo intentó con un segundo cajón, removiendo los papeles hasta que, de pronto, dijo—: Ah, aquí están. —Volvió a la mesa con una serie de recortes que puso ante mí. Había varios artículos y noticias extraídas de periódicos y de suplementos dominicales—. Como te he dicho, no tienes que aceptar, sin presiones. Pero estaba pensando en aprovechar el verano antes de que Theo entrase en la guardería.

Hay un montón de lugares que quiero visitar con él. Mira. —Me enseñó un artículo que hablaba del Burgh Island Hotel—. Tengo que ir a este sitio. *Art déco*. Y Castle Drogo. Y la casa de Agatha Christie, que ahora es patrimonio nacional. Bueno... No sientas que tienes que decir que sí. —Era su turno de hablar cada vez más rápido—. No a todo el mundo le gustan los edificios. Theo y yo estamos acostumbrados a estar solos. Para serte sincera, estoy un poco preocupada por él también. No tiene muchos amigos. Como tú dices, es hijo único. Pero si te unieras a nosotros... con Ben... Quiero decir, si a ti te sirve de ayuda, como distracción, para no pensar en esas cosas y mantenerte ocupada durante el verano, a nosotros nos encantaría.

Miré hacia los recortes esparcidos por la mesa y después a Emma, que tenía los ojos enormes y llenos de esperanza. En ese momento. Ben reapareció en la puerta, con sus pequeños puños todavía apretados a ambos lados del cuerpo.

—¿Estás bien, mamá? ¿Ya te ha quitado la astilla?

—Sí, cariño. Ven aquí. Ya estoy bien. Emma me ha salvado la vida. —Extendí la mano para coger la de Ben y apretarlo contra mí mientras articulaba un «gracias» silencioso a Emma, sorprendida al ver lo bien que me encontraba. Me sobrevino el alivio, junto con ese ligero entumecimiento que sigue a un episodio de llanto. Recordé justo a tiempo tensar la mano «herida» mientras los hombros de Ben se relajaban visiblemente. Igual que los míos.

# Hoy

17.15

¿Qué diablos?

Al principio, el tren reduce la marcha y, luego, chirrían los frenos.

Miro a mi alrededor en el vagón cuando finalmente nos detenemos.

Los pasajeros se inclinan a un lado y a otro para conseguir ver desde distintos ángulos a través de las ventanas.

—¿Por qué nos hemos parado? —Me doy cuenta de que es una pregunta estúpida, pero no me importa mucho. Estamos entre dos estaciones, a solo diez minutos de llegar a la siguiente. Esto no tiene sentido...

Varias personas se encogen de hombros, cohibidas. Los pasajeros de los asientos junto a las ventanas siguen forzando los cuellos, pero nadie ve lo que pasa delante del tren.

—No podemos pararnos. En serio, no podemos pararnos aquí... —Aprieto con tanta fuerza los puños que me clavo las uñas en las palmas de las manos. Varios pasajeros se miran entre sí con una expresión que muestra que están tan preocupados por mí como por la parada imprevista.

No me importa; la rabia y la confusión se pelean en mi estómago. Todas las noticias desde el hospital continúan siendo confusas, el equipo médico aún no sabe qué niño es quién. En la última llamada, se me ocurrió que podía mandarles una fotografía, tomando prestado de nuevo el teléfono de esa mujer. Pero ya era demasiado tarde: estaban operando a ambos, lo que significa que no se sabe cuál de ellos va a perder el bazo, quién es el que está en mayor peligro...

Finalmente, se produce un crujido en el interfono. Una débil voz de hombre aparece a continuación. ¿El conductor? ¿Un vigilante? Quién sabe...

—Señoras y caballeros, sentimos mucho este retraso. Al parecer, tenemos algunos problemas de señalización. Estamos a la espera de novedades y se lo haremos saber en cuanto tengamos más información.

Miro el reloj. Quedan todavía unas dos horas de camino.

Miro por la ventada de nuevo. Primero, hacia la izquierda, luego, hacia la derecha, tratando de adivinar dónde diablos estamos.

En mitad de la nada, ahí es donde estamos. En el campo, una vaca se gira para atraer mi atención, como para confirmarlo.

¿Surrey? ¿Somerset? Solo Dios lo sabe.

Cojo mi ridículo teléfono y camino hacia el pequeño pasillo que conecta los dos vagones.

Marco el número que el sargento de policía me ha dado antes. Exasperadas, las puertas automáticas no dejan de abrirse y cerrarse, y tengo que moverme para hacerlas parar. Por fin contestan, pero es un agente diferente. ¡Por Dios! Gasto un tiempo valioso en intentar explicarle quién soy y todo lo ocurrido.

El nuevo policía consigue entenderme finalmente y me dice que tendré más información cuando llegue al hospital. Quizás ellos puedan enviarme un coche a la estación, si me sirve de ayuda para cuando llegue, pero siempre suele haber muchos taxis...

—No, no, ese es el problema. Por eso llamo. Mi tren se ha detenido y estamos en medio de la nada. No sé por qué...

—Lo siento. —Se produce una pausa—. Madre mía, ¡qué frustración! Debe de estar de los nervios...

—Pero ¿no puede hacer nada?

Otra pausa.

—No le entiendo. ¿Qué querría que hiciéramos? ¿Cómo piensa que podríamos ayudarle?

—Bueno, no lo sé. —Me muevo y las estúpidas puertas automáticas vuelven a activarse. Por alguna razón, la palabra «helicóptero» me viene a la cabeza—. Un helicóptero. ¿Pueden enviar un helicóptero? Que me recoja en el tren y me lleve al hospital. La policía tiene helicópteros, ¿no? —Miro hacia el

campo, al lado del tren, a las vacas, y me imagino a mí misma moviéndolas para que haya espacio para el aterrizaje...

—¿Un helicóptero? —El tono con el que lo dice hace que quiera echarme a llorar de nuevo. Sé que suena ridículo, pero no me importa. Me da igual lo que piense todo el mundo—. Lo siento, no es un medio que podamos usar en este caso. Pero si el tren se ha retrasado, quizás podamos enviar un coche patrulla. ¿Dónde se encuentra?

—No lo sé. No nos han informado de lo que ha pasado.

Me dice que le vuelva a llamar en cuanto sepa algo más para contarle las novedades y que así puedan tomar una decisión. Le pregunto de nuevo qué saben del accidente. ¿Qué ha ocurrido exactamente con Ben, con los dos chicos?

Hay una pausa mucho más larga. Estoy harta. Desesperada, le digo que quiero hablar con la inspectora de policía Melanie Sanders porque ella querría que se le informara de esto.

«Madre mía, ¿no se da cuenta de lo que ocurrió en Tedbury? El verano pasado... ¿De mi implicación en eso?». Me miro las manos y lucho contra el pánico mientras recuerdo la escena. Sangre. Un cuchillo...

Mi tono es casi histérico, pero estoy bloqueada. Dice que llevar a los niños al hospital ha sido lo prioritario. El tratamiento. Están intentando reconstruir los hechos, pero la inspectora Sanders está ocupada. Dice que obtendré más información cuando llegue al hospital.

—Pero estoy encerrada en este maldito tren. Necesito saberlo ya...

Más trivialidades.

—Mire, tienen que mantenerla alejada de los niños.

—¿Perdone?

Bajo la voz:

—Emma Carter. Está involucrada en el accidente. Creo que también la están operando, pero no lo sé seguro por la confidencialidad de datos. No me lo quieren decir. Pero tienen que mantenerla alejada de los chicos. De ambos. De mi hijo, sobre todo. Insisto en que la mantengan alejada de mi hijo. Ben. ¿Me escucha? Quiero que lo apunte. Hay un cambio en su tono de voz. Me hace una serie de preguntas que no puedo contestar. Percibo que piensa que estoy histérica, incluso desequilibrada. Me recuerda que el hijo de Emma

Carter también ha resultado herido. Esperan que pueda identificar a los niños cuando vuelva a estar consciente...

—No, no, esa es la cuestión. No tienen que hacer eso, que no se acerque a ellos...

Dice que entiende que esté tan preocupada y frustrada y que le dirá al agente que lo está investigando que me llame cuando haya más noticias, que está apuntando lo que le estoy diciendo, que me informarán de todo en el hospital.

—¿Usted no es el agente investigador?

—No.

—Entonces váyase a la mierda, ¿me entiende...? ¡Váyase a la mierda!

Cuelgo y vuelvo a intentar hablar con la clínica. *Vamos. Vamos.* Está ocupado.

Después, lo intento con Heather. Directo al buzón de voz.

No puedo contenerme. Abro la ventana y extiendo la mano hacia el manillar de la puerta. Cerrada. Me miro la mano y lo veo otra vez. El color rojo, la sensación de la sangre densa y caliente entre mis dedos. Esa expresión en los ojos. El cuchillo...

Luego, siento la brisa. La lluvia. Traslado la maleta hacia la puerta para subirme a ella. Va a ser difícil...

«Ay, por Dios. Miren a esa mujer. Está saliendo por la ventana».

Me doy cuenta de que la caída hasta la zona de hierba no es tan temible como pensaba. Al tercer intento, lo consigo.

Salgo del tren.

# Capítulo 5

## Antes

—Bueno... ¿Qué te pasa? —Estaba mirando a mi marido en la cocina; los restos de la cena ocupaban todas las superficies.

Por lo general, me gusta ese momento después de recibir visitas, ese sentimiento de libertad y alivio cuando te has despedido del último invitado y vas a la cocina todavía un poco borracha pero satisfecha, orgullosa y feliz por el esfuerzo, sonriendo aún por las bromas.

—Oye... Lo siento mucho, Sophie. Es este maldito resfriado.

Lo miré de nuevo, empequeñeciendo los ojos.

—Les he pedido perdón a tus invitados. En serio, lo he hecho lo mejor que he podido.

—Bueno, si eso es lo mejor que has podido, Mark, que venga Dios y lo vea. Y perdona por pensar que eran nuestros invitados. Ya sabes... En nuestra casa...

El lavavajillas ya estaba lleno, por lo que comencé a echar agua caliente en el fregadero y a alinear los vasos de vino y de agua, dándole la espalda.

—¿Podemos dejarlo para mañana? —Estaba vaciando el contenido de un sobre de Fricold en una taza.

—¿La bronca o los platos? No puedes tomarte otro de esos todavía. Te has tomado uno en mitad de la cena.

—Eso fue hace horas.

—Mark... ¿Pasa algo en el trabajo, algo de lo que no me hayas hablado?

—¿Por qué iba a pasar algo en el trabajo? Estoy resfriado. Eso es todo.

Miré el reloj de cocina. Las once y media. Casi un logro.

Aquella noche, había invitado a dos parejas para que conocieran a Emma. Gente agradable. Gill Hartley, que trabajaba para el ayuntamiento, su marido, Antony, un escritor, y los profesores locales Brian y Louise Packham. Los Hartley solían quedarse hasta tarde (no era raro que aguantaran hasta las dos de la mañana), pero no me había sorprendido que incluso ellos se fueran pronto. En un momento dado, Mark había desaparecido durante tanto tiempo para tomarse un Fricold que temí que se hubiera ido a la cama.

—Ha sido una buena velada. Has hecho un trabajo increíble, como siempre, Sophie. La comida estaba deliciosa.

—Mientras que mi marido estaba a lo Houdini.

—Vamos, tampoco lo he hecho tan mal. Dame un respiro, he tenido una semana horrible. Tal como voy, seguramente acabe teniendo gripe. No quería que el salón oliera a limón caliente, por eso me lo he tomado en mi despacho. De todas maneras, ya sabes que me cuesta soportar a Antony Hartley y a su poesía incluso en mis mejores momentos.

—Creía que te gustaban los Hartley.

—Sí, pero preferiría pegarme un tiro antes de que él ganara un penique con esas tonterías. Me revienta.

Mark removió su Fricold y echó la cucharilla al fregadero. Sentí cómo se colocaba detrás de mí y me rodeaba la cadera con los brazos mientras yo me ponía rígida, enfadada y ridícula con los guantes de goma amarillo brillante puestos.

—Puedes irte olvidando de acercarte a mí. No quiero pillar tus gérmenes.

—Oye, lo siento de verdad, cariño. Tienes razón. No me he portado bien, ha sido un mal momento. Una cena después de una mala semana. Pero no quería pedirte que la cancelaras. Te lo compensaré la próxima vez.

—Si hay próxima vez. Me inclino a pensar que te van a evitar de ahora en adelante.

—Oh, vamos. Tampoco ha sido para tanto.

—Sí. Por Dios, Mark. La idea era ayudar a que Emma se sintiera como en casa, que conociera a gente nueva, no hacerle un interrogatorio sobre su currículum. ¿Qué importa lo que haya hecho o en qué haya trabajado antes de que mudarse aquí? ¿Por qué diablos tenías que seguir y seguir? —Mark no

dijo nada—. No te ha caído bien, ¿no? —Me giré para observar su reacción. Se encogió de hombros, pero sus ojos me dijeron que estaba en lo cierto—. No, venga, Mark, suéltalo. ¿Qué le pasa?

—No lo sé, creía que era un poco...

—¿Un poco qué?

—Da igual. Ha sido solo un presentimiento.

—¿Un presentimiento? ¿Qué quieres decir con «un presentimiento»?

—Nada, da igual. Es solo este catarro.

—Es Tedbury, ¿verdad? Algo nuevo e interesante aparece en Tedbury y tienes un presentimiento, algo que criticar, que despreciar, que comparar negativamente con Londres, mientras que yo por lo menos intento que esto funcione.

—Estás diciendo tonterías.

—Entonces, ¿qué es, Mark? ¿Estabas enfadado porque no lo había aplazado para cuando Nathan, tu querido compañero de golf, pudiera? ¿Se trata de eso? No te importa que Nathan, con sus antecedentes, sea lo último que Emma necesita...

—Esa es tu misión, ¿no? Meterte en la vida de otras personas, elegir a mis amigos y decidir quién le puede gustar a Nathan. —Miré hacia el suelo—. Oye, lo siento si Nathan no te gusta, pero a mí no me gusta Antony Hartley. Para serte sincero, estoy un poco harto de toda esa publicidad que hacen sobre el campo, sobre cómo esperar a que les venga la inspiración para pintar macetas y mariposear con poesía mientras otros trabajamos duro para vivir. Ya sabes, por la maldita autopista de aquí para allá. —Me estremecí. Que solo estuviera en casa los fines de semana era una pesadilla, eso seguro, pero se suponía que iba a ser solo temporal. Hacía mucho, habíamos acordado resolver nuestros problemas geográficos después de que naciera el segundo niño. Además, Mark era el que había decidido no trasladar su compañía—. Lo siento, no debería haber dicho lo de conducir. Y no refería a que tú no trabajas, Sophie. Hablaba de Antony y de esta nueva Emma. Oye, mira, ¿podemos dejarlo pasar, por favor? Estoy fatal, eso es todo. Exhausto. Me disculparé ante tus amigos, lo prometo.

—No hablas como si tuvieras un resfriado. —«Tus amigos», de nuevo. Pensé en la casa rosa de dos pisos de Gill y Antony cerca de la iglesia.

Siempre habían estado mal de dinero, pero nos habían acogido a menudo y con generosidad desde que nos habíamos mudado a Tedbury. Buen vino. Buena comida. Gente buena que hablaba de libros, de arte y de todas las cosas que me gustaban, que se había esforzado por Emma esa noche. Antony había tenido una conversación profunda con ella sobre Sartre y el existencialismo, sobre las reglas y los rebeldes.

Entonces, le di al «pausa» para estudiar la cara de mi marido que, para ser sincera, parecía estar demasiado caliente, con el sudor resplandeciendo en su frente y en su cuello.

Comencé a sentirme culpable al darme cuenta de que debería haberlo aplazado para cuando Nathan estuviera disponible. Pero ¿la verdad? No me apasionaba la idea de ofrecerle a Emma como un trofeo. Nathan era encantador, sí, pero no había madurado ni había aprendido a mantenerla guardada dentro de los pantalones. Había sido don Infidelidad durante sus dos matrimonios.

—Bueno, me gusta Emma. Es como un soplo de aire fresco. —Dejé escapar un suspiro.

—Lo que tú digas. —Parecía poco convencido.

—¿Por qué no te vas con tus gérmenes a la cama, Mark?

—¿A nuestra cama o a la de la habitación de invitados?

—Te dejo elegir.

# Capítulo 6

## Antes

*LIBRA*

*No todas las horas son iguales. Pregúntale a alguien con insomnio lo largas que son las noches.*

—No le gusto a tu marido, ¿verdad?

Habían pasado un par de semanas desde la «cena desastre». Estaba observando las olas chocar contra las rocas e incliné la cabeza para seguir con la mirada la espuma que se acercaba a la rocosa en la que los chicos disfrutaban pescando con las redes cangrejos ermitaños, lapas y, si había suerte, estrellas de mar.

No estaba segura de cómo responder a la pregunta de Emma, porque estaba pensando en el horóscopo de esa mañana. Un nuevo vicio inconfesable. El de ese día había dado en el clavo: las horas no eran para nada iguales. Con algunas personas te puedes relacionar durante años y aun así no conocerlas nada. Mientras que con otras...

Pestañeé finalmente y me giré hacia Emma. El viento hacía que me escocieran los ojos.

—Mark odia no estar en casa durante la semana. Todas esas horas en coche. No te lo tomes como algo personal. Su problema tiene que ver con Tedbury, no contigo o con los Hartley o con cualquier otra persona. No se

quería mudar, fui yo la que le presionó. La idea era que trasladara también su trabajo, pero no ocurrió...

Emma me sostuvo la mirada, mostrándome una media sonrisa, y, después, se giró.

Pensé en los Hartley. Un par de días después de la cena. Gill nos había invitado a Emma y a mí a tomar un café. Tenía la semana libre en el trabajo y había hecho una tarta de manzana increíble que había calentado y servido junto con helado casero y unos cafés en unas preciosas tazas de color naranja.

—¿Qué tal el resfriado de Mark? —Gill estaba siendo amable, pero por las miradas que se echaban ella y Emma sabía que lo habían hablado. Había sido una cena desastrosa.

Siempre me había caído bien Gill y me sentía mal por no haberle hecho pasar una noche mejor. Trabajaba en el ayuntamiento de Plymouth mientras Antony estudiaba. No era un secreto que quería tener hijos, pero, al parecer, su marido no, lo que era duro para ella. A veces la había pillado mirando a Ben con auténtica tristeza en los ojos.

Observé a los dos niños, que estaban haciendo un enorme castillo de arena a unos metros de distancia. De pronto, sentí una punzada de culpabilidad al ver que Ben se ponía rígido mientras Theo corría hacia la orilla con dos cubos para llenar de agua el foso.

Esa fobia atroz de Ben al agua era culpa mía. Una caída en la piscina el primer día de vacaciones. Me había dado la vuelta un instante...

En ese momento, Ben estaba de pie en la arena con los puños apretados y yo sentía su tensión, su miedo, mientras miraba cómo Theo caminaba hasta que el agua le llegaba a las rodillas. A veces, Ben se negaba incluso a darse un baño. «No me gusta. No me gusta que el agua me rodee. Por favor, no me obligues... Quiero darme una ducha».

Cerré los ojos para evocarlo con mayor claridad: Ben jadeando y bufando mientras Mark le traía desde la piscina. Con solo dos años. Aterrorizado. Con su pequeño cuerpo temblando de pies a cabeza mientras lo tapábamos con una toalla...

Culpa mía. Mi mayor vergüenza.

Abrí los ojos y vi a Theo volver desde la orilla para consolar a Ben, tocándole el brazo, antes de darle uno de los cubos de agua. Theo era un chico

muy dulce, tan bueno para Ben como Emma lo era para mí.

Me giré hacia ella de nuevo. Sí. Ojalá Mark le hubiera cogido cariño, porque así Theo y ella podrían venir también los fines de semana. Emma había coincidido con Mark varias veces desde la cena, pero la situación no había mejorado. Suspiré al darme cuenta de que lo tenía que dejar pasar.

Mi amiga. Mi elección. No era el fin del mundo.

Emma reanudó la tarea de seleccionar caracolas de un pequeño cubo de plástico mientras yo devolvía algunos mechones a mi coleta, de la que se habían escapado. A lo lejos, un perro excavaba mientras un crío de unos tres años lloraba en un carrito porque le estaba cayendo la arena en la cara. En su helado. En su orgullo. Vi como la madre cogía al niño en brazos para intentar rescatar el cono. El niño tenía la cara roja y enfurruñada cuando el dueño del perro apareció con los brazos extendidos y deshaciéndose en disculpas.



Emma y yo llevábamos un par de meses así: sentándonos, hablando o caminando, bebiendo y haciendo turismo. Mi horóscopo estaba en lo cierto, porque nuestra relación ya había alcanzado un nivel de comodidad que no había conseguido con casi ningún otro amigo, ni siquiera con Caroline.

Veía a Emma casi todos los días entre semana, aunque solo fuera para tomar un café. Me llamaba todas las mañanas para burlarse de mí. «A ver, si estás demasiado ocupada pasando la aspiradora para venir a jugar, Sophie...». Y sí, me decepcionaba que a algunos de mis antiguos amigos del pueblo no les gustara. Lo que más me molestaba era que Mark no le hubiera cogido cariño. Pero estaban estancados en esa rutina en la que todos participaban en el juego de la educación superficial, siguiendo las normas de las charlas triviales y ocupándose de sus propios asuntos. Todo lo contrario a Emma.

Eso era probablemente lo que más me gustaba de ella: la facilidad con la que te impedía ocultarle nada. Tenía una manera de mirar muy directa y hacía preguntas importantes, se deshacía de tus capas y descubría la esencia que uno normalmente esconde al resto del mundo.

Emma también tenía una energía increíble; era la patada en el culo que yo

necesitaba. Venía con toda la artillería a punto, pero de una manera tan extravagante y enérgica que era contagiosa y, de algún modo, rejuvenecedora. Era la única persona que había conocido que te podía decir que te calmaras sin ofenderte, porque te echaba una mirada que confirmaba que estaba llena de motivación, lista para divertirse. Además, no tenía vergüenza ninguna, lo que era un factor clave para mí.

Como, por ejemplo, en nuestro primer viaje a ese lugar, a Burgh Island. Estábamos deseando ver el hotel, pero había creído que simplemente cogeríamos unos folletos del mostrador.

Estaba pensando en que quizás podríamos mimarnos un poco y regresar para comer totalmente arregladas en septiembre, cuando los niños estuvieran en el colegio y en la guardería.

El hotel era increíble, con un interior espectacular que servía de tributo al apogeo de los años treinta, cuando el lugar tenía el encanto de un bello decorado. Todo era *art decó* blanco y extravagante en ese lugar pasajero de la isla. Cuando la marea estaba lo suficientemente baja, podías caminar por la playa hacia el hotel sobre las montañas de rocas, pero, otras veces, una especie de tractor ofrecía paseos por encima del agua, una plataforma sobre zancos que mantenía a los pasajeros secos sobre el nivel del mar.

Lo había visitado una vez cuando nos mudamos, para coger un folleto. Esperaba volver con Mark para cenar, pero, por alguna razón, como muchas otras cosas, nunca lo habíamos hecho.

Sin embargo, ¿qué ocurrió en esa primera visita con Emma? ¡Ay, madre mía! Dejamos que los niños jugaran en la playa. Yo iba envuelta en una enorme sudadera vieja cuando vi a Emma caminar hacia el hotel, sugiriendo que comiéramos, lo que era una locura, porque había un cartel que especificaba que era «solo para residentes».

«No podemos hacerlo. ¿Quieres volver, por favor? Es solo para residentes...».

En recepción, Emma se mostró encantadora. El personal estaba maravillado, pero fue firme. Lo sentían, pero no era posible que comiéramos allí. Entonces, Emma soltó todo ese discurso fantástico sobre que era relaciones públicas y que trabajaba en publicidad para una empresa mediática en Londres que buscaba lugares donde hospedarse.

Yo estaba avergonzada, de pie, con dos niños llenos de arena, junto a parejas con vestidos de seda y elegantes trajes de lino. Pero Emma lo hizo genial. Al final, consiguió que nos dejaran tomar café en una terraza mientras el personal le traía un dossier de prensa.

—No frunzas el ceño, Sophie. Te van a salir arrugas. —Emma no levantó la vista del cubo de plástico cuando lo dijo y yo volví a sonreír, pensando en lo distinto que parecía no solo Tedbury, sino todo Devon, desde que ella estaba allí.

—¿Sabes? Llevo viviendo aquí cuatro años y no los he aprovechado.

—¿Perdona? —Emma seguía pasando las caracolas a otros cubos, dividiéndolas por colores.

—Hasta que no te mudaste... Los desperdicié.

—¿No te llevabas bien con Caroline?

—No, en realidad no. Era en lo que estaba pensando, en cuánto tiempo he desperdiciado. Caroline no tenía hijos, por lo que no entendía todo lo relacionado con Ben, lo que le gustaba, lo que los niños necesitan. Por aquel entonces, me decía a mí misma que no importaba. Pero sí que lo hacía.

Emma me miró de frente. Esa era otra cosa que me gustaba de ella, el contacto visual de verdad. Lo hacía cada vez que nos juntábamos para planear una nueva excursión. Ojos grandes y entusiasmados. Solo había pasado un mes y ya habíamos visitado casi todos los lugares de los recortes que tenía en el cajón.

Un viaje en barca a la casa de Agatha Christie en el río Dart. Un paseo en tren de vapor desde Tornes a Buckfastleigh. Pícnics en Dartmoor, donde dejamos que Theo chapoteara en el riachuelo mientras el pobre Ben le miraba y saludaba, demasiado nervioso para unirse a él. «Estoy bien. Me quedo en la orilla». Malditas vacaciones...

—¿Sabes qué? Me siento más como mi antigua yo desde que llegaste.

—Me alegra escucharte decir eso, Sophie, sobre todo hoy, porque tengo que contarte algo importante.

—Dispara.

—¿Sabes que estoy viéndome con Nathan?

—Eh, ¿hola, Emma? Estamos en Tedbury.

—Entonces, ¿la gente lo está comentando?

—Los carteles se publican mañana.

Emma se echó a reír.

—Bueno, que le den a los cotilleos. No me quitan el sueño. Lo importante es que a ti no te parezca muy mal. Sé que me advertiste que tuviera cuidado, pero te lo prometo, lo tengo calado. Simplemente creo que es divertido, y no es nada serio. —Inclinó la cabeza—. Pero no quiero que te preocupes.

—No me preocupa.

—Bien, porque Nathan me ha contado lo que pasó con Caroline, lo de la charcutería, y me ha hecho pensar.

Me tensé y sentí que volvía a arrugar el ceño. El desastre de la charcutería no era algo que quisiera comentar esos días.

Me gustaba mucho no tener que hablar de trabajo con Emma. Que todo el mundo me preguntara «¿A qué te dedicas?» se había convertido en mi peor pesadilla. No estaba todavía segura de si debía empezar o no a trabajar mientras Mark y yo tuviéramos ideas distintas con respecto al tratamiento de fertilidad, y Emma parecía también feliz de olvidarse por un tiempo del trabajo.

No tenía ni idea de cómo se lo podía permitir, la verdad. No daba muchos detalles sobre ese tema ni sobre su etapa en Francia. Suponía que era gracias a una herencia familiar y que se avergonzaba de ello. Mientras tanto, se refería a sí misma en broma como «lo último que el sureste necesita..., otra maldita artista».

Desde el principio, mis instintos me decían que estaba siendo demasiado modesta. Heather, a su lado, había pasado a ser claramente una inexperta después de que Emma desempaquetara esas extraordinarias piezas de cerámica hechas por ella misma. Emma terminó confesando que había sido profesora en varias escuelas de arte en Londres y en el norte, y que había presentado en solitario algunas exitosas exhibiciones en museos importantes.

En ese momento, mirándola mientras el viento le apartaba el pelo de la cara, me pregunté hacia dónde nos llevaría esa conversación tan inesperada.

—De acuerdo, Emma. Venga. Has dicho que lo de la charcutería te ha hecho pensar, ¿no?

—Sí. Bueno, ya me conoces, mi cerebro siempre está trabajando. Cuando me enteré de por qué las cosas no habían funcionado entre Caroline y tú, se me

ocurrió una idea. Nathan dijo que seguías teniendo el kit de cocina completo en una de las dependencias.

No pude evitarlo. Cerré los ojos y me di la vuelta.

—Te sigue molestando demasiado como para hablar de ello. ¿Sigues culpando a Nathan?

Cojo aire.

—Mira... Le echo la culpa a Nathan porque no se la quiero echar a Caroline. O a mí misma, supongo.

—Pero no fue en realidad culpa suya, ¿no?

—No. Oye, Emma, no te ofendas, pero ríe quiero seguir hablando de esto, ¿de acuerdo? —Comencé a jugar con la coleta. Lo cierto era que no quería que Emma viera esa faceta mía. Toda mi ingenuidad y mi decepción al descubierto. No quería admitir que aún soñaba con eso. Era ridículo, vergonzoso.

—Me entregué al extremo en la charcutería, Emma. Creía que lo resolvería todo, que me sacaría del abismo tras el nacimiento de Ben, que nos ayudaría a asentarnos en Tedbury.

Esperó, tratando de leer mi expresión.

Me miró con tanta atención que casi imaginaba que ella también la veía, esa escena tan vivida de mi sueño. El tacto del grueso delantal de algodón, de rayas blancas y azules, nuevo e impecable, contra mi nuca. Todos mis productos expuestos sobre brillantes platos resplandecientes. Tres grandes boles de distintivos patés: caballas con un toque diferente, hígado de pollo y mi propia receta. Pan caliente en los cestos. Carteles pregonando que los productos enlatados venían de Francia: *rillettes*, confitura y *mousse* de pato.

En las horas diurnas, no me permitía pensar más en ello. Había destrozado todos los planos y los documentos financieros. El plan de negocios. Las listas de productos y proveedores. Los proyectos de crecimiento en el segundo y tercer año, durante los cuales esperaba que vendiéramos carne y verduras orgánicas de las granjas locales. Nuestra propia receta de salchichas. Nuestro lema: «Sabores de Tedbury: que todo quede en casa».

—Me sorprende que nunca me hayas contado nada de esto, Sophie. ¿Qué pensaba Mark?

—Me aconsejó que no mezclara trabajo y amistades. Al final, se mordió la

lengua.

Un eufemismo. Debo reconocer que nunca me llamó «tonta». Me advirtió insistentemente que no pusiera en riesgo ni un céntimo de mi propio dinero, me sugirió la protección de una sociedad limitada y un préstamo cómodo y organizado del banco. Todo oficial desde el primer día. Pero me lancé a por la charcutería igual que me lancé a por la mudanza a Tedbury. «Oye, es Caroline. Somos amigas. Mark».

Tomé aire y le conté a Emma todo lo que había ocurrido por si Nathan le había dado su propio enfoque a las cosas.

Seis meses pasé concretando el plan para la charcutería: la mayor parte del entusiasmo inicial procedía de Caroline, pero el trabajo duro y práctico fue mío.

Cuando Caroline era la propietaria de Priory House, tenía un cobertizo al final del jardín que convirtió en casa y que alquilaba por una modesta suma. Después de que varios inquilinos desaparecieran debiendo la renta y las facturas, se le ocurrió un experimento, un proyecto juntas.

Me siento orgullosa de decir que mi manera de cocinar había dado que hablar en el pueblo. Ya era bastante buena cocinera antes de que nos mudáramos, pero una vez allí había compensado mi aburrimiento con platos profesionales y, a menudo, había cocinado en eventos para recaudar fondos. La idea de Caroline era que creásemos un puesto ambulante para vender mis patés, mis pastas y mis encurtidos, así como productos locales de las granjas y de los pequeños agricultores.

El inquilino del cobertizo de aquel entonces desapareció de repente sin pagar la factura de la luz, lo que fue la clave para hacer algo más grande.

A través de discretas preguntas, confirmamos que el consejo parroquial estaría mucho más de acuerdo con una charcutería local que con un puesto ambulante. Solo había una preocupación adicional a la que atender: el paso de peatones, mi primer error. Pagué no solo los papeles oficiales y al arquitecto para un cambio de uso, sino también el trabajo previo para construir un camino mejor alrededor de la casa con una acera completamente separada que llevara al cobertizo. En ese momento, nos había parecido justo, dado que Caroline estaría ofreciendo un edificio entero para nuestra aventura conjunta. El proyecto se hizo más palpable, una vez que nos aceptaron el cambio de uso,

cuando pagamos varios utensilios del equipamiento básico que necesitábamos: la máquina de café, la unidad de refrigeración y el horno.

Contratamos una empresa de Totnes para que se encargara de los planos y del papeleo legal, pero Caroline le pidió a Nathan que le echara un vistazo a la documentación del cambio de uso antes de que el albañil local nos instalara el kit.

Ahí fue cuando todo se volvió amargo de repente. Las conversaciones posteriores entre Caroline y yo fueron tan traumáticas que no me enteré de la historia completa hasta que se marchó del pueblo.

Caroline creía que su cobertizo formaba parte de un convenio con un vecino que le impedía reformarlo. Pero Nathan, al ver los papeles, descubrió una laguna. El convenio original tenía fecha de caducidad y había expirado, por lo que no había nada que impidiera a Caroline convertir el cobertizo en una casa de dos plantas que produciría un beneficio mucho mayor que una charcutería.

Caroline consiguió la autorización urbanística legalmente y, de forma inmediata, aseguró la venta con un promotor inmobiliario que estaba encantado de comprar ambos hogares como parte de un proyecto. Con la gran suma que recaudó, adquirió una mansión en Portugal, donde se reinventó como «*coach* personal».

«O mejor dicho, cucaracha personal» se había convertido en mi frase favorita.

Emma se echó a reír.

—Pero ver cómo convertían el cobertizo en una casa cuando se suponía que iba a ser mi charcutería fue un golpe duro, en serio, Emma. Estaba furiosa.

—Pero... sigues teniendo todo ese material por el que pagaste, ¿no?

—Sí, los Packham lo tienen guardado en el cobertizo de sus padres. Sigo queriendo ponerlo en eBay o subastarlo.

—Bueno, para el carro, porque se me ha ocurrido una idea increíble. ¿Por qué no recuperamos el proyecto, tú y yo? Pero no una charcutería, sino un restaurante con una galería de arte. Me he fijado en la casa de Nathan, el modo en que expone el arte en sus paredes de piedra blanca, y he pensado que un cobertizo sería una galería perfecta. Cuando escuché tu idea sobre la charcutería, las dos cosas se unieron en mi cabeza.

—Oh, no, no, no, Emma. Aquello se acabó. Además, Mark se volvería loco.

—No le estoy preguntando a Mark.

—Pero, por si no te has dado cuenta, el cobertizo de Priory House lo ocupan tus vecinos. Ahora es una casa.

—Oh, no me refería a hacerlo ahí, tonta. He estado hablando con Albert sobre la casa de una sola planta que se encuentra al lado de Hobbs Lane. Está vacía, totalmente vacía. Ya tiene un baño instalado y una explanada al lado para el aparcamiento. Además, las medidas son perfectas. Dice que podría alquilarlo por una suma muy razonable, pero no quiero meterme en este proyecto yo sola. No tendría gracia.

De pronto, sentí el pulso en las yemas de los dedos, la sangre recorriéndome las venas. No sabía qué decir o qué pensar.

—Oye, sé que es un poco precipitado o, incluso, un poco descarado, dado que fue idea tuya, pero creo que sería perfecto para nosotras dos, Sophie. Nos desharíamos así del aburrimiento una vez que acabaran las vacaciones. Tú cocinarías y yo me dedicaría a la cerámica. Podríamos alquilar algo de espacio para que los artistas expongan sus obras. Atraeríamos a la masa creativa durante la temporada media y a los turistas en la alta. Sería genial para los vecinos del pueblo también.

—Pero los artistas no comen fuera. Según Heather, apenas pueden permitirse comer en casa.

—Confía en mí. Si lo hacemos bien, podría ser perfecto. La vena creativa sería nuestro factor diferencial. En temporada baja, podríamos presentar un menú por menos dinero para los artistas y los vecinos, una sopa y un tentempié. Luego, un menú más caro para la temporada turística, completándolo con meriendas. Sería la bomba.

Me zumbaba la mente; un guion gráfico apareció al cerrar los ojos. Un logo con tazas de café y caballetes. Pinceles y bocadillos...

—No, no. Ya he tenido bastante. Tienes que parar, Emma.

—Todo a medias, con un acuerdo firmado. Nathan está diseñando algunos planos y rellenando un formulario para el aparcamiento mientras hablamos. De nuevo, al consejo parroquial le parece bien.

—¿Estás de broma? ¿Ya has comenzado con todo esto?

—Tan solo tienes que decir «sí», Sophie. Si no, tendré que encontrar a otra persona, y sería un rollo. Los Hartley dicen que están buscando un nuevo proyecto, pero preferiría hacerlo contigo.

Entonces, sentí esa poderosa punzada en el interior al imaginarme lo fácil que sería para Emma convencer a alguien de resucitar ese sueño. Mi sueño. Emma, con su optimismo y su encanto. Emma, que gracias al estúpido resfriado de Mark en la desastrosa cena, tenía a todos los otros invitados comiendo de su mano, sobre todo a los Hartley. Y, aunque ese había sido el objetivo de aquella noche, ayudar a Emma a hacer nuevos amigos, me encontré a mí misma recordando mi estado de ánimo cuando había tenido esa discusión con Mark. ¿Estaba celosa? ¿Era eso? ¿Estaba celosa de ver que Antony y Gill habían hecho buenas migas con Emma muy rápido? Emma leyendo las palmas de las manos mientras yo me aburría y Mark hacía su acto de desaparición.

—Oye, supongo que no he sido justa con Nathan. Sobre los negocios con Caroline, me refiero. Supongo que él solo estaba haciendo su trabajo.

Emma sonrió.

—Entonces, ¿te lo pensarás?

—Eso no es lo que he dicho.

—Excelente. Esta noche te llevaré los documentos.

# Hoy

17.25

—Perdone. Por favor..., tiene que volver al tren.

Ignoro el comentario y miro el móvil. Una sola barra. Me desplazo un poco más lejos, por la colina, pero no se produce ningún cambio.

—¿Hola? ¿Me oye, señora?

Soy consciente de las diferentes voces que provienen del tren a mis espaldas. La del vigilante es la más potente; es firme, pero, al menos por ahora, calmada. Sin embaído, no me giro para ver a los demás. La mezcla de voces, los pasajeros murmurando entre sí. El sonido de más ventanas abriéndose.

Estoy buscando una carretera. Un camino. Algo que me indique dónde me encuentro y si existe alguna manera más rápida de juntarme con Ben. Pero no hay nada, solo hierba, colinas y vacas...

De pronto, el alboroto en el tren cambia.

—Bueno, ya está bien. Vosotros dos, volved al tren. Lo digo en serio. No podemos dejar que más personas abandonen el tren...

Me giro para encontrarme con que dos pasajeros más han salido y están en la ladera de la colina. Un hombre de mediana edad con pelo gris. Bastante impresionante. Alto. Con cara amable. A su lado, una mujer más joven con el pelo recogido en una coleta alta.

—En serio, voy a tener que informar de esto. Nos va a retrasar a todos mucho más. —La voz del vigilante suena ahora más alta y más alarmada—. Por favor, señora. No es seguro. Tiene que volver al tren.

Me mira directamente, con los ojos muy abiertos y un móvil en la mano.

—Podríamos retrasarnos horas. No puedo quedarme aquí parada. Tengo que llegar a casa.

—Nos han dicho que solo tendremos que esperar diez minutos como mucho.

—Entonces, ¿por qué no lo han dicho por el interfono? ¿Por qué nos han dejado a todos sentados ahí, sin saber nada?

—Estábamos esperando a que nos lo confirmaran.

—Tonterías. ¿Qué me dice del tren que se quedó parado la semana pasada durante horas, sin aire acondicionado ni servicios ni interfono? Nada. No podemos sentarnos y dejar que nos encierren en el tren y nos traten así, ¿sabe?

—Estoy disfrutando de la bronca, de depositar toda mi rabia y mi frustración en este nuevo lugar.

Ahora mismo hay montones de caras observándome a través de la fila de ventanas. El hombre con el pelo gris me mira también, mostrando una expresión menos reprobatoria.

Me doy cuenta de que me han comenzado a temblar las manos, por lo que aprieto los puños para detenerlo. Me siento también un poco mareada, de modo que separo los pies para que el vigilante no se dé cuenta.

—Tenemos normas, señora. Protocolos. Solo llevamos quince minutos de retraso...

—¡Solo! —Esta expresión de desaprobación la grita alguien que no está a la vista, sino dentro del tren, detrás del vigilante. No lo veo, pero le agradezco el apoyo.

El vigilante se gira y usa los brazos para pedir calma antes de mirarnos de nuevo a la pareja y a mí en la colina.

—Miren. Último aviso. Necesito que los tres vuelvan al tren, por favor. Si no, voy a tener que informar a un superior, pedir asistencia, llamar a la policía, a la ambulancia...

—¿A la policía?

—Está causando un incidente grave, señora. Está poniéndose a usted en y a los demás en peligro. No podemos permitirlo. Por favor, es el último aviso. Vuelva al tren...

De repente, el pánico crece en mi interior. ¿Una ambulancia? ¿Qué quiere

decir con una ambulancia? No necesito una ambulancia, necesito un coche de alquiler o un helicóptero.

El hombre del pelo gris se acerca a mí.

—¿Se encuentra bien? Está muy pálida, parece mareada. Soy doctor. Me encantaría ayudarla, si puedo.

Mira al vigilante y la cara de este cambia.

No me gusta el modo en que me observan.

—No estoy loca. —Me inclino hacia delante mientras lo digo—. ¿Eso es lo que piensan? ¿Que estoy loca? ¿Un caso mental?

—No, claro que no...

Me pregunto por un momento si parece que estoy loca.

De pronto, veo la escena desde una perspectiva distinta y comienza a entrarme el pánico respecto a la referencia del vigilante a la ambulancia. ¿Podrían llevarme? ¿Eso sería legal?

A lo lejos, en el tren, veo muchas caras mirándome a través de la fila de ventanas y, finalmente, entre ellas, su cara. El tiempo se detiene por un momento. Luego, la ventana se abre y grita mi nombre. Estoy tan sorprendida como aliviada, confundida y sobrepasada por la cantidad de sentimientos que se agolpan en mi interior al mismo tiempo.

A continuación, Mark se baja del tren y se apresura hacia la colina para quedarse a mi lado.

—Es mi mujer. Madre mía... Sophie. —Sus ojos se encuentran con los míos, pero levanto la mano para detenerle.

—¿Su mujer? —El vigilante está claramente tan confuso como el resto—. ¿No viajaban juntos?

—No sabía que estaba en este tren... No tiene el móvil de siempre.

Le miro cuando lo dice y trato con todas mis fuerzas de no echarme a llorar.

—Nos han llamado por una emergencia. —Mark mira al vigilante.

—Tenemos que ir a por Ben, Mark.

—Lo sé, cariño, lo sé.

Mark se gira hacia el vigilante.

—Nuestro hijo ha tenido un accidente en Devon. Le están operando. Nos acaba de llamar la policía y no sabemos qué ha ocurrido.

—Ay, Dios mío. Lo siento.

La cara del doctor cambia mientras me mira a los ojos.

—Debe de estar conmocionada, muy frustrada...

Lucho contra las lágrimas. Por alguna razón, no quiero tanta amabilidad, porque me está haciendo sentir peor.

—Tenemos que volver a Devon. Mi mujer lo ha pasado mal. Muchos sustos, incluso antes de esto...

Mark está usando su tono tranquilo, igual que el doctor, y quiero detenerle. Quizás intenta que esto no trascienda a las autoridades, pero no quiero que diga nada más.

No quiero que... les diga... nada más.

Ya bastante malo es que sepan lo de Ben.

No quiero que sepan lo que ocurrió el verano pasado. Otro susto.

Cierro los ojos un segundo y lo veo de nuevo. El color rojo. La sangre en las manos.

# Capítulo 7

## Antes

El primer susto surgió de la nada, como una explosión.

Bang.

El impacto fue tan brutal y tan físico... como doblar una esquina a toda velocidad, sonriendo al sol, antes de estamparte contra una pared.

Un día, estábamos en la playa hablando sobre la idea de la charcutería; un día, mi vida era normal, mucho más feliz, ocupada y divertida gracias a Emma... Y, de pronto...

De pronto, todo se rompió en pedazos como un cristal liso y brillante que, un segundo después, se escurre entre los dedos para acabar en el suelo con sus amenazadores bordes destrozados. Un pestañeo y, de repente, una agente de policía apareció en mi cocina, mirándome, pidiéndome que lo analizara todo de nuevo.

El problema era que no quería. Otra vez no.

Cerraba los ojos y lo veía. Rojo. No quería sentir la presión en el pecho, esa extraña sensación extracorporal, como si no estuviera ahí, en esa habitación, en esa escena, en esa historia.

La inspectora de policía Melanie Sanders se aclaró la garganta y abrí los ojos para verla mirando a través de la ventana. Estaba esperando, pero yo seguía sin decir nada. En lugar de eso, pensaba: «Así que de esto trata el auténtico estado de *shock*, salirte de tu propio cuerpo. Verlo, pero no vivirlo».

—Siento volver a molestarla con esto tan pronto, señora Edwards, pero hay un par de cosas que quiero revisar.

Luego, me hizo una serie de preguntas y me di cuenta de que lo que quería era que analizara cada detalle desde el principio. Al final, eso fue lo que hice. Deambulé con lentitud hacia la habitación, hacia el presente, y le conté la despreciable historia de nuevo.



Nos habíamos levantado exageradamente pronto por los banderines. Las seis de la mañana parpadeaban en el reloj de la cómoda y Ben estaba de pie al lado de nuestra cama.

—Mamá, hay un hombre fuera con una escalera.

Me giré hacia la ventana de la cocina y me vino a la mente el momento exacto en el que había abierto las cortinas de la habitación de arriba.

Resultó ser Alan, el presidente del consejo parroquial. Algunos de los banderines se habían caído por la noche. Recordé mi camión ondeando al viento y a mí misma bostezando y preocupada porque no hubiera nadie sujetando la escalera desde abajo. Después, decidí salir temprano. Hacia las nueve, caminaba por el pueblo, tachando algunos cuadrados de la lista que tenía en mi pequeño portapapeles blanco y negro, aliviada porque el tiempo, a pesar de ser un poco ventoso para las carpas, al menos era seco.

«Era feliz, estaba tranquila». Hice que lo apuntaran en la primera declaración. «Estaba bien».

Le dije a la inspectora Sanders que la feria empezaba a las dos de la tarde todos los años y que mi única preocupación había sido la competición de destruir pianos, ya que la evaluación de riesgos era una pesadilla. Nuestros aseguradores habían quedado descontentos, por lo que hice que todo el mundo colocara más lejos las barreras de seguridad, pero, aparte de ese detalle, todo iba bien.

—¿Fue idea suya que la señorita Carter hiciera de vidente? —La inspectora Sanders había cogido el cuaderno de su mochila y estaba pasando algunas páginas. No era la libreta de policía pequeña y ordenada que sale en las películas, sino un bloc más grande, el que usan los periodistas normalmente.

—Sí. Mire, les conté todo esto a sus compañeros anoche, aunque entiendo su interés por el estúpido puesto de la adivina. Por Dios, era una feria de pueblo. Algo divertido, una broma para conseguir dinero para la iglesia.

—Entonces, ¿no fue idea de la señorita Carter? ¿Está segura de ello?

*Dame fuerza... ¿Qué le pasaba a esta gente?*

—Para nada. De hecho, costó bastante persuadirla. Oiga, Emma es nueva en el pueblo y me estaba haciendo un gran favor. No quería participar, por lo que no entiendo a qué vienen estas preguntas. —Miré a la agente a los ojos—. Fue algo tonto, para divertirnos.

En todo caso, estaba suavizando el rechazo de Emma. Al principio, se había negado rotundamente, diciendo que sería vergonzoso, que pasarlo bien leyendo las palmas de las manos y las hojas de té a los amigos era una cosa, pero ¿pedir dinero?

Solo había cedido cuando le había dado la vuelta a la propuesta. «Oh, vamos, Emma, relájate. Nadie se lo va a tomar en serio. Es para el tejado de la iglesia».

—Una cosa más. —La inspectora Sanders volvía a tener los ojos puestos en el cuaderno, pero esa vez conscientemente, como un actor simulando que vacila. Miré el reloj, preguntándome cuánto iba a tardar Mark, arrepentida de haberle dejado ir a recoger los papeles—. Es solo que en una de las declaraciones que mis compañeros y yo tomamos ayer...

Miré hacia la puerta de la habitación de juegos. Estaba medio cerrada, pero no encajada, y, aunque el volumen de la televisión era bastante alto, de repente me preocupó que Ben lo oyera. Me acerqué a cerrarla, sujetando el pomo de metal y dándome cuenta de golpe de lo frío que estaba. Me encontré a mí misma pensando en esa otra sensación, cerrando los ojos para no verla, pero incapaz de deshacerme de ella. Su calidez en mis manos. Su olor. Su espesor. Cómo había querido quitar la mano de allí, aun sabiendo que no podía hacerlo, que no debía.

—Es solo... Bueno, supongo que habrá sido la cosa más terrible que le ha pasado, señora Edwards. Horrible. Pero lo que no entiendo es... —Hizo una pausa—. En su declaración no aparece que gritara, que pidiera ayuda, quiero decir.

Solté el pomo y me sequé las manos en los vaqueros una y otra vez.

—¿Tiene hijos, inspectora?

—No. —Parecía confusa, incómoda—. ¿Por qué lo pregunta?

—No grité porque mi hijo estaba en la puerta. —Seguía restregándome las manos por las piernas—. Le había pedido que me esperara un segundo. Es un buen crío, normalmente hace lo que le digo. Pero si hubiera gritado, habría entrado corriendo. Tiene cuatro años.

La inspectora Sanders sacudió la cabeza y pasó los ojos de mis movimientos inquietos al cuaderno.

—Sí, bueno. Claro, ya veo. Eso no lo explicó en su declaración. —Releyó sus notas, trazando una raya con el boli en todas las páginas—. Hizo lo que pudo. No digo que... —Su tono era defensivo, pero no desagradable—. Bueno, creo que eso es todo.

Por fin, oí el sonido de la llave de Mark en la puerta. Ambas miramos hacia el pasillo y, cuando él apareció en el cuarto, su semblante cambió rápido de la sorpresa a la irritación.

—Solo estaba concretando un par de detalles con la señora Edwards.

—Pero hablamos de todo eso anoche, hace unas horas. Mi mujer está agotada, mírela. Apenas ha dormido.

—Sí, claro. Ya tengo lo que necesito. Siento molestarles. Gracias. —La inspectora se puso de pie, metió a toda velocidad el cuaderno en su mochila y se dirigió hacia el pasillo mientras Mark la seguía de cerca.

Los escuché susurrar y esperé a que la puerta se cerrara y a que Mark reapareciera en la cocina.

—Es una inspectora. Es del departamento de investigación criminal, ¿no? ¿Por qué piensas que están metidos en esto, Mark?

—No tengo ni idea.

Ambos observamos en silencio a través de la ventana de la cocina a la mujer, que caminaba, no hacia el coche de policía situado en la plaza ni hacia los cordones policiales junto a la iglesia, sino hacia el sendero que llevaba a la casa de Emma.

—¿Crees que debería llamar a Emma para avisarla de que va para allá de nuevo?

—No, creo que deberías hacer lo que llevo proponiéndote toda la mañana: irte directa a la cama.



Eso hice y enseguida me arrepentí, porque, como la noche anterior, la escena era más nítida cuando me tumbaba, como si la tuviera grabada en el interior de los párpados y estuviera esperando a que los cerrara.

Pensaba que no me impresionaba la sangre. Hubo un tiempo en el que a Ben le sangraba la nariz y algunas noches le salía a borbotones. Con eso no tenía problemas, pero esto era totalmente diferente y se parecía nada a como salía en televisión. No cuando conoces la cara, los ojos.

Por eso, me preguntaba si podría volver a dormir bien alguna vez sabiendo que con la tranquilidad y la calma la escena reaparecía con más intensidad. Su calidez. Su olor. Y sí, la sensación en mis manos. Pensé en la noche anterior, cuando había acabado dos veces en el baño de la habitación, con arcadas sobre la taza del váter mientras Mark, desde fuera, me llamaba a través de la puerta.

«¿Te encuentras bien, Sophie? ¿Estás bien?».

«Claro que no estoy bien, Mark».

Había visto lo peor que dos personas podían hacerse. Vecinos y amigos míos. ¿Cómo podía estar bien?

Había entrado en la habitación, feliz y relajada, con mi hijo esperándome en la puerta. Desconocedora. Inocente. Yo, Sophie, la mujer que supuestamente tenía una vida de ensueño.

Había entrado sonriente y me había topado con una escena que no quiero que nadie imagine siquiera. Ni mi hijo ni mi marido, ni siquiera la inspectora de policía con el cuaderno equivocado y sus ideas erróneas sobre todos nosotros.

Era irreal, eso es lo que era.

Traumático e irreal.



Las siete de la tarde del día anterior. Íbamos con retraso. Las competiciones

vespertinas en la feria se habían demorado al no presentarse Antony Hartley. Recuerdo estar cabreada con él porque todo el mundo había llegado a tiempo y el resto del día se había ajustado bastante al horario.

Antony es un tipo raro. Dios mío, era un tipo raro.

Pero me gustaba, ¿sabéis? Me gustaba mucho.

Un hombre atractivo con el pelo largo y claro y profundos ojos marrones de niño pequeño. Ese era su principal encanto: tenía un toque de no haber abandonado nunca la infancia.

Cuando los Hartley vinieron aquella noche a cenar con Emma, vi que le gustaban ambos. Le habían encantado, como me encantaban a mí, con su vida alternativa. Gill y Antony vivían de manera modesta pero feliz, en su casa de dos plantas con una ampliación para el aseo en la zona inferior, lo que significaba que no se podía usar el baño sin que todo el mundo en la casa lo oyera.

Recuerdo la primera vez que fui a comer allí, temiendo tener que hacer pis al imaginarme a todos escuchando. Pero Gill y Antony tenían ese don, el de hacer que te relajaras y te rieras de ti mismo.

Bueno, supongo que Gill lo tenía o, mejor dicho, no le quedaba más remedio que tenerlo. Había sido la cabeza de familia durante mucho tiempo mientras Antony perseguía sus sueños. Este siempre hacía algún curso nuevo porque iba a ser poeta o dramaturgo o algo. El máster de escritura creativa.

Así, Gill pagaba el alquiler mientras Antony rendía homenaje a sus sueños con enormes pilas de libros como testimonio por toda la casa, tanto que a veces era casi imposible maniobrar alrededor de ellos.

No es que a Gill pareciera importarle. «Algún día me lo devolverá, cuando saque su éxito de ventas», decía. Entonces, se reían con complicidad, con los ojos fijos el uno en el otro, un gesto tan intenso y tan claramente sexual que, para alguien de fuera, rozaba la incomodidad.

Mientras tanto, ella parecía trabajar a todas horas, a la vez que Antony trabajaba en su carisma. Cada vez que pasábamos por allí, había algún nuevo filósofo o escritor sobre el que hablar. Mark volvía casa chasqueando la lengua y suspirando: «En sus malditos sueños».

Pero... ¿la verdad? Yo envidiaba su manera de soñar y la simplicidad de sus vidas. Dos plantas.

Por eso, al salir hacia su casa la tarde anterior, sonreía internamente pensando en Antony, quien ganaría a los bolos como siempre, y en Gill, que, desde el público, le guiñaría un ojo con orgullo cuando él aceptara la copa. Estaba pensando en que tenían mucha suerte de no perseguir el mismo sueño que Mark y yo, con la desmesurada hipoteca y los préstamos empresariales y con Mark trabajando fuera mientras yo me quedaba encerrada, ahogándome en casa. En mi vida perfecta.

Entonces, dejé a Ben en la puerta para meterle prisa a Antony.

—Espera aquí un segundo, Ben, cariño. No tardaré mucho.

Cuando no me abrieron, no me imaginé nada raro, porque los Hartley insistían en mantener la puerta abierta y, muchas veces, entrábamos directamente. No había timbre. «Tú entra», solían decir. Y eso fue lo que hice, llamándolos mientras pasaba.

Para seros sincera, nunca me había sentido cómoda con que dejaran la puerta abierta. Siempre me preocupaba encontrarlos teniendo una discusión o, peor aún, acostándose. Por eso dejé a Ben en la puerta.

Crucé el despacho que había en la entrada hacia el salón, gritando bastante alto:

—¿Antony? ¿Gill? ¿Hola? ¿Hay alguien? Tenemos que empezar con los bolos. Todo el mundo se está preguntando...

Y ahí estaba. El color rojo.

Vivido y molesto... por todas partes.

Gotitas pulverizadas por la pared como un cuadro abstracto sin secar.

Y él, tumbado sobre un charco enorme y horrible, con los ojos mirando al techo. Ido.

Quizás la inspectora tenía razón. Cualquiera persona normal hubiera pedido ayuda, gritado. Pero solo pude pensar que Ben no debía ver eso. Mantuve la boca cerrada y grité solo en mi cabeza.

Ni siquiera le tomé el pulso.

No sé por qué no pensé en el móvil. Fui a la cocina con el teléfono de la pared en mente, ocupándola por completo. *Ve a por el teléfono, Sophie. Ve a por el teléfono...*

Entonces... allí estaba ella, sentada en el suelo con la espalda apoyada en los armarios, con la mirada también fija.

La sangre se le derramaba por el estómago y por el pelo. Giró los ojos hacia mí. Nada más, solo los ojos.

Y seguía saliendo de ella. Espesa. Cálida. Roja brillante.

Coloqué la mano en la herida del estómago y la presioné con toda la fuerza que pude, tratando de detener su salida. Pararla. *Por favor, Señor, para esto.* Tenía demasiado miedo como para tocar la herida de la cabeza, porque el agujero era enorme, blanco y espantoso, como si parte del cerebro se le hubiera salido del cráneo. Ahora que no podía alcanzar el teléfono, recordé el móvil que guardaba en el bolsillo de la chaqueta. No sabía el número de la casa, por lo que tuve que describir las macetas de petunias del exterior («De prisa, deben darse prisa») antes de colgar y llamar a Mark.

—Ben está en la puerta de Antony y Gill. Tienes que venir ya, Mark. ¡Ya! Es horrible. Cógelo, no entréis dentro. Hagas lo que hagas, no le dejes entrar.

Después, una confusión total.

El registro de llamadas muestra que telefoneé a los servicios de emergencias dos veces más y que alguien me dijo lo que tenía que hacer para ayudar a Gill, pero no recuerdo nada de eso. Todo lo que recuerdo es la mezcla surrealista de colores. Lo familiar y lo traumático, consciente de las pequeñas tazas naranjas de café alineadas con cuidado en la estantería mientras sentía la calidez y la humedad horrible del líquido rojo en mis manos. Presioné más y más fuerte, todo lo que pude, sobre la herida.

Y esperé.

Durante todo ese tiempo. Gill tenía los ojos fijos en mí.

Y un cuchillo grande en una de sus manos.

Y sí.

La sangre me cubría ambas manos.

# Capítulo 8

## Antes

—¿Qué piensas? ¿Quieres seguir con esto? —La voz de Nathan al otro lado de la línea denotaba indecisión y Emma se dio cuenta, observando a Theo colocar los tractores y los coches en una caja verde brillante, de que tenían que decirse algo más.

—Oye, sobre el viernes, Emma...

—No pasa nada. Nathan. Ya me conoces. No estoy desesperada, así que, por favor, no sientas que... —No. Es a la policía, Emma. Tengo que decirle a la policía lo que pasó el viernes por la noche. Lo siento mucho, sé que es algo privado. Es obvio que no es asunto suyo, pero me están presionando y ya no sé qué hacer.

—Ya veo. No, no pasa nada. Nathan. En serio. —Entonces, sonó el timbre —. Mira, lo siento, pero están llamando a la puerta. Será Sophie seguramente. Mejor te llamo luego.

—De acuerdo. Pero ¿me dirás algo a la hora de comer? Sobre el petirrojo de Theo, digo. Y espero que, bueno..., que lo que le cuente a la policía no lo empeore.

—Sí, sí, claro. Y, por favor, no te preocupes sobre lo de hablar con la policía. No es culpa tuya.

Emma necesitaba urgentemente hablar de todo eso con Sophie para descubrir lo que se decía, por lo que no estaba nada preparada para encontrarse con la mujer vestida de paisano que sacó su placa antes incluso de hablar y que pronto comenzó a merodear por la cocina, leyendo con descaro lo

que había escrito en el tablón de anuncios, como si una placa le diera derecho a comportarse así sin ninguna explicación. Maleducada. Indiscreta. Ofensiva. Esta mujer, la inspectora de policía Melanie Sanders, curioseaba sin ninguna justificación. Pregunta tras pregunta, no solo sobre el viernes, sino también sobre el hecho de que Nathan se quedara a dormir después de cenar, como si tuviera algo que ver, le hizo repasar de nuevo cada escena de la estúpida feria. Una y otra vez. Todas las personas a las que vio y con las que habló durante el día. Y en la carpa.

«Madre mía, ¿por qué dejé que Sophie me inmiscuyera en esto?».

—Mire, no recuerdo exactamente lo que le dije a todo el mundo en aquella carpa. Como les conté ayer, lo hicimos solo por diversión. La gente estaba relajada y me seguía el rollo. Muchos habían tomado un par de copas, por lo que nos echamos unas risas. Sabían que no era cierto. Me inventé cosas. Ya sabe: números y colores de la suerte, desconocidos altos y morenos... Se lo expliqué todo al policía que pasó por aquí. Fue solo un favor que le hice a una amiga para conseguir algo de dinero.

—Entonces, ¿no recuerda lo que le dijo a Gill Hartley?

—No exactamente.

—¿Le pareció que estaba bien?

—Se había tomado un par de copas en uno de los puestos, como todos los demás. Aparte de eso, estaba bien, divirtiéndose.

—Parece que fue la última persona que la vio.

—¿Perdone? —El aire se calmó.

—Bueno, uniendo todas las declaraciones, parece que fue directa a su casa después de hablar con usted.

Por un momento, Emma no dijo nada y miró hacia el suelo y, después, a la agente de policía.

«Maldita sea».

—Pero Gill estaba bien cuando la vi. Muy bien.

—Eso ya me lo ha dicho.

—¿Tienen alguna idea de lo que pasó? ¿Hubo un asalto?

—No. Por eso estamos intentando comprender qué ocurrió exactamente.

—¿Sigue Gill en coma?

—Oiga, me temo que no puedo hablar sobre el estado de la señora Hartley.

—La policía estaba ya de pie, dejando su tarjeta sobre la mesa—. Bueno, no la molesto más. Aunque si recuerda algo, cualquier cosa...

—Claro.



Dos horas después, mientras se ajustaba el abrigo a su alrededor para protegerse del viento, Emma recordaba la conversación en su cabeza.

—Nathan, la policía cree que soy la última persona que vio a Gill antes de que se fuera a casa. —Emma bajó la voz, aunque, al mirar hacia arriba, se dio cuenta de que no hacía falta, porque Theo estaba bastante alejado de ellos, deseoso e impaciente, con las luces de los talones de sus zapatillas relampagueando mientras saltaba y le daba patadas a una piedra grande que había delante de él.

Nathan siguió andando, con el brazo extendido de manera extraña para que la jaula con el petirrojo no se balanceara demasiado.

—Vale, bueno. Madre mía. —Hizo una pausa, frunciendo el ceño mientras se mordía el labio—. Eso explicaría por qué la policía ha indagado tanto en relación a ti, pero no debes sentirte mal. Quiero decir, no tiene nada que ver contigo. Has dicho que estaba bien cuando la viste.

—Lo estaba, igual que los demás. Un poco contenta por el alcohol, eso era todo.

—Entonces, ahí lo tienes. No hay nada más que les puedas decir. Ha sido algo horrible, terrible, pero si dicen que no fue un asalto, está claro que se trata de violencia doméstica. Supongo que si Gill se recupera, tendrán que decidir si acusarla o no. Eso es todo.

—¿Qué diablos crees que pasó?

Él levantó una ceja.

—¿Qué?

Y miró al suelo.

—Si sabes algo, Nathan, necesito que me lo digas, en serio. No me lo quito de la cabeza.

—Bueno, lo típico, ¿no crees?

—¿Lo típico? El caos y los asesinatos son comunes en Tedbury, ¿no?

—Oh, vamos, Em. Ya sabes a qué me refiero. Ni en un millón de años hubiera pensado que Gill sería capaz de hacer algo así, pero no es tan complicado. Es obvio que él era un ligón. Supongo que se enteró y enloqueció.

—¿Estás de broma? ¿Crees de verdad que...?

—¡Vamos, lentos! —Theo frunció el ceño, impaciente, girándose para caminar de espaldas por la colina delante de ellos.

—Es mejor que nos concentremos en el petirrojo. —Nathan bajó la voz y sorprendió a Emma entrelazando su brazo con el de ella.

Los tres habían acordado dejar al petirrojo en el punto exacto en que lo habían encontrado. Por un tiempo, no parecía que el pobre pájaro fuera a sobrevivir. A pesar de alimentarle y darle una importante dosis de amor en la pajarera de Tom, al principio no estaba nada bien. Pero, luego, de pronto, había pasado por lo que Tom llamaba un momento de resurrección. Una mañana se había encontrado al petirrojo brincando por la base de la jaula, comiendo y bebiendo de manera independiente, mirándole como si dijera: «¿Qué narices estoy haciendo aquí?». A partir de entonces, se recuperó a toda velocidad, entrenando sus alas al volar entre los posaderos. Tom pensó que debían actuar rápido: lo mejor para que sobreviviera era devolverle a su hábitat natural antes de que se hiciera demasiado dependiente de los cuidados que le estaban dando y se deprimiera por ellos.

Lo curioso había sido que Theo no propusiera ni una sola vez que se lo quedaran, lo que había sorprendido a Nathan, pero no a Emma, ya que, como la tía Manzana, ella había predicado la doctrina de la libertad, la gloria de los espacios abiertos, del aire libre. Quizás Theo la había escuchado de verdad.

—Aquí, creo que fue aquí. —Theo plantó el pie cerca del arbusto y Emma miró a su alrededor. Sí, la escalinata por la que la perra y Nathan habían aparecido estaba a pocos pasos por la carretera.

—De acuerdo, hombrecito. Creo que deberías hacer los honores. ¿Estás preparado? —Nathan dejó la jaula en el suelo.

—Puede que el pájaro esté un poco nervioso, Theo. —Emma se acuclilló para ponerse al nivel de su hijo, consciente de que Nathan les estaba observando.

Theo abrió la puerta y los tres esperaron. Al principio, se sorprendieron de que el petirrojo no hiciera nada en absoluto. Se miraron entre ellos. Esperaron un poco más. Emma estaba a punto de moverse con impaciencia cuando, de repente, el pájaro brincó sobre el metal del umbral de la puerta. Desde ahí, bajó al suelo. De nuevo, se produjo una pausa preocupante, como si el petirrojo se negara a irse.

—Quedaos quietos —murmuró Theo—. Creo que se está despidiendo.

Luego, como un rayo, el pájaro desapareció: se posó unos segundos en lo alto del seto más cercano antes de continuar hacia un poste de telégrafo.

—¿Creéis que nos visitara? —Theo dirigió la cara hacia el cielo, tapándose los ojos con la mano para protegerse de la luz del sol.

Pero Emma no le estaba escuchando. En lugar de eso, sentía la mirada de Nathan, que tenía expresión de preocupación.

—Se van a Cornualles —dijo ella de pronto.

—¿Perdona?

—Sophie y Mark. Se van a Cornualles. Después de todo por lo que ella ha pasado, del susto de encontrárselos así, es una buena idea, ¿no crees? —La expresión de Nathan era ahora de desconcierto—. Lo que significa que podemos continuar con los planes de la charcutería, sorprenderla, ofrecerle algo en lo que centrarse. —El tono de Emma era firme, pero Nathan tenía el ceño fruncido.

—¿Lo dices en serio, Emma? Me había imaginado que lo aplazarías. No creo que nadie en Tedbury, y menos Sophie, tenga ganas de...

—No, no. Necesitamos seguir con ello. Nathan. Confía en mí. Es lo mejor para Sophie. Exactamente lo que necesita.

# Hoy

18.00

Me niego a mirar por la ventana durante esta parte del trayecto porque es demasiado bonita, mi zona favorita. Una vez se pasa el rompeolas en Dawlish, por un momento, sientes como si volaras, como si el tren rozara la superficie del agua.

Precioso, sí, pero en el día de hoy, otra preocupación más. Decir «Dawlish» ahora mismo nos lleva a todos a pensar en las imágenes de televisión, en las que la línea del ferrocarril parecía absorbida por esa horrible tormenta. En eso pienso. ¿Pasaré algo? ¿El viento se avivará aún más? ¿Volveremos a retrasarnos?

Al final, estuvimos parados entre las dos estaciones durante treinta minutos por el maldito problema de señalización. Todavía no nos han dicho cuál ha sido la causa exacta. Pero me estoy comportando bien. Intento mantenerme tranquila y me he disculpado con el vigilante por haber salido del tren. Durante un momento, me preocupó que insistiera en que bajara en la siguiente estación para hacerme un análisis médico. Temía bastante que todo el mundo pensara que era una especie de chiflada, pero el vigilante parece haberlo achacado al estrés y, ahora que sabe la historia completa sobre Ben, nos ha dado un lugar tranquilo delante, en la zona preferente, a Mark, a mí y al doctor al que sospecho que le han encargado la misión de echarme un vistazo, porque no para de dedicarle pequeñas sonrisas de disculpa a su mujer cuando levanta la vista de su libro.

—¿Se encuentra bien, Sophie? —dice.

—Sí, estoy bien. Gracias. No sienta que está obligado a quedarse y preocuparse por mí. Ya estoy perfectamente.

—No hay problema. Estoy leyendo este libro, así que grite si se siente mal.

Fuerzo una pequeña sonrisa, que capta la atención de Mark, e intento fingir que es otro trayecto cualquiera (chucu, chucu) y que soy una pasajera cualquiera pasando el tiempo mientras que, en realidad, repito un mantra en mi cabeza con el que le pido a un dios en el que no sé si creo que siga moviendo el tren. *Por favor.*

Nathan acaba de llamar a Mark. Ha estado en Somerset por temas de trabajo, pero ahora se encuentra de camino al hospital para tratar de resolver esta tontería de la identidad de los chicos. Me refiero a que, por Dios, tampoco son tan parecidos. Si pusieras sus fotografías una al lado de la otra, no tendrías problema. Estoy perdiendo la paciencia, pero el equipo médico parece muy estirado y deben seguir los protocolos. No podían retrasar la operación para identificarlos porque era demasiado urgente, pero querían que alguien reconociera a los chicos tan pronto como fuera posible. Sigue habiendo una confusión horrible. Por lo que la enfermera me dijo antes de que todo el mundo dejara de darme información, parece que un niño tiene un pulmón destrozado y el otro, un problema más serio en el bazo. Pero el personal ahora se atiende a las reglas y ya no nos darán datos más específicos hasta que se sepan los nombres de los niños.

Es una agonía tan grande. ¿Quiero que mi hijo sea el que tiene un pulmón destrozado? ¿O el que tiene el problema del bazo? Las dos cosas son horribles, pero la segunda parece mucho peor y me siento un monstruo al desear que la herida más seria sea la del otro niño, no la de Ben. El bazo. No quiero que sea el de Ben.

Así que sí, tendremos que esperar. Nathan está camino a Durndale y ha prometido que nos llamará si hay noticias cuando salgan del quirófano.

Mark me acercó el teléfono y yo intenté darle las gracias a Nathan, pero no me salían las palabras de la boca, por lo que se lo devolví. Siento que cualquier gesto de amabilidad es demasiado, como la belleza de esta parte de la costa. Por eso bajo la vista, tratando de desconectar de la mirada que el doctor me dedica y de la neblina de imágenes, porque son demasiado bonitas.

Gaviotas por el aire. La espuma blanca de las olas.

Miro al suelo, que tiene una especie de mancha (¿de café?), y prometo que, a partir de ahora, todo va a ser distinto en mi vida, que voy a cambiar y a aprender a ser mejor persona y mejor madre, si se me permite esto último.

# Capítulo 9

## Antes

La inspectora Melanie Sanders observó a su compañera de piso desde el otro lado de la mesa y echó el café de una gran cafetera en dos tazas de color rosa brillante.

—¿Te has pasado la noche viéndolo todo de «color de rosa»? —Melanie estaba bastante satisfecha con la broma que había hecho a esas horas tan tempranas, pero a Cynthia no le hizo gracia; se quejó y le mostró las manos para confirmar que el color de estas coincidía de un modo alarmante con el de las tazas.

—Se supone que tengo que terminar seis tapices para el viernes, pero no lo voy a conseguir.

Melanie sonrió. Cynthia, como muchos otros artistas, parecía vivir en un estado permanente de caos bipolar autoimpuesto. Arriba o abajo. Sin dinero o pagando todas las bebidas. Poco trabajo o demasiado. Nunca equilibrada. A pesar de las protestas, las cuales Melanie había aprendido a ignorar, le gustaba que Cynthia fuera así: adicta al drama, lo que pegaba con su estilo de vestir. Ese día, por ejemplo, llevaba una elección interesante: un mono color verde lima con botas militares negras.

Al comienzo de su amistad, Melanie había cometido el error de retarla. «¿Por qué no te buscas un trabajo, Cynthia? Ya sabes, algo nuevo para ti: vas todos los días y te pagan a final de mes». Pero la expresión de Cynthia se había vuelto tan dolorosamente desdeñosa que Melanie había aprendido a quedarse callada.

Miró hacia la habitación anexa, en la que había tres tendederos cubiertos de largas tiras de algodón teñido de varios tonos de rosa. Cynthia debía de haber estado despierta toda la noche, trabajando en su producto estrella del momento: alfombras de telas recicladas que hacía al estilo tradicional, tiñendo a mano el algodón y tejiéndolo hilo a hilo para crear estampados brillantes y contemporáneos. El efecto final era muy llamativo y el pedido de aquel entonces, realizado por un hotel *boutique* para usarlas como tapices, era impresionante. El problema era la extensión de pared que ocupaban. Habían encargado dos docenas de alfombras y, dado que Cynthia solía hacer solo dos o tres cada vez, el encargo le estaba dando problemas.

—¿Crees que podrás ayudarme, Mel? —Inclinó la cabeza y puso voz de niña pequeña llorando—. Oooh, nooo. Ya hemos pasado por eso, Cynthia. Dices que necesitas ayuda. Te puedes incluso creer que la necesitas, pero, en realidad, como he descubierto para mi desgracia, no aguantas que nadie se acerque a tu trabajo. De todas formas, tengo un nuevo caso en Tedbury, voy a estar ocupada. —Melanie había intentado que eso sonara difícil. No estaba preparada para admitir, ni siquiera a Cynthia, que el primer caso que le habían encargado desde su ansiado ascenso era un juego de niños para el departamento. Un caso de violencia doméstica.

—Pero yo pensaba que ya se sabía quién lo hizo.

—Sí, bueno. No podemos suponer que sea tan fácil. —El tono defensivo de Melanie la delató—. Estoy esperando todavía el informe forense y el registro de llamadas. Además, no está confirmado el motivo.

—Eh, perdona, pero he visto la foto de ese chico.

—Los rumores dicen que eran fieles.

—Sí, claro.

—Creía que ser cínica era mi trabajo.

—¿Va a sobrevivir la mujer? Porque, si no, no tiene mucho sentido.

—No lo sé. Voy a ir ahora al hospital. ¿Quieres algo de la ciudad?

—*Homity pie*.

—¿Perdón?

—*Homity pie*.

—¿Y qué narices es *homity pie*?

—Eres un caso perdido, Melanie. Yo le echo la culpa a toda esa comida

de la cafetería.

—Lo siento.

—No, no lo sientes. Y, para tu información, una *homity pie* es una fusión de patatas, cebollas y ajo envuelta en pasta quebrada.

—¿Una empanada?

—Me rindo.

Melanie sonrió. Había encontrado la casa en un anuncio cuando se había mudado a Plymouth. No esperaba quedarse, sobre todo después de confirmar que Cynthia era en realidad la propietaria de la azotea victoriana que daba a Peverell Park, pero que no disponía de ahorros para mejoras ni para calefacción central en las habitaciones ni ducha de hidromasaje. Sin embargo, Melanie había empezado rápido a apreciar el contraste: la locura de poner en remojo las lentejas y teñir algodón no podía alejarse más de su vida profesional, con sus borrachos, su violencia, sus prostitutas y sus delitos cutres, feos y, en este sentido, bastante insignificantes. Los asesinatos eran, en realidad, bastante poco comunes. Por eso estaba tan molesta de que le hubieran asignado el caso Tedbury. Cynthia tenía razón. No era una investigación criminal real. Si Gill moría, no habría nadie a quién culpar.

—Te veo esta tarde.

—Seguramente ahogada en un tanque de tinte color remolacha.



El hospital Durndale, como muchos de los rascacielos coetáneos, era tan deprimente en el exterior como la tristeza que contenía. Fuera, en la entrada principal, pacientes con sobrepeso vestidos con batas baratas se escondían de los encargados, asfixiándose con los cigarrillos. Su expresión mostraba, al menos a ojos de Melanie, que no sabían lo irónico que era su comportamiento. El interior era poco mejor. Paró un momento delante de la cafetería para ver las ofertas. Se decía que se iba a convertir en un bar de ensaladas, pero por el momento se encontró con más ironía en forma de pasteles de crema, donuts y salchichas.

—¿Tiene *homity pie*? —La camarera, una mujer de media edad, rechoncha

y con las mejillas sonrosadas por su proximidad a los fuegos, se encogió de hombros sin comprenderla. Melanie miró los pasteles y las empanadas y pidió disculpas.

Gill Hartley permanecía en cuidados intensivos en la cuarta planta. En realidad, no hacía falta que la visitara, pero Melanie quería observar de nuevo a la mujer que era el centro de la primera investigación que le habían dejado llevar a cabo desde su ascenso y su traspaso a Devon. Además, le habían prometido que podría hablar con el especialista al cuidado de Gill, que debía de estar a punto de hacer su ronda. Melanie necesitaba desesperadamente que la mujer se despertara; si no, Cynthia tendría toda la razón. El informe forense provisional no sugería que hubiera una tercera persona implicada.

El coma de Gill, según se había dado cuenta Melanie, no tenía nada que ver con la herida del cuchillo, sino con la popularidad de las encimeras de mármol. Se había golpeado la nuca de manera bastante estrepitosa mientras caía al suelo. Al parecer, una parte del cerebro había quedado al descubierto. De ahí, el coma inducido, para intentar darle tiempo a que la hinchazón disminuyera. Solo Dios sabía cuál era el daño real. La herida del estómago había supuesto una pérdida de sangre muy grande, pero ningún órgano importante había sido afectado. Tuvo suerte en ese aspecto.

«O quizás, no», reflexionó Melanie mientras miraba la habitación a través de las persianas, pensando en lo que se encontraría la desdichada mujer cuando se despertara. ¿Un posible daño cerebral? La cárcel, casi seguro. No oía nada desde el pasillo, pero se imaginó el inquietante sonido del ventilador y de otras muchas máquinas. Al lado de la cama, había una mujer de pelo gris, vestida con una chaqueta negra a juego con los círculos que tenía bajo los ojos.

Melanie vio cómo le cambiaba la cara a la mujer mientras entraba y le enseñaba su placa. A veces, su trabajo y su deber le hacían sentirse importante, todas las intrusiones estaban justificadas...

—Todavía no nos lo podemos creer.

... Menos ese día. Siempre era duro con las madres.

—Debe de haber sido una conmoción muy grande para usted, señora...

—Baines.

—Señora Baines.

—Eran tan felices... —Melanie no contestó—. O, al menos, siempre habían parecido tan felices...

La madre de Gill se removió en el asiento.

—Mire, no tenemos que hacer esto ahora, pero ¿se encuentra lo suficientemente bien como para contestar a algunas preguntas?

—¿Perdone? Ah, sí, claro. —Entonces se mostró nerviosa, mirando hacia su hija—. Aunque aquí no, por favor. Dicen que a lo mejor nos escucha.

Se quedaron de pie en el pasillo durante un rato mientras los visitantes las rozaban al pasar; algunos de ellos, totalmente perdidos: «Perdonen, ¿saben cómo se va a la cafetería?».

—Así que ¿no sabe si había algún problema, señora Baines, algo que le preocupara a su hija últimamente?

«Perdone, ¿esta es la planta de los rayos X?».

«Oiga, estamos teniendo una conversación privada, ¿me entiende?».

Por eso, al final se trasladaron a un pequeño hueco al lado de los ascensores.

—Cree que uno de los dos estaba engañando al otro, ¿no? O metido en algo ilegal. Aventuras. Drogas. Juego. Eso es lo que todo el mundo rumorea en Tedbury, ¿verdad?

—No creo que la especulación ayude, señora Baines. Estamos intentando comprender qué ocurrió.

No recibió respuesta, por lo que Melanie decidió retirarse y dejar que la señora Baines volviera a la habitación de su hija y cogiera un libro que estaba al lado de la cama.

Observó la mirada familiar y reconfortante de una madre leyéndole a su hija, y recordó cómo su propia madre se subía a su cama para contarle historias, imitando voces ridículas. Verlo la hizo sentir avergonzada, como una intrusa. Cuando la señora Baines pasó la página, Melanie se giró, dando gracias al ajetreo que había en el pasillo producido por el especialista y su séquito de estudiantes.

Estaba a punto de acercarse a él, mientras buscaba a tientas su cuaderno (seguía usando uno grande porque no era capaz de encontrar las gafas), cuando, al levantar la vista de su bolso, captó algo en el mismo pasillo, pero mucho más atrás. Un abrigo rojo. Un atisbo de pelo largo y oscuro. Lo

suficiente. La mujer con el niño apoyado en la cadera dio una vuelta de ciento ochenta grados y giró la esquina, pero algo en el estómago de Melanie, algo que nunca había sabido definir pero que no podía ignorar mientras trabajaba, la hizo correr por el pasillo.

—Perdone.

La mujer se giró, fingiendo sorpresa. El niño inclinó la cabeza, al parecer con timidez.

—Señorita Carter, ¿no?

Emma se puso rígida, agarrando con su mano libre una cesta pequeña con varias frutas.

—Inspectora, yo solo estaba... —Miró a su alrededor, a los letreros de las distintas salas y departamentos como si buscara inspiración, hasta centrarse de nuevo en Melanie, quien advirtió de nuevo sus peculiares ojos. Rayas extrañas de diferentes colores—. Solo traía algo para Gill, para ver cómo se encontraba.

—Es muy amable. Su madre está con ella. No sabía que se llevaban tan bien ustedes dos. No lo mencionó cuando hablamos. —Melanie adoptó la expresión silenciosa que tanto le había ayudado cuando se ponía el uniforme. También lo hizo esa vez. Esperó, manteniendo su cara de póker, a que Emma Carter hablara de nuevo, a que dijera algo que explicara la extraña expresión que esta mujer tan rara y sorprendente tenía en la cara.

# Capítulo 10

## Antes

Al principio, no sabía si debía ir a ese sitio. Mark creía que estar en nuestra zona favorita de Cornualles sería lo mejor para tratar de procesar lo que había ocurrido. Pero... ¿y yo?

Me preocupaba que esto estropeará ese lugar para siempre.

Si me hubieran preguntado por Lizard la semana anterior, habría deslumbrado y aburrido a mi interlocutor: habría dicho que conducir hasta allí hacía que se me relajaran los hombros, como desabrocharse el botón del cuello de una camisa demasiado ajustada, como si fuera un misterio, un descubrimiento que era mejor mantener en secreto a las hordas que hacían excursiones al norte, a destinos más conocidos y familiares como Rock y Padstow.

Conocer la península de Lizard es sinónimo de conducir por los parajes lisos y poco atractivos de las bases del Real Servicio Aéreo Naval, sonriendo internamente por saber el truco. Porque, a solo unos kilómetros en cualquier dirección desde las instalaciones valladas y poco atrayentes, había un festín de paisajes immaculados e inesperados: el impresionante río Helford, que era mejor explorar en barca; las tierras pálidas de tropecientos calas perfectas con espacio para jugar al críquet incluso en los meses de verano, y, por toda la costa, las orgullosas comunidades con sus cabañas de piedra blanca repartidas por las faldas de las colinas empinadas que terminaban en pequeños puertos.

Para mí, ese lugar siempre olía al pasado, a los días de vacaciones en habitaciones que no apestaban a plastilina, a pañales o a Eryplast, sino a

cruasanes, a café del bueno... y a sexo. Sí, a los días de esa Sophie distinta, antes de que nos casáramos, cuando tanto Mark como yo trabajábamos duro y jugábamos duro (ambos). Sexo diurno. Imagínáoslo. Café y tostadas, desnudos en la cama mientras nos lamíamos la mantequilla de los dedos. Los días de vacaciones y los fines de semana fuera de Londres tenían ese toque casi desesperado de habérselo ganado, de necesitarlo. Valioso.

Y ahí estaba yo, sentada en los escalones de esa conocida cabaña, con las manos tensas sobre los muslos, preocupada porque este año ese hechizo se rompiera, porque la magia desapareciera.

En el coche, había estado a punto de darme un ataque de pánico. Había sentido una urgencia repentina de girar y encerrarme en casa, pero, luego, en el retrovisor, había visto a Ben sentado en el asiento trasero, con su nueva caña de pescar en el regazo, por lo que, en lugar de eso, había abierto la ventanilla, fingiendo un golpe de tos para recuperar el aire, para tratar de calmarme.

No tenía ni idea de cómo se le decía a un niño pequeño que algo horrible había sucedido. Lo ideal sería no contarle nada, pero el problema es que notan el ambiente raro y se dan cuenta de los susurros y, obviamente, de los coches de policía y de las cintas azules y blancas. Lo único que le habíamos contado a Ben hasta ese momento era que algo muy triste había ocurrido en el pueblo, pero que él no se tenía que preocupar porque nos íbamos de vacaciones sorpresa mientras se arreglaba.

«¿Qué ha ocurrido, mamá?».

«Un accidente. Antony murió en un accidente, lo que es muy muy triste. Pero no te tienes que preocupar de nada. Ben».

«¿Nosotros vamos a morir en un accidente?».

«No, claro que no».

Estaba contento de estar allí. Un placer poco común con tan poca antelación y uno de los pocos lugares en los que toda la familia nos relajábamos. Las vacaciones eran siempre un reto porque Mark tenía que hacer malabarismos con el tiempo, ya que sus compañeros siempre querían los meses álgidos de verano. Por eso julio y agosto se habían alargado tanto y habían sido tan duros en Tedbury desde que había tenido a Ben. Me daba vergüenza admitir que, hasta la llegada de Emma con Theo, había temido los veranos en Devon. Hordas de turistas por todos lados y yo sintiéndome

paradójicamente sola por la sobrecarga de trabajo de Mark.

Por eso, esto era poco habitual, ir allí durante la temporada alta. Solíamos acudir en primavera o en otoño, pero Mark había conseguido esa reserva tardía porque conocíamos muy bien a los propietarios. Se suponía que un familiar iba a quedarse esa semana, pero lo había cancelado en el último minuto. Tuvimos suerte.

¿Suerte?

No, surrealista era lo que parecía. Con toda la conmoción que había en casa y ¿nosotros en este lugar?

Miré hacia arriba.

No había cambiado nada, la misma vista de siempre desde la cabaña. Los mismos árboles escalando con grandes zancadas por la colina contraria. El olor de las flores de los setos, más dulce que en casa y mezclado con la sal del viento.

Sí. Cerré los ojos para sentirlo, era lo que siempre notábamos y apreciábamos al llegar y lo que más echábamos de menos al volver a casa. El olor del mar.

—¿Te encuentras bien? —Escuché el tintineo cuando Mark dejó el vaso de vino en las escaleras, a mi lado. Abrí los ojos y levanté la mano izquierda para protegerlos del sol.

—Eso creo. Aún traumatizada, pero creo que tenías razón. —Extendí hacia él la mano derecha, que cogió y apretó con fuerza—. Huir no lo soluciona todo. Quiero decir, lo sigo viendo cada vez que cierro los ojos... Pero tenías razón: si nos hubiéramos quedado en casa, habría sido peor. Me habría vuelto loca.

Se sentó a mi lado, apretándome aún los dedos, mientras con la otra mano quitaba el musgo del escalón de piedra.

—Mira, Sophie, sé que a veces puedo ser un poco..., bueno, un poco desesperante porque nunca sé qué decir, pero sabes que puedes hablar conmigo, ¿no? O, al menos, intentarlo.

Incliné la cabeza. No había compartido muchos detalles, a eso se refería. Su expresión revelaba que no estaba cómodo, parecía horrorizado y me pregunté si le preocupaba que volviera a ese lugar horrible en el que había estado después de que naciera Ben. Le sostuve la mirada e intenté mostrarle

una pequeña sonrisa.

—Quiero escucharte, ayudarte. Sin prisas ni presiones. Cuando estés lista para hablar un poco... sobre eso, me refiero.

—Gracias. Lo intentaré, pero necesito, no sé, procesarlo primero. Me siento tan... —Hice una pausa—. No puedo encontrar las palabras correctas, Mark.

—¿Falta de imaginación?

—¿Perdón?

—La redactora creativa que no puede encontrar las palabras correctas. Siempre decías que era un buen trabajo al que renunciaste por mí. —Estaba intentando hacerme sonreír, lo que le agradecía, pero entonces se produjo un cambio, una sensación extraña en el estómago.

Me estaba mirando todavía a los ojos y me entristecía ser la primera que tuviera que apartar la vista.

¿La redactora creativa? Otra cosa que parecía surrealista. Seguía apareciendo en mi perfil de LinkedIn, pero era engañoso. Algunos días me costaba creer que lo hubiera hecho alguna vez, defenderme en ese mundo; no, mejor que eso, ser buena en él. Tonos, eslóganes, comentarios ingeniosos. A veces parecía que eso había ocurrido en un mundo paralelo.

Al principio, cuando nos mudamos a Devon, compartía todas esas historias con Caroline y con Heather. Las horribles horas nocturnas, despiertos para cumplir una fecha de entrega, las fiestas cuando conseguíamos un nuevo contrato importante. Una vez, después de tomar demasiado vino, les enseñé algunos fragmentos de una campaña que se había hecho viral.

—¿Tú escribiste esos anuncios? Los recuerdo, estaban en todas partes. En serio, ¿los escribiste tú, Sophie?

Tanto Caroline como Heather estaban sentadas con los ojos muy abiertos, incrédulas.

—¿Por qué narices lo dejaste?

Modifiqué el guion, le resté importancia a lo mucho que lo echaba de menos.

—Demasiadas horas, un campo muy machista... Además, la mitad de la gente toma drogas para soportarlo. Es imposible combinarlo con los niños, sobre todo si quieres ser una madre de verdad.



—¿Estás segura de que no quieres tumbarte, Sophie? —Mark seguía quitándose el musgo de los dedos.

—Sí, sí, estoy bien. Lo siento. Me he ensimismado.

—Nuestro hijo quiere barbacoa y no tus preciadas lubinas. —Su tono seguía fingiendo alegría y yo incliné la cabeza, emocionada de nuevo por sus esfuerzos y su paciencia—. El chico quiere hamburguesas, así que voy a llevarle al supermercado. Seguramente buscaremos también algún cebo congelado para pescar si la tienda sigue abierta. ¿Quieres venir?

—No. Si no te importa, creo que me voy a quedar aquí sentada. Espero que Helen llegue pronto a casa. —Miré hacia la única cabaña visible desde las escaleras, una casa de campo muy grande con doble fachada consumida por plantas trepadoras, a solo unos minutos por la carretera.

Deseé que viniera pronto y funcionó. Me estaba sirviendo un segundo vaso de vino cuando el conocido Volvo maltrecho rechinó sobre la gravilla de la carretera a medio hacer y se coló en el pequeño aparcamiento opuesto a la bahía.

Bill y Ben, un springer y un terrier, saltaron del asiento trasero y sortearon la valla para colarse por un agujero entre nuestros arbustos, llenos de babas y a punto de derribar el vaso con los rabos.

—Oh, eres tú, por fin. ¡Gracias a Dios! —Tronó la voz de Helen, puesto que su oído era una de las pocas cosas que denotaba su edad—. Ha venido gente horrible a esta casa este verano. —El pelo de Helen se había vuelto blanco, pero su piel seguía translúcida, sin ninguna arruga.

Cuando cruzó la valla para darme un abrazo, no pude resistirlo y me aferré a ella demasiado fuerte, demasiado tiempo.

—No puedo expresar con palabras lo mucho que me alegro de verte, Helen. —Se me quebró la voz, lo que hizo que se apartara suavemente hacia atrás, estirando al máximo sus brazos para poder escrutar mi cara.

—¿Qué te pasa?

Conocimos a Helen el primer año que descubrimos Lizard. Digamos que gracias a ella nos enamoramos muy rápido del lugar. Ella es la razón por la

que volvemos a esta cabaña.

Helen conoce a todo el mundo. Desde el principio, nos ofreció su tiempo y sus contactos, guiándonos hacia las mejores empanadas de Porthleven y hacia las mejores meriendas, las cuales se servían en una pequeña cafetería desde la que se veía el río Helford. En nuestra primera visita, le pidió a uno de sus amigos que nos llevara a pequeñas playas a las que solo se podía acceder a través del agua y nos indicó las mejores barcas en las que comprar pescado y cangrejos a precios muy bajos en varios de los muelles locales. Nos enseñó a abrir ostras y se mostró sorprendida y divertida al mismo tiempo ante mi aprensión inicial. Nos regaló champán cuando en nuestra tercera visita, siendo unos adolescentes risueños, le contamos que nos habíamos comprometido. Mark me había pedido matrimonio en Kynance Cove, movido por la magia del lugar, de forma totalmente improvisada. Helen estaba horrorizada. «¿Dónde está el anillo? ¿Estáis de broma? Y sin champán. ¿Qué eres, Mark, un maldito aficionado?». Entonces había entrado en casa y había vuelto con una botella fría de Pol Roger, aludiendo al hecho de que el champán fuera uno de los pocos placeres que se podía permitir ahora que el sexo estaba fuera de su alcance.

Helen se había quedado viuda con cincuenta años y, después, se había mudado a Lizard. Suponíamos que era así con todo el mundo: extrovertida, entretenida y con ganas de disfrutar de cualquier tipo de compañía para aliviar su soledad. Sin embargo, no. Los años nos habían enseñado que, para nuestra sorpresa, no era así. Los comentarios en el libro de visitas de nuestra cabaña revelaban que muchos consideraban a Helen una ermitaña gruñona que compartía sus favores, compañía y contactos solo con algunos de los elegidos.

—Estás blanca como el papel, Sophie. ¿Qué narices te pasa?

Luché contra las lágrimas, pero no estaba avergonzada. Siempre había sabido que podía hablar de cualquier cosa con Helen; la práctica y sensata Helen no iba a suspirar exageradamente como habían hecho los demás del pueblo, fingiendo compasión pero encantados en realidad de escuchar los detalles más morbosos. «Entonces, ¿había mucha sangre?».

—¿Has oído hablar del chico al que mataron en nuestro pueblo, en Tedbury?

—Sí, lo he leído en los periódicos y lo he visto en la tele. Horrible.

—Fui yo quien lo encontró. Y a su esposa. Eran mis amigos.

—Oh, Dios mío. —Helen, como era de esperar, no perdió el tiempo con obviedades que me volvían loca en el pueblo, sino que se levantó anunciando una pausa temporal para ir a por provisiones—. Olvídate del vino. Necesitamos algo más fuerte. Y también hielo. Vuelvo en un minuto. Cuida de los perros.

Volvió no solo con vodka, sino también con una bandeja de ostras.

—Veo que Mark ha sacado la barbacoa, así que te preparará algo quemado después. Aquí lo que necesitamos es fuerza.

Entonces, por primera vez desde el sábado, me vi a mí misma reír, lo que hizo que me sorprendiera y parara, conteniéndome.

—No te resistas, Sophie, retrasa la conmoción. Llorar está bien... Pero no lo hagas encima de las ostras, por favor. —Me pasó un pañuelo de su bolsillo—. Diluye el licor.

Para mi sorpresa, lloré durante bastante tiempo, pero Helen no intentó silenciarme en ningún momento. Cuando paré, me animó para que lo describiera, lo compartiera. «Déjalo salir, Sophie». Sin embargo, no se parecía a la agente de policía fisgoneando, era distinto. Por eso le hablé de toda la sangre, de mi conmoción al ver parte del cerebro de Gill, de que me había sentido culpable al reparar en las tazas de café naranjas y de que me encontraba en un punto extraño, como si recordara y relacionara cosas de un libro o una película, no de algo que había pasado de verdad en mi vida.

Helen, a cambio, no me pidió que dejara de hablar o que lo olvidara. En lugar de eso, parecía entender que necesitaba proyectar de nuevo la película para aceptarla. Me acompañó a través de cada escena y dijo que necesitaba hacerlo varias veces para acostumbrarme a ellas, a estas proyecciones.

Me dijo, como dato, que, durante los primeros dos años tras el infarto de su marido, revivió una y otra vez el momento en que lo encontró hasta que se supo cada fragmento de la escena, como si necesitara estar segura de cada jadeo de dolor y de cada segundo de lo ocurrido para aceptarlo y aprender a vivir con ello.

—La gente dice que intentes no pensar en eso. Tu propio instinto es no pensar en eso. Pero no funciona —dijo—. El truco está en aprender a lidiar con ese pensamiento, a aceptar lo horrible que fue. ¿Me explico?

Asentí, lloré, comí más ostras, bebí más vodka y le di gracias al cielo por tenerla en mi vida, por lo que, para cuando Mark y Ben regresaron, me dijeron que me veían mejor.

—Vuelves a sonreír, mamá.

Mark parecía aliviado y yo le sostuve la mano a Helen mientras los dos perros perseguían el disco que Ben les lanzaba una y otra vez.



Durante los siguientes dos días, Helen nos dio espacio, como era su costumbre, y solo intercambiamos saludos por la mañana y por la tarde. Pasé tiempo con mis chicos: excursiones, cartas, Monopoly... Pero cuando Ben y Mark salieron a pescar durante un día entero, me presenté en su puerta a primera hora de la mañana. Nuestra señal.

—Oh, ¿sándwiches de cangrejo? Estaba deseándolo. —Helen esbozó una amplia sonrisa.

Fuimos en el Volvo hasta Coverack, dejamos el coche en el aparcamiento oficial en lo alto de la colina y caminamos con lentitud por el paseo marítimo hacia nuestra cafetería favorita. Otro pequeño secreto: por fuera, parecía un lugar poco prometedor con sillas de plástico, mesas y avispas armando el caos alrededor de una enorme papelería que esperaba ser recogida por el ayuntamiento. Sin embargo, para los que lo conocíamos era un pequeño paraíso maravilloso con el mejor café de los alrededores y con sándwiches rellenos del cangrejo más dulce y fresco, traído directamente de los barcos locales.

Hicimos cola para darnos el capricho y tomamos nuestro desayuno en las rocas de la acera de enfrente, viendo a los niños en la playa.

—¿Qué tal te encuentras?

—Bastante mejor. Gracias, Helen. Mark tenía razón. Este lugar era lo que necesitaba. Ojalá Ben no empezara el colegio la semana que viene. La verdad es que no me quiero ir a casa.

—Bueno, ya sabes que te puedes quedar conmigo. Puedes venir cuándo quieras, ya lo sabes.

Entrelacé mi brazo con el suyo.

—Eres muy amable, pero tengo que pensar en Ben. Además, creo que ya nos hemos aprovechado bastante.

—No seas tonta. Como te he dicho, ha venido gente muy desagradable a esa casa. La semana pasada estuvo una pareja que se quejaba del ruido de las gaviotas. ¿Te lo puedes creer? Gaviotas cerca del mar. Ah, y no les gustaba el olor a aceite quemado de la estufa ni la ducha del piso de abajo. Ni siquiera consiguieron hacer funcionar la barbacoa porque no tenía interruptor de encendido y apagado. Una maldita pesadilla. Si fuera mi casa, les habría echado.

Sonreí y me coloqué el pelo detrás de la oreja antes de empezar a comer el sándwich. Un pedazo de cangrejo se me cayó en el pantalón, pero lo cogí y me lo llevé directo a la boca.

—En realidad, hay algo de lo que te quiero hablar —dije.

—Te escucho.

—Es que... Va a sonar muy egoísta...

Hice una pausa mientras Helen se terminaba lo que tenía en la boca y se lanzaba a por el café.

—Te estoy escuchando, Sophie.

—A ver, me siento fatal por Antony y Gill, totalmente conmocionada.

—Normal.

—Como te he dicho, esto va a sonar horrible, pero me sorprende lo enfadada que estoy.

—¿Por haber sido tú quien los encontrara?

—Sí, eso, supongo... Ay, Helen, pero también por el momento en el que ocurrió. Me refiero a que era la primera vez, desde hacía mucho tiempo, que empezaba a sentirme como mi antiguo «yo». Retrocediendo un poco, pensando bien las cosas, esta nueva amiga de la que te he hablado...

—¿Emma?

—Sí. Sé que la conozco desde hace poco, pero, si la conocieras, me entenderías. Te encantaría, Helen. Tiene una energía increíble; ha sido como un soplo de aire fresco para el pueblo y se ha portado muy bien conmigo. En serio, no tenía ni idea del bache en el que me encontraba. Ha hecho que piense en el futuro. Habíamos hablado incluso de retomar el plan de la charcutería,

antes de que sucediera este terrible incidente con Gill y Antony.

—Espero que estés de broma. ¿Después de todo lo que pasó con Caroline?

—Lo sé, lo sé, no te preocupes. Mark me ha leído la cartilla y, de verdad, entiendo su manera de pensar. Poner en marcha una nueva empresa requiere muchos esfuerzos y creo que obtendríamos poco a cambio de tanto sacrificio. Pero, al menos, me hizo pensar seriamente en volver a trabajar cuando Ben entre en el colegio. Sé que he cambiado muchas veces de idea sobre este tema, Helen, y que debes de estar hasta las narices de tantas idas y venidas, pero me acabo de dar cuenta de que no puedo sentarme a esperar a mi segundo bebé sin hacer nada. Así que estaba empezando a animarme, a barajar posibilidades en mi cabeza, y me parecía bien. Entonces... —Había estado susurrando, pero me falló la voz. Tosí. Paré.

—Mira, Sophie, te has enfrentado a una gran conmoción. Es inevitable que te sientas así. Siempre pensamos que este tipo de cosas pasan en otros sitios. En las noticias, no en nuestras propias vidas. Pero los lugares y las personas se recuperan de estas cosas. Tienen que hacerlo. Sé que no lo parece, pero solo necesitas darte tiempo. Lo mejor, desde mi punto de vista, es escucharte hablar así sobre volver a trabajar. Está bien, muy bien.

—¿Eso crees?

—Lo sé.

—Es irónico que nos mudáramos allí, al suroeste, porque pensaba que sería más seguro.

—Sí, pero es violencia doméstica, Sophie. Eso ocurre en todos los sitios en cualquier momento. Te mudaste por la mejor razón; Ben.

—Es verdad. Sé que es verdad. —Respiré profundamente—. No tienes que preocuparte. Todavía no he aceptado nada. Sobre lo de la charcutería, me refiero. No me gustaría decepcionar a Emma, pero, entre tú y yo, estaba pensando en un trabajo a media jornada. Quizás una agencia de relaciones públicas. Algo que me impida pensar en tirarme al cartero mientras Ben esté en clase.

Helen sonreía.

—Me parece una buena idea. Date tiempo para recuperarte de la conmoción por lo de tus amigos, deja que las cosas se calmen en Tedbury.

—Ah, ese es otro problema. Mark está pensando en la posibilidad de que

nos mudemos. Un nuevo comienzo... en la temida periferia.

—Bueno, seguramente tendrá miedo y querrá protegeros. Me refiero a que no debe de ser fácil para él lo de viajar por trabajo.

—Ay, madre mía, lo sé. Para serte sincera, me siento fatal porque tenga que conducir tanto, pero no creo que sea el momento para tomar decisiones importantes. Preferiría que reubicara la compañía, sobre todo si consigo algún trabajo para equilibrar nuestra economía. Eso fue lo que acordamos al principio, que él trasladaría la compañía más cerca.

—Díselo. Gana tiempo. Dile que lo entiendes, pero que no es el momento para grandes decisiones...

—Tienes razón. —Entonces, giré la cabeza para mirar hacia arriba, hacia el camino que se encontraba a cierta distancia y, de repente, la vi.

Helen frunció el ceño y giró la cabeza para seguir mi mirada.

—¿Estás bien, Sophie? Parece que hubieras visto un fantasma.

No respondí. En lugar de eso, pestañeé para reajustar mi visión. La tela roja del abrigo de lino se esfumó cuando la mujer dio media vuelta y corrió hasta desaparecer de mi vista.

—En serio, ¿qué ha pasado, Sophie? Estás blanca como el papel.

# Capítulo 11

## Antes

—¡Sal de ahí ahora mismo, Theo!

A Emma le dolieron las rodillas al agacharse para mirar debajo de la cama otra vez. Había sido un día largo y estaba cansada. No recibió ninguna respuesta. Theo, vestido con su espantoso disfraz, estaba en la esquina más alejada de la cama, envuelto en una manta y tapándose los oídos con las manos. El brazo que tenía fuera confirmaba que se había vuelto a pintar con un rotulador un pequeño pájaro rojo en la piel. Su nueva manía. ¡Maldita sea! Otra pelea a la hora del baño.

—Lo digo en serio, Theo. Baja a ver lo que has hecho. Además, tengo más preguntas sobre Ben y su mamá.

—No he hecho nada malo. Soy Superman y tengo poderes especiales. Puedo salir volando de la habitación ahora mismo si quiero. Puedo ir a buscar a mi petirrojo y volar hasta Cornualles para estar con Ben.

Emma se apoyó en los talones. Deseó que la tía Manzanita estuviera todavía viva. Sí, si viviera todavía, Emma llevaría a Theo inmediatamente a Kent y lo dejaría allí.

Ya lo había hecho más de una vez, incluso lo había dejado semanas cuando era pequeño y especialmente complicado. La tía Manzanita siempre se quejaba de que no era una buena idea, de que no era bueno para el niño, pero nunca se había negado, siempre acababa cediendo.

Durante esos días, Theo se estaba volviendo más y más insoportable. No contestaba a las preguntas sobre Sophie y Ben, solo ponía esa mueca ridícula y

la retaba; «¿Por qué no paras de preguntar sobre Ben y su mamá?».

—¿Has oído un golpe esta tarde, Theo, después de que volviéramos de casa de Heather? —Emma cambió de postura de nuevo para estirar sus doloridas rodillas, aunque siguió inclinada para poder mirar a su hijo.

—¿Es como en Francia? Porque yo no he hecho nada. Yo no rompí los platos de la yaya en Francia. Y hoy no he hecho nada malo. Lo prometo. Me he portado bien en casa de Heather, pregúntaselo a ella. —Theo estaba encogido haciéndose un ovillo, con las rodillas pegadas al pecho.

—Bueno, ¿por qué no vienes a verlo? Porque yo no me lo estoy imaginando. Lo digo en serio. Baja en dos minutos o te arrepentirás.

El teléfono comenzó a sonar. Emma miró, a través de la puerta abierta del dormitorio, al pasillo que llevaba hacia su mesilla de noche, pero decidió ignorarlo. Un minuto después, el móvil sonó de nuevo. ¡Maldita sea! Suponía que era Nathan otra vez para preguntarle dónde había estado, por lo que se levantó y se fue a la planta baja, donde no se la oyera.

Al principio, el tono de Nathan era dubitativo y arrepentido; estaba aún algo desconcertado porque ella siguiera adelante con el tema de la charcutería. Durante el último par de días, había intentado convencerla para que redujera el ritmo. Creía que estaba molestando a la gente del pueblo por continuar hablando con los albañiles mientras Gill estaba en coma y Antony, casi caliente en el tanatorio.

—Mira, entiendo que la gente esté en *shock* y que la vida en el pueblo sea distinta, que están muy unidos y eso, pero yo no conocía tanto ni a Gill ni a Antony, por lo que no lo comprendo. No puedo detener mi vida y no veo por qué se tienen que meter en lo que haga o deje de hacer.

—De acuerdo, la verdad es que Tom la tomó un poco conmigo anoche en el *pub*. Al parecer, hay un rumor estúpido por el pueblo...

—¿Un rumor? ¿Qué rumor, Nathan?

Se produjo una larga pausa mientras Emma se dirigía al salón para calcular los daños. Escuchó cómo Nathan le explicaba que las arpías del pueblo hablaban mal de ella, que tenían una impresión equivocada.

—Bueno, normalmente no me importaría, pero eso quizás explique algunas cosas. —Emma miró el ladrillo que había en el suelo—. De hecho, ¿podrías venir rápido a ayudarme? Acabo de llegar y ha pasado algo horrible.

Después de que le diera todos los detalles. Nathan cambió el tono y aceptó pasarse al cabo de una media hora. Emma colgó y cogió el ladrillo mientras Theo aparecía en el umbral de la puerta.

—Por fin Superman ha hecho su aparición.

—He hecho la mochila. Me voy a Cornualles a ver a Ben.

—Bueno, que tengas suerte, chaval, porque va a ser un paseo bastante largo. ¿Ves esto, Theo? —Emma cogió el ladrillo embarrado e indicó con la cabeza la ventana rota, que daba al jardín—. Todo esto es culpa tuya.

—Yo no he hecho eso.

—No estoy de acuerdo. ¿Sabes qué ha pasado aquí?

Theo negó con la cabeza y Emma vio que se le llenaban los ojos de lágrimas mientras miraba los cristales esparcidos por el suelo.

—Eres un chico muy malo y volviste a morder a mamá anoche, cuando te estaba bañando. —Soltó un largo suspiro. Lo había hecho mientras le quitaba uno de esos estúpidos petirrojos pintados con rotulador. Theo había cogido la costumbre de garabatearse en secreto petirrojos en la parte superior del brazo y odiaba que se los borrara—. Porque es muy muy malo morder y la gente siempre se entera de estas cosas. Has hecho que todo el mundo en Tedbury nos odie.

Le dio la vuelta al ladrillo, manchándose las manos de barro húmedo.

—Haces que todos se enfaden, da igual dónde vayamos. Esa es la verdad. Hiciste que la abuelita Lucy se enfadara cuando vivíamos en Manchester. Hiciste que la yaya se enfadara cuando vivíamos en Francia. Y ahora has hecho que todos en Tedbury se enfaden. Bien hecho, Theo. Un trabajo excelente.

Theo estaba llorando y Emma cogió aire. Miró el reloj, tratando de decidir si tenía tiempo para darse una ducha antes de que Nathan llegara. No, seguramente no.

—Lo estropeas todo, Theo. Da igual dónde vayamos o cuánto lo intente, tú lo echas todo a perder.

# Capítulo 12

## Antes

Matthew Hill estaba cortando un plátano grande en pequeños trozos mientras miraba a su hija en la trona. Llevaba cuatro años fuera del cuerpo policial y uno como padre. No podía creerse el cambio drástico que había dado su vida.

—¿Quieres que le ponga plátano a la tostada, cariño? —Ya sabía cuál iba a ser la respuesta porque su hija, de momento, solo tenía una palabra en su vocabulario.

—No. —Ella sonreía.

Matthew intentó sonreír también, pero lo hizo con los dientes apretados. Tras meses preguntándose si la primera palabra de Amelie sería «mamá» o «papá», la realidad les había golpeado a él y a su mujer.

—Quieres decir «sí», ¿verdad? Te gusta el plátano. Di: «Sí, papá».

—No.

Puso el plátano en el plato de princesas rosa brillante de su hija, junto con las tiras de tostada. Amelie, aún radiante, se lo comió inmediatamente.

—¿Ves? Querías decir «sí». A Amelie le encantan los plátanos. «Sí».

Seguía sonriendo mientras masticaba el desayuno, mostrándole a su padre un trozo de plátano aplastado entre sus dedos para que él lo viera. Matthew se inclinó hacia delante y comenzó a hacer exagerados sonidos de mordiscos, fingiendo que se comía el desastre aplastado antes de servirse otra taza de café. Cinco minutos más tarde, cuando Sally volvió de echarle gasolina al coche, le dio la bienvenida con su nueva teoría sobre el vocabulario contradictorio de su hija mientras encendía la tetera.

—¿Crees que le decimos a Amelie demasiadas veces que no? ¿Será ese el problema?

—No, Matt. El problema es que tiene la mitad de tus genes.

Golpeó su hombro contra el de su mujer, jugueteó, y le sacó la lengua antes de acercarse al fregadero para lavar la cafetera y rellenarla con granos de café frescos.

Matthew vio como su mujer se inclinaba para darle con delicadeza un beso en la frente a su hija. Le volvió a atrapar esa leve sensación de incredulidad.

Sus dos chicas preciosas.

Buscó en su teléfono las notas de aquel día al tiempo que preparaba las bebidas. Su vida como detective privado no era lo que esperaba, pero tenía algunas ventajas significativas. Al menos podía organizar sus horas de trabajo alrededor de los planes de Sal. Llevaba con la agencia el tiempo justo para poder elegir de vez en cuando los trabajos. Comenzaban a aumentar las consultas sobre temas de seguridad, lo que significaba —«¡aleluya!»— que podría desconectar de los temidos divorcios. ¿Ese día? Tenía dos casos de personas desaparecidas. Bien, eso le gustaba.

—¿Algún paseo esta mañana? —Sal estaba colgando el abrigo del respaldo de la silla. Caminar era el otro escalón que su hija tampoco había superado, dispuesta a seguir con las ventajas que ello conllevaba.

—No, solo ha arrastrado el culo. Mi teoría es que va a pasar directamente a correr, ¿a que sí, Amelie?

—No.

Ambos soltaron un pequeño resoplido: una media carcajada de amor, exasperación y preocupación, todo incluido en el mismo nudo parental.

Matthew dejó a un lado el móvil y cogió el mando a distancia para ver las noticias. Zapeó a través de los canales de la pequeña televisión de la cocina antes de toparse con una imagen familiar del pueblo. Un periodista hablaba de los últimos datos conocidos sobre el caso Tedbury. Matthew sintió una incómoda tensión interior que le hizo elevar el volumen.

—¿Ese no es el sitio en el que tuviste un caso? —Sal le añadió leche a los cafés recién hechos.

—Shhh. —Matthew escuchó con atención mientras el reportero confirmaba la identidad del hombre al que habían matado—. Jolín, eso no es bueno.

—¿Por qué... «jolín»? ¿Qué pasa? —Los dos se habían tenido que acostumbrar a no decir palabrotas delante de su hija por miedo a que aprendiera a soltar taco antes de que se dignase a decir «mamá» o «papá». Matthew estaba intentando procesar esa nueva información. ¿Antony Hartley? Sintió cómo se le arrugaba el ceño profundamente y cogió aire con lentitud. Debía de ser una coincidencia. Tenía que serlo...—. Creía que estabas trabajando en un asunto relacionado con la planificación. Investigando. —Su mujer se había sentado al lado de su hija, la cual le ofreció compartir el puré de plátano.

—Lo era.

—Así que no está relacionado con este caso. Quiero decir, no estás metido en ningún lío, ¿no. Matt?

—Espero que no. Seguramente sea una coincidencia poco afortunada, pero tendré que investigar un poco más para asegurarme de que no tengo que revelar ciertas cosas. A los de homicidios, me refiero.

Matthew torció la boca hacia un lado y empequeñeció los ojos. Tenía un amigo que trabajaba en la científica; tendría que comprobar si era un claro caso de violencia doméstica, sin ninguna tercera persona implicada...

—¿Seguro que no hay nada que me estés ocultando? —Su mujer parecía ahora más preocupada, por lo que Matthew compuso un gesto más alegre y serenó su expresión.

Desde que Amelie había nacido, había intentado quitarle importancia a sus preocupaciones del trabajo. Cuando estaba en el cuerpo, había visto muchos matrimonios disolverse. Pero no fue por eso por lo que abandonó la policía; Matthew Hill había dejado el cuerpo por razones en las que prefería no pensar.

En esos momentos, daba las gracias por lo que tenía y mantenía el trabajo separado de su vida familiar. Miró de nuevo a su adorable hija, que sujetaba un trozo de plátano aplastado en cada mano. Luego, se giró hacia su esposa, quien parecía seguir intranquila.

—Te prometo que si al final hay algo de lo que preocuparse, te lo contaré. —Sal giró la cabeza y le miró, poco convencida, por lo que Matthew se giró hacia su hija para pedirle—: Dile a mamá que deje de preocuparse, Amelie.

—¡No!

# Capítulo 13

## Antes

Miré los dos puzles que había sobre la enorme mesa de café. La Patrulla Canina para Ben y una escena costera para Mark y para mí. No habíamos avanzado mucho con el nuestro. El cielo, como siempre, era exasperante. Me puse de rodillas en el suelo, luego, me senté sobre mis talones, mirando las decenas de piezas azules idénticas que Mark había dejado a un lado.

«¿Por qué no pondrán más nubes, Sophie? Esto es ridículo...».

Lizard nos aficionó a los puzles: típico pasatiempo de unas vacaciones en una cabaña, pero bienvenido. Se había convertido en una costumbre, antes incluso de que naciera Ben. Durante nuestras primeras visitas, Helen se unía a nosotros algunas tardes, traía un buen vino y su ojo de halcón. Para sorpresa de Mark, colocaba rápido una pieza difícil que nos llevaba horas confundiendo. «¿Cómo lo haces? En serio, ¿cómo lo haces, Helen?».

Intenté colocar alguna de las restantes en la esquina superior derecha del puzle.

—Sois un desastre, mamá. —Ben estaba, de repente, de pie a mi lado.

—Muchas gracias, cariño.

—Yo casi he terminado el mío.

Miré el segundo puzle. Tenía el setenta y cinco por ciento completado, por lo que lo apreté contra mí y le di un beso en la frente como felicitación.

—Theo también es un desastre con los puzles. Siempre le gano.

—Bueno, Theo es un poco más pequeño, ¿recuerdas?

—Da igual, no importa. Los puzles son un rollo. Nos gusta más cuando nos

dejas jugar en el móvil...

—Shhh. —Me puse el dedo en los labios, haciendo una mueca por nuestro secreto de «mala madre» justo cuando Mark apareció en el umbral de la puerta con dos mochilas y el equipo de críquet de playa.

—¿He oído algo de juegos en el teléfono?

—No. —Ben hizo una mueca.

—Entonces, ¿sigues estando demasiado cansada para unirme a nosotros? —Mark sonrió mirándome, antes de coger sus gafas de sol de la encimera de la cocina.

Solté un suspiro. Había intentado no molestarle la noche anterior, pero había sufrido insomnio y había acabado levantándome para preparar un té y leer un par de horas. Él suponía que se debía a los *flashbacks* de Gill y Antony, y así era. En parte. Pero no le podía contar lo nuevo que se me pasaba por la cabeza. No me atrevía...

—Sí, ¿te importa si no voy? Lo siento, Ben, pero mamá va a hacer el vago esta mañana. Prepararé un picnic y, luego, me juntaré con vosotros. Os mandaré un mensaje cuando esté de camino y podemos jugar al críquet esta tarde.

—Está bien, cari. Relájate y nos vemos luego. —Mark cruzó la habitación para inclinarse a darme un beso, y me susurró que me había «pillado en lo de los juegos del móvil». Sonreí.

Sentía de verdad decepcionarlos, pero estaba mareada debido al cansancio. Además, lo veía todo un poco borroso a los lados, aunque no le iba a contar eso tampoco; no quería preocupar a Mark. Pensaba esperar hasta que se me pasara. Descansar.

Cuando oí que la puerta se cerraba, volví al sofá, puse las piernas sobre el respaldo y tiré de un trozo de algodón deshilachado del puño de mi camisón.

No me sorprendía que la escena de Gill y Antony me siguiera impidiendo dormir, había aceptado que me llevaría un tiempo asumirlo. Pero ¿cuál era el problema entonces? Me sentía confundida, porque ahora no eran solo los *flashbacks* de la casa de Gill los que me inquietaban. Observé la zona del acantilado en el puzle (más o menos un tercio completado) y fruncí el ceño.

La cuestión era que no podía ser ella a quien había visto el día anterior. O era su doble con la extraña coincidencia de que llevaba su abrigo o me lo

había imaginado. De lo contrario, no tenía sentido. Pensé en mi cansancio y en el estrés. Sí. Lo más probable era que mi mente me hubiera jugado una mala pasada.

Sin embargo, curiosamente, no podía dejarlo ir, quería contárselo a alguien para aclararme las ideas. Intenté llamar a Emma de nuevo, pero me saltó el buzón de voz. Ya le había mandado dos mensajes y no quería parecer paranoica ni molestar.

Torcí la boca y me mordí los labios varias veces. Finalmente, busqué a Heather entre mis contactos, me puse el teléfono en la oreja mientras, a través de la ventana, el sol surgía de detrás de una nube para iluminar toda la habitación.

—Hola, Sophie. ¿Todo bien? —Parecía estar sin aliento, como si fuera andando—. Creía que ibas a descansar de todos nosotros.

—Perdona. Quería saber si había alguna noticia de Gill. El hospital no me dice nada porque no soy familiar suyo.

—Me sentí culpable por esa verdad a medias. Sí que me preocupaba el estado de Gill, pero no era por eso por lo que llamaba.

—Su madre dice que no se ha producido ningún cambio. Sigue en el coma inducido. Pero, en serio, cariño, necesitas dejar de pensar en eso, tomarte un respiro y descansar.

—Lo sé y lo estoy intentando. Me preguntaba si sabías algo de Emma. No consigo contactar con ella.

Se produjo una pausa.

—No es nada urgente. No me contesta al teléfono y quería comentarle una cosa.

Entonces lo recordé con más fuerza. El abrigo rojo y el pelo oscuro recogido, en lo alto del acantilado, mientras miraba hacia arriba comiéndome el sándwich de cangrejo junto a Helen. Sabía que no podía ser ella. Sabía que mi mente era un caos horrible. Cansada, engañosa. Pero la cuestión era que sí se parecía a ella, incluso de lejos... Incluso creía haber visto la luz del sol reflejada en la característica hebilla enorme de su cinturón.

—Ni idea, cariño. Ayer estuvo fuera persiguiendo a algún contacto de negocios. Me quedé con Theo todo el día, pero no sé dónde está ahora. ¿Quieres que la llame, que la busque?

Sentí un extraño escalofrío, confundida.

—No, no, esperaré. Se enfadará si se entera de que estoy preocupada. Le prometí que descansaría, que desconectaría. Por favor, no se lo cuentes.

—De acuerdo. Oye, estoy en el jardín y tengo prisa. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, el descanso me está ayudando, lo necesitaba. A la vuelta te veo.

Dejé el teléfono a un lado y me quedé mirando un nudo en la madera del suelo desnudo hasta que me escocieron los ojos. La llamada había empeorado las cosas, en vez de mejorarlas. No sabía qué pensar...

Entonces sonó el timbre. Me alegré de ver que Helen se había dado cuenta de que los chicos se habían ido, y pronto apareció en la cocina con una bolsa de mejillones y dos cangrejos que metió en la parte superior de la nevera.

—Perdona por estar todavía en camión. No he dormido muy bien.

—¿*Flashbacks*? —Se giró con una expresión que denotaba una preocupación real.

Asentí. Le preparé un café y yo me calenté agua con limón mientras jugueteaba con la idea de si debía o no decirle lo que se me pasaba por la cabeza. No podía compartirlo con Mark porque ya pensaba que mi amistad con Emma nos estaba separando demasiado, como para añadirle alucinaciones a la mezcla.

—En realidad, tengo que confesarte una cosa, Sophie, He venido porque estoy preocupada por ti. Ayer, en la playa... Nunca te he visto tan desorientada.

La miré a los ojos. No quería parecer delirante, paranoica. Ay, demonios, ¿qué tenía que perder? Helen no me iba a juzgar.

—Creo que me estoy volviendo loca. Ayer pensé de verdad que había visto a mi amiga Emma. En el acantilado, mirándonos. Es totalmente ridículo. Una equivocación, claro. No podía ser ella, pero me desconcertó porque mi cerebro en ese momento me decía que sí era ella... Casi como una alucinación.

Helen parecía muy preocupada.

—¿Por qué estabas tan convencida de que era ella? De lejos, mucha gente se parece. No lo entiendo...

Me quedé callada. Sabía que iba a sonar raro y esperaba ser sensata y

asumirlo como lo que era, un error inofensivo e intrascendente.

—Tiene un abrigo rojo llamativo. Es muy creativa, siempre viste muy bien, y cambió la hebilla del cinturón del abrigo por una grande y bonita y pensé...

—Torcí la mirada, avergonzada. Me sentía indecisa e incluso más confusa de repente, porque decirlo en voz alta hacía parecer que hablar sobre eso era, de alguna manera, desleal hacia Emma—. Oh, no importa. No me hagas caso; me preocupa que me esté volviendo loca, que haya empezado a ver cosas.

Me incorporé rápido con la intención de ir a mi dormitorio a ponerme algo de ropa antes de continuar, pero entonces, para mi desgracia, todo se volvió borroso.

Lo siguiente que sentí fue un dolor extraño en la mejilla y en la pierna. Por alguna razón, estaba en el suelo, con la voz de Helen a mi lado.

—Vale, tranquila, Sophie. Estás bien, solo te has desmayado. He conseguido cogerte mientras te caías, por lo que no creo que te hayas hecho daño, pero quédate quieta, querida. ¿Me escuchas? Respira profundamente...

# Hoy

18.15

Ya hemos pasado Dawlish. No ha habido ni olas ni derrumbe. Todo va bien, pero nos quedan muchos kilómetros y aún no nos han llegado noticias de Nathan.

He cogido el móvil de Mark, porque el mío no sirve para nada, con la intención de mandarle un mensaje a Helen, pero no hay señal, por lo que tampoco hemos recibido respuesta de ella. Dijo algo sobre ir a visitar la ciudad de Truro, por lo que le había preguntado si podría ir al hospital, por si llegaba antes que Nathan... y que nosotros. A Ben le gustaría.

*Ben.*

Sigo imaginando que se despierta solo y asustado, llamándome, confundido por la morfina o lo que sea que les den a los niños tras una operación.

Le he preguntado a la enfermera si podría llamarme cuando uno de los chicos se despertara, pero me ha dicho que desorientaría al niño. Y yo he leído entre líneas que no quieren que Theo hable conmigo accidentalmente hasta que no sepan lo que ha sucedido en la operación de su madre.

¡Qué desastre más horrible!

Sigo pensando en el artículo que leí una vez en el suplemento dominical; estaba escrito por una madre que había tenido que sentarse al lado de su hijo durante tres noches en la unidad de alta dependencia del hospital. No sabía si iba a vivir o a morir y tuvo que estar ahí sentada, oyendo las máquinas pitar y viendo los números que registraban sus niveles de oxígeno y el ritmo de su

corazón. Decía que tenía miedo de dormirse e incluso de ir al baño por si ocurría lo peor mientras estaba fuera. Lo escribió porque, aunque el hijo se había recuperado, ella nunca lo había hecho.

Recuerdo que, cuando leí el artículo, pensé que debía de ser lo peor del mundo estar sentada al lado de tu hijo, viéndole pasar por todo eso. Sin esperanzas. Ahora, claro, me doy cuenta de que hay algo mucho peor: no poder sentarte al lado de tu hijo mientras pasa por todo eso.

Quizá sea la venganza por todo el sexo desperdiciado y por no valorar a Ben, por no haber estado satisfecha con un solo hijo y por haber anhelado con tantas ganas y de manera tan egoísta al otro.

Pienso en todo el tiempo que podía haber pasado feliz y satisfecha, en lugar de obsesionada con las tablas de ovulación. Pienso en todo el buen sexo que tuvimos Mark y yo hace mucho mucho tiempo. Y sí, en todo el mal sexo y en las discusiones mientras intentábamos concebir un bebé según el calendario y mi temperatura corporal.

Mark ha abandonado su asiento hace una eternidad, pero, de repente, aparece en el pasillo con otro paquete de bebidas. Café para él y para mí y té para el doctor y su mujer como agradecimiento.

Cojo el café a pesar de saber que no me lo voy a beber. Solo puedo pensar en Ben.

Cierro los ojos mientras me caliento las manos con la taza y escucho el traqueteo del tren. Chucu, chucu. Ahora lo entiendo...

Es el karma por haber hecho que nos mudáramos a Devon, por insistir de manera tan egoísta, pero, sobre todo, por no valorar la maternidad.

# Capítulo 14

## Antes

### *LIBRA*

*Ten cuidado. A veces, cuando releemos lo que hemos escrito, leemos lo que queríamos escribir, no lo que está en la página. Y, a veces, cuando escuchamos, oímos lo que esperamos oír, no lo que se dice...*

Lo primero que noté cuando volví a Tedbury fue que el cordón policial había desaparecido. En la cabaña rosa pálido de Gill y Antony, las cortinas seguían echadas, como si fueran ojos cerrados que evitan la luz del día, pero, al menos, la horrible cinta azul y blanca ya no estaba. Me di cuenta también de que alguien había regado las macetas que estaban a ambos lados de la puerta azul oscuro. Las petunias de Gill estaban resplandecientes, con la cara vuelta hacia el sol de media tarde. No entendí por qué eso me molestó, pero me pregunté a quién se le había ocurrido hacerlo y me sentí inquieta al considerar si lo habrían hecho abiertamente, regándolas a la luz del día, o si se habrían movido con lentitud en la oscuridad.

Las petunias seguían en mi cabeza mientras deshacía las maletas, arrojando pilas de ropa sucia en el suelo de la habitación. «Es duro, pero la

vida sigue. Sé fuerte». Eso es lo que Helen me había dicho antes de que nos abrazáramos para despedirnos, y tenía razón.

El doctor estaba en lo cierto. Antes de la conmoción por los Hartley, me había quedado atrapada dando vueltas en un mundo de espera. Echándole la culpa al futuro bebé. No me sorprendía que lo hubiera sobrellevado tan mal, que hubiera montado un espectáculo en Cornualles, que hubiera empezado a imaginarme cosas..., que me hubiera desmayado.

—Ya basta, Sophie.

—¿Perdón?

Mark estaba de pie en el umbral de la puerta. Llevaba puesta su camisa favorita, de color turquesa claro, la que le quedaba tan bien. Le observé y me sorprendió lo guapo que seguía siendo. ¿Por qué me fijaba tanto en sus pequeños defectos? ¿Por qué discutía con él sobre cualquier cosa? ¿Por qué lo hacía? ¿Así acababan todas las parejas o era por culpa de la espera del segundo hijo? O por todo el tiempo separados...

—Ah, nada. Estaba pensando en voz alta. —Incliné la cabeza—. Sabes que sigo odiando que tengas que conducir tanto, ¿verdad? —Era cierto. Había confiado de verdad en que para ese entonces hubiera trasladado su negocio, que hubiéramos resuelto nuestros problemas geográficos.

Cuando él entró en la habitación, comencé a organizar la ropa en montones: negro, blanco y mezcla.

—Sí, lo sé. —Hizo una pausa—. Por cierto, parece que estás mucho mejor.

—Lo estoy. He tenido una buena charla con Helen. Mark, tengo que intentar superarlo y organizar mi vida en lo que respecta al trabajo.

Hizo una mueca.

—No te preocupes. No voy a apresurarme, pero cuando las cosas se calmen, voy a volver a trabajar. Ha pasado ya mucho tiempo. Además, si volviera a contribuir en casa, quizás podrías reducir un poco la distancia y trasladar tus negocios fuera de Londres.

—Creía que los dos estábamos de acuerdo en que la charcutería es lo último que necesitas. Y, siéndote sincero, no creo que consigas mucho dinero con ella, Sophie.

—No me refería a la charcutería. Aún no he tomado una decisión sobre

eso. Pero creo que te opones solo porque Emma está implicada.

—Eso no es justo.

—¿No? —Me detuve—. Mira, no quiero discutir y no quiero que te preocupes. La verdad es que comienzo a estar de acuerdo con que la charcutería quizás no sea el mejor modo de avanzar, pero necesito hacer algo, Mark. Sobre todo después de lo ocurrido. Necesito salir un poco de este pueblo. Tener una rutina distinta.

—¿Y Ben?

—Ben va a empezar el colegio. Ya ha tenido bastante mamá y todo va a ir bien. Necesito hacer algo por mí misma. Al menos, hasta que...

Otro error. Tenía que dejar de adoptar esa posición por defecto, dejar de conectarlo todo con mis ovarios, dejar de desplazar cada decisión, dónde viviríamos y lo que haría hasta que en nuestra familia fuéramos cuatro.

—De acuerdo. Entiendo a qué te refieres. Pero ¿seguro que no te apresurarás? Espero que podamos hablar un poco más sobre lo de mudarnos. Al menos, que lo consideres antes de que Ben esté demasiado asentado en el colegio del pueblo.

Me senté en el borde de la cama y le miré con atención. Cómo odiaba ese bloqueo geográfico. Estaba confusa. Me sentía desorientada después de lo de Gill y Antony, pero no podía enfrentarme a una mudanza, y esperaba que el sentimiento de incomodidad pasara. ¿Lo más importante? Me encantaba sentirme apoyada por Emma y tenerla cerca, y no quería perder su amistad. Madre mía, quizás por eso la había evocado en Cornualles. Era casi como cuando me gustaba alguien en el colegio. Había empezado a pensar de manera distinta sobre Devon cuando Emma había aparecido y esperaba poder sacarle partido a eso. Sin embargo, al mismo tiempo, me sentía muy culpable por el precio que Mark seguía pagando.

—¿Podemos darnos algún tiempo para reorganizarnos, Mark, no tomar grandes decisiones por el momento? —Me acordé de las palabras de Helen—. Sé que no puedes seguir desplazándote para trabajar toda tu vida, pero necesito darle al botón de pausa. ¡Por favor! Quizás en el futuro podríamos considerar Exeter o Bristol, ¿no?

—Mis clientes me necesitan en Londres.

—¿Por qué no dijiste eso cuando compramos esta casa? Creía que la idea

era reubicar el negocio.

Se produjo una larga pausa mientras Mark miraba al suelo.

—Lo calculé mal. He aceptado a demasiados clientes que me necesitan en Londres.

—Pero hay muchas empresas mediáticas que prosperan fuera de Londres. —La confesión de Mark era preocupante. El alquiler de su oficina había caducado hacía poco y había trasladado sus negocios a instalaciones un poco más grandes. Había supuesto que lo de quedarse en Londres seguía siendo una fase. Solo un par de años más... Ya no estaba segura.

Mark levantó las manos simulando que se rendía.

—De acuerdo. Lo primero es lo primero... —No quería volver a tener otra discusión—. Voy a poner a lavar esto y llamaré a la tienda para ver si alguien sabe algo más sobre cómo está Gill. —Balbuceé que había intentado llamar al hospital varias veces desde Cornualles, pero que solo compartían información con familiares, por lo que esa era mi primera oportunidad real de conseguir una actualización completa de la información.

Me dirigí escaleras abajo hacia el lavadero, metí la ropa en la máquina a toda velocidad y descolgué la bolsa de red que había detrás de la puerta, mirando el reloj. Diez minutos para que cerraran. Compraría solo leche y pan. ¡Ah! Y chocolate para Ben por haberse portado tan bien en el coche.



Delante de mí, en la cola, la señora Richards tenía su brazo entrelazado con el de su vecina. No recordaba el nombre de la otra mujer.

—Bueno, por lo que he escuchado, esa Emma es fría como el hielo. La policía ha estado indagando de nuevo, comprobando lo de su herencia... —La señora Richards no se molestaba siquiera en bajar la voz.

—¿Quién te ha contado eso? —La vecina, al menos, tenía la decencia de susurrar.

—El chico del taller conoce a alguien en la oficina de investigación. Cree que van a desenterrar a su madre... ¡en Francia!

Hice una mueca de sorpresa.

—¿Eso es legal?

—Ah, sí. Se dice que recibió una gran herencia. Así es como se pudo permitir comprar Priory House. ¿Y sabes que fue la última que vio a Gill? — La cabeza de la señora Richards comenzó a hacer pequeños movimientos espasmódicos—. ¿No he dicho yo siempre que había algo raro ahí...? —De repente, Alice Small, que estaba cerca de ellas, le dio un fuerte empujón en la espalda. Ambas mujeres se giraron y se sonrojaron.

—Oh, Sophie, has vuelto.

—Sí.

—¿Cómo lo llevas, querida? Un tema espantoso, espantoso.

—Estoy bien, gracias. ¿Hay alguna noticia más del hospital, sobre Gill?

—Me temo que no se ha producido ningún cambio todavía.

Las dos mujeres se giraron de nuevo. De pronto, todo se quedó en silencio, solo el sonido metálico de la caja registradora interrumpía esa nueva incomodidad. Esperé lo que me pareció una eternidad a que me atendieran.

Cuando volví por fin a casa, continúe deshaciendo las maletas, pero mi mente permanecía todo el tiempo en esa tienda. Solía ignorar los cotilleos de las malas lenguas de Tedbury, pero ¿qué narices ocurría?

Le mandé un mensaje a Emma: «He vuelto y me encuentro mejor. ¿Estás bien? Sophie. Besos».

—¿Me has traído el chocolate, mamá?

*Maldita sea.*

—Voy a ir a la gasolinera ahora, pequeño.

—Pero papá dijo que lo traerías de la tienda.

—Se me ha olvidado, ¿vale? Lo siento de verdad. Voy ahora mismo.

El segundo trayecto me llevó veinte minutos. La tienda ya había cerrado y había un tractor bloqueando la carretera secundaria que conducía a la gasolinera más cercana. Entonces, con dos barritas de chocolate en el asiento del copiloto, coloqué el coche en el borde externo de Priory House, en el camino de entrada. Seguía sin recibir respuesta de Emma. Dejé el motor encendido y probé a llamar al timbre. Nadie contestó, por lo que di la vuelta por uno de los lados de la casa, donde, para mi sorpresa, la enorme ventana de la cocina que se unía a la sala de estar estaba sellada con un parche formado por varios tableros de contrachapado encajado. Dentro, todo estaba oscuro y

en silencio. Intenté llamar a Emma, pero me saltó directamente el buzón de voz.

Volví al coche y aparqué en la plaza del pueblo. Corrí a casa de Heather, aliviada al ver la luz de la cocina. Cuando abrió la puerta, no pareció sorprendida.

—Me alegro de verte. Será mejor que pases. ¿Has hablado con Emma?

—No, no he conseguido contactar con ella. ¿Por qué? ¿Qué está pasando? He visto lo de su ventana y he escuchado tonterías muy extrañas en la tienda.

—Alguien le lanzó un ladrillo que llevaba un mensaje bastante desagradable.

—¿Estás de broma?

—Ojalá. Ocurrió ayer.

—Pero ¿por qué narices...? No lo entiendo.

—Sí, bueno, parece que todo el mundo se ha vuelto un poco loco mientras estabas fuera. ¿Quieres tomar algo?

—No. Oye, no tengo mucho tiempo. ¿Dónde está?

—En casa de Nathan, creo. Hasta que le arreglen la ventana.

Noté un vacío en el estómago y me sentí culpable por haber pensado mal de Emma en Cornualles mientras la pobre estaba en apuros.

—¿Lo sabe la policía? —Comencé a caminar de un lado para otro mientras Heather, con el rostro pálido, se sentaba a la mesa de la cocina.

—No quiere que la policía se involucre en esto.

—Pero eso es una tontería. No puedes dejar que alguien te tire un ladrillo por la ventana y se vaya de rositas. —Negué con la cabeza, sin entenderlo—. ¿Qué decía el mensaje del ladrillo?

—Le sugerían que se marchara del pueblo.

—¿Marcharse? Pero ¿por qué narices alguien sería tan desagradable?

—Oh, hay mucha gente desagradable. Se está poniendo todo muy feo.

—Pero no lo entiendo. ¿Qué se supone que ha hecho Emma? No lo comprendo.

Heather cogió aire.

—La policía dice que Emma fue la última persona que vio a Gill antes de que todo ocurriera, en la carpa de la adivina, en la feria. La gente ha sumado dos más dos y han sacado cinco: han decidido que ella era la que tenía una

aventura con Antony.

—Oh, pero eso es una estupidez. Acaba de llegar.

—Sí, bueno. Ahora mismo, la gente no piensa mucho con la cabeza.

—Jolín.

—Y hay otro rumor.

Me senté, sintiéndome un poco mareada con todo eso.

—Me da hasta vergüenza repetirlo. Pero será mejor que lo escuches de mi boca.

—¿Qué?

—Dicen que la policía está investigando cómo murió la madre de Emma mientras ella estaba en Francia, por cuestiones relacionadas con la herencia que recibió antes de venir. Al parecer, la policía siempre examina las cuentas bancarias.

Mi cara debió de delatarme.

—¿No sabías que su madre había muerto mientras ella estaba allí? — Heather me estudió con atención.

—Claro que lo sabía. No le gusta hablar de eso. —Después, me preguntaría a mí misma por qué había mentido una y otra vez, por qué me molestaba tanto sentir que tenía que hacerlo.

—Sí, bueno, supuse que sería por algo así. Nunca mencionó que su madre hubiera muerto, pero, como te digo, la gente de por aquí se ha pasado de la raya. Ya sabes cómo pueden llegar a ser. No ayuda tampoco que se esté viendo con Nathan, claro. La gente es...

—Será mejor que vaya a verla. Esto es culpa mía.

—¿Culpa tuya?

—Sí, si no le hubiera obligado a hacer ese estúpido juego en la carpa, la gente no habría llegado a esa conclusión errónea.

—Sí, bueno, supongo que todos estamos todavía un poco conmocionados.

—Será mejor que me vaya a ver cómo esta.

—Mira, ¿por qué no lo dejas para mañana, Sophie? Te veo agotada. ¿Quieres que llame a Mark?

—No, no, estoy bien, en serio. —Luego, al llegar a la puerta de entrada, solté un largo suspiro mientras cogía el pomo y me giré de golpe—. Heather, mi amiga de Cornualles, Helen, dice que los pueblos se recuperan de cosas

como estas, que, al final, no les queda otra opción. ¿Crees que tiene razón? No quiero parecer insensible ni estoy diciendo que no vayamos a acordarnos de Antony siempre, pero no puedo soportar pensar que Tedbury se vaya a sentir siempre así, como destrozado.



—No lo sé, Sophie. —Lo ojos de Heather estaban fijos en el suelo—. Ya no estoy segura de nada.

En el exterior del caserón de Nathan, un perro ladraba frenéticamente mientras llamaba al timbre. Luego, esperé un rato en el coche; le estaba escribiendo otro mensaje a Emma cuando mi teléfono comenzó a sonar. No era ella, sino la voz de Mark.

—Sophie, gracias a Dios, estaba preocupado. Además, tengo aquí a un niño que se niega rotundamente a bañarse si no le das antes su chocolate.

# Capítulo 15

## Antes

Después, en la cama, tuve el sueño recurrente sobre la charcutería. Estaba sirviendo a los clientes vestida con mi impoluto delantal a rayas, feliz, tarareando, cuando me retiré a la trastienda para coger algo de pan. En el suelo —madre mía— estaba sentada Gill Hartley, mirando a la nada y sangrando, con el cuchillo para cortar pan colgando de su mano y con la cabeza abierta llena de un horrible material blanco que palpitaba...

El jadeo que solté me despertó. Sentí el sudor en mi frente y bajo mis brazos. Al girarme, me topé con que, para mi sorpresa, Mark seguía dormido. Me pregunté si habría soltado el suspiro en voz alta o si solo lo habría hecho en mi cabeza y, con mucho cuidado, volví a tumbarme para dejar que mi mente y mi cuerpo se encontraran el uno al otro.

Intenté calmarme, pero las imágenes comenzaron a arremolinarse en mi cerebro. El día que Ben se cayó a la piscina y Mark tuvo que bucear para arrastrarlo hasta la superficie, jadeando y tosiendo. Yo desmayándome en Cornualles. La mujer del acantilado de Cornualles con el mismo abrigo que Emma. El ladrillo a través de la ventana de Emma. Cerré los ojos y sentí como otro dolor de cabeza empezaba a formarse. *Ya basta...*

Con cuidado, salí de la cama, cogí el camisón de encima de la silla y deambulé por la oscuridad, no queriendo despertar a Mark y a Ben.

En la planta baja, por costumbre, no porque tuviera sed de verdad, puse la tetera al fuego y me senté a la mesa. El sueño de la charcutería me había destrozado por completo. Tan vivido. Miré hacia el asiento que estaba bajo la

ventana. Hacía solo unos meses, Emma había estado arrodillada allí, mirando su camión de mudanzas, con los nabos desparramados en la bolsa rota tirada en el suelo. No me podía creer todo lo que había ocurrido.

Pensé de nuevo en el sueño y en los planes de Emma. Había perdido unas diez mil o incluso once mil libras en el desastre de la charcutería con Caroline y, aunque odiaba decepcionar a Emma, no podía perder más dinero. Además, quería ayudar a equilibrar nuestra economía para que fuera más viable para Mark trasladar su empresa. Reducir la presión que había sobre él para que pudiera permitirse perder algunos clientes.

Luego, me sobrevino esa sensación punzante que se siente cuando te observan y, al girarme, vi a Mark de pie en el umbral de la puerta. Es raro, ¿verdad?, que sepas cuándo alguien te está mirando. Su pelo se arremolinaba formando pequeños cuernos y los pantalones del pijama le caían sobre sus caderas. Me encontré a mí misma mirándole el cuerpo y me di cuenta de que había perdido algo de peso. Su estómago parecía más tonificado... Todo ese golf.

—¿Me comporté como una idiota total en lo del negocio con Caroline?

La expresión de Mark se relajó.

—Sophie, son las tres de la mañana.

—Lo sé, pero no puedo dormir. Crees que no tengo ojo con la gente, ¿verdad?

—Te casaste conmigo. —Bostezó con ojos cansados. Sus pequeños remolinos eran adorables—. Vuelve a la cama. Por favor, Sophie. Ya lo hablaremos mañana.

—Te equivocas con Emma. Ella es buena. Además, no me quiero volver una persona cínica, de las que ven el vaso medio vacío. No quiero dejar de intentar cosas nuevas por lo que sucedió con Caroline. ¿No crees que sería una manera horrible de vivir la vida? Pensar solo cosas malas de la gente porque...

—Estamos en plena noche, ¿puedes volver a la cama, por favor?

Le miré el cuerpo de nuevo, pensando en que había rechazado comer helado y tarta un par de veces cuando estuvimos en Cornualles. ¿Estaba intentando perder peso porque me había metido con él hacía un tiempo? Me sentí culpable al principio y, luego, conmovida, hasta que por último, me noté

agitada. Le sonreí y él me sonrió. Volví a la cama. Para sorprenderle. Para sorprenderme.

Después, cuando él ya se había dormido, desnudo, seguí comiéndome la cabeza un poco más. Cuatro de la mañana. Cinco. Hasta que Ben apareció de pronto al lado de la cama con el uniforme del colegio puesto.

—¿Qué haces, Ben? Es domingo. No empiezas el colegio hasta mañana.

—Estoy practicando.

Abrí los ojos con lentitud. Estaba muy mono, pero la sudadera verde oliva era demasiado grande. Tenía que haberle cogido una talla más pequeña. El polo blanco se le retorció en el cuello y no se había cerrado la cremallera de los pantalones grises, que eran demasiado largos.

—Estás genial, cariño. —Tendría que sacar el costurero. *Maldita sea*. El dobladillo de los pantalones no era mi fuerte—. Ahora ponlo todo en la percha y vuelve a la cama.

—No puedo. Estoy muy nervioso. —Fue hacia el espejo doble del armario con el pecho levantado lleno de orgullo—. ¿Puedo comer en el cole?

—Creía que habíamos dicho que te llevarías sándwiches.

—Theo dice que te dan pudin en el comedor.

—Pero él no empieza el colegio hasta el año que viene.

—Me gusta el pudin.

En ese momento, el bolso vibró en el suelo. Bien enseñado, Ben atravesó la habitación, cogió el móvil y me lo dio en la cama mientras Mark abría los ojos.

Por fin: Emma.

«Perdona por estar ausente. Tengo mucho que contarte. Nos vemos a las once en Hobbs Lane».

Dejé el móvil en la mesita de noche mientras Mark se removía a mi lado. Saqué las piernas de la cama y balanceé los pies sobre la moqueta. Caminé para apartar las cortinas ligeramente, tratando de ver el tiempo que hacía, pero, en lugar de eso, vi algo extraño. Un hombre alto con el pelo rizado, medio canoso, medio rubio, estaba junto a la iglesia, haciendo fotos. Al principio, parecía cautivado por la propia iglesia. No era extraño, ya que se trataba de una construcción espléndida: la parte original era del siglo XIII, con una vidriera majestuosa. Pero el hombre, que llevaba una chaqueta negra, se

giró con la cámara y comenzó a hacer fotos a las casas. Y a los coches..., incluido el nuestro.

Tuve una sensación extraña, como si una pluma me rozara la piel. Cuánto más le miraba, más me acariciaba la pluma, porque había algo conocido en esa imagen. En la cámara y en el hombre.

—¿Puedo comer en el comedor, mamá?

Solté las cortinas, segura de que ya había visto a ese hombre.

# Capítulo 16

## Antes

Melanie se despertó sobresaltada. Su mano derecha estaba tocando un trozo de carne muerta en la cama. Con los ojos muy abiertos, le llevó unos segundos darse cuenta de que la carne muerta era en realidad su brazo izquierdo. Totalmente insensible.

Esperó un tiempo. A veces tenía sueños de varios niveles en los que pensaba que estaba despierta para descubrir, con bastante horror, que seguía en medio de una pesadilla. Usó su mano derecha para levantar el brazo «muerto», sintiendo una sensación horrible y distante. La extremidad izquierda cayó en la almohada en el momento en que ella la soltó.

Melanie respiró con lentitud y sintió el conocido miedo a que la sensibilidad en el brazo nunca volviera. Se le aceleró el corazón, pero, luego, aunque despacio, aparecieron los cosquilleos y los pinchazos prometedores, los alfileres y las agujas que le indicaban que había estado tumbada de manera extraña sobre ese brazo durante demasiado tiempo.

Se sentó. Aunque el pánico inmediato empezaba a disminuir, su corazón seguía palpitando rápido. Una a una siguió con las otras pruebas: estirar la mano derecha antes de hacer círculos con los pies bajo el edredón. En el sentido de las agujas del reloj y al contrario.

—¿Estás bien, Melanie? —La voz, desde fuera de la puerta, le provocó otro sobresalto. Melanie miró a su alrededor con los ojos como platos hasta que la habitación y sus sombras revelaron poco a poco su forma habitual. Su escritorio lleno de libros. Su camión tirado sobre la silla.

—Estoy bien, Cynthia. Ha sido solo un sueño.

—Ah, de acuerdo.

—Perdona, ¿te he despertado, Cynth?

—No, no. He estado despierta toda la noche de nuevo, por eso te he oído gritar en mitad del sueño. He terminado el último tapiz. ¿Seguro que estás bien? ¿Quieres café o algo?

Melanie se desplomó de nuevo sobre la almohada, examinándose todavía el brazo izquierdo, que estaba caliente y le molestaba. Miró durante un segundo el reloj que tenía sobre la mesilla: las 6.30. Por un momento fue incapaz de recordar el día.

—Un café estaría genial.

Lunes. Maldita sea. Le había prometido su jefe algún dato nuevo sobre el caso Tedbury. El resultado del forense había sido tan concluyente que se sentía presionada para paralizar investigaciones más profundas y, así, ahorrar medios y presentar un informe. Si Gill Hartley se despertaba, tenía ya suficiente para inculparla, aunque si era un asesinato o un homicidio involuntario no era decisión de Melanie.

Sin embargo, varias revisiones financieras rutinarias estaban mostrando una especie de puzle, sobre todo alrededor de Emma Carter. La solicitud de Melanie para que se investigara a Emma más de cerca, en especial su historia reciente en Francia, había provocado risas en la oficina. Al parecer, se había producido una filtración, seguramente por parte de alguien que quería perjudicarla, que había llegado a Tedbury y había provocado grandes rumores. Esto, a la vez, le había llegado a su jefe, que no había medido sus palabras.

«¿Crees que tenemos dinero para pagarte unas vacaciones en Francia para resolver un caso de violencia doméstica? Te veo el lunes, Melanie. El resultado del forense está bastante claro, así que solúcionalo, ¿me oyes? Sin viajes para fisgonear ni charlas sobre excursiones internacionales. El lunes, como muy tarde».

En el piso de abajo, el último tapiz estaba colocado sobre la mesa del comedor, junto con una tela de algodón rosa que Cynthia había puesto para mantener cada tapiz en perfectas condiciones durante su transporte. El tapiz y la funda parecían estar colocados en un ángulo cualquiera, pero Melanie se dio cuenta de que, en realidad, estaban expuestos para que ella lo evaluara.

Sonrió. No iba a hacer falta mentir. La última creación era toda una sorpresa: una escena tropical con una vegetación dinámica compuesta por varios tonos de verde, con un punto central increíble en el que se mostraba un loro de color turquesa, amarillo y azul celeste. Debía de haberse pasado horas tiñendo para conseguir esos colores tan nítidos.

—¿No podemos quedarnos este? Es precioso.

—¿Eso crees?

—Totalmente. El mejor hasta ahora. Me encanta.

Cynthia apareció en la cocina con una enorme sonrisa que contrastaba con los profundos círculos oscuros que tenía bajo los ojos.

—Pero tú estás horrible.

Cynthia sacó una taza mientras le mostraba la lengua.

—Es distinto a los demás. —Melanie acarició el algodón entrelazado.

—Sí, no daba con el diseño. Me vino de repente a la mente a la una de la mañana. Estoy harta de este maldito...

—Loro.

—Exacto. Lo he terminado cuando has empezado a gemir en tus sueños. ¿Qué pasaba? ¿Una pesadilla?

—No, debo de haber dormido en una postura rara. Me he despertado con el brazo completamente muerto. Me dio miedo.

—¿Qué tipo de miedo? —Melanie le dio un sorbo al café—. Lo de tu madre no es hereditario. Ya lo hemos hablado.

—Lo sé. —Melanie siguió mirando el líquido caliente, soplando sobre su superficie. Pensó en todas las nuevas investigaciones. La causa de la enfermedad de su madre seguía siendo un puzle científico, aunque, técnicamente, su grado de riesgo era leve.

Técnicamente...

—¿Qué tal está tu madre?

—Bien, creo. Hablé con ella la semana pasada. Se ha gastado todo el dinero de mi padre probando una nueva terapia en el extranjero. En Portugal, creo.

Cynthia sonrió dándole ánimos.

—¿Cómo va su movilidad?

—¿Sabes qué? Voy a encargar uno para mi habitación.

—¿Perdón?

—Un tapiz. Exacto a este.

—No digas tonterías.

—No las digo. Me gusta mucho, Cynthia. Es muy bonito.

Por teléfono, el padre de Melanie había alabado la nueva silla de ruedas plegable porque era compacta y ligera, lo que significaba que la movilidad de su madre no estaba nada bien.

La cara de Cynthia se relajó.

—¿Te gusta el tapiz en serio?

—Sí, aunque quiero un precio amigo, no esas tarifas que les pides a los hoteles de lujo.

—No vas a tener esclerosis múltiple, Melanie.

Una pausa.

—Lo sé.

Después, ambas sorbieron sus bebidas en silencio.

—Bueno, ¿qué pasa con tu primer caso de asesinato?

—No preguntes. —Melanie dejó la taza y se despezó—. Todo resuelto por el informe forense. Hay pruebas decisivas en la manera en que la sangre salpicó, etc. El marido intentó defenderse. Al parecer, era zurdo. Puso las dos manos en alto y caminó hacia atrás para intentar deshacerse de ella. Todos los golpes del cuchillo los dio ella con la mano derecha, incluyendo el de su propio estómago. —Melanie comenzó a pasear por la escena, moviendo las manos para mostrar cómo había sido la pelea.

—¡Puaj! ¿Se acuchilló su propio estómago?

—Sí, lo mató en una habitación. Luego, fue hacia la cocina para apuñalarse. Bastante espantoso, aunque las heridas más graves se las hizo al darse en la cabeza mientras caía al suelo. Por cierto, no debería contarte nada de esto.

—¿Y el motivo? ¿Tenía yo razón?

—Sí. Rumores desde la universidad: un chico muy malo. La misma historia de siempre: todos lo sabían menos la mujer, aunque no he sido capaz de confirmar quién fue su última conquista. Personalmente, apostaría a que es alguien del pueblo. Una mujer extraña, pero muy atractiva. El registro de llamadas demuestra que la llamó el día que ocurrió, pero ella no cogió el

teléfono. Por desgracia, en el trabajo no quieren que siga investigando por ahí.

—¿Por qué no?

—No se conseguiría nada de valor. Tenemos bastantes pruebas para resolverlo. En los informes forenses se dice que no hubo terceras personas y no sabemos si nuestra atacante se despertará para poder llevar el caso a juicio. Estamos muy cortos de personal ahora mismo, por lo que me están presionando para que pase al siguiente caso.

—Pero hay algo que te preocupa.

—Sí, esta mujer de Tedbury. Hay algo que no sé qué es, pero que no está bien. Las cuentas bancarias tampoco tienen sentido, aunque estoy esperando a que pase algo más.

—Continúa.

—Ah, no lo sé exactamente. Es un presentimiento. No es algo concluyente, pero estuvo en Francia un tiempo y nadie parece saber nada más. Se rumorea en el pueblo que compró la casa con una herencia, pero eso no es lo que sus cuentas bancarias dicen. Es todo un poco extraño y me encantaría poder continuar.

—Sigue indagando.

—No tengo tiempo libre, al menos no oficialmente. Según mi jefe, tenemos crímenes sin resolver en los registros y no necesitamos irnos al extranjero a buscar nuevos.

—¿Así que investigarás a escondidas?

—Un loro muy bonito, Cynth.

Cynthia sonrió.



Dos horas después, de camino al trabajo, Melanie llamó al hospital Durndale. Para su alivio, la señora Baines seguía en una instalación cercana que se les ofrecía a los familiares de los pacientes y Melanie pudo, por primera vez, sentarse al lado de Gill Hartley sin que nadie la molestara. Había un conjunto de tres habitaciones separadas y una enfermera las revisaba una a una a intervalos regulares desde la estación central, a través de una serie de

monitores conectados para que sonara una alarma si algo cambiaba de una revisión a otra. La mayor parte del tiempo, los familiares y amigos hacían compañía a sus seres queridos, por lo que Gill estaba rara vez sola.

Cuando Melanie apartó dos revistas para tomar un asiento al lado de la cama, su móvil vibró indicando que tenía un mensaje. Lo miró rápidamente. Para su sorpresa, era de Matthew Hill, un buen amigo. Se habían preparado juntos y, en sus inicios en la policía, habían sido mejores amigos, bastante inseparables. Pero Matthew había sufrido una crisis unos años después y se había retirado, desilusionado. Luego, había comenzado a trabajar en el «lado oscuro» como detective privado.

«¿Nos tomamos un café? Tengo algo que contarte».

Melanie negó con la cabeza ante el mensaje y sonrió, consciente de que eso solía significar que Matthew necesitaba un favor. Cogió aire. Seguía entristeciéndole pensar que se hubiera retirado a la vida civil. Era bueno, uno de los mejores con los que había trabajado. Tenía ese don de ver cosas que otros no veían; debería haberse quedado en el cuerpo. De manera egoísta, le hubiera gustado tenerle en su nuevo equipo; su apoyo podría haberle servido de ayuda en esos momentos.

Melanie decidió contestar a Matthew más tarde y dejó el móvil a un lado para observar las subidas y bajadas del pecho de Gill Hartley, controladas por un ventilador. Intentó imaginarse cómo podía ser que una mujer que parecía tan inofensiva, que, en esa cama y en todas las declaraciones tomadas, parecía tan normal y que no tenía ningún antecedente violento se hubiera enfadado tan de repente y de manera tan abrumadora con alguien como para cambiar su personalidad temporalmente y buscar un cuchillo.

Estaba claro; la propia Melanie se había visto así de furiosa. Después del diagnóstico de su madre, había lanzado la vajilla contra la pared. Plato tras plato, imaginándose a su madre y a su padre bailando por la habitación para mostrarle sus trajes cuando era una niña, el contoneo del vestido de seda color limón de su madre rozando su pierna mientras ellos bailaban y bailaban y se reían.

Sí, había rugido, despotricado y gritado que no era justo. Pero ¿esa violencia contra una persona, contra alguien a quien quieres? ¿Cómo podía algo enfadarte tanto como para cruzar esa línea?

—¿Qué ocurrió? —Melanie se inclinó más sobre la cama, susurrando la pregunta al recordar que la señora Baines había dicho que quizás Gill oía.

La enfermera apareció para mirar el monitor central con expresión de incomodidad, pero a Melanie no le importó y volvió a susurrar:

—¿Qué ocurrió realmente, Gill? Tienes que despertarte y contármelo.

# Capítulo 17

## Antes

Era el primer día de trabajo desde su vuelta de Cornwall y Mark no podía concentrarse. Miró por la ventana antes de girarse para observar las dos tazas de café frío sobre su escritorio. Necesitaba cafeína, pero no estaba dispuesto a llamar a Polly para que le trajera una tercera, consciente de que le volvería a ocurrir lo mismo. Estaba hasta arriba de trabajo, intentando ponerse al día tras las vacaciones. Esa era la razón por la que nunca se tomaba un respiro en verano.

Mark tenía 728 correos sin leer y sabía que en el momento en que una nueva taza llegara, comenzaría a dar vueltas de 180 grados en la silla para darle a un cliente toda su atención por teléfono antes de que su mente deambulara de nuevo hacia el desastre de vida que tenían en Devon. Entonces, sería el tercer café frío.

¿Por qué se había dejado convencer por Sophie? Se arrepentía tanto de haber dicho que iba a intentar reubicar el negocio. Cuando se mudaron a Tedbury, había aceptado recolocar su compañía antes de que transcurrieran tres años. En ese momento, lo decía en serio, pero se acobardó y, como Sophie había estado tan mal tras el nacimiento de Ben, no había tenido valor para decírselo. Así que había contado alguna mentira piadosa y lo había maquillado hablando de todos los clientes nuevos de Londres de los que se había hecho cargo. En ese momento, veía que era imposible. Oh, que le den. Miró el reloj de pared y decidió tomarse diez minutos de descanso.

Mark se puso de pie, cogió la chaqueta del respaldo de la silla que

sobraba y caminó hacia la puerta, peleándose con la manga retorcida para que su brazo derecho entrara por ella mientras pasaba junto a la mesa de Polly.

—Atiende mis llamadas, ¿sí? —Sintió uña punzada en el hombro. Maldita chaqueta estúpida—. Mira, estaré fuera una media hora como mucho. Escríbeme solo si un cliente importante o un abogado se pone rebelde. Y si es Malcolm, dile que me llame a mi teléfono privado. Necesito hablar con él urgentemente.

Polly sonrió.

—Cuando vuelvas, ¿podrías mirar las fotos que he colgado en el pasillo, por favor, Mark?

—¿Ves que tenga tiempo para reflexiones decorativas?

Polly le sacó la lengua y Mark le respondió haciendo lo mismo, consciente de que había sido muy pesado durante todo el día y de que tenía que mantener a sus empleados de su lado.

En el Starbucks, le dio un sorbo a su *macchiato* y cerró los ojos. Diez minutos para pensar, por favor, Dios...

Se produjo un traqueteo al lado de su mesa, una vibración molesta. Mark mantuvo los ojos cerrados, tratando de ignorarlo con todas sus fuerzas hasta que al final cedió cuando, en la mesa vecina, aumentaron las quejas. Abrió los ojos y vio que una pareja lo miraba.

Luego, el eco de la voz de Sophie:

«No te das cuenta de lo que haces, ¿verdad, Mark?».

«¿Qué?».

«Mover el pie de arriba abajo así. Lo haces de manera inconsciente, en tu mundo, siempre que estás nervioso».

«No es verdad».

«Sí lo es».

Mark siguió la mirada de la pareja con la suya hasta descubrir de dónde procedía el traqueteo: su móvil y sus llaves se encontraban en el centro de la mesa. Los metió en el bolsillo, descruzó las piernas y puso ambos pies en el suelo firmemente. Sonrió a modo de disculpa y la pareja por fin volvió a centrarse en el periódico.

¿La verdad?

Mark estaba cansado y harto de pensar, soñar, preocuparse y conspirar. No

podía hablarle a Sophie del problema, del dinero, porque le daba miedo que fuera demasiado. La gota que colmara el vaso. Tras lo de Gill y Antony, le preocupaba en serio que su depresión regresara.

Bastante malo había sido que, incluso antes de ese suceso horrible, se hubieran pasado la mayor parte de los fines de semana discutiendo sobre si considerar o no la fecundación *in vitro*. Mark estaba cada vez más alarmado por lo desesperada que estaba Sophie por tener un segundo crío. Quería a Ben con toda su alma y le encantaba ser padre, pero ¿estar contento le hacía ser mala persona? ¿Sería feliz si venía otro niño? ¿Y si no venía? Quería que la naturaleza decidiera, no quería que el tratamiento de fertilidad aumentara el riesgo de tener mellizos y le atemorizaba que, si Sophie volvía a tener la depresión postparto, no fueran capaces de ocuparse de tres.

Se le había pasado por la mente contratar a una niñera interna durante un tiempo, pero Sophie estaba en contra de eso. Y, al fin y al cabo, todo venía acompañado de ese nuevo problema fundamental: la falta de liquidez. Y la situación geográfica.

Encima, a eso se unía el terrible incidente de Gill y Antony. Era como si la vida los llevara de un bache a otro...

Mark le dio otro sorbo al café, se echó hacia delante con los codos apoyados en las rodillas y puso la cabeza sobre sus manos.

Dios mío, ya no importaban las promesas del pasado; tenía que sacarlos de Devon y acercarlos a su trabajo. Era de locos.

Estaban encaminados a la fecundación *in vitro*, de eso no había duda, y Sophie no tenía ni idea de lo que podría suponer. Él, por otra parte, había seguido todo el proceso con Alistair, un compañero de Recursos Humanos. Semana tras semana, mes tras mes. Inyecciones. El colapso de hormonas. Las esperanzas. Las desilusiones. Les llevaría, a ambos, a ese lugar horrible en el que estuvieron tras el nacimiento de Ben.

Mark sintió como sus músculos se tensaban al pensar en que Sophie volviera a ese punto. Una culpa agobiante le sobrevino al recordar lo mucho que le había costado a él y a cualquier otra persona darse cuenta de lo que ocurría.

Si eso era lo que les esperaba. Dios no lo quiera, al menos deberían vivir todo el tiempo en la misma casa.

Así que sí, Malcolm... Necesitaba de verdad hablar con Malcolm sobre el dinero. Entonces, su móvil personal vibró con fuerza. La pareja de al lado le observó de nuevo, pero a Mark ya no le importaba lo que pensarán.

Miró el reloj. Exactamente ocho minutos sin interrupción.

Le dio un último trago al café, que al menos seguía caliente, antes de abrir el mensaje. Era Polly. Abogados persiguiendo un contrato urgente.

Me-nos-mal.

# Capítulo 18

## Antes

Matthew dejó el juego de formas sobre la bandeja de la trona de Amelie. Según Sally, su hija era un pequeño milagro, una mini-Einstein. Podía mostrarse cabezota con el lenguaje, pero, al parecer, colocaba la pieza cuadrada en el agujero correspondiente meses antes de lo normal.

Matthew dejó el cuadrado rojo sobre la bandeja, al lado del cubo de formas.

—Enséñale a papá lo lista que eres. —Le dio a Amelie el cubo de plástico y sonrió.

—No. —La niña lo tiró al suelo y cogió la taza rosa brillante de zumo para sorber ruidosamente.

Matthew se arrastró por la cocina para recuperar el cubo e intentarlo de nuevo.

—Vamos, mamá dice que eres muy lista y que ya puedes hacer esto. Como una mini-Einstein. —Matthew sujetó el cubo rojo cerca del agujero rojo a modo de pista y, luego, se lo dio a su hija por segunda vez. Ella lo miró como si estuviera loco, puso el cubo en la bandeja y siguió bebiendo zumo.

Matthew pasó un plato con trozos de tostada desde la encimera de la cocina a la bandeja de su hija, negó con la cabeza y sacó el móvil. Era el momento perfecto para tantear a su contacto en la oficina de planificación local.

—Hola, Samantha. Soy Matt Hill.

—¡Cuánto tiempo! ¿Qué favor necesitas?

—Uno pequeñito, nada fuera de lo normal. —Ella se echó a reír. Matthew le había ayudado con las pruebas para su divorcio cuando comenzó a trabajar como detective privado y estaría agradecida con él de por vida. Además, era un contacto muy útil—. Vale, necesito algunos datos de una solicitud de planificación. Una sociedad mercantil que busca un permiso provisional de obras en Tedbury. —Oyó cómo lo escribía, lo que era una buena señal. Matthew se detuvo para hacerle muecas a su hija y que sonriera mientras se llenaba la boca de trozos de tostada—. Es información pública, pero me llevaría una eternidad buscarlo por los canales oficiales, así que esperaba que pudieras ayudarme a hacer las cosas más rápido, a descubrir qué es qué y quién está detrás de eso...

—Ahora mismo no puedo ayudarte. —Bajó la voz—. Tengo aquí a los trajeados.

—¿A tu jefe?

—A un ejército entero.

—Ay, mujer. De acuerdo, mira, no quiero ponerte en un aprieto, pero ¿podría mandarte un correo con todos los detalles? A ver lo que puedes descubrir cuando se tranquilicen las cosas.

—Claro, mientras sea información pública...

—Sí, es solo para acelerar el proceso. Eres un cielo. Te mandaré un mensaje enseguida. Muchas gracias.

Matthew se metió el móvil en el bolsillo. Enviaría el correo en cuanto pudiera. Justo en ese momento, se oyó la llave dando vueltas en la cerradura, y padre e hija se giraron para ver aparecer a Sally con dos bolsas de la compra y un ramo de tulipanes. Lo dejó todo al lado de la nevera.

—¿Qué tal ha estado?

—Sedienta. Pero sin ganas de hacer del genio de las formas. Creo que te lo has imaginado, querida.

La esposa de Matthew miró el cubo de las formas que estaba sobre la bandeja de Amelie y empequeñeció los ojos.

—Tienes que mirar a otro lado. ¿No te lo dije? —Entonces llevó las flores hacia el escurridor.

—¿Perdón?

—No lo hará mientras estés mirándola.

Matthew casi no se lo podía creer.

Sally se acercó a su hija para darle el cubo rojo.

—¿Seguro que Amelie no tiene ni idea de dónde va este? —Le dio la espalda a su hija y cogió a Matthew por los hombros para darle la vuelta.

—Esto no puede ser buena idea —protestó él—. Estamos creando un monstruo. Una pequeña cuya única palabra es «no» y que se niega a cooperar a menos que mires para otro lado...

—Shh. Me pregunto si Amelie tendrá alguna sorpresa para nosotros. —Sal elevó la voz hasta conseguir un tono entusiasmado cuando ambos se giraron.

Para asombro de Matthew, el cubo pequeño había desaparecido. Al principio, miró al suelo, pensando que lo había tirado de nuevo, pero, luego, Sally cogió el cubo de formas y lo agitó para confirmar que la pieza estaba en el interior.

—Es un duende —anunció Matthew—. No puede hacer eso. Se supone que no debería ser capaz de hacerlo hasta dentro de varias semanas.

Sally se echó a reír y se dirigió hacia el fregadero para coger un jarrón del alféizar de la ventana que llenó con agua del grifo.

—Eres un duende, ¿verdad, Amelie?

—¡No! —Amelie cogió la taza de zumo de nuevo mientras Matthew se inclinaba para darle un beso en la frente.

Entonces sucedió:

—Papá.

Se produjo una pausa, una imagen congelada de quietud total. Matthew oyó el eco de la palabra como si rebotara en todas las paredes, pero apenas se atrevía a pensar que había sido real.

—¿Qué has dicho? —murmuró cuando Sal se giró con los tulipanes en la mano.

—Papá.

Amelie le miró a los ojos antes de volver a sorber el zumo de nuevo. Un momento de magia pura. Un momento que había sobrepasado a todos los demás. El día en que ella nació, el día en que llegó a casa, el día en que sonrió por primera vez.

Ese día. Ese día, su pequeña, adorable y cabezota Amelie lo había llamado por fin papá.

# Hoy

18.30

Y ahora, como en trance, respiro superficialmente, tranquila, con la mirada perdida.

¿Esto es la conmoción? No lo sé.

Quizás esto sea lo que necesito para sobrevivir a este trayecto. Mi propio limbo con los árboles borrosos a través de la lluvia, los riachuelos de agua formando ángulos en la ventana del tren. Estoy sentada, mirando el paisaje hasta que el latido de mi corazón se acompasa al del tren y viajo con los árboles y la lluvia hacia atrás en el tiempo, muy atrás, a cuando todo empezó. Lo simple, perfecta y especial que fue la noche que conocí a Mark. Lo segura que me sentía.

El amor puede hacerte eso, hacerte sentir segura...

Lo miro ahora. Tiene los ojos cerrados y me pregunto en qué estará pensando, si está intentando, como yo, evadirse o, quizá, recordar tiempos mejores, más seguros.

Mark y yo nos conocimos en una entrega de premios. Ambos fingíamos que no nos importaba que hubiéramos quedado finalistas en nuestras respectivas categorías. Estábamos de pie, uno al lado del otro en la recepción del hotel, haciendo cola para pedir un taxi e irnos temprano mientras los ganadores rociaban con champán a sus compañeros en la sala de premios.

Mark acababa de crear su empresa y había perdido ante su archienemigo, *PROmotion*. Ay, madre mía, lo veo todo tan claro... ¡Qué joven estoy! Joven y sí, bastante guapa a pesar de estar tan cabreada y decepcionada, sonriendo con

los dientes apretados como si fuera una publicista amiga, lista para robar clientes (y maridos, si creía en los rumores) que se acercaban al podio con trajes rociados de champán.

«Media hora». Esas fueron las primeras palabras que me dirigió. «Me refiero a que falta media hora para que venga un taxi».

Lo miré, y recuerdo que desde el principio me gustó lo que veía. Una mandíbula bonita, pero un traje que no le quedaba bien. Demasiado grande, como si acabara de perder mucho peso.

Pero estaba de mal humor, por lo que me encogí de hombros y me dirigí hacia la puerta del hotel. Una vez fuera, me di cuenta de que me había seguido.

—¿Puedo ayudarte? —Al principio, no intenté tontear con él; estaba extrañada, decepcionada y con ganas de irme.

—¿No estás intentando conseguir uno? —¿Perdona?

—Un taxi, ¿a esta hora? Es imposible. Aquí no, ya lo he intentado. —Esto ocurrió antes de que aparecieran Uber y las aplicaciones de teléfono móvil. Mi cara debió de reflejar lo que estaba pensando, que no entendía por qué se metía en eso—. Es solo que no me gusta pensar que...

—¿Una niña pequeña ahí fuera, en Londres, sola, tan tarde? —Abrí mucho los ojos mientras hablaba.

—Perdona. —Levantó las manos como si se rindiera—. No quería ofenderte.

Entonces fue cuando le di al botón de pausa y me sentí avergonzada ante mi tono mientras él se sonrojaba.

—Lo siento, me he comportado como una completa estúpida. —Le tendí la mano—. Sophie Hill, redactora de contenido en *X-posure*. Me avisaron, de manera errónea, de que había ganado el «Eslogan del año». No quería estar de tan mal humor, pero soy una mala perdedora.

Me sonrió y me dio la mano. Un apretón formal, aunque pensé que era bastante dulce.

—Mark Edwards, finalista al premio «Nueva empresa». También odio perder, pero estoy encantado de conocerte.

Entonces, se deshizo la pajarita y se desabrochó el primer botón. Nos pusimos a caminar, aunque, como habíamos supuesto, no encontramos un taxi y acabamos buscando refugio en un bar de esquina, siguiendo el olor de café

decente.

Era un bar de estilo antiguo, falso París. Muebles de mimbre oscuro. Hablamos de viajar, sobre todo a París, y me encantó descubrir que le gustaban los mismos distritos poco conocidos que a mí.

Dos horas, tres cafés y ya conocía el esquema de su vida. Chico de clase trabajadora con éxito. El primero en su familia en ir a la universidad, exitoso en sus primeros dos trabajos en una empresa y, por aquel entonces, el dueño de un espantoso préstamo de negocios para su propia compañía incipiente.

—Así que ¿necesitabas ganar esta noche?

—Habría ayudado, pero bueno, *c'est la vie*.

Su mensaje a la mañana siguiente fue perfecto: «Cena, en París. Dos habitaciones. Sin compromisos».

Usé la segunda habitación la primera noche, pero no la segunda.

Por aquel entonces, nos hacíamos reír mucho.

Por aquel entonces, hacíamos también mucho el amor, como si el mundo se fuera a acabar...

Y sí.

Hacía que me sintiera segura.

# Capítulo 19

## Antes

Juntarme con Emma en Hobbs Lane sería seguramente el momento que más recordaría. Quizás el que más recuerde durante el resto de mi vida.

Pasó a ser el punto de inflexión, más incluso, por extraño que parezca, que la horrible y sangrienta escena de Gill y Antony, porque fue el momento en que me di cuenta de que algo había cambiado entre Emma y yo.

Entonces, ¿por qué no noté el desasosiego en mi interior? ¿Por qué no escuché a Mark? ¿Por qué no le conté enseguida lo de la mujer del acantilado?

No lo sé.

En ese momento, caminé hacia Hobbs Lane preguntándome por qué Emma había sugerido esto nada más llegar de Cornualles. Me sentía incómoda, insegura sobre si comentarle o no mi desorientación con respecto a su doble, además de preocupada porque se enfadase por no estar todavía preparada para comprometerme con el proyecto de la charcutería. Pero dejé de lado esas sensaciones, pensando que solo quería mostrarme la propiedad, su potencial, para hacer más fuerza. Esperaba también que quisiera que ambas nos olvidáramos de la investigación policial y de la nube de conmoción y tristeza que sobrevolaba Tedbury.

De camino a Hobbs Lane, ensayé en mi cabeza la técnica de rechazo. Le diría la verdad sobre por qué seguía indecisa: la terrible escena con los Hartley me había afectado más de lo que había pensado, lo que no era mentira. No le estaba diciendo un «no» definitivo a lo de la charcutería, sino un «por ahora, no». Emma tendría que tener paciencia.

Lo primero que noté al llegar fue que el edificio de una sola planta tenía las ventanas tapadas, por lo que no podía ver lo que había dentro. Eso era tan nuevo como extraño. No había timbre o llamador, así que golpeé a la puerta con los nudillos. De inmediato, se oyó un ruido en el interior, como si se hubiera movido una silla, y, luego, el sonido de un pesado cerrojo descorriéndose antes de que la puerta se abriera.

La expresión de Emma mientras miraba a nuestro alrededor fue difícil de descifrar.

—¿Estás bien, Sophie? ¿Cornualles ha servido para algo? Perdón por no contestar a tus mensajes, no me funcionaba bien el móvil.

—No pasa nada. He descansado, gracias. Yo estoy bien, pero dime, ¿qué hay del ladrillo que tiraron a tu ventana? Hablé con Heather. Me has tenido muy preocupada. —No añadí que habría preferido que me llamara, en lugar de solo mandarme un mensaje.

—Bueno, quédate ahí y cierra los ojos, Sophie.

—¿Perdona?

—Tengo una sorpresa para ti. —La cara de Emma parecía más animada.

—Mira, no estoy de humor. Tenemos que hablar del ladrillo, del mensaje...

—Haz lo que te pido, cierra los ojos. —Su voz denotaba mucho entusiasmo.

Así que, como si fuera una niña, hice lo que me pedía. Cerré los ojos. Dejé que Emma me guiara de la mano hasta el interior antes de que cerrara la puerta. Entonces, abrí los ojos...



La sorpresa por lo que había visto en el interior de Hobbs Lane seguía martilleándome la cabeza al día siguiente mientras estaba de pie en el patio, junto a las otras madres primerizas, con Ben preparado para su primer día de colegio.

La profesora, una mujer rubia y agradable con voz tranquila, admiraba los peluches que los niños tenían en las manos. Todos los animales compartían el

mismo maltrato y las huellas grises del forcejeo entre los críos, las madres y las lavadoras. La señora Ellis era exactamente lo que desearías como profesora de iniciación, con su falda de vuelo y sus cómodos zapatos a juego con su pelo al viento y su voz reconfortante.

Había venido a visitarnos a casa hacía varias semanas; había hecho un puzle con Ben en la mesa de la cocina y le había explicado que podía traer su peluche favorito. Los primeros días de clase hasta que se sintiera a gusto. Era la semana de iniciación, por lo que los niños solo iban por las mañanas, para adaptarse, pero les habían animado también a que se quedaran a comer para acostumbrarse a la rutina del Comedor.

Miré a Ben, vestido con el uniforme, y pensé en la foto que había compartido esa mañana con su padre. Aunque los pantalones le quedaban mucho mejor tras el ajuste en el dobladillo, parecía demasiado pequeño para eso, agarrando con fuerza su jirafa de felpa.

—¿Cómo se llama? —La señora Ellis se agachó para estar al nivel de Ben.

—Señor Jirafa.

Entonces me sobrevino un espasmo en el estómago al darme cuenta de que podría fácilmente cogerle de la mano, decir que había habido un error terrible y llevarle a casa para cambiarle el uniforme por su disfraz de Robin Hood. Podríamos ir al parque y visitar la tienda de jardinería para pasar el rato con el lagarto y las tarántulas antes de comernos trozos enormes de tarta en la cafetería.

—Encantada de conocerte, señor Jirafa. —La señora Ellis asintió con la cabeza mientras yo luchaba contra una ridícula punzada de lágrimas y me daba cuenta de que no tenía ni idea de cómo los profesores conseguían hacer su trabajo. La paciencia. La energía. Todas esas pequeñas caras mirándote. Ya era duro cuando los querías.

Dentro del guardarropa, se produjo un caos colectivo de abrazos y abrigos colgados. De un momento a otro, los niños habían desaparecido, acompañados de la inteligente y experta señora Ellis, adentrándose en la vivida distracción de los juguetes repartidos por el aula de preescolar. Cubos de Lego, ladrillos, cuentas para aprender a contar y puzles. Apenas pude coger a Ben para darle un rápido beso antes de que se dirigiera hacia la barra de los disfraces.

—Muy bien, niños, ¿por qué no echáis un vistazo alrededor para que veáis lo que tenemos? Luego, nos sentaremos en un círculo y pasaremos lista. —La señora Ellis hacía movimientos exagerados con las manos a las madres que mirábamos por la ventana del pasillo para que nos fuéramos.

En secreto, me sentí desanimada. Había esperado muchas cosas de ese momento, pero no se me había ocurrido que Ben fuera a sentirse totalmente bien.

De vuelta a casa, me senté en el sofá, aturdida. En medio del silencio, recordé de nuevo la escena de Hobbs Lane. Sentí ansiedad y confusión, por lo que hice lo que siempre hacía cuando necesitaba distraerme: pasé la aspiradora. Como comprenderéis, no fue una limpieza general alrededor de los muebles, sino un auténtico asalto, moviendo todos los sofás y las sillas, el *sinfonier* de madera de pino, la pesada mesa de café e incluso la cómoda de caoba alta oscura del dormitorio de la planta de arriba. Estaba arrepintiéndome de esa última pelea cuando el teléfono comenzó a sonar.

—¿Qué tal se ha quedado? Estaba genial en la foto. —El tono de Mark era optimista.

—Bien. —Le di vueltas a un mechón de pelo alrededor del dedo, incapaz de encontrar el tono correcto.

—Sophie, ¿ha pasado algo?

Una pausa.

—Estaba demasiado bien. Mark.

—¿Cómo puede alguien estar... demasiado bien? —Noté la ironía en su voz.

—Te estás riendo de mí, ¿verdad?

—Yo no...

—Casi no miró hacia atrás, Mark. Ni me dijo adiós con la mano. Nada. Fue todo muy rápido, no me lo esperaba en absoluto. Me preocupa que todo fuera una fanfarronería, que ahora mismo esté fuera de sí y no lo sepa. —Mira, Sophie, es un niño muy seguro de sí mismo. Lo estaba deseando. Significa que has hecho un buen trabajo.

Tapé el auricular con la mano izquierda.

—Ay, Sophie, no estarás llorando ¿no?

—No, claro que no. Solo pensaba que me iba a echar de menos, eso es

todo. —Hurgué en la manga en busca de un pañuelo mientras unas estúpidas lágrimas se me metían en la boca—. Estoy bien, en serio.

—¿Cómo va la limpieza? —Solté un resoplido, preguntándome cómo habíamos llegado a ese punto, a conocernos tan bien—. Oye, me tengo que ir. Tengo una reunión. En serio, no te pases con tu manera de distraerte. Te quiero. Mándame un mensaje cuando el pequeño llegue a casa, ¿sí?

—De acuerdo. Yo también te quiero.

Dejé el teléfono a un lado, pero al instante comenzó a sonar de nuevo.

—Creía que tenías una reunión.

—¿Perdona?

—Ah, lo siento, Emma, pensaba que era otra persona. —Se me aceleró el corazón enseguida. Hobbs Lane... Gracias a Dios no se lo había contado a Mark—. ¿Qué tal se ha quedado Theo en la guardería?

—Ni me ha mirado. Me siento totalmente inútil y poco querida. ¿Qué tal Ben?

—Igual.

—¿Te apetece dar un paseo?

Me sentí horrorizada.

—Eh, no lo sé. No, oye, estoy en medio de...

—Vamos, Sophie, tengo que hablarte sobre lo de ayer. Y lloraremos juntas. —Miré el reloj, tenía hasta la una y media como mucho—. Estaba pensando en un paseo por la costa ahora que no tenemos a los niños.

—Tienes que estar de broma.

—Lo digo totalmente en serio. He visto el mapa. Nos da tiempo a ir de Bantham a Thurlestone y volver si nos vamos ahora. Hará que dejemos de preocuparnos.

—¿Y si se nos rompe el coche? No podemos simplemente...

—Paso por tu casa en diez minutos. Te veo en un rato. Tenemos que hablar.

No recuerdo haber dicho que sí. Mientras me apresuraba a cerrar la puerta con llave, sentí un extraño nerviosismo que nada tenía que ver con Ben. Cerré los ojos y lo volví a ver. La mujer en el acantilado con el abrigo rojo. La sorpresa al ver Hobbs Lane: ya no era la ruina vacía que había esperado encontrarme, sino que la habitación estaba pintada, con un nuevo suelo resplandeciente y con todo mi equipo instalado. El horno. El congelador. La

plancha. La barra. La cafetera. Todo.

Mi equipo.

—¿Qué has hecho, Emma?

—Es mi sorpresa, para animarte. —Emma había aplaudido como una cría y se había dirigido hacia la cafetera para demostrarme que ya estaba conectada—. El mejor café que has probado, te lo prometo.

—Pero yo no había aceptado. Ni siquiera había dicho que sí, Emma... — Estaba atrapada—. Estas cosas son mías.

Entonces, la cara de Emma se había vuelto triste.

—¿No te gusta?

Estaba sin aliento, tan desorientada que no sabía qué decir.

—Pero lo he hecho por ti, Sophie. He trabajado día y noche. Creía que te iba a gustar.

Nuestra conversación durante los siguientes diez minutos es algo que recordaré toda mi vida.

Le hice frente. No fue una discusión como tal, pero le dije que debería haber esperado, que no tenía derecho. Y, por el estrés del momento, saqué el tema de los rumores sobre Francia, le pregunté por qué demonios no me había contado nada sobre su período allí, sobre su pérdida.

«Está bien, está bien, debería haberte contado lo de mi madre o, al menos, habértelo mencionado. Es solo que no quería empezar mi vida aquí como un parásito sentimental, arrastrando todo mi pasado. Quería empezar de cero».

No dije lo que estaba pensando: que la explicación estaba bien solo hasta cierto punto. La privacidad, claro, la podía entender, pero que no lo mencionara, ni siquiera de pasada... Por dentro, también me incomodaba la obstinación de Emma de no denunciar a la policía la rotura de la ventana a causa del ladrillo. Y la instalación de mi equipo, haberlo trasladado todo desde el almacén sin ni siquiera preguntar...



—Sigues enfadada conmigo, ¿no? —Emma estaba limpiando el interior del parabrisas con un trapo viejo mientras yo metía mi pequeña mochila gris en el

asiento trasero por el hueco que había entre nosotras.

—No es enfado exactamente.

—Sí, sí que lo es.

Ambas nos removimos con incomodidad mientras salíamos del pueblo, yo con el cinturón de seguridad puesto y Emma limpiando de nuevo el parabrisas. Ambas nos miramos de reojo a la vez.

—Entonces, ¿Ben estaba bien?

—Sí, demasiado relajado. Puede parecer una locura, pero me dolió.

—A Theo le ha pasado lo mismo. Supongo que eso significa que los hemos educado bien.

—Eso es lo que Mark me ha dicho.

—He comprobado esta ruta y tendremos tiempo de sobra. Podemos girar hacia Thurlestone...

—En realidad, sí estoy enfadada contigo.

—Oh, gracias a Dios.

—¿Perdón? —Me giré y vi que tenía el ceño fruncido—. ¿Me estás diciendo que te alegras de que esté cabreada?

—No, claro que no. Lo que digo es que me alivia que terminemos con esto.

—¿Qué?

—Nuestra primera discusión.

—Oh, Emma, no seas cría. No vamos a discutir.

—Sí, es justo lo que necesitamos.

—¿Necesitamos?

—Sí, Sophie, es lo que hace la gente. Dicen lo que piensan y sienten, discuten, lo aclaran y lo superan.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Bueno, tú no lo harías, ¿no? Porque no discutes, ¿verdad?

—Estás diciendo tonterías.

—No, es cierto ¿a que sí? Te guardas las cosas. Haces y dices lo que sea para que haya paz, para evitar los conflictos.

—Tonterías.

—¿No? De acuerdo, ¿cuándo fue la última vez que tuviste una discusión? Con Mark o con cualquiera. No me refiero al tira y afloja pasivo-agresivo, sino a una bronca en condiciones, en la que se sacan los trapos sucios. Ya

sabes, una de esas en las que dices lo que piensas de verdad sobre algo en lugar de hacerlo con cuidado y todo ese martirio.

—Oye, no tengo ni idea de dónde te has sacado eso, pero si vas a ponerte así, creo que es mejor que des la vuelta y me dejes en casa.

—¿Ves? A eso me refiero exactamente. A veces me pregunto cómo te las apañabas en publicidad.

Se produjo una pausa y sentí esa fuerte presión en el pecho. Apreté el puño izquierdo con tanta fuerza que las uñas se me clavaron en la piel y me giré para mirar a través de la ventana porque no quería que Emma viera mi cara.

—Oye, no tenía que haber mencionado lo del trabajo ni a Mark —dijo Emma de pronto—. Lo siento, pero lo que intento decir es que te adaptas a lo que te haga la vida más fácil. Desde que te conozco, siempre dejas que elija lo que vamos a hacer, a dónde vamos a ir, lo que vamos a comer, lo que vamos a beber. Es una cualidad agradable, Sophie. Te admiro, pero hasta cierto punto, porque acaba siendo falso. A veces, pones esa expresión, la que tienes ahora mismo, que significa que piensas algo totalmente distinto de lo que sale de tu boca. Y está llegando a un punto en el que me gustaría que soltaras lo todo, por Dios.

—¿Para qué? ¿Para que nos gritemos la una a la otra?

—No, porque quiero que las cosas estén bien entre nosotras.

—Están bien.

—Oh, me rindo.

—Muy bien. —Me giré para observarla mientras señalizaba un giro hacia la izquierda, mirándome cuando podía—. No me puedo creer que empezaras a trabajar en la charcutería sin que yo aceptara.

—Pero creía que estabas de acuerdo. Quería sorprenderte, animarte. Lo hice por ti, Sophie. Creía que era algo que estabas deseando.

—Tenías que haber esperado hasta que dijera «sí». Y... Bueno, no es solo eso. Quiero decir, sé que no ha pasado mucho tiempo, pero creía que éramos bastante buenas amigas, que estábamos intimando. Entonces, escucho de la boca de otras personas que tu madre murió mientras estabas en Francia. Y sé que dijiste que no querías hablar de eso, pero me parece un poco extraño que no lo mencionaras siquiera. Me refiero a que es una cosa muy gorda. Tu madre.

Emma miró por la ventana un momento antes de centrar la vista en la carretera, buscando a tientas el pequeño trapo para limpiar el parabrisas de nuevo. Habíamos llegado a una de mis zonas favoritas del camino, la que estaba más cerca de la costa. La carretera serpenteaba entre las onduladas colinas, de ahí el cartel marrón que le habían puesto a South Hams: «Área de Gran Belleza Natural».

En medio del silencio, observé a un grupo de ovejas apiñadas cerca de una valla, en la zona más alejada de un campo contiguo a la carretera. Una de ellas estaba separada del resto, cerca de un enorme roble, y me quedé mirándola mientras me sobrevenía una extraña sensación, como si supiera lo que la oveja estaba pensando. Desde fuera, parecía sola, apartada, pero eso no era lo que ella opinaba. No, ella pensaba: «Soy muy feliz aquí, muchas gracias. La hierba está buena en esta zona».

—Necesitaba empezar de nuevo, Sophie. Sin pasado, ya no solo por mí, sino también por Theo. —La voz de Emma sonaba desafinada—. Fue por cáncer y fue horrible. No se me daba muy bien y no me siento orgullosa. Mi madre y yo nunca habíamos tenido una buena relación y no pude soportarlo. Era como un niño; necesitaba que la llevaran al baño, le limpiaran el culo... Lo odiaba, todo. —No sabía qué decir—. Es verdad, tenía que haberlo al menos mencionado, pero cuando algo gordo no se dice durante mucho tiempo, se hace demasiado tarde, como si fuera una mentira. Quería un comienzo en blanco, Sophie. Parecía más fácil. La cuestión es que nunca había congeniado con nadie como lo he hecho contigo y no quería estropearlo, que pensaras mal de mí.

Seguí mirando al campo, disfrutando de los distintos tonos de verde; pálido, intenso... Algunas de las manchas cerca de los árboles eran casi marrones.

—¿Cuánto tiempo estuviste en Francia?

—Tres meses. Tenía una enfermera particular que hizo la mayor parte del trabajo real. Fui solo para no sentirme culpable. Me iba a dejar bastante dinero, por lo que supongo que esperaba conseguir algún tipo de paz entre nosotras, pero era demasiado tarde.

—¿Por qué no os llevabais bien?

—Mira, por favor, no te lo tomes a mal. Te hablaré de ello si es importante

para ti, pero ahora no. En el coche, no. Hoy, no. Así no.

Me giré y observé el ceño fruncido de Emma.

—Lo siento, estaba exagerando. Lo de pensar mucho las cosas es un defecto. No es asunto mío lo que decidas contarme.

—¿Podemos seguir dando un paseo, Sophie? ¿Sí?

Asentí y, aunque no dijimos nada más durante el resto del trayecto, me di cuenta de que algo había cambiado entre nosotras. Trasteé con la radio hasta que encontré una emisora de música clásica. Rossini. Subí el volumen.

Me sentía ridícula por no poder dejar de pensar en la estúpida mujer del acantilado en Cornualles, porque aquí estábamos, otro paseo costero...

Había solo cuatro coches en el aparcamiento. Emma se detuvo al lado de un Volvo azul oscuro. Una pareja estaba sentada en el borde del maletero abierto, colocándose las botas de senderismo. La mujer, con el pelo sorprendentemente blanco, era delgada y llevaba los musculosos brazos al descubierto. Lo paradójico era su enorme bastón. Por alguna razón, recordé la promesa que Mark y yo nos habíamos hecho hacía unos años: cuando nos jubiláramos, recorreríamos a pie todo el Sendero de la Costa Sudeste. Casi mil catorce kilómetros. No sé por qué el dato se me había quedado grabado en la cabeza. ¿Necesitaría un bastón para aquel entonces?

Habían pasado años desde la última vez que paseé por aquella zona, por el oeste de Bantham. Dejamos las rutas costeras cuando Ben comenzó a ser demasiado grande para entrar en la mochila portabebés, cuando se convirtió en un crío de tres años que me provocaba demasiada ansiedad al acercarse a los precipicios.

La primera parte del camino era una suave escalada, vallada y amplia. Emma iba delante. Luego, giramos hacia el oeste y el camino se hizo más empinado de manera abrupta, por lo que pudimos disfrutar de las vistas de Burgh Island, que se extendían a nuestra derecha. Ya no me acordaba de lo geniales que eran. Majestuosas. Mágicas. Se había levantado viento y me daba en la cara. Los caballos blancos, a lo lejos, saltaban sobre las rocas. Comencé a relajarme.

La vista espectacular del hotel de Burgh Island me calmó al pensar en nuestra primera visita a esa playa y en el esfuerzo que Emma había hecho durante todo el verano; lo bien que se le daba sacarme de casa, no solo

físicamente, sino también en cuanto mí misma; lo relajada que se mostraba con Theo y cómo me había enseñado a dejar de preocuparme tanto por Ben.

Yo era aprensiva, ella no. «Vamos, déjales jugar, Sophie. Estarán bien».

La observé de nuevo y se giró para sostenerme la mirada el tiempo suficiente para que se le suavizara la expresión, con evidente alivio.

Entonces, aceleramos el paso mientras nuestra respiración se hacía más agitada por el esfuerzo de la subida. Recordaba que en lo alto había un banco en el que Mark y yo solíamos sentarnos a comer sándwiches, con la cabeza de Ben sobresaliendo del portabebés para recibir patatas fritas y bebida como si fuera un pajarillo en un nido con ganas de que lo alimentaran.

Miré a Emma de nuevo, esta vez a su nuca. Me gustó oír el viento. Comenzaba a sentir que todo se iba a arreglar entre nosotras, pero no quería romper el silencio. Todavía no. Necesitaba asumir el inesperado alivio que estaba sintiendo, así como reconocer algunas de las cosas que Emma había dicho antes y que eran ciertas. En el trabajo, siempre me había gustado encararme a quién fuera, pero, en mi vida privada, odiaba los enfrentamientos. Mark había mostrado la misma frustración que Emma cuando nos habíamos conocido.

No es que les dé la razón en todo. Es mejor evitar algunas discusiones porque hay ciertas cosas de las que, luego, no te puedes retractar. Oía el eco de la voz de mi madre en mi cabeza cuando era una niña, con siete u ocho años...

«Si no me hubiera quedado embarazada, ¿crees que habría aguantado esta vida?».

Estaba gritándole a mi padre cuando este se giró sobresaltado mientras yo aparecía en el umbral de la puerta. Recuerdo mirar hacia abajo, a mis zapatillas de conejito y, luego, hacia arriba, hacia la cara aterrorizada de mi padre al otro lado de la sala. «Creíamos que estabas dormida, Sophie».

De repente, Emma se detuvo en una zona especialmente estrecha y se puso de pie con la espalda girada hacia el precipicio.

—Madre mía, fíjate cómo estoy caminando. ¿Por qué no pasas delante, Sophie, y marcas el ritmo? ¡Qué egoísta soy! ¿En qué estaría pensando?

Se me dan bien las alturas. Las rutas de costa no me preocupan. Pero ese tramo no era seguro para que pudiera pasar yo también y, por alguna razón, me

detuve. No sé por qué me sentí incómoda. No quería admitirlo y no quería contarle que estaba pensando en la mujer del acantilado de Cornualles, pero tampoco quería pasar a su lado. Fue extraño, incluso ridículo.

Entonces, mientras Emma inclinaba la cabeza y fruncía el ceño a la espera de mi respuesta, comenzó a oírse *La cabalgata de las valkirias*, una horrible versión metálica que salía de su mochila.

—Maldita sea, mi teléfono. Me sorprende que sigamos teniendo cobertura.

Emma balanceó su pequeña mochila sobre el hombro izquierdo, abrió la cremallera del bolsillo frontal e intentó proteger el móvil y su oído del viento.

—¿Perdón? —Puso cara de fastidio mientras trataba de oír—. ¿Está de broma? ¿Theo? —Hizo una pausa mientras escuchaba con atención—. Sí, iré enseguida... Claro, lo entiendo. El reglamento de... Sí. Sí. Lo que usted diga. Claro... No, no estoy en casa, por lo que estaré ahí dentro de... —Miró el reloj—. Oiga, perdone, tardaré al menos media hora. ¿Le parece bien?

Cerró la funda del móvil de un golpe.

—Lo siento, Sophie, pero tenemos que volver enseguida. Es Theo.

—Ay, madre mía, ¿se encuentra bien? ¿Le han hecho daño?

—No, a él no. Ha mordido a alguien en la guardería. Se ha formado un escándalo muy grande.

—¿Estás de broma?

—Ojalá. Lo bastante fuerte como para hacerle sangre. Han llamado a la otra madre y está sacando las cosas de contexto. Al parecer, el reglamento dice que el que muerde se tiene que ir a casa.

Siguiendo mis instintos, me eché hacia atrás en el borde del precipicio para que Emma pasara a mi lado y guiara el camino.

—No parece algo que Theo haría. —No sabía qué más decir; era un niño muy dulce.

—Lo sé, no lo entiendo. Nunca había mordido a nadie, Sophie. ¡Nunca! No lo entiendo.

# Capítulo 20

## Antes

Mark no tenía hambre, pero sabía que Malcolm sí la iba a tener.

Malcolm tenía siempre hambre, era una de esas personas odiosas con el gen de la delgadez. Mark decía que había sido afortunado con su metabolismo, aunque la teoría de Sophie era que tomaba cocaína, como muchas de las personas del mundo creativo con las que solían salir en la ciudad.

Mark miró el menú. Madre mía. A veces deseaba tomar algún tipo de droga. No, no quería decir eso. Una punzada de culpabilidad le invadió mientras se imaginaba a Ben con las cuerdas de la cometa enredadas en la playa el fin de semana anterior. No. Para nada.

Perfecto. Un filete y ensalada. Resistiría ante la insistencia de Malcolm de que comiera unas patatas fritas y saliera a correr por la tarde. Pasó la mano por la camisa para alisar el tejido mientras, en secreto, se tocaba el estómago. Hubo un tiempo en el que podía comer todo lo que quisiera, pero ya no.

«Por Dios, Mark, te está saliendo barriga» le había dicho Sophie en Cornualles el año anterior. Había fingido que le había hecho gracia, pero, por dentro, se había muerto de vergüenza, sobre todo al confirmar en el espejo del baño que tenía toda la razón. Al parecer, el golf ya no era suficiente.

Mark miró hacia los cubiertos hasta que el destello del metal comenzó a desvanecerse. Cornualles. Pensó en lo mucho que significaba para Sophie ese pequeño paraíso en el que hacía millones de años ambos parecían distintos. Madre mía, daba miedo cuánto la seguía queriendo. Cómo, algunos días...

Se dio cuenta de que estaba moviendo el estúpido pie y abrió las piernas

mientras colocaba de otra forma los cubiertos en la mesa.

—Alegra esa cara, tío. ¡A lo mejor nunca ocurre! —Malcolm, con una sonrisa que mostraba las fundas de los dientes, destacaba a su lado con su traje de Hugo Boss y su camisa de seda rosa salmón. Tan odiosamente delgado.

—Dios, me has asustado, Malc. Lo siento, estaba en mi mundo. Me alegro de verte, tío.

Se dieron la mano durante un segundo antes de que Malcolm, todavía de pie, retrocediera para coger un menú.

—Madre mía, estoy muerto de hambre. ¿Ya has pedido?

Mark sonrió.

—No, todavía no. Estaba pensando en tomar solo un filete y ensalada porque tengo una cena después con un cliente.

—¿Alguien a quien conozco?

—No.

Entonces, Mark se sintió avergonzado por la mentira, por lo que parpadeó y, a modo de distracción, se centró en las minucias de la caótica semana de Malcolm y de su vida amorosa, que había tomado un giro inesperado cuando «la elegida» había puesto fin a la relación para aceptar otro puesto en Nueva York.

—¿Por qué las mujeres son tan poco predecibles? Tuviste suerte con Sophie.

—¿Crees que no lo sé?

Pidieron vino tinto, cosa de la que Mark sabía que, luego, se iba a arrepentir, aunque por el momento tenía un propósito: calmarle los nervios.

—Bueno, Malcolm, ¿en qué situación estamos en cuanto al dinero?

—¿Quieres la respuesta como amigo o como contable? —Malcolm estaba untando dos raciones de mantequilla en una rebanada de pan pequeña.

—¿Ponerle las dos etiquetas sería demasiado complicado?

—Es lo que te dije por teléfono. Ahora es, el peor momento para hablar sobre retirar dinero de la empresa. Acabas de expandirte. Cuando comprobamos todas las cifras para las nuevas oficinas el año pasado, creía que lo habías entendido. Es un proyecto quinquenal sólido. Vas bastante bien encaminado a nuestro objetivo, por lo que no hay nada de lo que preocuparse,

pero no tenemos mucho margen en este momento.

—Ya lo sé. Y aprecio todo lo que has hecho. Pero no vi venir los problemas en Devon que están alterando a Sophie. Le han afectado mucho.

—Llévatela de vacaciones una larga temporada. A las islas Mauricio... — dijo con la voz distorsionada mientras masticaba el pan—. Bastante más barato que volver a reformular todo el maldito flujo de fondos.

—De acuerdo, Malc. Las cartas sobre la mesa. Estoy cansado de tanto conducir. Lo de vivir separados entre semana no funciona. Sophie necesita que esté allí más tiempo. Ni siquiera se plantea lo de vender la casa de Devon. Entre tú y yo, tiene una nueva amiga que no es una buena influencia, pero Sophie no quiere oír hablar de eso. Quiere demorarlo; sigue pensando en que traslade la compañía, cosa que no puedo hacer. Estaba planteándome dejar la casa de Devon como nuestro segundo hogar: para vacaciones, para alquilarla y para mudarnos de nuevo allí en el futuro. Mientras, necesito ganar dinero y conseguir una casa decente más cerca de Londres.

Malcolm cogió aire con fuerza.

—Alquila.

—No, Malcolm, quiero que hagas cálculos. Cifras grandes. Descubre cuánto puedo ganar con la empresa como aval. Rédito, préstamo, me da igual cómo lo hagas.

—¿Sophie piensa que es una buena idea?

—Te lo he dicho, no ve las cosas claras, Malc. Necesito dejarla fuera del juego durante un tiempo. Si no, se preocupará y dirá que no. Ya sabes por lo que pasó después de que naciera Ben. No quiero hacer nada que nos devuelva a ese punto. Por eso necesito esto.

Malcolm puso una mueca y se detuvo. Los ojos de los dos amigos se encontraron y Mark se preguntó si su colega recordaba lo peor de todo. Hubo dos semanas en las que la depresión de Sophie había sido tan fuerte que Mark había tenido que llevar a Ben a casa de su madre mientras intentaba compaginarlo todo: los negocios en Londres, Sophie, el bebé... Malcolm había sido su pilar, se había pasado todas las noches al otro lado del teléfono, apoyándolo.

—Muy bien, tío. Lo entiendo. Pero no estaría haciendo bien mi trabajo si no te avisara de que este movimiento no es muy inteligente. Para la empresa,

no. Lo digo con la etiqueta de contable puesta.

—Lo capto, Malcolm, pero soy lo suficientemente mayorcito como para preocuparme yo solo. Necesito que veas qué se te ocurre, ¿sí?

—De acuerdo, pero las tasas de interés caerán. Dame unos días. — Malcolm comenzó a extender la mantequilla sobre una segunda rebanada de pan, empequeñeciendo los ojos—. Está claro que una mejor inversión sería que te compraras un piso en Londres, en lugar de esa caja de zapatos que tienes alquilada. Ya lo sabes.

—No va a trasladar a Ben a Londres.

—¿Me pongo la etiqueta de amigo? —Mark se encogió de hombros, jugueteando con su servilleta—. Todos tenemos envidia de ti y de Sophie, como ya sabes. Del grupo, eras el que lo tenía todo resuelto. No me parece un plan brillante jugar a reinventarte dejando a Sophie de lado.

—Lo entiendo y espero que me escuche, pero créeme, lo hago por ella. Ahora mismo no se encuentra bien, no piensa con claridad. Se ha hecho muy amiga de esa mujer sobre la que hay un rumor por el pueblo que Sophie no cree. No escucha. Me necesita, Malcolm. Es la única manera de conseguirlo y, a la vez, mantener los negocios a flote.

La expresión de Malcolm cambió. Incluyó la cabeza hacia un lado antes de mostrar las palmas de las manos, rendido.

—Está bien. Se acabó la clase. Tus negocios, tu decisión. Pero ahora me toca a mí. Comida. Sin peleas, tío. Vamos a pedir filete con patatas. Y postre.

—Ay, no creo que pueda, Malcolm. En serio, como te he dicho antes, tengo una cena después.

—Tonterías, mi buen amigo. Tienen pudín de caramelo.

# Capítulo 21

## Antes

Cuando era pequeña, a menudo me llevaba un libro al baño y, en lugar de lavarme la cara y el cuello antes de irme a la cama como me habían ordenado, me sentaba en el suelo a leer. El resultado era un cerco de suciedad alrededor del cuello que yo intentaba hacer pasar por una línea de moreno tras ver *Mujercitas* y *Pippi Calzaslargas* durante el verano. Pero llegó el otoño y, con él, una bronca con mi madre que evoqué en mi mente mientras estaba sentada en el suelo del baño de Tedbury...

Mi madre había mostrado poco interés por mis rutinas nocturnas después de cumplir los cuatro años, hasta que, de pronto, una tarde, buscó las gafas para levantarme una de las trenzas y examinarme el cuello más de cerca.

«Suciedad. Esto no es moreno, es suciedad».

Al principio, no me importó que me descubriera. Era inevitable y me había sorprendido que hubiera tardado tanto. Pero mi madre me guio hasta el baño para empezar a restregarme el cuello con una toalla áspera y jabón con tanta fuerza que la piel empezó a arder y a despellejarse.

«Me estás haciendo daño».

Me ignoró. Dije que lo podía hacer yo sola, pero eso pareció empeorarlo todo hasta que mi madre puso unos enormes ojos de loca por la frustración que, como descubrí después, no tenían que ver con mi cuello y sí con el martini.

Se me saltaron las lágrimas. Me dolía mucho el cuello. Traté de arrebatarse la toalla para que se detuviera. Luego, sentí golpes muy muy

fuertes en el culo. El primero fue de la mano de mi madre y el segundo, de un gran rascador de espalda, de madera, que se había caído del borde de la bañera. Después, vinieron los gritos. Los de mi madre y los míos propios mientras corría por el pasillo hacia mi habitación y cerraba la puerta. Empujé una silla contra ella y me senté, jadeando, aterrorizada. Se puso a dar golpes en la puerta y me gritó.

Entonces, a la mañana siguiente, ocurrió algo muy extraño; parecía que me había imaginado la escena. Fui a desayunar todo lo tarde que pude y me encontré con crema de avena, mi preferida, en el fuego y zumo de naranja recién exprimido en una jarra de cristal brillante sobre la mesa. Nos movimos unos junto a otros en silencio, como si hubiéramos pasado página y estuviéramos en un nuevo capítulo que ninguno quería leer. Esa tarde, nadie mencionó que me lavara el cuello y mi madre nunca volvió a controlar mi momento del baño.

Pero el comportamiento al estilo Jekyll y Hyde continuó. Fuera de casa, antes de empezar a beber a la hora de la comida, mi madre era una mujer distinta. Hacía unos pícnicos excelentes y, durante el verano, se sentaba junto al río mientras yo nadaba con mis amigos. A veces, en esas excursiones, incluso me peinaba el pelo y me susurraba al oído que lo sentía. Pero, dentro de casa, todo cambiaba, especialmente en invierno. Se comportaba como un animal enjaulado, ahogada, asfixiada y siempre enfadada.

Mi padre tenía que viajar mucho por trabajo, de modo que me volví una hija única muy solitaria. Observaba con envidia a mis amigos que se peleaban y defendían con fiereza a sus hermanos. Durante un tiempo, llegué a tener una hermana imaginaria. La llamé Laura, inspirándome en *La casa de la pradera*. Mi Laura era fuerte, divertida y valiente. Se ponía delante de mí cuando se metían conmigo y me acariciaba el pelo por la noche para calmarme tras las escenas con mi madre.

Cuando fui adulta, me pregunté si no sufriría ella también una depresión posparto, sin diagnosticar. ¿Era eso? Me habría encantado hablar de eso con ella, pero, por desgracia, era demasiado tarde. Nuestra relación adulta estaba demasiado rota. Mi madre dejó finalmente a mi padre cuando yo tenía trece años, y se trasladó al extranjero con Gordon, un abogado que consumía grandes cantidades de alcohol. Los visitaba de vez en cuando durante las

vacaciones del colegio. Tenían una pequeña casa con piscina en España, pero, a pesar de todo el sol y los baños, esas visitas me hacían sentir sola y angustiada. La mayor parte del tiempo, mi madre y Gordon estaban fuera, y me dejaban a mi suerte. Cuando se encontraban en casa, disfrutaban de largas comidas repletas de alcohol y de siestas aún más largas que parecían juntar el día y la noche. Yo no sabía hablar español y solo hadan esfuerzos superficiales para presentarme a otros niños. Al final, opté por quedarme con mi padre durante las vacaciones. Solía invitar a mi abuela para que le ayudara y en esos años apareció mi amor por Devon.

Durante las seis semanas de verano, alquilábamos una pequeña cabaña al sur de Devon, en la costa, e íbamos todos los días a las playas de los alrededores. El tiempo no se parecía al de España ni teníamos piscina privada, pero había muchos niños en la playa con quienes jugar al críquet y con los que hacer enormes castillos de arena con fosos que nos costaba llenar mientras corríamos con varios cubos hacia la orilla. Mi abuela hacía pícnicos con sándwiches de huevo y berro y limonada casera que llevaba en un enorme termo. Mi padre jugaba al críquet con un sombrero de mimbre blanco y una expresión terriblemente seria.



Estaba sentada en el suelo del cuarto de baño, recordando todo eso mientras, con desesperación, trataba de recuperarme. La cabeza seguía dándome vueltas. Miré hacia la alfombrilla antideslizante color crema, con un montón de hilos gruesos, algunos de los cuales tenían unas extrañas manchas naranjas, como si fuera un óxido que nunca habría sido capaz de quitar. Debería tirarla. ¿Por qué sigo lavándola y poniéndola?

Me vi a mí misma levantando la mano para acariciarme la piel del cuello antes de tratar de incorporarme. Rápido me di cuenta de que no estaba lista, de que mis piernas seguían débiles y de que me encontraba todavía mareada. No recordaba lo que había pasado exactamente. ¿Me había desmayado de nuevo? ¿Era eso? Después, mirando a mi alrededor como a cámara lenta, un nuevo pensamiento apareció revoloteando ante mí en la habitación. Subí la cabeza,

con la visión todavía un poco borrosa, mientras la idea merodeaba por encima de mí antes de posarse en mi interior con suavidad.

Esperé, inclinando la cabeza hacia las piernas, y pensé en la última vez que eso había ocurrido, en Cornualles, con Helen. Me concentré un momento para calmar la respiración y, luego, un poco más tranquila, miré el armario del baño, intentando imaginarme su contenido, y me pregunté a qué hora cerraría la farmacia. De pronto, el móvil vibró en el bolsillo.

—¿Sophie?

—¿Emma? ¿Qué pasa? Pareces aterrorizada.

—Oye, tengo que verte. Creo que voy a tener que irme del pueblo.

—¿Irte del pueblo? ¿De qué estás hablando? Acabas de terminar de colocar las cosas. —Intenté levantarme, sujetándome al toallero, todavía aturdida. Después, me arrepentí del gesto y me senté de nuevo.

—Es por Theo, Sophie.

—Oye, lo siento. Iba a llamarte. ¿Qué tal está?

—Sigue fatal. Un niño le ha acosado y ahora se niega a volver a la guardería. —Emma había bajada la voz hasta convertirla en un susurro.

—Ay, pobre criatura, pero estas cosas se olvidan. Seguramente estaba más nervioso de lo que hacía ver y se siente un poco agobiado.

—No, no es solo por eso. Otro niño le ha dicho algo horrible sobre mí.

—¿¡Sobre ti!?

—Sí, tiene que ver con todas esas tonterías que cuentan por ahí. Debe de haber sido cosa de la madre.

—Ay, madre mía, pobre Theo. ¿Qué le dijo exactamente el niño?

—Oye, ¿por qué no vienes a casa después de que Ben salga del colegio? No me gusta pedir este tipo de cosas, pero no sé qué es lo mejor en estos casos y no sé a quién más acudir.

Miré de nuevo hacia el armario del baño y, luego, al reloj.

—Claro, voy en cuanto recoja a Ben. Tengo que hacer primero una cosa rápida. ¿Estarás bien? —No hubo respuesta—. Oye, siento mucho haberme enfadado tanto por lo de Hobbs Lane. Madre mía, sé que lo hacías por mi bien. Y tienes razón, no es cosa mía lo de tu estancia con tu madre en Francia. Soy tonta. —Hice una pausa, sintiéndome culpable por mi estúpida preocupación en relación a la doble de Emma en Cornualles. ¿Por qué me

había puesto tan nerviosa? La pobre Emma ya tenía a bastante gente juzgándola.

El día anterior por la tarde, para colmo, la inspectora Melanie Sanders había vuelto a aparecer en su casa. Al parecer, se había tirado una hora entera interrogándola sobre su economía: cómo podía permitirse vivir en Priory House, el testamento de su madre... Nathan se lo había contado a Mark por teléfono y estaba furioso. Quería que Emma pusiera una reclamación formal por acoso policial, pero ella estaba decidida a mantener en silencio ese lío con la policía por miedo a los rumores en Tedbury. No podía evitarlo, sentía cada vez más que todo eso era culpa mía por haberle pedido ese estúpido favor. Si no hubiera hecho de la maldita adivina, no habría sido la última persona en ver a Gill. Fue solo mala suerte, el momento incorrecto, pero también culpa mía.

—Por favor, Emma, trata de calmarte y espérame ahí, ¿de acuerdo?

Tras colgar, me levanté muy despacio, poniéndome primero de rodillas y apoyándome después en el borde de la bañera para sujetarme. Me miré en el espejo. Pálida, con la piel inflamada, las marcas de un futuro moratón en la barbilla. Abrí el armario y busqué en la parte superior.

Volví a mirar el reloj.

Tres kits de ovulación estaban apilados unos encima de otros. Los moví hacia un lado y eché un vistazo detrás de ellos, buscando una prueba de embarazo. Me senté en el váter y giré el paquete para ver la fecha de caducidad.

Había pasado un tiempo y tendría que darme prisa en usarlo. La última vez había sido en casa de Caroline, no mucho antes de que el proyecto de la charcutería se derrumbara. Llevaba dos semanas de retraso e hice dos pruebas en casa para asegurarme. La primera dio positivo con una débil raya azul, pero la segunda no. La prueba posterior en el médico también fue negativa. Si se trató de una falsa alarma, una prueba defectuosa o, peor aún, un aborto temprano, no lo sé.

Esa vez, hice pis sobre la prueba y bajé la tapa del váter para sentarme en ella y esperar. Miré de nuevo hacia la alfombrilla de baño, dejando adrede que me escocieran los ojos y se me nublara la vista. Solía poner a Ben en su manta de juegos sobre esa alfombra cuando me bañaba.

¿Dónde estaba la manta de juegos, en la buhardilla? No, Sophie, no comiences a tener esperanzas...

Entonces, volvió a sonar el teléfono, esta vez fue el nombre de Helen el que relampagueó en la pantalla. Levanté la prueba ante mí, mirando el reloj por enésima vez para calcular el tiempo que tardaría en llegar a casa de Emma tras recoger a Ben.

—Helen, ¡qué sorpresa tan agradable! Espero que esto signifique que has pensado en mi propuesta.

—Bueno, la verdad es que sí..., si la oferta sigue en pie.

—Por supuesto. ¿Cuándo llegas? —Luché por mantener un tono calmado al ver aparecer una fina línea en la prueba, para que Helen no se diera cuenta de todos esos nervios. Tantos pensamientos compitiendo y palpitando en mi cabeza.

—Mira, sé que te lo he dicho con poco tiempo, pero estaba pensando en esta semana, mientras Ben está en el colegio. Creo que te puede animar y que te puedo ayudar a adaptarte. Pero dime que no si ya tienes otros planes.

La raya se estaba oscureciendo. No había duda.

—¡No me lo puedo creer!

—¿Perdón?

—No, no es a ti. Tengo que dejarte, Helen. Tengo que colgar, pero te prometo que te llamaré luego. Por favor, ven en cuanto puedas, en serio. Cuanto antes, mejor.

# Capítulo 22

## Antes

Emma daba vueltas por la habitación. Las cosas no estaban saliendo como había planeado. Para nada. Maldita sea. Aparte del enorme arrebató de Theo en la guardería y de que la inspectora Melanie Sanders estuviera de nuevo metiendo las narices, un correo de parte de su abogado esa mañana había confirmado sus peores temores.

¿Theo no iba a dejar de ser nocivo para ella? Además, tendría que encontrar la manera de convencer al personal de la guardería de que lo volvieran a admitir. ¿Cómo iba a conseguir hacerlo todo si no lo readmitían?

Emma se tocó el bolsillo. No tenía el móvil. Miró por la cocina y frunció el ceño al no recordar dónde lo había puesto. El enfado comenzó a burbujear en su estómago mientras se dirigía a por el portátil. Tenía un segundo correo de su abogado. Esa vez era una factura con la que la presionaba para que le pagara el trabajo realizado hasta la fecha. Fantástico... Movié la boca hacia un lado, ignoró la maldita factura y envió una respuesta al primer correo.

«Tiene que haber algo que podamos hacer con respecto al testamento. No es justo. ¡Es una vergüenza! Tenemos que recusarlo. Ponte a ello inmediatamente, por favor...».

Entonces, Emma comenzó a revolver las revistas y los papeles de la encimera de la cocina, buscando el móvil. Intentó recordar cuándo había sido la última vez que lo había usado... ¿Al hablar con Sophie? Hizo una pausa para pensar dónde estaba en ese momento. Sí, ya se acordaba: en la habitación del piso superior.

Emma se apresuró escaleras arriba hasta llegar al descansillo, desde donde vio la puerta entreabierta y a Theo sentado en el suelo del cuarto. Estaba de espaldas a ella, agachado sobre algo. Se movió con mucho más cuidado, dando las gracias por tener una moqueta gruesa, y se inclinó hacia delante para sorprenderlo.

—¿Qué narices estás haciendo, Theo? —Emma extendió el brazo sobre su regazo y le cogió el móvil. Miró la pantalla, en la que aparecía la fotografía que le había hecho a Sophie en Cornualles. El *zoom* la había pixelado un poco, pero estaba bastante claro...

—Solo quería jugar al juego de las serpientes...

—Sabes que no puedes usar mi móvil a menos que te lo diga yo. ¡Cómo te atreves!

La cara de Theo estaba blanca por el susto, pero a Emma le dio igual. Miró de nuevo a la pantalla y pensó a toda velocidad.

—De acuerdo, estabas mirando mis fotos. ¿Qué has visto?

—Nada.

—Eso no es así, ¿no, Theo? Tienes que decirme la verdad. Sé cuándo me estás mintiendo.

Se produjo una larga pausa en la que Theo no pestañeó.

—Por favor, no te enfades otra vez. Solo he visto la foto de la mamá de Ben. Solo eso. Con su nueva amiga en la playa. No he mirado las demás. Estaba en la pantalla cuando he cogido el móvil. No quería mirar tus fotos. Solo quería jugar al juego de las serpientes... —Estaba empezando a llorar, pero a Emma le volvió a dar igual. Eso era serio.

Se agachó frente a su hijo y acercó su cara a la de él hasta que sus narices casi se tocaban.

—¿Has visto todos esos policías en Tedbury?

Theo asintió con los ojos muy abiertos.

—Coger algo de alguien sin su permiso es robar. Y robar va en contra de la ley. Todo lo que tengo que hacer es decirle a la policía que has mordido a un niño, lo que es agresión, y que me has quitado el teléfono, lo que es robar. ¿Sabes qué harán? Volverán a Tedbury y te llevarán lejos para encerrarte en algún lugar oscuro. ¿Me entiendes?

Theo estaba llorando, pero Emma no había terminado.

—Si le dices a cualquiera lo de la fotografía de la mamá de Ben, se lo diré a la policía.

No recibió respuesta, solo sollozos. Theo tenía los ojos cerrados mientras Emma mantenía su cara muy cerca de la suya.

—No... digas... ni... una... palabra, Theo, ¿me entiendes?

# Capítulo 23

## Antes

La inspectora Melanie Sanders estaba echándole una ojeada a los catálogos de las casas. Había un par de cabañas muy bonitas, pero los precios estaban por las nubes. Una captó su atención, sobre todo por las plantas trepadoras que cubrían la fachada. Se estaba preguntando si era demasiado romántica, si las plantas no dañarían los ladrillos, cuando llamaron a la puerta.

Maldita sea. Una mirada al reloj. Temprano. Melanie había llamado a un nuevo testigo, pero se puso nerviosa. Seguía recogiendo los papeles cuando un hombre alto y delgado con penetrantes ojos azules entró, guiado por alguien de recepción.

—Madre mía, no pensaré mudarse a Tedbury, ¿verdad, inspectora? —Su visitante miró inmediatamente hacia los papeles, girando el cuello para intentar leer la primera hoja, que estaba al revés.

Melanie, avergonzada por el mal comienzo, juntó todos los papeles y los mezcló formando un montón.

—No, no, solo estaba investigando. Es parte de la búsqueda.

—¿Investigación? Si está interesada de verdad, hay algunas propiedades sobre las que debo prevenirla. Problemas estructurales. ¿Esa es la Cabaña de la Enredadera...?

—No, de verdad, gracias. Solo estaba investigando sobre el lugar. Bueno, señor...

—Tom Fuller.

—Señor Fuller. Cuando ha llamado, ¿me ha dicho que tenía nueva

información? —Le hizo un gesto para que se sentara Y él sonrió. Una sonrisa cálida, con dientes perfectos. Observó y esperó mientras ponía el pequeño taco de hojas en el cajón superior del escritorio, forzándolo al principio para que se cerrara. Se escuchó un crujido, por lo que tuvo que abrir de nuevo el cajón, apretar el contenido e intentarlo otra vez—. Entonces, ¿esa nueva información...?

—Sí, bueno, el agente que me llamó a casa dijo que si recordaba cualquier cosa... Y eso he hecho. —Ella levantó las cejas, animándolo—. Mire, a lo mejor no es importante, pero la noche de la feria, la noche en la que Antony murió, vi que tenía una discusión con Emma Carter, la mujer que se encargaba de la carpa de la adivina.

—Ya veo. ¿Cuándo ocurrió eso exactamente? —Melanie cogió el bolígrafo para empezar a tomar notas. La verdad era que no había esperado nada de utilidad. Ya había lidiado con el típico grupo de personas que le hacían perder el tiempo.

—Es difícil ser preciso. Creo que alrededor de las seis.

—De acuerdo. —Su tono fue más considerado—. Dígame exactamente qué vio y qué oyó.

—Estaba caminando hacia la iglesia para comprobar que nuestra caseta estaba bien. La Real Sociedad para la Protección de las Aves pone una todos los años.

—¿Le gustan las aves? —No quería parecer tan sorprendida para no ponerse en ridículo de nuevo, pero falló.

—Sí, hemos conseguido dinero para comenzar un proyecto sobre el escribano soteño cerca de la costa. —Esa vez fue él quien se puso un poco nervioso y se sonrojó.

—¿En Labrador Bay?

—¿Está de broma? Ya lo sabía, ¿verdad, inspectora?

—En realidad, no. Pero he estado buscando en Google algunas visitas locales para mis padres. Me vienen a ver pronto y les encantan esas cosas. Mi madre lo mencionó. Creo que lo vio en Facebook.

—Por Dios, he estado allí esta mañana.

—¡No puede ser! —Melanie no lo pudo evitar; una sonrisa cálida se extendió por su rostro ante la coincidencia. Las fotografías en Internet parecían

increíbles. Pensó en cuánto deseaba que el acceso estuviera bien, por si su madre seguía usando la silla de ruedas, cuánto le gustaría a su madre ver aquello...

Por su parte. Tom Fuller cogió de pronto una pelusa imaginaria de la manga y Melanie se sintió agradecida de haberle pasado el bastón de la vergüenza. ¿Por qué los observadores de aves se ponían a veces tan a la defensiva? Su madre decía que la gente se burlaba mucho de ellos. Por desgracia, era parte del trabajo.

—¿Qué decía de la discusión? ¿Por qué no lo contó antes?

—Bueno, no me pareció un dato importante. Quiero decir, los ánimos están algo crispados el día de la feria por toda la organización. Pero ahora hay un rumor por ahí...

—¿Qué rumor?

—Sí, sobre Emma Carter y Antony. Bueno, creí que debía mencionarlo.

—Entiendo, ¿qué vio exactamente?

—Antony y Emma estaban en Creen Lane, que es una carretera secundaria alrededor de la sala de fiestas del pueblo, y él parecía estar intentando que ella hiciera algo.

—¿No escuchó el qué?

—No, la verdad es que no. Solo unas pocas palabras. Dijo que, de ningún modo, iba a pagar. Algo así.

—¿No recuerda las palabras exactas?

—No, lo siento. En ese momento, supuse que sería una discusión sobre la feria. Recuerdo que pensé que era un poco extraño, porque ella se acababa de mudar al pueblo. Y a él no le pegaba nada aquello. No era un tipo polémico.

—¿Pero no lo suficientemente extraño para que lo mencionara antes?

—No, me he dado cuenta ahora de que debería haberlo hecho, pero no me gusta meterme en líos y no quería que me vieran como a un chivato. Sin embargo, como le he dicho, hay un rumor por ahí que dice que estaban teniendo una aventura. ¿Es cierto? —Melanie no respondió. Estaba intentando no mirar a Tom Fuller, pero le habría gustado que no tuviera unos ojos tan impresionantes, porque eso lo hacía más complicado—. También se rumorea que está investigando la muerte de su madre en Francia. ¿La herencia?

Melanie se reclinó en el asiento.

—Bueno, señor Fuller, ¿ha venido aquí a decirme algo o a fisgonear de parte de todos los cotillas de Tedbury?

—Perdone, perdone. —Se volvió a sonrojar—. Me gustaba Antony. Era un poco infantil, supongo. Pero no era un mal tipo.

—¿Usted sabía si tenía alguna aventura?

—No con seguridad, era más una suposición. Gill y él estaban pasando por una mala racha. Ella quería tener un niño, él no. Él mismo era todavía un crío, la verdad.

—¿Y no sabe con quién podría haber tenido una aventura?

—Nunca me lo comentó abiertamente, pero puede que le haya dicho algo a Nathan, el arquitecto local. Eran bastante amigos, tomaban copas juntos en Church Inn.

—De acuerdo, ¿algo más?

—Sí, la verdad. He visto a un tipo dando vueltas por el pueblo. Lo vi unas tres o cuatro veces la semana pasada. Hace fotografías. Me levanto temprano para observar a los pájaros, por lo que tiendo a fijarme en los movimientos de la gente.

—De acuerdo. ¿Me lo puedes describir? —Cogió el cuaderno y un bolígrafo.

—Un tipo impresionante, con el pelo rubio, casi canoso, muy corto y rizado. Es muy alto. Como le digo, hace fotografías. Pensé que quizás se trataba de un fotógrafo profesional. Mucha gente viene al pueblo a hacerle fotos a la iglesia por la vidriera, pero, de nuevo, creí que debía comentárselo. Dado lo ocurrido.

—Rubio y rizado, ¿eh? —Hizo una pausa—. ¿Cómo de alto?

—Uno noventa y dos o noventa y tres.

—¿Guapo?

Él se encogió de hombros.

—Las mujeres seguramente dirían que sí.

Melanie frunció el ceño mientras su mente trabajaba.

—¿No llevaría por casualidad una chaqueta verde oscura, larga, con el cuello de piel?

—Sí, ¿cómo demonios lo sabe?

—No importa. —Con el ceño aún fruncido, cambió de tema rápidamente,

volviendo a Labrador Bay. Él le contó que Tedbury había sido de gran importancia en la recaudación de fondos. Estaba muy orgulloso del apoyo. El bar de Tedbury organizaba concursos, noches de dardos. Gracias a eso, la Real Sociedad para la Protección de las Aves había comprado la zona y la había convertido en una reserva natural especializada en el escribano soteño.

Parloteó un poco más acerca de su afición, entusiasmado. Dijo que Antony solía unirse a veces para ir a Labrador Bay, que se llevaba el cuaderno para escribir, así como grandes termos de té y cientos o miles de bollos glaseados.

—Solía meterme con él por eso, pero no le importaba. Es duro pensar que ya no está...

Tom habló acerca de su trabajo en el pueblo como recaudador general de la Real Sociedad para la Protección de las Aves, acerca de cómo había ayudado a un petirrojo que había rescatado el hijo de Emma Carter.

—Un chico muy agradable, dulce...

Después, Tom Fuller hizo una pausa y empequeñeció los ojos mientras Melanie se levantaba para indicarle que era hora de irse. Caminó hacia la puerta y le pidió a uno de los agentes que se encontraban al otro lado de la sala que le mostraran a Tom el camino de vuelta a recepción.

Tras su marcha, durante unos cuantos minutos, Melanie se sentó totalmente quieta en su escritorio. Tom Fuller tenía los ojos azules más penetrantes que había visto en su vida. No solía dejarse impresionar, pero los había encontrado desconcertantes.

Pensó en el hombre con la chaqueta y comenzó a revolver el cajón superior en busca de su móvil, sintiendo una punzada de vergüenza al ver los catálogos de las casas, preocupada porque Tom Fuller los hubiera visto. Se lo imaginó riéndose a carcajadas en su viaje de vuelta a casa y contándoselo a todo el mundo.

Lo cierto era que Melanie había pensado durante un tiempo en invertir en alguna propiedad. Con el incremento del salario gracias a su reciente ascenso, no tenía sentido quedarse en una casa alquilada, pero se negaba a dejar a Cynthia. Luego, había considerado comprar una casa y alquilarla hasta que se animara a vivir sola.

Todo el mundo le había dicho que South Hams era una mina de oro, al menos en los buenos tiempos, pero los precios eran exagerados. Miró de

nuevo la casa con las enredaderas. Sería difícil permitírsela, pero el agente inmobiliario había dicho que era un buen momento para invertir. De manera extraoficial, le había informado de que una celebridad estaba negociando la compra de una casa grande en las afueras del pueblo, lo que llevaría a una subida de precios.

# Hoy

19.00

Miro por la ventana del tren mientras, por el rabillo del ojo, veo que el doctor me está observando.

Solo nos quedan cuarenta minutos de viaje y sigo teniendo miedo de que, si doy un paso en falso, me echen del tren, pidan ayuda... ¿a una ambulancia?

Finalmente, mientras Mark va al baño, no puedo evitarlo y le pregunto:

—¿Le ha dicho el vigilante que me controle de manera no oficial?

El médico mira a su mujer. Me pregunto cuánto tiempo llevarán casados. Parece que él tiene unos cuarenta años, quizás cincuenta; no lo sé. Ella es mucho más joven, por lo que supongo que será el segundo matrimonio de él. ¿Puede uno leer la expresión del otro en la cara? ¿Han llegado a ese punto?

—Voy a por bebidas al bufé. ¿Quiere algo? —La mujer me mira y pienso: «Sí, se pueden leer la expresión. Quiere hablar conmigo a solas».

¿Bueno? ¿Malo? No lo sé.

Pido un café tanto para mí como para Mark y le sonrío a modo de agradecimiento.

—El vigilante solo ha seguido los protocolos indicados en caso de que alguien se baje del tren. Tiene mucha presión encima, igual que usted... —El doctor me mira directamente mientras su mujer se pasea por el vagón, pero sus ojos son amables.

—¿Se lo ha pedido, entonces? Oficialmente, me refiero.

—Mire, solo me he ofrecido a responder por usted, eso es todo. Espero que no le haya ofendido con ello. Él estaba preocupado porque le echaran la

culpa si se ponía enferma o...

—¿Histórica?

—Yo no he dicho eso... —Me muestra una amplia sonrisa—. No me da la impresión de que sea una histérica.

—La verdad es que estoy un poco histérica por dentro. Pienso en mi hijo, en esa cama de hospital, sin mí... Pero no puede dejar que me saquen del tren.

—Le aseguro que eso no va a ocurrir.

—¿Eso no es lo que el vigilante mencionó?

—Como tal, no. Estaba cubriéndose las espaldas. No quería meterse en problemas y pretendía asegurarse de que estaba bien. Igual que yo.

—Gracias. —Me siento mejor. Contenta por haberle preguntado.

—Ya no falta mucho. —Mira el reloj.

—No, no mucho.

—¿Tiene algún otro hijo?

*De todas las preguntas...*

Quiero y necesito calmarme, por lo que miro otra vez por la ventana mientras los árboles, las nubes y el verde de la hierba pasan como un pincel sobre un lienzo. Los colores se entremezclan.

Hice un curso de acuarelas en el ayuntamiento del pueblo después de que nos mudáramos a Tedbury. Llevaba a Ben conmigo, dormido en la sillita. Fue idea de Mark. Lo había visto en un folleto. Esperaba que me sacara de mis malos momentos, pero no lo hizo. Me gustaba pintar con todos los colores por la hoja, igual que estos colores pintan la ventana del tren al pasar. Pero el alivio era temporal. No resolvía nada y al minuto de llegar a casa, me sentaba en el sofá y lloraba.

Siento como se me acelera el corazón de nuevo y comienzo a inspirar y espirar con mucho cuidado para intentar enfrentarme a esto. Supongo que podría contarle la verdad al doctor, lo que, cada vez más, creo que es el meollo del asunto.

Mi obsesión por tener otro hijo.

Pensaréis que, tras la mala experiencia de la primera vez, estaría asustada, lo dejaría pasar. Sin embargo, el efecto fue, por alguna razón, el contrario: me hizo quererlo incluso más. ¿Quizás para que la segunda vez saliera bien? No lo sé...

¿Debería contárselo al doctor? ¿Algo de eso? ¿Que si hubiera podido ser feliz solo con Ben, quizás nada de esto habría ocurrido?

# Capítulo 24

## Antes

Miré por la ventana del dormitorio mientras el conocido Volvo con su maltrecho parachoques giraba en la plaza. Gracias a Dios...

*Helen.*

Por segunda vez en pocas semanas, la abracé demasiado tiempo Y con más fuerza de la que quería. Luego, me fijé en su equipaje: una enorme maleta de cuero y una bolsa de tela a cuadros.

—Madre mía, Helen, ¿quién te crees que eres? ¿Mary Poppins?

—No seas borde, me la regaló mi marido.

—¿Qué narices llevas en la maleta? —Intenté levantarla por el asa, pero temí por los músculos del estómago—. ¿Un cuerpo? —Me incorporé y cerré los ojos ante el *flashback*. Las salpicaduras en la pared. La cabeza de Gill rezumando sangre, con el cuchillo en la mano...

—He traído algunas cosas para el niño. Libros, sobre todo. Ah, y un juego de críquet. ¿Cómo va el colegio?

Oía la voz de Helen, pero parecía filtrada a través de la niebla. Me tocó el brazo con suavidad para traerme de vuelta.

—Te he preguntado qué tal el colegio, Sophie.

—¿Perdón?

—Ben. ¿Qué tal le va a Ben?

—Ah, cierto. Sí, perdona. Le va muy bien, gracias.

La guie hacia la cocina, seguida por los dos perros, impacientes y jadeantes. Me pregunté si siempre sería así, si siempre sentiría ese golpe ante

las palabras incorrectas o un pensamiento incorrecto desencadenado por un desliz de la lengua, si siempre pensaría en Gill y Antony, en esa escena, en el color rojo...

—Está agotado, pero le encanta. No estoy segura de que esté aprendiendo algo, parece que están casi siempre jugando. Pero... Ven, ven. Te prepararé algo.

A mitad de camino, Helen se detuvo para mirar hacia abajo.

—Me había olvidado de lo bonito que es tu suelo.

—Sí, todos me lo dicen. Me temo que no lo aprecio tanto como debería. Supongo que estamos programados para que sea así. Deja la maleta en el salón. La desharemos después. Tengo muchas cosas que contarte. Pero vamos a por algo de beber para los perros. ¿Les has traído su cuenco? Ay, espera. Debo de tener una antigua tarrina de helado en la parte trasera si Mark no la ha movido de sitio. Es una pesadilla, cambia las cosas sin...

—Sophie.

Helen volvió a tocarme el brazo con la mano.

—¿Qué?

—Soy yo, cariño.

—Perdona, sí. Dios mío. Oye, no paro de parlotear. Puede parecer una tontería, pero me siento muy... —Quería decir «nerviosa», que no me estaba comportando como era yo, que me estaba volviendo loca—. Ay, no lo sé. Estoy muy contenta de que hayas venido. Aquí todo es una locura...

Helen inclinó la cabeza hacia un lado con cariño.

—Eso noté al hablar con Mark.

—¿Has hablado con Mark?

—Sí, me llamó, ¿no te lo dijo?

Siento como me cambia la expresión.

Ese fin de semana, Mark y yo habíamos tenido otra horrible discusión sobre Tedbury y sobre cómo se estaba creyendo todos esos cotilleos sobre Emma y Antony...

—Oye, ya había planeado venir, así que no pienses que se trata de algún tipo de conspiración. Pero, espera un momento, necesito urgentemente ir al baño. Y los perros también.

Helen abrió la cristalera para dejar salir a los perros antes de usar el aseo

de la planta de abajo. Cinco minutos más tarde, estábamos frente a una taza de té de frambuesa y camomila mientras le servía un café.

—¿Qué es lo oficial? ¿Quieres que finja que no me he dado cuenta? —Los ojos de Helen se abrieron por la expectación y su boca se transformó en una sonrisa.

—¿Qué?

—Ay, venga, Sophie, normalmente bebes café como si fuera tu droga.

Supuse que lo había adivinado. La vi escrutarme la cara con tanta atención que no me importó: estaba bien que ella lo supiera. Necesitaba que alguien lo supiera.

—Acaba de ocurrir, hará unas seis semanas o así. Mark no quiere que se lo digamos a nadie todavía. Está muy nervioso.

—Ay, madre mía. —Me arrastró una vez más para que le diera un enorme abrazo de oso. Luego, me separó de ella para examinarme la cara—. Estas son las mejores noticias que he recibido desde que tengo memoria. —Tamborileó sobre la mesa con ambas manos como si fuera una batería—. Lo juro, te prometo que no diré ni una palabra hasta que me des el visto bueno. Me lo imaginé cuando te desmayaste en Cornualles. Me alegro tanto de haber venido ahora. Estás cansada, ¿no?

—Agotada. —Incluso mi voz sonó así, con las palabras desvaneciéndose. Dejé caer los hombros como si renunciara al esfuerzo de sujetar la cabeza. Miré por la ventana, pensando en todo lo que vendría—. Las cosas siguen raras en Tedbury, Helen. Me refiero a que he esperado tanto a este bebé que creía que me iba a encontrar genial, pero no es así. Mark... Bueno, está más preocupado que contento, y comienzo a sentirme culpable. —Miré de nuevo a través de la ventana hacia la plaza del pueblo, donde una caravana blanca estaba aparcando cerca de la casa de Gill y Antony.

Volví a pensar en la bronca con Mark y cerré los ojos.

No había reaccionado a lo del bebé como había esperado. Al principio, me sonrió, me abrazó y me dio un beso, pero ¿luego? Había pasado rápidamente a dar vueltas y a murmurar acerca de todo el estrés. El dinero. Los Hartley. El ambiente tóxico de Tedbury. Finalmente, se había sentado en el borde de la cama, sombrío, y me había recomendado que no se lo dijera a nadie hasta que pasara el peligro de las primeras semanas. Después, se había

puesto a hablar por teléfono, había buscado en Google agentes inmobiliarios y había puesto en marcha las cosas para mudarnos a Surrey.

—¿A Surrey?

—Sí, Sophie. Podemos buscar un pueblo agradable con un buen colegio y una buena estación de trenes. Sabes que no puedo dejar la compañía de Londres y con otro niño vamos a necesitar más dinero. Pero también voy a hacerte falta en casa. Y con todo lo ocurrido aquí...

—Ay, no, no, no, Mark. Esto no es solo decisión tuya. Estoy empezando a ser más feliz, a sentirme más a gusto aquí. Con Emma... Y Ben y Theo se llevan muy bien...

—De eso también tenemos que hablar... Creo que sería buena idea que vieras menos a Emma, con todo lo que está ocurriendo. No me gusta lo que me están contando.

—Oh, no seas ridículo. Son solo cotilleos, ya lo sabes.

—Por lo que he escuchado, se está poniendo todo muy feo.

—Por eso me necesita. Es mi amiga.

—Oh, venga, ya sabes lo que pienso. La acabas de conocer. Es obvio que es muy...

—Es obvio que es ¿qué? Suéltalo. ¿Estás diciendo que no tengo criterio?

Abrí los ojos y me giré hacia Helen.

—Gill sigue en coma. Ya están tapiando la casa. ¿Te acuerdas de Emma, la amiga de la que te hablé? Lo está pasando muy mal. —Solté un resoplido mientras Helen me cogía la mano—. Lo peor de todo es que Mark está muy decidido a que nos mudemos. Nos peleamos mucho por eso. Bastante, la verdad.

—Bueno, se acabó.

—¿Perdona?

—Vamos, ponte el abrigo. Necesitas aire fresco y los perros no pueden estar encerrados mucho tiempo. —Helen sorbió lo que le quedaba del café y se levantó radiante—. Podemos ir a esa charcutería que me enseñaste la última vez y comprar algo de carne roja.

—¿Carne roja?

—Sí, sé que sois como insectos. Todo ese pescado al vapor y el pollo cocido... Por eso estás un poco triste. Necesitas un buen chuletón o algo de

venado. Ah, y he escuchado que la carne de avestruz está muy buena. Poca grasa, pero tienes que tener cuidado al cocinarla. Necesitas más hierro.

Sentí la paradoja de una sonrisa y lágrimas formándose al mismo tiempo. Miré a Helen y lo vi. Y ella también lo vio. Me encantaba cómo nos sosteníamos la mirada la una a la otra sin tener que decir en voz alta lo mucho que ese momento significaba.

—No voy a comer avestruz, Helen.

# Capítulo 25

## Antes

Emma estaba mirando una fotografía de Francia. Theo sonreía delante de los barcos del puerto deportivo, varados a quince minutos de la casa de su madre.

La fotografía se encontraba en un tablón de la cocina. Estaba pegada a él por una estrella magnética y Emma pasó del amarillo de la estrella al marrón del entablado de la fuera. Nathan había conseguido una cita para que alguien viniera a arreglarla pronto. Algún manitas que conocía del bar.

Pensar en Nathan le provocó esa familiar contradicción. Se estaba haciendo muy dependiente. Era un círculo al que estaba demasiado acostumbrada. Le seguía diciendo lo poco normal que era, lo sano y novedoso que le parecía que se despreocupara tanto de Theo, sin protegerle en exceso y sin ser tiquismiquis «como las otras madres. Lo digo en serio, no eres como las otras mujeres, para nada, Emma...».

Se estaba empezando a aburrir, dentro y fuera de la cama, porque él se ilusionaba cada día más, todo el tiempo llamándola por teléfono...

Nathan le había contado los últimos rumores de las malas lenguas de Tedbury. Estaba furioso porque la policía indagara no solo en su economía, sino también en el tiempo que había pasado en Francia. Su tono estaba lleno de ira («¿Qué es esto, un maldito estado policial?») y Emma tuvo cuidado de no revelarle el pánico que eso le había provocado. En su lugar, había calmado la curiosidad de Nathan acerca de lo ocurrido en Francia, igual que con Sophie, hablándole solo de ciertos detalles. El cáncer de su madre y su tumultuosa relación.

Emma estiró el brazo y cogió la foto. Desde el desastre en la guardería y la discusión sobre la fotografía del teléfono, Theo no le había dirigido la palabra. De hecho, no le había dicho nada a nadie, excepto a Ben y alguna palabra ocasional. El castigo del silencio.

Emma estaba bastante feliz por no tener que soportarlo, pero otras personas estaban montando un escándalo terrible. Nathan creía que deberían llamar a un médico, lo que quedaba descartado.

Formularios. Preguntas.

No.

Emma examinó la foto que tenía en la mano con más atención. Recordó con total claridad el día en que se la había hecho. Theo había insistido mucho en que quería ver el barco con las velas amarillas y blancas que ocupaba el centro de la imagen. Al final, se había rendido, porque la gente los estaba mirando. Un pequeño grupo de turistas esperaban para sacar sus propias fotos. Ese barco era el preferido de Theo porque el dueño había atado al timón un osito de peluche como mascota de la suerte y se veía a través del cristal de la ventana central. A Theo le gustaba pensar que era el oso el que manejaba el barco.

Theo y ella caminaban hacia el puerto deportivo todos los días después de comer mientras la enfermera monitorizaba la siesta de su madre. Emma recordó el pánico que había sentido al llegar a Francia y tener que asumir ella sola el cuidado de Theo tras dieciocho meses con la abuelita Lucy.

Recordó también la enorme oleada de pánico cuando supo que su madre tenía cáncer. La había llamado una amiga de esta desde Manchester. Solo Dios sabe cómo había encontrado el número. ¿Quizás entre las cosas de su madre?

«Deja el pasado a un lado, Emma. Ven a Francia antes de que sea demasiado tarde. ¿Me oyes? No tiene a nadie y hay cosas entre vosotras dos que debéis resolver».

Emma no había visto a su madre desde el funeral de su abuela, cuando se habían colocado, de manera desafiante, lo más separadas posible en el patio de la diminuta iglesia de Kent. Un pequeño grupo de agricultores locales y más o menos una docena de gitanos fumaban y hablaban mientras esperaban la llegada del coche fúnebre.

Emma lo había organizado todo para fastidiar a su madre, incluyendo la

enorme cantidad de manzanas en un cesto de mimbre dentro del ataúd, gesto que había provocado sonrisas y lágrimas a aquellos que conocían el amor de su abuela por las huertas de Kent, pero también un movimiento de negación de la cabeza de su madre, como si le exasperara esa última burla a lo convencional.

La historia que había forjado el conflicto entre ellas estaba tan bien documentada como controvertida era. Emma prefería la versión de su abuela, entre otras cosas porque se sentía más en sintonía con su actitud anárquica ante la vida.

Al crecer, Emma solo contaba un resumen de la fractura que se había producido en su inusual historia familiar. La versión de su madre, Claire, hablaba de una infancia dura y difícil como parte de un grupo tradicional de nómadas rumanos. Presentaba a la abuela de Emma, Dotia, como la mala, una gitana cabezota e ignorante, demasiado angustiada por las influencias externas como para dejar que su hija fuera al colegio.

La madre de Emma contaba que le había suplicado ir a la escuela, cansada de las burlas de los *gorgios*, los niños no gitanos, por su analfabetismo. Relataba la historia de un día en el que, mientras esperaba a que abrieran la puerta de la tienda local de caramelos, una panda de niños se había reído de ella. Luego, se enteró de que había un enorme cartel delante de ella que rezaba: «Cerrado todo el día».

Claire decía que la relación con su madre se había derrumbado cuando su padre había muerto en un accidente de coche. Junto con otras familias gitanas, seguían recorriendo las granjas de Kent en busca de trabajos temporales, pero, a pesar de las repetidas visitas de los representantes de las autoridades locales, no la dejaban ir al colegio.

A Dotia, que tenía una afinidad particular por las huertas y que podía nombrar cada variedad de manzana, le gustaba el trabajo pese al dolor de espalda. Sin embargo, la madre de Emma lo odiaba.

La versión de Claire de la historia era: durante una temporada en Mid Kent, entabló una gran amistad con la hija única de un granjero, llamada Lily, que le ayudó a aprender a leer en secreto. Cuando los adultos centraron su atención en los lúpulos, Claire les rogó que la dejaran ir al colegio con Lily. Tras una serie de horribles discusiones, Dotia aceptó de mala gana, esperando

que la novedad no durara mucho. Pero no fue así. Cuando los viajeros empaquetaron sus cosas para irse a Essex durante el invierno, Claire se negó a ir. Tras ser arrastrada literalmente por dos de sus tíos, se rebeló y, en menos de veinticuatro horas, había huido de vuelta a la granja. La historia se repitió dos veces hasta que la familia del granjero intervino, ofreciéndose a quedarse con Claire durante el invierno para que pudiera seguir escolarizada con Lily.

Tras ese acuerdo, la historia se dividía en dos. Claire afirmaba que su madre nunca volvió a buscarla, que la familia Ashford le dejó vivir en la granja, que nunca la adoptaron formalmente, pero que eso permitió que los servicios públicos siguieran sin estar al tanto de la situación. Estudió duro, se ganó un puesto en la universidad y un trabajo en la ciudad, donde conoció a su futuro marido, Alan, el padre de Emma.

Al principio, Alan tenía éxito y el matrimonio era feliz. Pero cuando las apuestas se convirtieron en su debilidad, Claire, al recordar la pobreza de su infancia, contrató a unos abogados para que congelaran las cuentas y pidió el divorcio. Tras el acuerdo, Emma y ella habían vivido entre peleas en Surrey. Emma le echaba la culpa a su madre por su mermada situación económica.

Al mudarse después a Francia, Claire eligió un elegante complejo en el sur, sorprendentemente cerca de Cannes. Emma se fue de casa tan pronto como entró en la universidad y rara vez visitaba a su madre. Cuando esta se trasladó al norte al pensar que el sur era demasiado caluroso y caro, convenció a Emma para que le ayudara con la mudanza. Mientras organizaban las cosas, se topó con una caja de cartas.

La caja de zapatos era rosa y, dentro, había más de dos docenas de sobres, algunos sin abrir. Unos cuantos estaban dirigidos a «Sabina», a una granja en Kent; otros, a Claire, a su primer piso en Londres. A Emma le llevó un tiempo darse cuenta de que Sabina debió de ser el nombre original de su madre en rumano.

Las cartas eran todas de la madre de Claire, Dotia, quien, triste y con ruegos insistentes, se las dictaba a un amigo cuya caligrafía era infantil y difícil de leer.

«Te escribo de nuevo de parte de tu madre, cuyo corazón está roto. Por favor, Sabina, ¿podrías aceptar verla?».

Emma escondió la caja en su habitación, encantada con la nueva munición

contra su madre. Las cartas, incluyendo algunas redirigidas por la pareja de la granja que había acogido a Claire, dejaban claro que Dotia había vuelto muchas veces para rogarle a su hija que respetara su ascendencia y la acompañara en la carretera. Claire, como prefería que la llamaran por aquel entonces, no solo se negaba a pasar las vacaciones con su madre como se había acordado al principio, sino que había terminado por rechazar cualquier contacto. La familia de la granja había intentado mediar, pero Claire no quería ni pensarlo, le encantaba su nueva y más que cómoda vida y no deseaba saber nada de la antigua.

Las cartas de Dotia hablaban de que el trabajo en las granjas estaba disminuyendo, eran tiempos duros. Emma no tenía forma de saber si su abuela seguía viva, pero las cartas eran algo que claramente podía usar. Durante el desayuno, se había enfrentado a su madre, dejando la caja en la mesa.

—Creía que habías dicho que tu madre te había dado la espalda.

Se produjo una pausa en la que Claire se echó a temblar. Se levantó como si fuera a salir de la habitación, pero Emma la cogió del brazo, agarrándole la carne con tanta fuerza que la punta de cada una de las uñas de Emma se volvió blanca.

—Has mentido. Mi querida mamá, la que siempre me ha acusado de ser la mentirosa de la familia. ¡Menuda broma! Todos estos años diciéndome que soy la oveja negra, una pesadilla de hija, y mírate.

—Suéltame. Me estás haciendo daño.

—Oh, por favor. Ahórrate el drama. —Los ojos de Emma estaban fijos en el blanco de sus uñas mientras apretaba más y más fuerte. Más y más fuerte.

—Lo digo en serio. Por favor. Me estás haciendo mucho daño, Emma...



Emma tardó dos semanas en encontrar a Dotia. Una rápida búsqueda en Google la llevó hasta una pequeña parcela en el norte de Kent, donde dos caravanas estaban aparcadas en un campo al lado de un cobertizo convertido en casa. Se dirigió hacia allí en busca de aventuras y con la determinación de seguir fastidiando a su madre. Pero Dotia la intrigaba y a Emma le había

impresionado la falta tanto de sentimiento como de sorpresa por parte de su abuela cuando la había encontrado. Durante largo rato establecieron contacto visual y, luego, ella asintió como si fuera algo que había previsto.

La tía Manzana, como pronto pasaría a conocerla Emma, estaba enferma, pero, a pesar de eso, rebosaba historias y una cautivadora pasión por su cultura. Emma la visitó con frecuencia, quedándose en una pensión a unos pocos kilómetros del lugar. Durante largos paseos a primera hora de la mañana, aprendió su historia y sus costumbres rumanas.

La rebelde, artística y bohemia Emma se enamoró de todo eso. Del folclore. Del tarot, de las hojas de té y sí, del que le den a lo convencional. Por eso, dos años después, cuando descubrió no solo que estaba embarazada, sino que era demasiado tarde para abortar, supo perfectamente dónde acudir.

Desde el principio, la tía Manzana no solo adoró a Theo, sino que tenía una relación especial con él. Emma le dejaba el bebé a su abuela con regularidad, a veces hasta dos semanas. Dotia la regañaba, pero ella siempre encontraba el modo de hacer que la tía Manzana la perdonara.

«Mira, siento no haberte podido mandar un mensaje, pero me ha surgido una cosa. Además, eres tan buena con él. Te adora...».

Emma había esperado que ese sistema continuara, pero la salud de su abuela se había resentido gravemente por su estilo de vida. Se volvió cabezota y se negó a mudarse con las otras familias de su comunidad. Le habían diagnosticado diabetes, pero no se la trató durante mucho tiempo porque no confiaba en los médicos locales. Emma, preocupada ante la perspectiva de perder a su niñera, hizo lo que pudo para intervenir, pero a su abuela siempre se le «olvidaban» las citas, por lo que cuando le llegó la noticia de que Dotia había sufrido un coma diabético mortal y que habían encontrado su cuerpo en la caravana, frío tras cuarenta y ocho horas, Emma quedó devastada.

¿Qué se suponía que iba a hacer con Theo?



Parecía que entraba una corriente de aire por la ventana tapada con las tablas de madera. Emma dobló la fotografía y la guardó en el bolsillo, miró el reloj

y, luego, su reflejo en el espejo de la pared contraria.

No era culpa suya lo que estaba pasando. Todo eso era cosa de su madre. Emma se miró a los ojos y sintió una presión conocida en el pecho mientras recordaba la última llamada telefónica del abogado.

¿Y si las cosas no avanzaban en Tedbury como había esperado? Bueno, a ella no la culparían.

# Hoy

## 19.05

—¿Tiene algún otro hijo o solo ese? —El médico se echa hacia delante, repitiendo la pregunta, mientras su mujer sigue en el bufé.

Dejo de mirar la nebulosa del campo que pasa por la ventana del tren para responderle con voz calmada:

—Solo ese.

Sonríe y me giro de nuevo, porque no quiero que lea mi expresión, puesto que estoy pensando de nuevo en el meollo del asunto, en cuánto disfruté ese verano al ver a Ben y a Theo juntos, en lo fácil que era para Ben tener un pequeño compañero en casa o fuera de ella.

Una mañana, Emma me telefoneó porque tenía una migraña terrible, por lo que me quedé con Theo todo el día. Los chicos construyeron un campamento bajo la cama de Ben, con almohadas y sacos de dormir, e hicieron un pícnic para comer. Después, los llevé al zoo. Me sorprendió que Theo nunca hubiera estado en un zoo. Se mostró un poco nervioso al principio, pero, luego, se maravilló con todo, en especial con los monos y, para mi sorpresa, con la zona del desierto. Les compré en la tienda de regalos un peluche de un mono a cada uno como recompensa por haberse portado tan bien: uno blanco y negro a Theo y otro color mermelada para Ben. De vuelta a casa, pensé que quizás tenía ganas de volver con su madre; a lo mejor también se preocupaba por ella.

Ahora recuerdo con el ceño fruncido algo muy raro que Theo dijo. Le pregunté dónde iría de excursión si pudiera elegir cualquier sitio. Dijo que a

Krypton, lo que me hizo sonreír, porque Theo estaba obsesionado con Superman. Pero sus siguientes palabras fueron muy extrañas.

—Quiero ir a Krypton para que podamos curar a mamá.

—¿Qué? El dolor de cabeza, ¿no? No tienes que preocuparte por eso. Se le pasará pronto, lo prometo.

—No, no me refiero al dolor de cabeza. —Me miró fijamente a los ojos como si se supusiera que tenía que entender algo importante. Se quedó muy quieto durante un segundo, como una estatua. Luego, se inclinó hacia delante, incluso más cerca, y abrió mucho los ojos, como si me estuviera haciendo una pregunta. Sí. Fue un momento especial entre los dos en el que se sobreentendía que debía comprender algo, pero lo cierto era que no sabía a qué diablos se refería o qué se suponía que tenía que decir.

Por eso, solo sonreí, lo que creo que fue una respuesta totalmente incorrecta porque, de repente, puso una expresión triste antes de volver al pequeño campamento bajo la cama de Ben.

# Capítulo 26

## Antes

Mark sabía que estaba conduciendo muy rápido, que, en ese momento, estaba conduciendo demasiado deprisa. «No corras mucho», le decía Sophie todas las semanas por teléfono cuando le confirmaba que se disponía a salir hacia Devon.

Conducir rápido no era solo un mal necesario en esa casi ridícula trampa geográfica («¿Vives ahí?», solía murmurar la gente), sino un placer que le proporcionaba tiempo para pensar y planear. Además, era la oportunidad para escuchar la música que le gustaba, y que Sophie odiaba, a un volumen que, junto con la velocidad, ella consideraría irresponsable.

Había tenido que conducir mucho esa semana, ahora que lo pensaba. Mark se encontró a sí mismo apretando el volante con los nudillos blancos mientras recordaba la última fotografía de Gill y Antony que había salido en el periódico local. Luego, pensó en las recientes noticias de Malcolm sobre el dinero. «No es suficiente, Malcolm. No es suficiente».

De acuerdo, tendría que maquillarlo. Había encontrado dos casas en Surrey que estaban listas para alquiler, pero con opción de compra en el futuro. Perfecto.

Mark miró el reloj y, luego, el asiento del copiloto, donde los papeles del agente inmobiliario se movían con el aire, por lo que pudo leer cada una de las direcciones. Después, utilizaría el GPS para ahorrar tiempo, pero había decidido primero hacerle una breve visita a su madre. Esa era una de las ventajas de tener una vida dividida: hacer visitas familiares extras sin la

presión de la presencia de Sophie.

Mark tenía muy buena relación con su madre y, desde la muerte de su padre, le gustaba echarle un vistazo regularmente. A favor de Sophie hay que decir que siempre se había esforzado con su familia, pero había un triste trasfondo de fricción desde el período de su depresión que el tiempo no era capaz de curar. La madre de Mark, para horror de este, había considerado la condición de su nuera desde una perspectiva antigua y, a decir verdad, poco caritativa, por venir de una generación en la que se esperaba que la gente se controlase. Mark había intentado por todos los medios que cambiara esa actitud una vez que Sophie fue diagnosticada con depresión. Pero su madre solo vio la presión sobre su hijo durante las horribles semanas en las que Mark había intentado llevar los negocios, criar a un bebé y cuidar a una esposa que caminaba por las sombras de la vida.

«No es culpa de Sophie, mamá. Es una enfermedad».

«Ya, bueno, las cosas nunca son fáciles con la llegada de un bebé. En mi época, solíamos seguir adelante con todo...».

A pesar de esas horribles tensiones pasadas, Mark quería mucho a su madre y no podía negar la sensación de placer que esos viajes solitarios al lugar de su infancia le provocaban, sobre todo desde que su abuela se había mudado con su madre. Una mujer delgada y musculosa con una gran mata de pelo blanco y fuerte y una piel sorprendentemente fina; era tan excéntrica como entrañable en su feliz ignorancia por el declive de sus capacidades mentales. La demencia la había convertido en una mezcla agridulce de agudo ingenio y comentarios inteligentes sobre cualquier tema de hacía décadas, con un caos con frecuencia cómico al intentar recordar algo que había ocurrido en los últimos cinco minutos.

Mark giró la calle con la típica sensación agradable de familiaridad. Eso era algo que Sophie, cuya infancia había sido mucho más fragmentada tanto en el ámbito geográfico como en el emocional, nunca había llegado a entender. Para Mark, conducir al lado de los quioscos de la esquina le evocaba no solo recuerdos, sino también la esencia de los sorbetes de limón y de los regalices.

Los jardines delanteros de las casas adosadas habían estado abiertos cuando era un crío, y Mark y sus amigos solían jugar en ellos. Algunas madres salían con el puño levantado a decirles que tuvieran cuidado con la hierba. La

mayor parte de las casas de ladrillo rojo se habían vendido hacía tiempo a sus inquilinos, quienes habían mostrado su nuevo estatus construyendo pequeños muros alrededor de sus jardines delanteros, con puertas y cadenas o lujosas barandillas de hierro forjado.

Mark miró la hilera de casas adosadas y recordó el día en que su propio padre, remangado y con la cara roja por el sudor, había trabajado con una pila de ladrillos que había encontrado rebajados en el almacén del albañil y que, por desgracia, no combinaban con la casa. Aquel día había sido obligación de Mark comprobar con el nivel de burbuja que cada fila de ladrillos estaba alineada, sonriendo a su padre con los pulgares levantados cuando el líquido amarillo se quedaba quieto entre las líneas.

Lo más dulce y conmovedor había sido el orgullo con el que su madre permanecía en su pequeño palacio. Las ventanas siempre tan limpias hasta que brillaban. Los visillos estaban continuamente metidos en blanqueador y el interior de la casa siempre olía a lejía, a comida y a abrillantador de cera de abejas.

Mark aparcó fuera y abrió la verja principal, que chirrió como la última vez que había estado allí; la puerta se abrió antes incluso de que llamara al timbre y su radiante madre apareció secándose a toda velocidad las manos en el delantal.

—Tengo que arreglarte la verja.

—Eso dijiste la última vez. —Puso los ojos en blanco a modo de falso castigo antes de abrazarle con fuerza, con las manos todavía húmedas—. Ya he puesto a calentar la tetera. Entra, cariño. He preparado la merienda, no mucha cantidad.

Dentro, la realidad sobre el alcance de los preparativos asomaba por debajo de los paños de cocina que había sobre tres grandes platos en la encimera de la cocina.

—Sé que Sophie no es muy buena con los dulces.

Mark sonrió a medias, moviendo la cabeza con resignación y exasperación. Mientras su madre esperaba a que la tetera estuviera lista, se dirigió hacia el cuarto trasero para saludar a su abuela, que estaba sentada en una esquina, en una silla con el respaldo alto y con una manta vieja sobre las piernas.

—Mark, ¡qué bien! No sabía que ibas a venir. ¿Qué tal la universidad??

—Ya he terminado la universidad, yaya. Ahora tengo un trabajo. Estoy por aquí por negocios. Mi familia está en Devon. ¿Te acuerdas de Sophie y de Ben? Ahora me dedico a la publicidad.

—¿Devon? ¿Qué narices has estado haciendo en Devon?

Su madre apareció entonces con una gran bandeja con un té exquisito y unas tazas de cerámica. Se detuvo un segundo para equilibrarse antes de bajarla sobre el borde de la mesa. Mark volvió rápidamente a la cocina para llevar los platos con las tartas y los sándwiches, y le ofreció atentamente de todos ellos a su abuela, quien se quejó de no tener hambre antes de atiborrarse. Sándwich tras sándwich, pastel tras pastel.

—Bueno, ¿qué tal la universidad? ¿Las clases van bien?

—La universidad va genial, yaya. ¿Quieres una taza de té? He traído algunas fotos nuevas de Ben para enseñártelas. Es mi hijo pequeño. Están en mi móvil. Vas a necesitar ponerte las gafas.

—Oh, no necesito gafas, cariño. Tengo una visión estupenda.

Mark le frunció el ceño a su madre a modo de pregunta y, mientras sacaba el móvil del bolsillo, ella le guiñó un ojo con complicidad. Al girarse, se encontró con su abuela sosteniendo una enorme lupa amplificadora cerca de la cara, lo que hizo que su ojo aumentara hasta adquirir el tamaño del de un cíclope.

Como Sherlock Holmes, examinó cada fotografía mientras Mark pasaba de una a otra, casi incapaz de contener la risa.

Más tarde, en el coche, entre carcajadas, se dio cuenta del bien que le había hecho la visita. Era la primera vez que no se centraba en sí mismo desde hacía mucho tiempo, que había dejado de lado la confusión y la preocupación desgarradora que le ocasionaba Tedbury.

Le ponía muy triste que su madre no preguntara por Sophie más a menudo. ¿Por qué demonios se sentía amenazada? ¿Por qué no aceptaba que quería a las dos con todo su corazón? Pero había aprendido que presionar a su madre con ese tema empeoraba las cosas. Y también sabía que, a pesar de la enorme brecha que esas visitas creaban en su lealtad, pasar una hora con su madre y con su abuela, dos mujeres que siempre le habían considerado el centro de su mundo, era como recargar las pilas.

Mientras el GPS buscaba la primera dirección que iba a visitar, una casa de estilo georgiano de tres plantas en las afueras de un pueblo mucho más grande que Tedbury, a solo cuarenta minutos de Londres en tren, las macetas de las fotos del agente inmobiliario captaron su atención desde el asiento del copiloto. Le cambió la cara al pensar en las flores muriendo en los dos enormes maceteros de la casa de Gill y Antony. Alguien había dejado de regarlas. Pensó también en el embarazo, deseando de todo corazón haber podido responder a los ojos expectantes de Sophie sin la preocupación que le destrozaba por dentro.

Ojalá pudiera hablar abiertamente a su madre, a su abuela, a Malcolm o a alguien de lo indeciso que estaba. Le entusiasmaba la idea de tener un hermanito o una hermanita para Ben, pero le aterrorizaba volver a ese lugar, a esos días de hacía cuatro años, cuando había tenido que conducir de noche durante muchas horas hacia Devon, con el estómago encogido por la culpa, el miedo y el pánico, cansado por el trabajo y el trayecto y, aun así, sabiendo que en el momento justo en que entrara por la puerta, Sophie aparecería para darle a Ben con los ojos vacíos y muertos. Sabía que esa segunda vez iba a estar atento. Ya conocía los síntomas y conseguiría ayuda para Sophie más rápido. Pero por ese entonces, durante mucho tiempo, no había tenido ni idea de qué era la depresión. Era espeluznante, desconcertante y, sí, cansado, porque, al terminar su semana de trabajo, era como si Sophie le estuviera dando un paquete.

No fue como se había imaginado que iba a ser; no fue como ninguno se había imaginado que sería...

«Necesito que te llesves al bebé, Mark. Ya no puedo más».

# Capítulo 27

## Antes

Me miré los pies. Al menos, ese año llevaba los zapatos correctos. ¿A la tercera va la vencida? Las dos veces anteriores había caminado por la feria artesanal de la beneficencia del sur de Devon con la ropa equivocada y, sobre todo, con los zapatos equivocados.

Había confundido el evento con la feria de artesanía contemporánea del condado, que consistía en una enorme carpa en Dartmoor una vez al año, con atractivos casetas de cerámicas exquisitas, tapices, sedas y cualquier otra creación artesanal imaginable.

Resultaba que la versión local era mucho más modesta, formada especialmente por una plataforma para artistas (Heather incluida) que no conseguían convencer a las galerías de que expusieran sus obras. Una carpa se salía fuera del presupuesto. En su lugar, una maraña de toldos con una sola marquesina dejaba el evento tan en manos de los caprichos del tiempo como la feria de Tedbury.

En la primera visita, al haber sobreestimado la ocasión, exageré demasiado al imaginarme eclipsada por coloridos artistas fanfarroneando con esplendidos sombreros: una falda rosa bordada junto a una chaqueta morada brillante y la parte más desastrosa, unas botas de gamuza con tacón. Aunque fue un día seco, había estado lloviendo casi toda la semana anterior, y no solo estaba ridícula con mi conjunto de colores, sino que me hundía en la hierba húmeda cada vez que daba un paso, destrozando las botas.

El segundo año hice lo contrario y me pasé: un cómodo jersey negro, unos

vaqueros y unas deportivas, lo que me hizo parecer un completo adefesio cuando un inesperado sol provocó que todo el mundo se pusiera preciosas faldas florales y sandalias decoradas.

¿Este año? Me miré de nuevo los pies. Unas cuñas de mimbre con unas cintas color crema atadas alrededor del tobillo. Cómodas, pero bastante bonitas.

—No sé por qué tenemos que pasar por esto. —Levanté la voz para que Helen, que estaba al otro lado del pasillo, en la cocina, lo oyera mientras me ponía de puntillas para comprobar mejor mi reflejo en el espejo junto al guardarropa de debajo de la escalera.

—Deja de preocuparte. Vas muy guapa —contestó Helen al tiempo que se servía más café de la cafetera que había en la encimera. Me giré de izquierda a derecha para comprobar la longitud de mi falda floral.

Con bastante ternura, Heather había llamado para confirmar que su carpeta era la número dieciséis, como si encontrarla en el evento fuera a ser complicado.

De hecho, se la veía inmediatamente entre el modesto conjunto de puestos, detrás de los artistas entusiastas que sonreían y se abalanzaban un poco demasiado rápido a todos los clientes potenciales, por lo que la mayoría de los visitantes ya se estaban juntando en el centro de la zona de hierba, dándole sorbos a un café mientras señalaban los productos, evitando hacer contacto visual con los vendedores.

—¿Te has dado cuenta de que vamos a tener que comprar algo? —le susurré a Helen, entrelazando el brazo con el suyo mientras la guiaba hacia el puesto de Heather.

Después, dije mucho más alto:

—Heather, esta es mi querida amiga Helen, de Cornualles, de la que tanto te he hablado. ¿Qué tal? El puesto está precioso.

—Lento. La mayor parte de los clientes son muy brutos —soltó en voz baja—. Siguen intentando negociar como si fuera un maldito mercadillo.

—Ah, pero esto es bonito. —Helen cogió dos pulseras expuestas en un trozo de madera—. Laca, ¿verdad?

—Sí, he estado teniendo muchos sueños sobre el mar. Inspiración marina, sobre todo con erizos de mar.

—Cierto.

Helen se puso una de las pulseras y giró el brazo para mirarla mientras Heather atendía la llamada de una cliente potencial que deseaba probarse unos pendientes.

Cuando Heather se puso a rebuscar detrás del puesto un espejo para su nueva presa, Helen se giró de golpe con los ojos muy abiertos.

—Ay, cariño, esto no va bien.

—¿Cuál es el problema?

—La pulsera. No me la puedo quitar.

—Pero tienes que poder. Te la has puesto. —Traté de ayudarla. Ambas empujamos, tiramos y le dimos vueltas a su muñeca, pero todo fue en vano. Un misterio biológico total.

—Odio los erizos de mar, Sophie. Ayúdame.

Pero cuanto más intentábamos apretar el pulgar contra la palma de su mano, más parecía hincharse inexplicablemente. Por fin, Heather apareció.

—¿Qué tal vamos por aquí, chicas?

—Me encanta. De hecho, creo que me la voy a llevar puesta. —Helen extendió el brazo, triunfal, devolviendo la pulsera a la muñeca.

—Treinta libras. Una de las dos, si quieres.

—¿¡Treinta libras!?

—Sí, están pintadas a mano. —Heather inclinó la cabeza, abriendo mucho los ojos.

—Genial, me llevo solo una. No me gusta que choquen. —Helen se puso a buscar a tientas los billetes en su monedero mientras yo reprimía una sonrisa y examinaba una serie de collares.

—Estoy buscando algo que llevar con la ropa negra.

Heather, tras darle el cambio a Helen de una pequeña caja fuerte azul, cogió el colgante más grande de la colección.

—Este es bastante impresionante. Y aquí están los pendientes a juego.

—Puedo gastarme un máximo de veinte libras, Heather. —Me giré para guiñarle un ojo a Helen.

—Eres tan mala como esos que se esconden en la hierba. Bueno, está bien. Veinte libras por el conjunto por ser tú.

De nuevo, volvió a abrir la caja fuerte y sentí una punzada al darme cuenta

del poco dinero que había dentro. También percibí por el rabillo del ojo el conocido abrigo rojo de lino en la entrada de la plataforma principal.

—Ah, genial, Emma está aquí. Iba a llamarla esta mañana.

—Sí, ha venido con Nathan. Y también Tom, del pueblo. Está montando en la plataforma su puesto de pájaros de la Real Sociedad para la Protección de las Aves. Pero te tengo que avisar de quién más está aquí... —Heather cerró la caja fuerte y me miró, seria—. No te lo puedes imaginar.

—¿Quién?

—La inspectora de policía. O sargento o lo que sea. La que estaba investigando lo de los Hartley.

—¿Aquí? ¿Hoy? ¿Por qué?

—Ah, no es por trabajo. Se rumorea que viene con una amiga artista que tiene un puesto de tapices en la plataforma. Muy buenos, la verdad.

—¿Has hablado con ella?

—¿Con la artista?

—No, tonta, con la inspectora de policía.

—No, solo la he saludado con la cabeza. La verdad es que estaba un poco incómoda. Quiero decir, suponía que no estaba de servicio, por lo que no sabía qué decir. Pero no he tenido oportunidad de avisar a Emma.

Las dos miramos hacia Emma y Nathan, que estaban entrando en la plataforma.

—Todo va a ir bien. —No fui capaz de sonar convincente, ni siquiera para mí misma.

—Sí.

—Aunque será mejor que vaya y hable con ella, como apoyo moral.

—Buena idea.

Por el camino, le resumí a Helen la presión injusta que Emma estaba sufriendo por parte de la policía y los rumores del pueblo, el ladrillo con el que le habían roto la ventana y los chismorreos sobre la aventura imaginaria que había tenido con Antony. Le expliqué que la había convencido hacía poco de que no tirara la toalla y de que no abandonara el pueblo tras el incidente de Theo en la guardería. Pero no le mencioné Hobbs Lane ni la insistencia continua de Emma por acelerar la apertura de la charcutería una vez hubo decidido quedarse, porque sabía que Helen se preocuparía por mí.

Había más gente dentro de la plataforma y un impresionante número de puestos en uno de los lados. En ese momento, me di cuenta, con otra punzada de tristeza por Heather, de que aquel era el lugar privilegiado. Al final, había un grupo más pequeño de puestos que representaban a las organizaciones benéficas que venían a ofrecer sus productos durante el día y, para mi sorpresa, allí estaba la inspectora de policía Melanie Sanders. Parecía relajada y bastante diferente, con el pelo suelto y un conjunto impresionante compuesto por unos pantalones claros de lino y un top color berenjena que le quedaba muy bien. Estaba manteniendo una animada conversación con Tom cerca de la mesa de la Real Sociedad para la Protección de las Aves. Estaban mirando un mapa sobre una tabla de grandes dimensiones y Tom señalaba distintos lugares. Ambos, de vez en cuando, echaban hacia atrás la cabeza en una carcajada.

—Qué raro —susurré, girándome hacia Helen—. Esa mujer con los pantalones color crema es la agente de policía que está investigando lo de la pareja que encontré, lo de los Hartley. Y el hombre con el que está flirteando es el hombre de los pájaros en Tedbury.

—¿Perdona?

—Parecen muy amigos, ¿no crees? —Estaba realmente asombrada.

Helen no me contestó, se movió hacia fin puesto en el que había todo tipo de cosas de madera y cogió un bol de frutas.

—¿Qué haces, Helen?

—Estoy intentando que no se nos noté tanto. Los estás mirando fijamente.

—Lo siento.

—¿Quién es el hombre de los pájaros?

—Es un defensor de la vida salvaje. En realidad. Tom es muy agradable. Consiguió mucho dinero hace un tiempo para ese proyecto del escribano soteño. Es el que tiene el puesto lleno de fotografías.

—Sí. Entonces, ¿cuál es el plan ahora? Creo que esto es lo último que necesitas, Sophie.

—Todo está bien, me encuentro bien, en serio. Pero quiero asegurarme de que Emma también lo está. Me he dado cuenta de que Theo está aquí, lo que no es bueno, porque quiere decir que no ha vuelto a la guardería todavía. —Fruncí el ceño—. Quédate aquí, ¿de acuerdo? Vuelvo en un segundo.

Caminé hacia Theo, que estaba de pie cerca de otro niño en la esquina de la carpa, mirando una exposición de cestas.

—Hola, Theo. ¿Estás bien?

Asintió, pero no dijo nada. Se le notó la incomodidad en los ojos cuando el otro niño comenzó a soltar un comentario muy animado a gritos sobre las cestas.

Esperé a que el niño terminara para sonreír a Theo.

—¿Qué es lo que más te gusta de la feria, Theo?

Se encogió de hombros, con los labios apretados con fuerza. Luego, señaló el lado contrario de la carpa, hacia su madre, que estaba mirando una exposición de pañuelos de seda.

—Sí, gracias. Ya la había visto, ahora voy para allá. No te vas a alejar, ¿verdad? ¿Lo prometes?

Theo me miró de manera extraña, negó con la cabeza y volvió a dirigir su atención a la mujer que estaba retorciendo una cesta mientras colocaba la siguiente tira de mimbre de manera experta.

En el momento en que alcancé a Emma y a Nathan, ambos ya habían visto a Melanie fuera de servicio y a Tom.

—Emma. —Le di un beso en la mejilla, tratando de leer su expresión y dejando la mano en su brazo a modo de consuelo. Miré el abrigo rojo y la enorme hebilla y me sentí culpable por mi estúpido error en Cornualles, por haber permitido que me inquietara. Debía de haber cientos como ese...

—Lo siento mucho, pero he estado muy liada estos días. ¿Sigue en pie lo de venir a cenar el miércoles? Ahí podemos ponernos al día. Helen está deseando conoceros.

—Sí, será un placer. —Nathan se miró los zapatos, moviéndose incómodo. Me di cuenta de que lo más seguro era que se estuviera preguntando por qué había decidido invitarlos en mitad de la semana, cuando Mark seguía fuera. Abrí la boca para explicarle que quería una pequeña reunión mientras Helen estuviera allí, pero cambié de opinión. Se lo explicaría esa noche.

—¿Has visto quién ha venido? —Emma sonaba cautelosa.

—Sí. Heather dice que está con una amiga artista que tiene un puesto de tapices o algo así. No es una visita oficial.

—Es un poco extraño, ¿no crees? Parece que es muy amiga de Tom. No me

había dado cuenta de que...

En ese momento, el sonido de un motor detrás de nosotros hizo que nos giráramos y viéramos una silla de ruedas eléctrica moverse a través de los puestos. Nos echamos a un lado mientras la mujer morena que conducía la silla acompañada de un hombre alto de pelo gris serpenteaba hacia el puesto de la Real Sociedad para la Protección de las Aves, pasando a nuestro lado. Ante mi sorpresa, recibió un cálido abrazo de la inspectora Sanders. Luego, esta les presentó a Tom, quien les dio la mano y los guio por el mapa, donde señaló dos o tres lugares antes de entregarles una serie de panfletos del puesto.

—¿De qué va todo esto? —Emma parecía tan confusa como preocupada.

—Ni idea. —Apreté su hombro y le sonreí. Odiaba verla tan nerviosa; era una pena que algunos vecinos hubieran sido tan cerrados de mente. Durante un momento me fijé en lo guapa que estaba debido al contraste del abrigo con su pelo largo y oscuro. Envidia, sí, eso era lo que seguramente se encontraba detrás del problema de mucha gente con ella.

—Mira, he intentado persuadir a Em de que nos vayamos. La inspectora ya ha causado bastantes problemas. Y, por lo que he oído. Toni tampoco está siendo de gran ayuda. —La voz de Nathan sonó entre cortada y enfadada.

—¿Qué quieres decir? —Miré hacia Tom—. Creía que erais amigos.

—Lo somos. Lo éramos. Mira, dejémoslo ahí. Las cosas se complicaron un poco cuando estuviste en Cornualles. Vamos, Em. —Su mano rozaba de manera protectora la espalda de Emma, tratando de conducirla lejos, pero ella no se movió.

Esperé un poco antes de mostrar con más delicadeza mis propias ganas de que nos marcháramos.

—Vamos, Emma. Nathan tiene razón. Id fuera, yo voy a buscar a Theo.

A regañadientes, Emma por fin se dejó guiar mientras yo me giraba hacia el puesto de las cestas y cogía a Theo de la mano. Parecía incómodo y anduvo sin decir nada mientras caminábamos para juntarnos con su madre.

—Siento mucho no haber estado disponible esta semana, Emma, con Helen aquí, quiero decir.

—No pasa nada. Pero necesito hablarte de nuevo sobre Hobbs Lane...

—Sí, yo también quiero hablarte de eso. ¿Qué tal está tu querido Theo?

Emma hizo una pausa para dejar que Theo se alejara, caminando por la hierba para ver un dogo alemán haciendo un alegre baile, guiado por su dueño.

—No está bien. Te lo cuento todo el miércoles —susurró—. Ha dejado de hablar.

—¿Qué? ¿Timidez repentina? Él no es así.

—No, ha dejado de hablar por completo, Sophie. Nathan cree que tendría que llevarle al médico, pero no quiero montar un escándalo.

En ese momento, sentí una sensación incómoda en el estómago.

—Ay, Emma, ¿no va a volver entonces a la guardería?

—No, he tirado la toalla con respecto a eso por ahora. No habla nada. Solo señala y hace gestos para todo.

—Madre mía, no me había dado cuenta. Me siento fatal, debería haber permanecido en contacto. Hablamos sobre ello el miércoles, ¿sí? —Miré de nuevo hacia Theo, que permanecía solo, muy quieto, mirando al perro—. Los niños pasan por estos baches, pero intenta no preocuparte. Esas fases siempre se pasan. —No lo añadí porque no quería alarmarla, pero yo estaba de acuerdo con Nathan; si Theo, el pobre, había dejado de hablar totalmente, entonces un consejo profesional sería una buena idea.

—Sí.

Me di cuenta en ese momento de que Nathan había desaparecido y había vuelto a la plataforma.

—¿Qué ha pasado entre Nathan y Tom?

—No sé, no me lo quiere decir. Alguna bronca estúpida. Ya sabes cómo es este pueblo.

Después, de la plataforma surgió un sonido ensordecedor. La lona de las paredes tomó una forma angular, sacudiendo toda la estructura como si algo dentro hubiera colapsado. Algunas personas se acercaron a la puerta de entrada, gritando y negando con la cabeza. Luego, Nathan apareció caminando hacia nosotras con cara de pocos amigos.

—Vamos, tenemos que irnos ya.

Cogió a Emma del brazo y la guio hacia la salida a través de la hierba. Vi a Tom presentarse en la entrada de la carpa, acariciándose la mandíbula, seguido de Melanie Sanders. Tom la sujetó por los hombros, lo que impidió que siguiera a Nathan.

Me estaba preguntando si debía ir tras Nathan, Emma y Theo en busca de una explicación cuando Helen, con la cara pálida, emergió de la carpa y se acercó a mí.

—¿Qué narices ha pasado?

—Nathan ha golpeado a Tom y ha destrozado su puesto. Pero eso no importa. Tenemos que llevarte a casa. —Helen me pasó el brazo alrededor de los hombros de manera protectora. Se quitó la chaqueta y me la ató alrededor de la cadera.

—¿Qué diablos estás haciendo?

Me guió con delicadeza hacia la salida.

—Vamos. —Solo cuando me pidió las llaves al llegar al coche, insistiendo en que ella conduciría, se explicó con el rostro pálido—: Estás sangrando, Sophie.

# Capítulo 28

## Antes

Durante la siguiente quincena, todos los días me levanté envuelta en la misma neblina pasajera. Una especie de limbo en el que, durante un breve momento, adormecida por el sueño, se me olvidaban los abismos de tristeza por los que tenía que caminar mientras pasaba el día. Desayuno. Paseo hasta el colegio para dejar a Ben. «Adiós, cariño». Una llamada rápida a Emma. «¿Qué tal está Theo? ¿Mejor?». Comida y cena con Helen.

«Tienes que intentar comer algo. Solo un poco, por favor».

Es increíble cómo puedes no saber casi nada sobre un tema un segundo y volverte un experto al siguiente. Me sentía como si hubiera leído todo lo que se había escrito sobre sangrar en las primeras semanas del embarazo. Les preguntaba una y otra vez a los doctores del hospital, hasta que sus caras se congelaban con la misma expresión tensa mientras repetían lo que ya me habían dicho al principio. Esa primera visita horrible tras la feria. Que no había nada que se pudiera hacer excepto esperar.

El problema era que seguía sintiendo que estaba embarazada. Seguía mirando al mundo como si lo hiciera a través de un velo de desapego. Seguía sin tomar café. Seguía haciendo pis sobre una prueba que me decía que estaba embarazada. Y, aun así, seguía sangrando la mayoría de los días.

En ese primer viaje de urgencia al hospital con Helen, me dijeron que la pérdida de sangre al principio era bastante común y que no hacía inevitable un aborto. Una agradable enfermera de la unidad de maternidad, con las caderas regordetas y un extraño arco en las cejas, sacó a relucir las estadísticas con

tanta calma y con tanta facilidad que llegué a casa realmente reconfortada.

Lo primero, reposo en cama. Mark volvió rápido a casa y estuvo genial conmigo, amable y tierno, pero a la vez muerto de miedo. Me trajo infinidad de tazas de manzanilla. Me senté en la cama con el iPad y le hice captura de pantalla a todos los artículos que pude encontrar para apoyar ese consuelo inicial.

Ya no sangraba todos los días, por lo que convencí a Mark de que volviera a Londres, dejando a Helen al mando. Lo primero que hacía por las mañanas era echarle un vistazo a esos artículos, leyéndolos una y otra vez.

Según un estudio, alrededor de una de cada cuatro mujeres sufría sangrados durante los primeros tres meses. De aquellos casos en los que un registro posterior confirmaba que se oía el latido del corazón, un noventa por ciento seguía con un embarazo normal.

Así que solo necesitábamos que se escuchara el latido del corazón. «Descansa, Sophie, descansa».

La reunión de emergencia en el hospital fue inconclusa. No había evidencias de un embarazo ectópico, que había sido nuestro primer miedo, pero el análisis para comprobar el latido del corazón a través de una prueba interna insoportable no fue muy bien. Probablemente es demasiado pronto, había dicho el doctor. Estuve envuelta en una maraña de citas.

Para cuando Mark volvió de Londres, estaba en casa, arropada en la cama, con la noticia de que no había nada que hacer excepto esperar otra semana para un nuevo registro, porque para entonces el latido del corazón debería escucharse alto y claro.

Contrastando totalmente con su muda respuesta cuando le había hablado del embarazo. Mark se quedó en estado de *shock* ante ese fracaso. Al principio, no hablaba sobre ello, pero, luego, esa misma noche, me lo encontré en el baño, sentado en la oscuridad, llorando.

Murmuraba entre dientes, casi de manera incoherente, que todo era culpa suya, por encerrarse en sí mismo, por preocuparse por el dinero, por seguir viviendo separados, por ser incapaz de reubicar los negocios...

Al final, le convencí para que se fuera a la cama y allí permanecimos los dos cogidos de la mano durante horas. Estábamos tristes, pero también nos sentíamos más cerca de lo que nos habíamos sentido en mucho tiempo.

Se quedó en casa la primera semana, pero, tras recibir frenéticas llamadas de la oficina, Helen le persuadió para que volviera a Londres a ponerse al día. Los doctores me habían aconsejado reposo y «normalidad» y creo que, en secreto, Helen sentía que el parloteo nervioso de Mark lo estaba empeorando todo. Quizás estuviera en lo cierto.

Entonces, a medida que ganaba confianza poco a poco, tras cuatro días sin sangrar, sugirió recuperar el plan de la cena. Habíamos cancelado la invitación de Emma y Nathan, pero Helen había pensado en una noche tranquila de chicas para levantarme el ánimo y para que pudiera contarle a Emma lo que estaba pasando. «Si es lo que quieres, que así sea, Sophie».

La verdad era que no lo sabía. Emma ya tenía bastante con lo suyo.



Así, llegó el jueves y como Mark se quedaba otra noche más en Londres, Helen y yo fuimos en coche hasta nuestra carnicería favorita a por una enorme pata de cordero para hacer un plato marroquí con cuscús y pan plano casero.

Helen hizo que me sentara en la barra de desayuno mientras picaba, freía, removía y probaba la comida hasta que la casa se llenó de ese olor embriagador que se filtraba desde los fuegos. Después, descansé en la habitación de arriba, disfrutando todavía del delicioso aroma, por lo que me sentía en calma y cuidada cuando Helen llegó con una taza de té.

—Te va a gustar, Helen.

—¿Perdón?

—Emma. Es rara, por eso seguramente la gente la haya tomado con ella.

—Lo raro es bueno.

—Eso es lo que pienso yo.

—¿Qué pasa con el padre real? ¿No hay ni rastro del padre de Theo?

—No. Al parecer, era otro artista. Se fue a Asia buscando «inspiración».

Le sugirió, como su madre, que abortara.

—Encantador.

—Exacto. No le gusta hablar de eso, sobre todo porque no sabe qué contarle a Theo. Hay un rumor absurdo por ahí que dice que Antony era el

padre. Es una tontería total, pero no me extraña que Theo esté tan decaído. Algún niño de la guardería se habrá metido con él por eso. El chico seguramente habrá escuchado los rumores sobre su madre. De cualquier manera, la pobre de Emma estuvo a punto de abandonar el pueblo y, como te dije, me costó bastante calmarla y convencerla de que se quedara.

—¿Le vas a contar a Emma lo del bebé esta noche? ¿Ya lo has decidido?

—No lo sé todavía, la verdad. Quizás. Una gran parte de mí no quiere añadirle más preocupaciones, pero... —Hice una pausa—. Además, te va a parecer una tontería, pero ella me ocultó varias cosas cuando nos conocimos.

—¿Sí?

—Sí, como que su madre había muerto cuando ella estaba en Francia, justo antes de que viniera. Dice que quería comenzar desde cero, lo que es comprensible. Pero me sorprendió cuánto me molestó y, por eso, me puse un poco en ridículo. Así que supongo que sería hipócrita hacer lo mismo, no contárselo.

Vi una ligera expresión de sorpresa en su cara que no fui capaz de entender, pero que reapareció cuando estaba sentada frente a Emma durante la cena.

No era algo que hubiera previsto, que Helen y Emma no se llevaran bien. Al principio, no era nada tangible, solo algo extraño en el lenguaje corporal de ambas que me ponía de los nervios. Pero, al sentarnos en la mesa las tres con las aceitunas, el pan y las salsas que Helen había dispuesto sobre una tabla de madera a modo de entrante, me vi pasando los ojos de una invitada a otra, tratando de entender qué ocurría exactamente.

Helen se comportó con educación y buenas maneras con Emma durante el primer *gin-tonic*, le dio el pésame por su madre e intentó suavizar el ambiente hablando de comida y de otras delicias de Francia. Parecía deseosa por saber más de la zona que Emma había visitado, si tenía fluidez en francés y si Theo había conseguido hacerse con el lenguaje durante su estancia. «Los niños aprenden muy rápido. Es increíble verlos».

Ojalá la hubiera avisado más concienzudamente sobre que a Emma no le gustaba hablar de Francia. Claro está, Emma se había enfurruñado e intentado cambiar de tema mientras Helen parecía no querer entenderlo. Cuando les serví agua, Helen volvió a la carga.

—¿En qué parte de Francia vivía tu madre, Emma?

—Al principio, en el sur; luego, en el norte.

—Ay, a mi marido y a mí nos encantaba el norte. Creo que está muy subestimado, como Lizard en Cornualles. Visitábamos la Bretaña todos los años. Lo sigo haciendo. Voy para allá muy pronto, la verdad. Es muy fácil desde aquí. Cojo el ferri hasta Plymouth. También es muy barato cuando no es temporada alta. Visitaré al primo de mi marido en uno de los lugares más encantadores, Landerneau. ¿Dónde estuviste tú?

—No lo conocerías. Es un pueblo pequeño. ¿Te ha contado Sophie lo de la charcutería?

—¿Y la ciudad más cercana?

—¿Perdón?

—¿La ciudad más cercana donde vivía tu madre? Como te he dicho, el primo de mi marido vive en Landerneau. El tiempo no es siempre bueno, claro, pero tiene un puente muy bonito y unas calles estrechas magníficas.

Me puse de pie.

—Voy a buscar el primer plato, ¿no, Helen?

—¿Cerca de la costa o en el interior?

—Cerca de Carnac. Se llamaba La Trinité-sur-Mer, cerca de Carnac. — Emma estaba juntando los platos de los entrantes ruidosamente.

—Ah, ¿en serio? Conozco esa zona muy bien. Esos monumentos de piedra tan magníficos. Un muelle precioso y un mercado excelente. Como te he dicho, tengo que hacer una visita muy pronto. Quizás puedas recomendarme algún restaurante nuevo.

La cara de Emma cambió de color, lo que era raro en ella, mientras colocaba su servilleta.

—No lo visité en las mejores circunstancias, claro está.

—No, lo siento. ¿En qué estaría pensando? Claro que no, perdona.

—¿Me ayudas a traerlo, Helen?

—Claro, cariño. Lo siento, estoy hablando mucho.



En la cocina, me disculpé susurrándole a Helen que debería haberla avisado con más atención sobre lo sensible que era Emma con respecto a Francia. El trauma por lo de su madre, seguramente. Además, le dije que no estaba en su mejor momento, con la policía molestandola tanto.

—¿Cuándo te vuelves a Cornualles, Helen? —Emma estaba llenando los vasos de vino cuando entramos en la habitación. Miré el vino que no llegaría a tocar. Tendría que decirle algo. Después...

—¿Perdona?

—Me preguntaba cuándo vas a volver a Lizard.

—Ay, madre mía, no lo había pensado. Por cierto, Sophie, ¿le contaste que viste a su doble allí? Se dio un buen susto.

Me quedé muerta de vergüenza, boquiabierta.

—¿Cuándo? ¿Mi doble? ¡Qué bien! Me encanta la idea de tener una doble. Cuéntame... —Emma comenzó a añadirse ensalada en el plato.

—Solo era una mujer con un abrigo similar al tuyo y tu mismo pelo. Estaba en lo alto de un acantilado. Se parecía mucho a ti.

Emma se echó hacia delante para tocarme la mano.

—Cariño, me echabas de menos, ¿no? ¿Me invocaste?

—Seguro, me sentía demasiado estúpida como para mencionarlo.

Helen pasó la mirada de Emma a mí y, luego, como castigo, cogió aire profundamente y dirigió la conversación hacia la historia del brazalete de Heather, que habíamos conseguido quitarle con aceite caliente. Luego, pasamos a las cerámicas de Emma y, por último, a la charcutería.

—Sophie se ha mostrado muy tímida con esto y ha insistido en que lo mantengamos en secreto, pero creo que podemos abrir en cualquier momento. Va a ser increíble, ¿no crees, Helen?

—Por Dios, ¿estáis listas? ¿Ya lo habéis preparado todo? No tenía ni idea de que hubieras tomado una decisión sobre eso, Sophie. ¿Lo sabe Mark?

Me quedé paralizada, distraída. Hablé sobre el carnicero, la pata de cordero y el increíble pan plano. Bromeé sobre que Helen quería persuadirme para que probara los filetes de avestruz. Me reí y sonó falso. No me podía creer que estuviera yendo tan mal. Entonces, cuando terminamos el primer plato, le pedí a Helen si le importaría colocar el queso, por favor, con los ojos muy abiertos para que entendiera que necesitaba un tiempo a solas con Emma.

Helen asintió y se retiró hacia la cocina.

Miré el vino sin probar. Emma lo miró también y frunció el ceño, por lo que decidí contárselo todo.

Solo cuando Helen volvió con la bandeja de queso, galletas y café, las cosas comenzaron a ir bien entre todas nosotras. El tema era demasiado preocupante, supongo, como para añadirle más tensión.

—Lo bueno es que me sigo sintiendo embarazada. Las hormonas están por todo el cuerpo. Tengo los pechos hinchados. Me he hecho otra prueba esta mañana y seguía apareciendo una sólida línea. Con Ben no sangré nada.

—¿Cuándo es el próximo registro? —Emma me sujetó la mano.

—El martes. Es una ecografía interna para que puedan escuchar o comprobar el latido del corazón en el monitor. Me va a acompañar Mark.

—Claro. Oye, no sé qué decir, Sophie, excepto que, si hay justicia en este mundo, todo irá bien. Confío en lo que sientes. —Emma había bajado la voz, por lo que tuve que inclinarme para escucharla.

—Los doctores no paran de dar evasivas. Supongo que necesitan prepararte para todo tipo de resultados. Solo tenemos que esperar. ¿Y tú qué tal? ¿Cómo está Theo?

—Ay, está bien. No hablemos de eso.

—¿Sigue sin hablar? —dijo de pronto Helen.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, Emma? —Helen alisó la servilleta.

—Desde el escándalo en la guardería. Bastante. —Emma seguía mirándome, ignorando a Helen—. Es solo una fase, estoy segura.

—Entonces, es bastante tiempo. —Hice la suma en la cabeza—. ¿Has ido al pediatra a ver qué piensa?

—No. Mira, sé que la gente lo hace por mi bien; Nathan piensa que debería ver a un especialista, pero la cosa es que, una vez que empiezas a darle vueltas a esas cosas, no paran. No quiero que le etiqueten.

—Ay, seguro que no lo hacen. Hubo un tiempo, cuando le estaba enseñando a usar el orinal, en el que Ben se negó a hacer caca. Una semana entera se pasó así.

—¿Una semana?

—Sí. Ya estaba pensando escribir un libro sobre él explotando, pero la

doctora fue encantadora. Lo han visto todo, Emma. ¿Por qué no pides una cita para tener una charla con el pediatra?

—Supongo que tienes razón. —Emma se inclinó hacia delante para darme un beso en la mejilla y, para mi sorpresa, comenzó a recoger las cosas. El bolso, el chal, el teléfono—. Veremos qué tal va en el fin de semana.

—No te irás ya, ¿no, Emma? Helen ha traído chocolate y es todavía muy pronto.

—Gracias, pero será mejor que vuelva con la canguro. De todas formas, necesitas descansar, Sophie.

Emma, poniéndose muy recta, miró hacia Helen.

—Ha sido un placer conocerte, Helen. —Se puso la *pashmina* por encima de los hombros—. Un placer.

# Capítulo 29

## Antes

La inspectora de policía Melanie Sanders miró el reloj e intentó captar la atención de la camarera para pedir otro café. Odiaba levantar la mano o tener que llamarla. Ella misma había trabajado en un restaurante durante un verano en el último año de instituto y recordaba lo maleducada que era la gente.

Tras unos minutos, la camarera llevó cuatro desayunos ingleses a la mesa que estaba junto a la ventana. Melanie carraspeó y la mujer por fin se giró.

—Lo siento, ¿quería algo?

—No, sí. Lo siento, si no estás muy ocupada, ¿me podrías poner otro café?

La camarera la miró dos veces antes de inclinar la cabeza.

—¿La conozco de algo?

—No creo. —Melanie se limpió los dedos en una servilleta de papel mientras dos hombres de la mesa de al lado se giraban, uno de ellos con una salchicha entera pinchada en el tenedor.

—Su rostro me resulta familiar, su pelo... Un segundo... —La cara de la mujer reflejó el momento en el que la bombilla se le encendió—. Usted ha salido en la tele por lo del caso Tedbury.

Melanie, avergonzada, le pidió con la mano a la camarera que bajara la voz.

—Lo siento, lo siento. ¿Está de servido?

—No, no. —Melanie miró a los espectadores, quienes por fin se giraron de nuevo hacia sus desayunos. El hombre de la salchicha mordió un trozo enorme de carne, rociándose la camiseta de grasa—. Me sorprende que me

hayas reconocido.

—Bueno, me acuerdo de su pelo. Recuerdo pensar en lo bonito que era. Estaba considerando cambiarme el mío, ¿ve? Y el suyo es justo en lo que estaba pensando. A capas, pero no muy cortas. Además, creo que es genial ver a una agente de policía dando lo mejor de sí. Como la mujer rubia, como se llame, en ese caso del asesino en serie. El tío estrangulador ese. Ya sabe, el guapo.

—¿Perdona?

—Oh, usted es mucho más joven que ella, claro. Pero también tiene un pelo bonito. La mayoría de las entrevistas de televisión en la vida real la suelen hacer los hombres. ¿Lo resolvió usted todo? Un caso horrible. Aunque sí que tenía pinta de ser infiel, creo. El tío al que mataron. Demasiado guapo. Como si fuera un actor o algo parecido.

—No puedo hablar sobre los casos.

—Ah, cierto. No, claro. ¿Sale mucho en televisión? ¿Se pone nerviosa?

—No. —Melanie miró hacia la puerta y comenzó a levantarse al darse cuenta de que Matthew estaba a punto de entrar—. Olvida lo del segundo café. Es más tarde de lo que pensaba.

—¿Seguro?

—Sí, gracias. —Dejó unas cuantas monedas de su bolsillo en la mesa—. Quédate el cambio.

—Gracias. ¿Le importaría decirme dónde se corta el pelo?

—Eh... Me lo hace un amigo. —Mentira.

—Ah, claro.

En el umbral de la puerta, Melanie cogió a Matthew del brazo y le dio la vuelta, devolviéndolo a la calle.

—¿Qué haces? Está lloviendo.

—No podemos quedarnos aquí. Lo siento.

De nuevo en la acera, Matthew, con su chaqueta de marca, hizo una mueca.

—¿Qué ocurre? ¿El café no está a la altura?

—¿Me prometes que no te vas a reír?

—Lo prometo.

—Me han reconocido.

—¿Por algún juicio?

—No, por el reportaje en televisión sobre el caso Tedbury.

Él soltó una carcajada.

—Lo siento, lo siento. Se me había olvidado que eras una inspectora famosa. —En sus mejillas se marcaron los hoyuelos que habían provocado tantas bromas durante el tiempo que habían estado formándose juntos.

Matthew había sido la estrella al reclutarlos. Todos pensaban que era perfecto para el plan de Desarrollo del Máximo Potencial. Era incisivo, divertido y peculiar, alto y desgarbado, con su pelo rubio, casi blanco. Se habían hecho muy buenos amigos y que los destinaran inmediatamente a puntos opuestos de la región había hecho polvo a Melanie. Se juntaban a menudo para tomarse algo, se escribían correos electrónicos y se llamaban cada semana para intercambiarse artículos. En las buenas, en las malas. Entonces, de repente, a Melanie le había entrado el pánico, preocupada por si le estaba mandando señales equivocadas, porque Matthew había comenzado a mirarla de un modo inquietante. Aunque le gustaba —le gustaba mucho—, nunca había pensado en él de ese modo. Para nada.

—Vas a soltarme ese discurso de «no eres tú, soy yo» —había dicho, claramente dolido ante la reacción de ella, la vez que la había intentado besar tras salir de copas por Exeter hacía unos años. Estaba demasiado borracha para volver a casa y él le había cedido su cama, cambiado las sábanas y el edredón y dormido en el sofá del piso de abajo. Luego, le había hecho unos huevos a la benedictina perfectos sobre una tostada a modo de desayuno, con la yema líquida, como a ella le gustaban.

—Lo siento mucho, Matthew. No es que no piense que eres encantador. Es solo que...

—Por favor, Mel, no lo empeores más. Estamos bien. No pasa nada, en serio.

Habían seguido siendo amigos. Habían trabajado duro y continuaban intercambiándose artículos y quejas. Después, Matthew había dejado el cuerpo.

A Melanie le llevó un tiempo descubrir lo que había ocurrido de verdad. Hizo todo lo que pudo para tratar de convencerle de lo contrario, pero no sirvió de nada. Matthew era demasiado competente, demasiado agradable y demasiado ético para su propio bien. Se culpaba a sí mismo por la muerte de

un niño. Matthew le había perseguido después de que le pillaran robando en una tienda. Y el niño se había dirigido directamente hacia un cable de alta tensión.

Nada de lo que dijo Melanie o cualquier otra persona pudo disuadirlo para que no se marchara. Instaló su propia agencia de investigación privada en Exeter. Una pérdida de potencial. Eso le había dicho, furiosa porque un hombre con sus habilidades malgastara su talento fisgoneando.

Desde entonces, había tenido suerte. Se había casado con una mujer encantadora llamada Sally. A Melanie le gustaba y se alegraba por él.

Pero...

Le tocó a él guiarla hacia una cafetería al otro lado de la carretera, a la vuelta de la esquina. Pidió más café mientras Melanie se preguntaba cuánto tiempo se pasaría él observando a la gente desde cafeterías mugrientas. Seguía deseando que lo reconsiderara, que volviera al cuerpo. Seguro que no estaba contento con su vida profesional.

—¿Qué pasa, Mel? ¿Cuál es la urgencia?

—Es el caso Tedbury.

—Creía que ya estaba terminado. Un caso de violencia doméstica, ni más ni menos.

—¿Quién te ha contado eso? ¿Por qué te has interesado siquiera?

Matthew miró el café.

—Estuve allí en un caso rutinario.

—Eso había oído. Uno de mis testigos te pilló haciendo fotos.

—¿Cómo sabes que era yo?

Le dio una palmadita en el pelo rubio y tiró de uno de los hilos del puño de su chaqueta.

—Vas a tener que hacer algo con esto, en serio. Sobre todo, en los casos locales.

Él metió el dedo en la espuma del café y lo chupó, haciendo ruido. Luego, cogió aire.

—Me gusta esta chaqueta.

Ella sonrió.

—¿Para qué eran las fotos?

—Para una investigación. Comprobé algunas casas, coches, números de

matrículas...

—¿Le pediste a alguien que comprobara los números de las matrículas a través del sistema? No estoy segura de cómo suena eso.

—Ups. —Hizo una mueca. Había buscado alguna condena anterior por fraude o por algún delito fiscal, lo que era normal en sus casos de planificación—. Mira, Mel, mi caso en Tedbury no es algo que necesites saber. Trabajo rutinario. Te prometo que te habría llamado si hubiera sentido que era algo que te podía ayudar.

—¿No estabas trabajando para Gill Hartley, espionando a su marido?

—No. Como te he dicho, te lo habría contado si hubiera estado directamente relacionado.

—Entonces, ¿está indirectamente relacionado?

Él la miró y ella lo miró a él.

—Yo no he dicho eso.

—Vamos, Matt. No quiero hacerlo de manera oficial.

—No seas así. Soy yo, Mel.

—Muy bien. A la fiscalía no le dará tan igual y a mi jefe tampoco. Gill Hartley sigue en coma y hay posibilidades de que la desconecten de un momento a otro, lo que significaría que no habría nadie a quien culpar.

—¿Cuál es el problema?

—Emma Carter.

La cara de Matthew cambió y se inclinó hacia delante.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Te suena el nombre?

—Yo no he dicho eso. —Le dio un sorbo al café, empequeñeciendo los ojos.

—Tengo un presentimiento con respecto a ella. Matt. Fue la última persona que vio a Gill antes del incidente con su marido y ha estado fisgoneando por el hospital sin razón alguna. Algo no va bien.

—¿Y?

—Y le estoy preguntado a un viejo amigo a quien tengo en muy alta estima si sabe algo que me pueda ayudar.

—Como te he dicho, era un trabajo rutinario.

La miró sin pestañear.

—¿Lo pensarás, Matt? ¿Pensarás si hay algo que deba saber?

Hizo una pausa.

—Sabes que esto es distinto para mí, Mel. Sin pensión policial. Tengo un negocio al que atender, una reputación que proteger. La confidencialidad de datos...

—Ha muerto una persona. Matt.

—Y los forenses dicen que no hay nadie más involucrado.

—Te preocupaba lo suficiente como para comprobarlo por ti mismo, ¿no?

Le sostuvo la mirada, como si estuviera luchando contra algo.

—Mira, necesito hacer más investigaciones por mi cuenta. Tan pronto como las haga, te prometo que te llamaré, Mel.

—De acuerdo. —Estaba más contenta—. Trato hecho. Por otra parte, ¿qué tal está la pequeña Amelie? ¿Ya habla?

—Casualmente, ha dicho hace poco su primera palabra.

—Genial. ¿Ha sido «papá», como esperabas?

—No.

—¿Qué mala suerte! ¿«Mamá»?

—¡No! —La expresión de Matthew se volvió burlón y Melanie frunció el ceño.

—Entonces, ¿qué?

—Bueno, se ha dignado a decir «papá» exactamente dos veces. Pero cuando digo «no», quiero decir que me temo, mucho, que la primera palabra de mi hija y su favorita en el mundo hasta ahora es... ¡«no»!

Emma y Tedbury quedaron olvidados por el momento mientras los dos reían y Matthew sacaba el teléfono para enseñarle las últimas fotografías de su hija.

# Hoy

## 19.15

El doctor y su mujer están tomando café. Mark ha vuelto del lavabo y se ha puesto a mirar al vacío hasta que le ha sonado el móvil.

Me he sobresaltado. Quiero tener noticias, pero no quiero que sean malas. Una voz en mi cabeza le dice que no conteste al teléfono.

«No dejes que lo digan».

Mark me mira y se levanta para contestar en privado la llamada mientras camina entre los vagones.

El médico me sonrío. Junto las manos sobre los labios como si estuviera rezando.

—Seguro que todo va bien. El personal del hospital es buena gente, unas personas excelentes.

Asiento porque no confío en mi voz.

Parece que pasa una eternidad hasta que Mark vuelve, metiéndose el móvil en el bolsillo mientras se sienta con la cara pálida. Me concentro en el hecho de que no habla de inmediato.

—¿Noticias?

—Nathan está a cinco minutos. En cuando identifique a los chicos, nos llama.

—¿Era Nathan?

—No. —Deja escapar un extraño suspiro—. Era alguien de cuidados intensivos. Acaban de hablar con Nathan.

—¿De cuidados intensivos? ¿Qué quieres decir? ¿Por qué cuidados

intensivos? ¿Es normal tras una operación? ¿Todo el mundo va a cuidados intensivos tras una operación? —Miro al doctor, pero es Mark el que contesta.

—A uno de los chicos se le ha complicado la operación. Ha tenido problemas respiratorios por una reacción a la anestesia.

—Ay, madre mía.

—Le están controlando muy de cerca. Hay bastante lío ahora mismo. Me han pedido que llame luego.

—Bien. Cuidados intensivos. Bien... —Por alguna razón, me estoy meciendo hacia delante y hacia atrás. Soy consciente de que eso no es bueno y veo que el doctor intercambia una mirada con su mujer que no me gusta nada.

Después, hago una estupidez. Le pido prestado el teléfono a Mark para mirar una cosa, algo que va a hacer que me sienta incluso peor.

# Capítulo 30

## Antes

Me tumbé en la camilla del hospital y cerré los ojos. No había vuelto a sangrar desde hacía una semana. Mark creía que era buena señal. Me lo había dicho esa mañana en voz baja mientras íbamos de camino a hacerme el registro.

Escuché una voz de hombre («¿Será el doctor?») que me preguntaba si estaba cómoda. «¿Lista?». Le conté al doctor que no había sangrado en una semana. «Perdone, ¿ya se lo hemos dicho?».

Mark buscó mi mano y pasó con delicadeza cada uno de sus dedos entre los míos. La voz del doctor me pidió que me relajara, pero ya sabía cómo lo iba a hacer; lo había decidido en el coche. Entonces, la voz y el sonido de la máquina se alejaron mientras me levantaba de la cama con lentitud. Floté más y más alto, a través del techo y de la neblina de las nubes, más y más arriba durante kilómetros y kilómetros hasta que olí el mar. Bien. Con los ojos todavía cerrados, descendí hasta sentir la arena caliente entre los dedos de los pies. Mark seguía agarrándome la mano con fuerza todo el tiempo.

Abrí los ojos y vi a Ben saludándonos desde la orilla, con un cubo de arena en la mano. La luz me hacía daño en los ojos, por lo que los entrecerré. Pronto, sentí que la tensión de la frente desaparecía. Otro niño más pequeño nos saludaba también, una simple silueta que buscaba la mano libre de Ben. Ambos se echaron a reír juntos y yo les sonreí.

*Míos.*

Una voz profunda dentro de mi cabeza susurró por encima del ruido de las olas. *Los dos míos, por favor.*

La mano de Mark me apretó más fuerte, hasta que sus dedos quedaron casi incrustados en los míos. El espacio rugía en silencio mientras me obligaba a oír un latido. Un ritmo. El corazón.

*Por favor.*

Apreté los ojos con más fuerza, pero el sonido no llegó. Mark le preguntó al doctor si veía algo en la pantalla. «¿Alguna onda de sonido? ¿Nada?». No hubo respuesta... Entonces, los niños y el mar se alejaron cada vez más, con la arena escurriéndose rápidamente entre mis pies mientras intentaba resistirme. Una voz, distante al principio, se intensificó.

«¿Se encuentra bien, señora Edwards? ¿Quiere un vaso de agua?».

Intenté llamar a los niños que estaban en la orilla del mar, pero de mi boca no salió ningún sonido.

En lugar de eso, se oyó un clic mientras apagaban la máquina. La voz del doctor, ahora más cerca, nos decía que nos iba a dejar un tiempo a solas. «Lo que necesiten». Después, repitió con delicadeza que lo sentía mucho, pero que no había ningún latido de corazón.

# Capítulo 31

## Antes

—Estoy bien, en serio.

Una y otra vez repetí eso en voz alta y en voz baja en mi cabeza. Los días siguientes trajeron consigo una procesión de empanadas de pescado y de alboroto. Todos parecían desear alimentarme.

«Quiero decir, no es como si hubiera tenido un aborto. En realidad, no». Les seguía diciendo eso a Mark y a Helen por separado. De acuerdo, tendría que llevar a cabo el horrible proceso para limpiar el útero, pero era demasiado pronto, no había podido ser nada. «¿No lo creéis? En realidad, no. Supongo que se lo hacen a todo el mundo, incluso a personas que se hayan confundido con las fechas. Probablemente eso sea lo que me ha pasado a mí».

Tenía la sensación de que si todos dejaran de montar escándalo y se dieran cuenta de que no era para tanto, estaría bien. Pero no dejaba de descubrir a Helen y a Mark susurrando al entrar en una habitación o intercambiándose miradas. Me estaban enfadando tanto que, al final, hice una tontería.

—No es que no esté agradecida, Helen. Has estado genial, pero necesito arreglármelas yo sola. —Incluso según salían las palabras de mi boca, no sabía por qué le estaba diciendo eso, por qué la estaba echando—. No le digas ni una palabra a Mark, pero voy a seguir adelante con la búsqueda de trabajo. Voy a parar lo de la charcutería y ver qué opciones tengo. Además, quiero ayudar a Emma con Theo porque sigue sin hablar, el pobre, y estoy muy preocupada.

Durante un tiempo, Helen se resistió a marcharse, pero comencé a ordenar

la casa, impidiendo que me ayudara. «Estoy bien, en serio, necesito hacer algo». Al final, puso las cosas en su maleta de cuero y en su bolsa dé tela de la que tanto me había reído; no sé quién de las dos parecía más a punto de echarse a llorar, si ella o yo.

—¿Seguro que no quieres que me quede un poco más?

—No, estoy bien.

—De acuerdo. Te llamaré todos los días y me cogerás el teléfono, ¿sí?

—Sí.



Me metí de lleno a ayudar a Emma con Theo y me di cuenta, mientras lo hacía, de por qué necesitaba que Helen se fuera.

—¿Ya se ha ido Helen?

—Sí, Emma.

—Ah, bien. Supongo que tendría que ponerse al día en Cornualles. Una mujer encantadora. Pero bastante mayor que nosotras. No me había imaginado, al decirme que os llevabais tan bien, que sería tan mayor...

Las noticias sobre Theo no eran buenas. Emma había intentado obligarle a volver a la guardería, pero había fracasado estrepitosamente. Al parecer, había convencido al personal de que lo desprendieran de ella aunque estuviese llorando. Esperaba que «volviera en sí» cuando ella desapareciese de su vista, pero una hora más tarde la llamaron diciendo que seguía desconsolado. Escuché por otra madre que uno de los críos se había puesto el uniforme de policía de la caja de disfraces y que Theo se había vuelto loco.

Emma seguía intentando restarle importancia: su estrategia era aguantarlo. ¿Respecto a mí? No sabía qué pensar ni qué aconsejarle.

—Debe de haber algo que no sabemos. —Había cometido un error al decir eso en voz alta mientras Helen seguía en casa y me había arrepentido enseguida porque, aunque yo me refería a algo externo, como que quizás algún crío había acosado a Theo de verdad, la respuesta de Helen me alarmó.

—Mira, no quiero meter la pata con esto, Sophie, pero ¿estás segura de que no ocurre algo en su casa que no sepamos?

No me había gustado su tono. Y menos aún la siguiente sugerencia de Helen: la negativa de Theo a hablar con cualquiera que no fuera Ben y, con él en raras ocasiones parecía un caso de mutismo selectivo. No había querido intervenir antes, dijo, pero conocía casos como esos por un amigo de su marido que trabajaba en psicología psiquiátrica. Si estaba en lo cierto, definitivamente necesitaría la ayuda de un experto, porque se desencadenaba casi siempre a causa de una ansiedad extrema.

No había escuchado nunca lo del mutismo selectivo y rechazé el diagnóstico de aficionada. Era la primera vez que Helen me había enfadado. Estaba tan claro que no le gustaba Emma que me pregunté si, como todos los demás, también ella le tenía un poco de envidia.

—Estoy segura de que lo dices con buenas intenciones, pero Emma es una buena madre. Lo que sea que le ocurre a Theo no tiene nada que ver con ella, con nada de casa. Estoy segura de eso. Le protege muchísimo de la ansiedad. Está destrozada con lo que está pasando.

—Claro. No estoy diciendo que sea culpa suya deliberadamente. Mira, lo siento si he dicho algo que te haya molestado. Solo creo que, si Theo sigue sin hablar, necesitaría vera un médico. Con todo por lo que has pasado, no creo que sea algo a lo que te debas enfrentar ahora mismo. Podría ser mucho más complicado de lo que crees.

—Oye, estoy bien, Helen, en serio.

Supongo que por eso necesitaba que se marchara, por si le decía lo mismo a Emma y la preocupaba. Seguía sorprendida de que no se hubieran llevado bien, aterrorizada por la idea de que discutieran abiertamente.

Entonces, dos cosas inesperadas ocurrieron que me animaron, que me hicieron abandonar todos esos pensamientos internos tan poco saludables.



La primera fue una furgoneta de mudanzas que ocasionó un altercado temporal por el acceso a Balfour Street. La furgoneta estaba medio aparcada sobre la acera, delante de la casa de color rosa claro de los Hartley, bloqueándoles el camino a un tractor y a un remolque que intentaban llevar heno a una granja al

otro lado del valle. Los dos conductores tuvieron una discusión bastante acalorada hasta que una mujer de pelo blanco intervino desde un Volkswagen Polo que estaba estacionado al final de la calle.

Yo me encontraba en la oficina de correos comprando unos sellos, observando todo eso a través de la ventana, cuando alguien en la cola identificó a la mujer como la madre de Gill Hartley.

No es que hubiera dejado de pensar en ella o que no siguiera viendo la escena cada noche mientras intentaba dormir —la sangre en las paredes, en mis manos, por todos mis sueños—, sino que no me permitía pensar en los familiares, en los otros que cargaban la tragedia con más cercanía y peso en sus corazones.

La madre de Gill. Por Dios...

Según los nuevos rumores en Tedbury, las dificultades financieras para cubrir la hipoteca mientras Gill seguía en coma habían forzado a la familia a alquilar la casa. Los bancos y las facturas no esperan, sea cual sea la desgracia.

«¿Quién diablos querrá vivir en esa casa después de lo que ha ocurrido ahí?», le había dicho una y otra vez a Mark y a Helen por teléfono. Vi mi pregunta contestada antes de lo que había esperado. Tres días más tarde, una joven pareja con dos hijos pequeños comenzó a descargar sus muebles y las cajas de una enorme caravana de alquiler.

—No me lo puedo creer. ¿Cómo van a dormir por las noches? Y con dos niños pequeños. —Mis llamadas nocturnas a Mark se hacían cada vez más largas. Balbuceos y trivialidades. Los planos para el aparcamiento del pueblo, el tiempo, la tasa de interés de nuestros ahorros, que volvía a ser negativa. Llenaba todos los silencios tan rápido como podía con rumores y tonterías porque ninguno de los dos era capaz de hablar de la única cosa que deberíamos tratar: el bebé que se había ido, ¿que nunca había existido?

El segundo hijo que no me dejaban tener...

—¿Crees que los nuevos inquilinos no lo saben? Supongo que vendrán de fuera de la región, no hay manera de que lo sepan. Aunque me sorprende la madre de Gill. Me parece un poco sospechoso moralmente que no les haya dicho nada a los nuevos arrendatarios si son de fuera de la región, ¿no crees?

Este misterio también se resolvió más rápido de lo esperado, cuando me

encontré a mí misma de pie junto a la nueva residente el lunes siguiente en el patio de la escuela. Para mi sorpresa, los dos niños estaban vestidos con el uniforme verde y gris y, aunque claramente nerviosos, dejaron que sus nuevos profesores les presentaran a sus clases. La niña más pequeña iría con Ben y el hijo mayor, a primero de Primaria.

—Espero que les vaya bien. —La voz de la madre era casi un susurro, por lo que al principio no sabía si me lo decía a mi o a si misma.

—Oh, seguro que estarán bien. Es un buen colegio. Soy Sophie, por cierto. Mi hijo Ben está en preescolar. La profesora es muy agradable.

—Bien, gracias. Soy Charlotte. Charlie para la mayoría de la gente. Nos acabamos de mudar.

—Sí, lo sé.

La mujer echó a andar conmigo mientras nos movíamos hacia la puerta.

—Supongo que la gente estará un poco sorprendida.

—¿Perdón?

—Por mudarnos a la casa tan pronto.

—Entonces ¿sabéis lo que ocurrió?

—Ah, sí. Espero que no pienses que somos unos insensibles, crueles o algo así. No voy a ocultarte que nos lo pensamos dos veces. Y, claro, nos preocupaba la reacción de los críos, pero, para ser franca, llevamos años intentando llevarlos a un colegio decente. No nos podemos permitir comprar una casa en cualquier sitio y a nuestro hijo lo acosaban en el último colegio. Nos enteramos a través de un amigo de que el sitio se alquilaba. Lo sopesamos todo y... —Me giré para examinar la cara de la mujer. Su piel estaba seca y tenía arrugas por la edad. No llevaba maquillaje. El pelo largo y liso, sin ningún estilo y decolorado. Llevaba unos vaqueros y una sudadera gris sin forma y parecía agotada—. Supongo que piensas que somos unos aprovechados. —No tenía ni idea de qué decir. Me pregunté si alguien les habría dicho que fui yo la que los encontró—. Nosotros no los conocíamos, por lo que no lo sentimos como algo personal. Lo han limpiado a fondo, han cambiado las alfombras y el resto de cosas. Quiero decir, todas las casas deben de tener algo de karma negativo, ¿no crees? Sobre todo las antiguas. — Sonaba como un discurso que se había preparado.

—¿Y los niños? —No me podía imaginar la conversación.

—No se lo hemos contado.



Mis peores miedos se confirmaron cuando Ben llegó a casa.

—¿Crees en fantasmas, mamá?

—No, ¿por?

—Bueno, todo el mundo dice que el hombre muerto va a perseguir a esos niños nuevos por haberse mudado a su casa.

—No seas tonto. Ben. Espero que nadie los haya molestado. No es agradable, ¿verdad? Son nuevos y es probable que estén nerviosos.

—Yo no he dicho nada. Pero Emily Price dice que el hombre muerto es ahora un fantasma. Dice que había mucha sangre y que tú lo viste. ¿Lo viste, mamá? Porque si es mentira, la voy a pegar por ti.

—Ya basta, Ben. Nadie tiene que pegar a nadie. Sobre todo a las chicas. Nunca. —Comencé a rallar parmesano con fuerza y con las manos temblorosas sobre su bol de pasta—. Oye, Ben, pasan muchas cosas tristes en las casas, pero no existen los fantasmas. Y las casas, los lugares y las personas pueden volver a ser felices, incluso después de que algo malo o triste haya sucedido. No importa lo que ocurriera en el pasado.

—¿No? —Ben me miró intensamente y poco convencido—. Bueno, sigo pensando que da miedo. Espero que no me invite a jugar, porque no voy a ir. —Abrió mucho los ojos—. Sobre todo, en Halloween.



La segunda distracción inesperada surgió a la mañana siguiente, de la mano de una llamada misteriosa de la secretaria de Mark, Polly. Tenía un mensaje de ella para que contactara con mucha urgencia a una mujer de la que nunca había oído hablar. Anoté el nombre, Emily Gallagher, pero no supe situarla, ni tampoco reconocí el número.

—¿Está el señor Edwards con usted en este momento? —Emily comenzó a

hablar entre susurros, añadiendo intriga a la situación.

—No, ¿por qué?

—Bien. —Emily Gallagher me hizo jurar que guardaría el secreto antes de explicarme que formaba parte del equipo organizativo de la próxima gala de los Premios Nacionales de Publicidad Puffa-Flakes en Londres y que estaban decepcionados porque el señor Edwards no pretendía ir ese año.

Mi respuesta inmediata antes eso fue la irritación. Supuse que el número de participantes para los premios era bajo y que el equipo de eventos estaba molesto porque Mark no quisiera gastarse la herencia de nuestro hijo en un champán de consolación.

—Necesito su total discreción, señora Edwards, porque es de extrema confidencialidad. El asunto es que necesito que entienda que sería... ¿Cómo decirlo...? Sería una pena que *este* año su marido no viniera.

Me senté en el asiento de la ventana, mirando hacia la plaza.

—¿Una pena?

—Provocaría un... eh... hueco.

Sentí que me cambiaba la expresión a una más curiosa.

—¿Me está diciendo que ha ganado el premio? —Me giré hacia la habitación.

—Bueno, no se me permite decir nada con más precisión, claro.

—¿Cómo de grande es el hueco?

Se produjo una pausa larga.

—Mire, solo le puedo decir que habría un hueco muy grande en la gala y que se arrepentiría mucho mucho de no haber venido.

Agencia del Año. Madre mía. Tenía que ser Mark el que había ganado el premio a la Agencia del Año. No me lo podía creer.

—Haré que vaya.

Telefoneé a la secretaria de Mark enseguida y le dije que había habido cierta confusión con la agenda familiar y que tenía que reservar de inmediato dos mesas en la ceremonia de los premios. Debía ser una sorpresa, remarqué, por lo que él no tenía que enterarse de mi llamada. Sus trabajadores se merecían una recompensa y él también.

—Organiza a los invitados y reserva un sitio para mí también, pero no se lo digas a Mark. Usa mi tarjeta de la compañía. Tiene demasiado encima y

pensaba que le coincidía con algo que debía hacer en casa.

La gala era el miércoles siguiente, al cabo de una semana. Durante años había rechazado ir con Mark a esos eventos, en parte por Ben, pero sobre todo porque ambos odiábamos todo el drama de sonreír con los dientes apretados cuando la preselección no daba sus frutos. El síndrome del finalista había perdido su valor desde esa primera cena de premios en la que nos habíamos conocido.

Puse las piernas sobre el asiento de la ventana y sentí una oleada de algo poco conocido. Me llevó un tiempo darme cuenta de lo que era. Felicidad. Estaba tan contenta por él, orgullosa. Mark se lo merecía después de todas las horas de coche por la carretera y era justo lo que necesitábamos en ese momento.

¿Qué iba a hacer con Ben? Ese día era fiesta. Estaba arrepintiéndome de haber hecho que Helen empaquetara sus cosas tan rápido cuando sonó el timbre. Era Emma, con Theo al lado, que sostenía un arco muy grande y una flecha.

—¿Qué pasa, Sophie? Parece que estás a miles de kilómetros.

—No te lo puedo decir.

—No digas tonterías. Claro que me lo vas a contar.

# Capítulo 32

## Antes

—Tenemos que irnos a Francia.

—¿Perdón?

—Lo digo en serio, Melanie. Es por el caso Tedbury.

—Matthew, ¿de qué narices estás hablando?

Matthew Hill se encontraba en su estudio, al lado de la habitación de la pequeña Amelie, por lo que bajó la voz. Delante de él había un archivador con varios papeles. La primera hoja tenía sus últimas notas garabateadas en tinta negra. «Emma Carter: solo alquila Priory House...».

—Mira, no te lo conté todo cuando nos vimos. No podía.

—¿Contarme qué? Dios mío, Matthew. He terminado con Tedbury. Se está haciendo tarde y voy por mi segundo vaso de vino...

—¿Te acuerdas del caso en el que estaba trabajando en Tedbury? —Sintió que se estremecía—. Era para Emma Carter.

Se produjo una pausa. Matthew se mordió el labio inferior y ojeó de nuevo el taco de papeles hasta encontrar el nombre y el número de teléfono de la enfermera que había cuidado a la madre de Emma en Francia.

—No te sigo.

—Te juro que te habría contado todo si hubiera creído que era relevante, pero necesitaba profundizar más. Me ha llevado un tiempo...

—Contarme ¿qué?

Matthew se pasó la mano por el pelo y se recostó en la silla. No soportaba pensar que la había vuelto a fastidiar. Seguía sin creerse que se la hubieran

jugado. Pensó en Emma Carter, de pie en su oficina, tan tranquila, tan elegante, tan divertida, simpática y rara, adivinando su signo del zodiaco y ofreciéndose a leerle las hojas del té. Sus extraños ojos con esa mezcla de colores...

—De acuerdo, bebe más vino e intenta no enfadarte conmigo. —Cogió aire—. Emma Carter me contrató para un trabajo normal, investigar algunos perfiles del comité ciudadano de Tedbury. En resumen, había comprado un terreno como sociedad mercantil y quería pedir un permiso de planificación para un pequeño conjunto mixto. Cinco casas individuales y tres viviendas asequibles. Quería saber quién tenía influencia local y si alguien había llevado a cabo un proyecto similar, algún interés personal sin declarar, proyectos rivales, trapos sucios con respecto a los planos...

—Precioso.

—Todo muy rutinario, Mel. Nada fuera de lo normal en mi mundo, un simple trabajo de investigación.

—¿Y?

—Creé un archivo con todo el que pudiera montar un escándalo en el pueblo al enterarse de lo que ella quería hacer. Todos los miembros del consejo parroquial. Sus pasados, su historia política, sus ideas personales sobre los problemas de planificación, bla, bla, bla. —Hizo otra pausa. Matthew miró el intercomunicador mientras este parpadeaba. Su hija resoplaba por la nariz y daba vueltas en la cuna en la habitación de al lado. Miró el reloj. Sal se había ido a su clase de yoga, pero terminaría pronto—. Uno de ellos era Antony Hartley, Mel.

—Ay, madre. Matt. No me gusta cómo suena esto.

—Mira, te juro que no tenía ni idea de que hubiera algún problema con Emma y este encargo. Se mostró totalmente convincente y encantadora. Alguna artimaña en los planes es lo normal. Me llegan muchos casos con intereses personales ocultos; gente con nombres falsos. Mi trabajo es investigar un poco. Toda esa información es pública si sabes dónde buscar. Lo único que hice fue juntarlo todo para ahorrar tiempo.

—¿Qué había en el archivo de Antony Hartley?

—Oficialmente era todo muy aburrido. Había estado en el comité durante años. No tenía ni intereses corporativos ni acciones. Arruinado por todos lados. Estaba muy en contra del desarrollo fragmentario del pueblo. Y a favor

de un plan de viviendas asequibles para los vecinos, pero nadie quería algo así, como puedes imaginarte. Los vecinos querían cuantas menos casas nuevas, mejor.

—¿Por qué es eso relevante?

Matthew sintió que le cambiaba la cara.

—Hice una tontería, Mel. Le mencioné a Emma entre paréntesis una cosa mientras le daba el informe.

—Continúa.

—Mientras investigaba a Antony Hartley, descubrí que había dejado embarazada a una estudiante cuando estaba en la universidad. —Hizo una pausa en la que Matthew se echó hacia atrás como si estuviera listo para recibir un golpe—. Se lo conté a Emma.

—¡Ay, madre mía, Matthew! Ese hombre está muerto y ¿me estás diciendo que no era relevante?

—Lo sé, lo sé. Pero cuando apareció muerto, recé para que fuera solo una coincidencia. Mira, hablé con los forenses inmediatamente y me juraron que no había pruebas de que hubiera una tercera persona implicada. Un claro caso de violencia doméstica. Asumí que la mujer lo había descubierto, como había hecho yo... En cualquier caso, confiaba cien por cien en que tú llegarías al fondo de este asunto.

—De acuerdo. No me gusta que mi equipo forense hablara contigo a mis espaldas. Pero, al menos, deberías habérmelo contado. Tienes que reconocer que deberías haberlo hecho. ¿Por qué se lo contaste a Emma?

—Mira... Era mi cliente, Mel. Parecía no estar ocultándome nada. Le di los archivos y nos fuimos a tomar un café. Le dije que no había ningún problema. Le mencioné que Antony se negaba a aceptar el desarrollo, pero que era un chico transparente. Después, añadí como paréntesis: «Buen consejero, marido terrible». Fue una broma, una tontería. Le conté que había estado tonteando por ahí. Como te digo, fue un paréntesis inapropiado, culpa mía...

—Ay, Dios mío.

—Esto empeora, Mel. —Matthew cogió las notas y comenzó a ojearlas de nuevo.

—He estado investigando más y acabo de recibir una llamada de un contacto en planificación. Resulta que Emma es una mentirosa increíble. La

historia sobre sus propiedades no tiene ningún sentido. Hay una solicitud preliminar de planificación, lo comprobé desde el principio, pero acabo de darme cuenta de que no tiene nada que ver con ella. No solo no es dueña de la tierra que mencionó, sino que tampoco forma parte de ninguna sociedad mercantil. Debe de habérselo escuchado a los vecinos. Ah, y he descubierto esta mañana que está tan arruinada como los Hartley. No es la propietaria de Priory House, la ha alquilado con opción de compra en el futuro. He comprobado un par de cosas más con algunos contactos financieros. Tiene una calificación crediticia horrible.

—Eso no tiene sentido. He mirado los registros de su cuenta bancaria y es un auténtico puzle. Los rumores en Tedbury dicen que recibió una gran herencia de su madre en Francia, aunque tiene los armarios bastante vacíos. Incluso ha pedido un crédito hace poco. Si no tiene ningún acuerdo de planificación, ¿por qué está husmeando por Tedbury? ¿Por qué necesitaría una coartada para averiguar los trapos sucios de los vecinos?

—Eso es exactamente lo que tenemos que descubrir, ¿no crees? Y la razón por la que debemos ir a Francia a investigar sobre el escenario de la muerte de su madre. He localizado a la enfermera que la cuidó. Al principio, solo la llamaba para preguntarle por el pasado de Emma, pero la historia se ha vuelto más sospechosa. Emma la despidió, al parecer, sin previo aviso. La enfermera no quiere hablar conmigo por teléfono. Se molestó sin razón. De pronto, tengo un mal presentimiento con todo esto, Mel, un presentimiento muy malo.

Matthew sabía lo que quería que ocurriera después. En su mundo ideal, deseaba que Melanie le dijera que iba a ir a Francia de manera oficial mientras él se quedaba en la sombra. También sabía que eso era poco probable. Aliarse con fuerzas extranjeras era una pesadilla y un proceso muy lento.

—No puedo hacer nada de manera oficial. No tenemos dinero ni cometido. De hecho, me han pedido que cierre el caso Tedbury a menos que Gill Hartley se despierte. Mientras tanto, tengo una charla importante mañana: «Tolerancia cero en el barrio chino».

—Date de baja. Podemos ir juntos...

—Sabes que no puedo hacer eso. Y tampoco les puedo contar todo esto. Te afecta directamente. —Matthew oía un golpeteo. Se la imaginó dándole golpes

a su copa de vino con el bolígrafo. Viejas costumbres...—. No lo entiendo, Matt. ¿De qué va todo esto? ¿Se estaba Emma viendo con Antony? Celos... ¿Es eso? ¿Por eso te contrató?

—Solo Dios lo sabe. Pero tenemos que descubrirlo. Madre mía, la he vuelto a cagar, Mel. —Matthew dejó salir una gran bocanada de aire. Melanie sería diplomática y leal. No diría nada. Pero sabía que los dos estaban pensando en lo mismo: en el horrible momento en que dejó el cuerpo. Matthew se seguía sintiendo responsable por la muerte de ese niño. Tras una investigación, había salido limpio, pero eso no ayudaba. Matthew volvió a mirar el intercomunicador y cerró los ojos ante el recuerdo. La cara de la madre en el interrogatorio, el odio en sus ojos...

—En serio, Mel. Si no puedes ir a Francia, iré yo solo. Sal va a volver pronto de su clase de yoga. Conseguiré llegar al tren nocturno si me doy prisa.

—No puedo dejar que hagas eso.

—Compréndeme, no me gusta que me haya engañado con tanta facilidad. Además, ya sabes que hay cotilleos sobre ti en el departamento. Los rumores dicen que te estás viendo con un testigo. ¿Es cierto? —Se encogió de nuevo al decirlo, preocupado por si estaba traspasando la línea, pero más preocupado por Mel. Era su primer caso como inspectora. Él había tirado su carrera por la borda, pero ella no debía hacerlo.

—No es asunto de nadie con quién me esté viendo. De acuerdo, sí, me he tomado una copa con ese chico, Tom. Un par de veces. Es muy agradable, Matt, me gusta. ¿Y qué? No está metido en el caso. En realidad, no hay ningún caso.

—No te juzgo, Mel. Solo te comento lo que me han dicho. Unos cuantos celosos apuñalándote por la espalda. Ya sabes cómo funciona. Necesitas dar en el clavo con este caso y yo necesito limpiar mi conciencia. Dos pájaros de un tiro. Me voy a Francia, ¿sí?

—¿De verdad tienes ganas de hacer esto? ¿Tienes tiempo? No te van a pagar por ello...

—Sí, no quiero fingir que sea ideal, pero he tenido un par de meses buenos, así que todo está bien. Además, siento que en parte es culpa mía, por lo que necesito resolverlo.

—De acuerdo. Pero sigue las reglas, no hagas ninguna tontería.

—*¿Moi?*

—Si necesitas ayuda de mi parte, como buscar algo en los sistemas..., llámame desde Francia, ¿vale?

—Claro.

—Esta Emma, Matthew... —Otra pausa. El sonido del golpeteo del bolígrafo contra la copa de vino volvió a oírse—. Vino al hospital a visitar a Gill. Sé que tenemos que apegarnos a los hechos y no a los presentimientos, pero no me dio buena espina.

—¿Eran amigas Gill y Emma?

—No, al parecer no. Solo habían quedado un par de veces. De hecho, nada de todo esto tiene sentido, Matt.

# Capítulo 33

## Antes

Theo sacó su linterna del bolsillo y la enfocó hacia los libros. Le hubiera gustado ser lo suficientemente mayor como para leer bien. Cuando vivían en Manchester, la abuelita Lucy decía que no hacía falta entender todas las palabras cuando los dibujos eran muy buenos, pero algunos dibujos en ese libro eran raros y no los entendía.

Pasó la página y vio una araña en la entrada de su cueva. A Theo no le daban miedo las arañas. No entendía por qué a Ben no le gustaban. A él le encantaba el modo en que se escabullían para, luego, quedarse muy muy quietas. Si las palabras no estuvieran atravesadas en su interior, le diría a la arañita que podía quedarse en la cueva, debajo de la cama. Podía ser su mascota. La iluminó con la linterna y el animalito trepó por la pared, como Spiderman.

Theo llevaba toda su vida queriendo una mascota. Había pedido una cobaya, pero su mamá decía que eran criaturas asquerosas, como las ratas pero con más pelo. Ben tenía dos cobayas y tres gatos, uno blanco y negro, otro color mermelada y otro gris resplandeciente que no dejaba de bufar. A Theo le gustaban mucho, incluso Slinky, el que bufaba. Mamá decía que se trataba de un gato malicioso y que era mejor andarse con cuidado con él, pero Theo no tenía miedo de Slinky. De ninguna manera.

No era Slinky quien le asustaba...

Se hizo un ovillo en su cueva y esperó a Ben. Desde hacía un tiempo, le aterrorizaba el timbre mientras esperaba en su cueva, por si era la policía.

Había visto uno de sus coches en la plaza y había estado a punto de hacerse pis en los pantalones. No le gustaba la oscuridad y no creía que le fueran a dar de comer en una prisión. En la televisión, la gente de las cárceles parecía estar siempre hambrienta y algunos robaban cuchillos del comedor y se los escondían en la manga.

Theo cerró los ojos y pensó en Krypton. Estaba seguro de que un día, si esperaba lo suficiente, Superman llamaría a su ventana. Habría escuchado todas las palabras que Theo guardaba en su interior, a salvo. Las habría captado con su visión de rayos X y su superoído y le sacaría en brazos de su cueva.

Entonces, Theo y Superman sabrían exactamente lo que debían hacer. Tenían que llevar a mamá a Krypton para que le dieran unos ojos brillantes. Eso haría que siguiera teniendo el mismo aspecto por fuera (el pelo, la cara, todo; si no, la gente sabría lo que había pasado y la policía quizá fuera a por él), pero sería totalmente distinta por dentro. Sería de Krypton. Sería una mamá como la de Ben.

Theo se movió con mucho cuidado, arrastrándose por el suelo de su cueva para encontrar la galleta con forma de dinosaurio que se había guardado esa mañana. Ben estaba abajo con mamá, muy preocupado por algo, y Theo intentaba idear un plan para los dos. Un plan de escape.

El problema era que Ben seguía llorando y mamá se enfadaba mucho cuando llorabas un montón. Necesitaba decírselo a Ben. Era mejor guardar todas las preocupaciones, las palabras y los llantos en el estómago y esperar a que viniera Superman.

Cuando la madre de Ben volviera de Londres, quizás Theo podría ir a tomar té y tarta. La madre de Ben les dejaba mojar las galletas de chocolate en el té. Le gustaba ponerse la galleta en la boca y chupar hasta que todo el chocolate había salido y la parte de fuera se volvía pastosa en la lengua. Un día, Theo, Ben y la madre de Ben habían hecho una competición para ver cuánto tiempo podían dejar la galleta metida en el té sin que se cayera y se hundiera hasta el fondo. Calcularon el tiempo y rieron a carcajadas. Él ganó.

La mamá de Ben le dejaba darles de córner a las cobayas y les dejaba hacer una cueva nueva bajo la cama de Ben. Ponían una colcha en el suelo para que estuviera más blandito y la mamá de Ben colgaba otra por un lado de

la cama para que el interior estuviera oscuro. Ben tenía una de esas camas elevadas, por lo que había mucho espacio debajo. No podían ponerse de pie, pero no era tan estrecha como la cueva bajo su cama, ya que esta era bastante pequeña y nada cómoda.

La mamá de Ben los había llevado al zoo una vez. Era la primera vez que Theo iba a un zoo y le había fascinado, aunque también le había dado un poco de miedo. Ben decía que el hipopótamo era el mejor, pero Theo pensaba que eso era una tontería. Casi no sabía hacer nada. Solo caca, una enorme y olorosa caca.

No, a Theo le gustaba el desierto. Estaba bajo una cúpula y hacía mucho calor. Era muy brillante, como en la televisión, y había pájaros volando por todos sitios. Había observado los pájaros y pensado en su petirrojo volando libre en algún lugar. Había visto el cielo azul y las nubes y sentido una especie de presión detrás de los ojos. No lo había entendido, porque le hacía sentirse muy raro, alegre y triste a la vez, como si quisiera sonreír, pero también llorar cuando pensaba en lo lejos que estaba su petirrojo.

También había pequeños lagartos en la cúpula, escondidos entre las rocas, y algunas cobayas blanditas muy bonitas. Una de ellas, la que era blanca y marrón, estaba en el centro del oasis y Theo había deseado llevársela como mascota por encima de todo. Cuando vivían en Manchester con la abuelita Lucy, había pedido una blanca y marrón por su cumpleaños, pero mamá había dicho una y otra vez que las cobayas eran totalmente asquerosas.

Al regresar a casa del zoo, había un mensaje de mamá diciendo que su dolor de cabeza había desaparecido y que podía volver a casa a las cinco. Y Theo había empezado a llorar y la mamá de Ben le había dicho que todo iba bien. Que no faltaba mucho tiempo para que llegaran las cinco. «Pasaré tan rápido como un rayo». Había sacado papeles y ceras para que Ben y él hicieran dibujos del zoo.

Y Theo no había sabido cómo explicar que no quería que pasara como un rayo, que la verdad era que no quería irse a casa.

## Capítulo 34

### Hoy, a mediodía

Miro la tarta de fruta. A decir verdad, no me gusta especialmente. El color de la cereza es casi perturbador, pero Mark suele mezclar de todo un poco con el café cuando viajamos en tren y la tarta de fruta siempre es parte del pícnic. Por ninguna otra razón, a parte de la rutina y la asociación, tiendo a hacer lo mismo cuando viajo sola.

—¿Algo más? —El hombre al otro lado de la bandeja del bufé parece impaciente. Me doy cuenta entonces de que estoy soñando despierta, indecisa.

—Perdone. Un trozo de tarta de fruta, por favor. Y alguna galleta de avena.

Al volver a mi asiento, miro el reloj. Debería estar en Paddington a las tres de la tarde. No vamos mal. Saco la revista y le doy un sorbo al café a través de la pequeña abertura de la tapa, aliviada porque el tren sea tan silencioso y me permita este raro capricho, aunque temporal, de una mesa de cuatro para mí sola. Dos carteles de reserva sobre los asientos de enfrente me confirman que tendré compañía a partir de Tiverton, pero seguiré disfrutando de esta bendita soledad durante largo rato.

Dejo mi ridículo teléfono de repuesto sobre la pequeña mesa. ¡Qué estúpida soy! Cuando hice las maletas, tiré el móvil de la cómoda sin querer y la pantalla quedó totalmente destrozada. Solo me ha dado tiempo a poner una antigua tarjeta SIM de saldo en este teléfono de repuesto: un viejo modelo sin Internet. Sirve solo para llamar y mandar mensajes y no tengo todos los contactos. No he encontrado siquiera el nuevo número del trabajo de Mark. ¡De entre todos los días...!

Miro las barras de cobertura; hay lo justo para llamar a Emma. Gracias a Dios he anotado su número en la agenda. Ben parecía estar bien anoche cuando hice su pequeña maleta, incluso emocionado, pero es la primera vez que se queda a dormir en casa de un amigo. Aunque Emma dice que será tan bueno para Theo como lo va a ser para mí, ha sido muy amable por su parte que se ofreciera.

—Hola, siento ser una madre tan agobiante. ¿Todo bien?

—¿Sophie? ¿Tienes número nuevo?

—No preguntes... Móvil de repuesto. ¿Te imaginas los detalles? Estoy en el tren. ¿Todo bien?

—Sí, todo bien. Han estado jugando a los guerreros, disfrazados con la ropa de la caja de disfraces, y ahora vamos a hacer tarta.

—¿Ha hablado Theo con Ben?

—No, hoy no. Está usando un lenguaje de signos un poco extraño, pero todo va genial. Ben se lo está tomando muy bien. Los críos lo aceptan todo mucho más fácilmente, ¿verdad? Ojalá pudiera estar tan relajada como él.

—¿Puedo hablar?

—¿Perdón?

—Con Ben.

—Bueno, creo que acaba de ir al baño. Quizá sea mejor que se instale.

Comienzo a abrir la tarta de frutas mientras meto el teléfono debajo de la barbilla y me peleo con el celofán.

—Ah, sé que parezco patética, pero ya sabes cómo soy. Avísale, ¿vale? Te prometo que no vuelvo a llamar.

Se produce un ruido y un clic, luego, una pausa larga, lo que supongo que significa que Emma ha dejado el teléfono a un lado para ir a buscar a Ben. A lo lejos, oigo varias voces hablar al mismo tiempo y a alguien que parece estar llorando. Después, oigo otro ruido cuando Ben coge el teléfono.

—Mamá, no quiero ir a nadar. —Jadea buscando aire, como si estuviera sollozando—. No quiero salir. Quiero que vengas a casa. Tienes que volver a casa.

—Shhh, Ben, cariño. ¿Qué es todo esto, pequeño? No vas a nadar, vas a hacer tartas. Te gustan las tartas.

—Emma dice que tenemos que ir a nadar primero. Es para darte una

sorpresa...

—No, no, amor, no le has entendido. Emma sabe que no te gusta el agua. En serio, lo sabe. Pásamela y mamá lo arreglará todo. No te preocupes. Emma solo quiere que os lo paséis bien.

—¿Cuándo vas a volver?

—Mañana. Solo una noche, ¿recuerdas? Ahora piensa en qué tipo de tarta te gusta y dale el teléfono a Emma. Un beso muy grande. Mamá te quiere hasta el infinito y más allá.

Se produce una pausa, más ruido y finalmente se pone Emma.

—Lo siento mucho, Sophie. No sé qué le ha pasado. Se ha puesto nervioso de repente, sin venir a cuento.

—¿No vais a ir a nadar?

—No, no, claro que no. No me dedico a superar fobias, ni siquiera contigo, cariño. Simplemente he metido unas toallas en la mochila por si luego vamos al parque de atracciones. Theo siempre acaba empapado. Ben debe de haber visto las toallas y lo habrá interpretado mal.

—Sí, eso le he dicho. Oye, ¿hablarás con él para explicarle lo de las toallas? Sé que soy una pesada, pero parecía muy preocupado. Me ha impresionado un poco.

—Claro. ¿Le gustarán las atracciones de agua? Podemos hacer otra cosa distinta. No quiero que se ponga nervioso.

—Deberían gustarle. Pregúntale. Solo le asusta nadar en cualquier sitio donde no haga pie.

—De acuerdo. Bueno, mira, será mejor que cuelgue. Voy a tranquilizarlos con chocolate.

—De acuerdo.

—Y no te preocupes. Se le pasará en cinco minutos. Ya sabes cómo son los niños. Llanto un minuto y sonrisas al siguiente.

—Y que lo digas.

—Pásatelo bien.

El café es amargo y me estremezco, deseando no haber llamado. Niños. Parto un trozo de tarta, le quito la cereza y me la meto en la boca. Es culpa mía que la fobia de Ben dure tanto. Tendremos que hacer algo antes de que empiece a dar clases de natación en el colegio. Debe de haber algún

especialista al que llevarle. He estado evitándolo durante demasiado tiempo. Me sentía culpable.

Cierro los ojos y recuerdo el horrible momento durante las vacaciones en el que me di cuenta de que había desaparecido. «¿Dónde está Ben? Ay, Dios mío, ¿dónde está Ben?». Su pequeña carita solo se veía a través de la superficie, mirando hacia arriba. Mark buceó por la piscina, con la ropa puesta. Fue culpa mía, y tan traumático que he esquivado el tema desde entonces. Solo despegué los ojos de él un minuto. Nunca más volveré a elegir una casa sin la piscina vallada.

Pienso en él ahogándose y jadeando, en lo insoportable que tiene que ser hundirse. Siento una presión en el pecho y, sin darme cuenta, me pongo la palma de la mano derecha en la parte superior de mis pulmones para estabilizarme la respiración.

La llamada me ha puesto nerviosa. Pobre Ben. Su fobia se está descontrolando. Sí, buscaré clases particulares cuando vuelva. Encontraré a alguien paciente y con experiencia. Lo arreglaré.

Abro los ojos para mirar a través de la ventana e intento dejar que la preocupación se vaya. Un cielo claro, bonito y también bastante cálido, aunque decían que iba a llover. Después, miro hacia mi maleta en el portaequipajes y me pregunto qué pensará Mark de mi vestido nuevo. En la tienda, me sorprendió comprobar que había perdido mucho peso. Estoy mejor así, pero me plantea el conocido dilema: ¿comprar el vestido una talla más pequeña, aunque no crea que me vaya a servir durante mucho tiempo, o comprar mi talla normal? Dada la importancia de la ocasión, cambié de opinión varias veces, abandonando finalmente la prudencia y optando por el vestido más pequeño.

La excusa para que Mark vaya a la gala ha sido complicada de elaborar. Le pedí a Polly que reservara una cita para una cena falsa con un cliente importante en un hotel cerca de la ceremonia. El plan es que yo le sorprenda allí con su mejor traje y le mande en un taxi hacia los premios. Cuando el tren se detiene en Paddington, estoy bastante nerviosa, preguntándome si debería avisar a Mark. Haría que las cosas fueran más fáciles. Pero al pensar en las horas en la carretera, en todo lo que él hace por nosotros y en lo que hemos pasado, quiero darle una sorpresa, verle feliz.

Telefono a Polly por el camino y me confirma que Mark ya ha salido

hacia a una reunión auténtica fuera de la oficina. De ahí, se irá directamente a su estudio de alquiler para darse una ducha antes de la cena falsa a las siete de la tarde. Decido, ahora que no hay moros en la costa, pasarme por la oficina para comprobar los demás detalles sobre nuestras mesas en la gala.

La compañía de Mark cambió de oficinas hace tres meses, cuando el antiguo alquiler caducó, y yo todavía no he visto el nuevo edificio en persona. A mí, la mudanza me pilló un poco por sorpresa, puesto que esperaba que el siguiente paso fuera reubicar el negocio. Pero las cosas son como son. Mark tiene que hacer que sus clientes estén felices y, en la página web, las nuevas instalaciones parecen impresionantes, un tercio de la planta baja de un edificio remodelado a tiro de piedra de Oxford Street.

El área de la recepción es exactamente igual que en Internet, todo acero blanco y arte moderno. Siento una oleada de orgullo. *Me alegro por ti, Mark. Buena elección...*

Polly, que se ocupa de la recepción, sonríe abiertamente al ver cómo me peleo con la maleta y la bolsa del traje de Mark. Me pide un taxi para después mientras compruebo la organización de las mesas antes de ir al baño.

Polly me envía al pasillo que hay tras la recepción.

—Dime qué piensas de las nuevas fotos de la pared, ¿vale? —Se levanta—. Les puse un marco para darle una sorpresa a Mark, pero las odia. Quiere que las quitemos. Haría presión con alguien posicionado a mi favor.

—¿Crees que me va a hacer caso a mí? —Me gusta Polly y sigo riéndome mientras camino por el pasillo. Un par de puertas de la oficina están abiertas y siento una conocida oleada de entusiasmo al ver de reojo los guiones gráficos para los nuevos logos y las nuevas marcas.

Las fotografías comienzan tras pasar las oficinas, media docena de fotos enormes en marcos de acero contemporáneos a juego con las escaleras. Entiendo por qué Polly está molesta. Muestran el desarrollo de la empresa desde la pequeña oficina en el sur de Londres, donde Mark comenzó su negocio hace una década, al estudio temporal en Docklands que necesitó una segunda expansión. Es un detalle agradable y no entiendo las pegadas de Mark, aunque quizás no quiera que los clientes recuerden la humilde historia de la agencia.

Hay algunas fotografías de los equipos de varias campañas exitosas,

alternadas con otras más naturales, incluyendo una en la que el personal aparece cubierto de barro en las carreras de obstáculos para conseguir el impulso empresarial, es decir, el espíritu de equipo.

Después, justo al lado del símbolo de los baños, me paro en seco al ver la última fotografía de la secuencia.

Al principio, la incongruencia hace que me ponga rígida, como ese momento en sueños en el que abres la puerta del armario para encontrarte con prendas que no conoces. Es la primera prueba de que no estás despierta, después de todo. Algo tan inocuo pero tan fuera de lugar que se vuelve amenazador, cambiante.

Durante unos segundos, es como si mi cerebro no pudiera asumir la información que tiene delante e intentara, mientras siento como se eleva una de mis cejas, hacer aparecer otra imagen.

Entonces, me doy cuenta de que la fotografía no ya a cambiar. Sin embargo, cuanto más la miro, más fría es la ola de horror que me recorre el cuerpo entero.

# Capítulo 35

## Hoy

Matthew se siente agotado mientras comprueba el mapa en el móvil. A la derecha y, luego, a la izquierda. No quedaba ninguna cabina libre en el ferri, por lo que le había sido imposible dormir por el ruido y la gente.

Solucionar lo del coche de alquiler ha supuesto la pesadilla de siempre y le da vueltas la cabeza. Ha dejado el coche en el aparcamiento del centro de la ciudad y ahora le toca ir a pie, con ganas de resolver las cosas y volver a casa. Investigando había descubierto que la madre de Emma usaba el apellido Bell mientras vivía en la Bretaña. ¿Apellido de soltera? Puede ser. Su enfermera. Aveline, ya no trabaja para la agencia de cuidadores. Tiró la toalla después de que Emma la apartara misteriosamente del trabajo que hacía con su madre. Matthew había conseguido todo eso hablando con dulzura a la secretaria de la agencia. El marido de Aveline tiene una panadería al final de la calle principal de la ciudad y ahora ella trabaja ahí con él. Es un poco raro que dejara la enfermería de repente.

Aveline se había enfadado rápidamente por teléfono al contactar Matthew con ella desde Inglaterra y había comenzado a farfullar cosas acerca de Theo. Luego, se había puesto su marido; los dos hablaban inglés muy bien. «Déjala en paz, por favor. Esto es muy desagradable... Mi Aveline. No ha hecho nada malo. Tiene que dejarla en paz».

Pero había sido todo ese parloteo sobre Theo lo que había alarmado a Matthew. Aveline parecía extrañamente preocupada por el niño.

Tras diez minutos andando, se encuentra la panadería ante él. Una tienda

elegante con doble puerta y un expositor increíble en el escaparate. Matthew comprueba que el nombre coincide con el de sus notas y espera a que no haya ningún cliente.

—¿Aveline?

Su expresión desconfiada se lo confirma. Matthew desearía saber francés.

—Oiga, hablamos por teléfono. Soy Matthew Hill. Sé que le pone nerviosa hablar sobre esto y lo último que quiero es preocuparla, pero estoy aquí porque me dejó intranquilo lo que me dijo sobre el pequeño Theo. Necesito hacerle más preguntas sobre Emma.

Coge aire, llevándose la mano a la boca.

—¿Está bien el pequeño Theo? ¿Le ha ocurrido algo?

—No. Quiero decir, sí. Está bien. ¿Por qué está tan preocupada por él? — Aprieta los labios, mirando de un lado a otro. El instinto de Matthew le indica que esto puede tomar cualquier dirección. Solo tiene unos segundos para darle un empujoncito—: Por favor, Aveline. He venido de Inglaterra. ¿Hay algo que debemos saber sobre Theo o sobre Emma? ¿Hay algo que tenga que contarnos?

De repente, Aveline se dirige hacia la entrada de la tienda para girar el cartel, anunciando que está cerrada y para echar los pestillos de arriba y de abajo.

Vuelve sobre sus pasos y le guía a través de una cortina de cuentas hacia un pequeño lugar donde sentarse en la trastienda. Aveline sube una escalinata para avisar a su marido.

Matthew sospecha que habrá problemas. Por teléfono, el marido era un inconveniente. Pero cuando aparece, el hombre le sorprende: alto y delgado, contrastando con su regordeta mujer de mejillas sonrojadas. Parece más resignado que enfadado mientras Aveline le explica en francés lo que está ocurriendo. El marido le rodea los hombros con el brazo y la besa en la frente. Se miran un momento y él asiente, como si hubieran decidido algo.

—Usted no está metida en ningún problema. Aveline. Solo queremos entender un poco mejor cómo eran las cosas cuando Emma y Theo visitaron a su madre. Tiene que ver con un caso en Inglaterra. Además, no entendemos por qué Emma se mudó a Devon. Esperamos que pueda ayudarnos a comprenderlo...

# Capítulo 36

## Antes

¿Por qué Devon?

Esa era justo la pregunta que colgaba en el aire y desentonaba con la dulce esencia de las clemátides que se movían de un lado a otro a través de la ventana cerrada mientras la señora Bell se movía entre la consciencia y la inconsciencia en esos últimos días en Francia.

—¿Por qué Devon? —La debilidad de la voz de la madre de Emma ocultaba su pánico mientras le agarraba la manga a la enfermera Aveline—. La he oído hablando por teléfono para organizar las cosas. No lo entiendo. Odia el campo. Lo odia. ¿Por qué va a llevar a Theo a Devon?

La enfermera había intentado calmarla y silenciarla. La señora Bell siempre se encontraba mal después de la quimio, pero buscó y le dio vueltas a los recuerdos; las escenas y los secretos permanecían guardados con todos esos papeles sobre el pasado de Emma en el baúl del desván.

Claire Bell, conocida como Sabina cuando nació y cuando llevaba una vida muy distinta en la carretera, nunca había creído en Dios, pero hacía mucho tiempo había creído en algún tipo de justicia natural. Un equilibrio. Todo el trabajo duro y las buenas intenciones serían recompensados al final.

Hacía mucho tiempo había pensado que, si estudiaba mucho, podría olvidarse de las burlas y las miradas de los *gorgios*, los niños no gitanos, que la observaban con desdén y se reían de ella en aquella época en la que el mundo de las caravanas y los campos era el suyo, los días en los que no sabía leer.

—¿Es este mi castigo? ¿Es este? —le susurraba a Aveline, quien le tocaba suavemente la frente con toallas frías, confundiendo las penas de su paciente con fiebre mientras los ojos de la anciana recorrían a toda velocidad la habitación—. ¿Es Emma mi castigo por haberle dado la espalda a mi propia madre?

—Calle —le suplicaba Aveline—. Debe parar esto, todas estas preocupaciones. La están agotando. No le hacen ningún bien. Emma y el *petit* Theo se han ido al mercado a por tortitas. Necesita descansar.

—La quiero.

—Sí, claro que sí.

—Sigo deseando que, ya sabes, que... —En sus sueños, Claire daba vueltas por distintos escenarios y aromas. Aséptica...

Sí, ahí estaban de nuevo. Todas esas matronas con sus preciosos uniformes azules, sus caras rosadas y emocionadas, empujándose para ver a Emma cuando nació. «Ay, Dios mío, ¿has visto a esta preciosidad de bebé? ¿Has visto alguna vez una cabeza tan bien formada? Y tiene tanto pelo...».

Era cierto. Las otras madres de la sala, enfadadas, estresadas y raras, que habían apretado, empujado y sufrido todo tipo de intervenciones horribles tenían bebés con cabezas aplastadas y planas. Pero Emma, tras un parto por cesárea, había comenzado su vida como la viviría. Cautivadora.

—Es tan bonita.

La anciana cerró los ojos y aplaudió con lentitud. Clap, clap. Por las mejillas le caían lágrimas, como si estuviera viendo una obra de teatro en las sombras.

—Shhh. Por favor, señora Bell. ¿Y si le hago un té? —Aveline separó con delicadeza las manos de su paciente—. Earl Grey con limón. No muy cargado y caliente. Como le gustaba en Inglaterra.

—Incluso cuando era pequeña lo sabía.

—¿Qué sabía? —Las propias manos de la enfermera Aveline temblaban mientras hundía la toallita en el bol que se encontraba al lado de la cama—. No creo que deba hablarme de esto.

—Se lo voy a dejar todo a Theo. El dinero. Creo que estará más seguro. He cambiado mi testamento. Pero se lo lleva a Devon y ahora me pregunto si habré actuado mal. —Agarró el brazo de la enfermera muy muy fuerte—. ¿Qué

piensas, Aveline? ¿Crees que he hecho mal?

—Chist.

Claire cerró los ojos. De repente, el aroma del horno...



La harina sigue en la encimera. Es martes. Sí, el undécimo cumpleaños de Emma.

El día ha empezado bien. ¡Qué alivio! A Emma le gusta su regalo: un nuevo par de pantalones y de botas de montar para sus clases, que son su último capricho. No le durará mucho. Claire lo sabe. Los caprichos de su hija no duran mucho y pronto se convierten en disputas.

—Tienes que darle de comer a Chocolatito antes del colegio, Emma, ¿sí?

—Es mi cumpleaños.

—Las cobayas siguen teniendo hambre en los cumpleaños. Y también es su cumpleaños...

Es verdad. El regalo inútil por el que Emma había incordiado una y otra vez durante el último año: una carga con el pelo largo de color marrón chocolate que, según le parecía a Claire, solo temblaba de miedo.

—No lo voy a hacer. No puedes obligarme a que lo haga. Me voy al colegio.

—Lo vas a hacer ahora mismo, jovencita, o no habrá fiesta del té con tus amigos. Vamos. Ahora mismo, mientras compruebo cómo está la tarta.

Desde la ventana de la cocina, Claire observa a su hija, lloriqueando y todavía furiosa, mientras camina con sus pomposas zapatillas por la hierba mojada hacia la jaula que está al lado del cobertizo.

Se siente un poco mal por presionar a su hija en su cumpleaños, pero recuerda la reunión en la escuela, la mirada de los profesores. «Emma tiene que aprender a cooperar, señora Bell».

Emma abre la puerta de la jaula y mira por encima del hombro, como si observara a su público. Después, saca un pañuelo rosa fosforito del bolsillo mientras mira furtivamente a su alrededor.

Claire se echa hacia atrás para esconderse detrás de la cortina y ve como

Emma se inclina dentro de la jaula con el pañuelo. Parece que está...

«¿... qué? ¿Qué está haciendo?».

A Claire se le crea un nudo en el estómago. No lo ve bien. ¿Está envolviendo al animal para traerlo al interior? ¿Lo está limpiando? ¿Qué hace?

Claire corre hacia la ventana del cuarto de la lavadora para conseguir una mejor perspectiva. Emma está muy quieta, con los brazos extendidos y el cuerpo tenso. Entonces, rápidamente, el momento pasa y cierra la jaula mientras Claire da golpes en la ventana.

—¿Va todo bien, Emma?

Emma se gira de prisa hacia ella con una expresión rara en los ojos, distante y lejana, una expresión que Claire llegaría a conocer y a temer en los años siguientes.

—Todo bien, mamá.

Vuelve dando saltos a casa, donde arruga el pañuelo rosa brillante y lo tira a la basura sin ninguna explicación.

Claire glasea el bizcocho para la fiesta del té y escribe el nombre de Emma con chocolate líquido. Ese día piensa un par de veces en mirar en la jaula, pero se deshace del pensamiento.

Luego, después del colegio, está colocando todos los dulces en la mesa de la cocina cuando Emma, de manera espontánea esta vez, sale al jardín a darle a Chocolatito su merienda.

Entonces es cuando se oye el grito. Para Claire, no es ninguna sorpresa, sino la confirmación de un grito silencioso en su propia cabeza. El grito de una madre a la que se le acaba el mundo; el momento que ha estado temiendo, el momento en el que ya no podrá fingir que no lo sabe.

—Mamá, ay, mamá. Ven corriendo. Ha ocurrido algo terrible. Chocolatito está totalmente frío. Creo que está muerto. Ay, mamá. Ven a verlo. El día de mi cumpleaños, no me lo puedo creer.



Fue a discretos terapeutas privados. Informas alarmantes con referencias a

«dificultades para empatizar y tener remordimientos». Horribles peleas entre Claire y su marido, quien creía que a su princesita no le pasaba nada malo. Después, tras el divorcio, vino la primera expulsión del colegio, cuando Emma acusó falsamente a un profesor de abusos sexuales después de que le pusiera una mala nota en un examen. Pero Claire siempre conseguía taparlo, buscaba excusas porque no quería rendirse.

Todo ese papeleo guardado en el baúl con las cartas. Luego, añadiría los registros de los sobornos secretos a una serie de hombres consternados y enfadados que aparecían en la puerta de la casa de Claire desesperados por encontrar a la huidiza Emma, hablando de delitos de tocio tipo: fraude, robo de dinero, mentiras...

Claire había enterrado a Chocolatito en el jardín aquel espantoso cumpleaños mientras Emma se ponía una camiseta y unos pantalones negros. Su madre pensó que parecía estar disfrutando del drama cuando sus amigos llegaron a la fiesta. Les había dicho que perder a Chocolatito convertía ese cumpleaños en el peor de su vida hasta que todas las niñas pequeñas acabaron llorando, abrazando y tranquilizando a Emma mientras que los ojos de esta brillaban absorbiendo la empatía y la incredulidad inocente como si fuera algún tipo de droga.



—Mi hija no es como los demás, enfermera Aveline. Bien, ya lo he dicho. No es como todos nosotros. Quería criar a Theo por mi cuenta, pero sabía que no me dejaría. Tenemos que asegurarnos de que esté a salvo. Prométeme que me ayudarás a que esté a salvo, ¿sí?

—Calle, señora Bell.

—El pobrecito la quiere. —Las lágrimas corren libremente por las mejillas de la mujer, las arrugas de la frente convertidas en pliegues apretados y enfadados y la voz transformada en un susurro afligido lleno de pánico—. Pero ¿por qué Devon, enfermera Aveline? ¿Por qué demonios se lo lleva a Devon?



Formula la pregunta solo una vez más cuando Aveline ya se ha ido y la habitación está a oscuras, con las cortinas corridas. Tiene hambre y mucha sed. Emma está sentada al lado de la cama, en silencio, este último día horrible...

«¿Por qué te llevas a Theo a Devon? ¿Dónde está Aveline?».

Pero Emma no responde. Tiene esa expresión vacía y ausente en la cara que Claire ha llegado a temer y sostiene una enorme almohada en las manos mientras se pone de pie y camina hacia la cama...

# Capítulo 37

Hoy, 15.30

Cuando tenía cinco años, provoqué una alerta enorme que implicó a la policía al irme del colegio en secreto a mediodía. Al llegar a clase esa mañana, me di cuenta de que era el ensayo de vestuario de la función de Navidad y era la única a la que se le había olvidado el disfraz. En lugar de reconocerlo, dije que estaba en el armario cuando una enfermiza ola de miedo me recorrió el cuerpo. Pedí ir al baño y me marché a casa.

Crucé las carreteras principales y rompí cada norma que me habían enseñado. El único pensamiento que tenía en la cabeza era: «A casa, tengo que llegar a casa». Veía la imagen del disfraz de hada colgado dentro de una bolsa de plástico en la puerta del armario. No pensé en nada más, ni en el tráfico ni en los transeúntes asombrados cuando pasaba a su lado en la acera.

El mismo pánico enfermizo, multiplicado por mil, me recorre el cuerpo ahora mismo mientras me abro paso entre la multitud en Paddington. «A casa, tengo que llegar a casa».

La imagen en mi cabeza esta vez es Ben.

—Mira por dónde vas.

—Ah, que te den. —Le doy un empujón en el hombro a un señor para apartarlo de mi camino, tan enfadada, tan asustada, tan arrepentida—. Mire, lo siento, en serio.

—Después, con prisas, corriendo, miro el tablón con los horarios para ver cuándo sale el siguiente tren. Maldita sea, acabo de perder uno.

Lo intento con el móvil de nuevo. Servicio de mensajería. Miro el reloj.

Media hora hasta el siguiente tren directo. Por un momento, pienso en el aeropuerto. ¿Y un helicóptero? ¿Puedo alquilar un helicóptero? Luego, me doy cuenta de la locura.

Me tiembla la mano cuando el móvil suena de nuevo y el nombre de Mark relampaguea en la pantalla. Polly debe de haberle llamado desde la recepción y dado este número. Por segunda vez, envió la llamada al buzón de voz. Vuelve a marcar. Vuelvo a rechazar la llamada.

La cuarta vez lo pego a la oreja, cansada de todo esto.

—Deja de llamarme, Mark. Me voy a casa.

Mis manos y mis labios tiemblan al unísono mientras vuelvo a mirar el reloj. Intento una vez más contactar con Ben, pero el teléfono de Emma me envía directamente al buzón de voz. Me dirijo hacia un puesto de café, pensando que la cafeína me ayudará, y me siento con la bebida a una mesa sucia con migas y círculos pegajosos de color marrón.

Cierro los ojos, bajo la cabeza y revivo otra vez el momento en el que miro el cuadro de la pared de la nueva oficina de Mark. Emma tenía el pelo corto, ha sido lo primero que me ha llamado la atención. Un estilo pulcro de duende, teñido de un marrón mucho más cálido que hacía que sus brillantes ojos azules sobresalieran aún más. Todo el mundo en la foto tenía los brazos en los hombros de las personas de al lado. Era una foto de grupo. El brazo de Mark estaba por encima de los hombros de Emma.

—Esta mujer. Creo que conozco a esta mujer. —Tuve que toser para controlar la voz mientras un hombre alto y desgarbado emergía de una de las oficinas hacia el pasillo, dirigiéndose al baño de los hombres—. Creo que solía trabajar con ella. —Mentira.

Demasiadas mentiras.

—¿Emma? ¿Emma Bright? Sí, estuvo en la compañía hace un tiempo. Diseñadora gráfica. Perdona, creo que no nos conocemos.

—Ah, soy Sophie. Estoy aquí por una visita social. —Me sonrojé—. Conozco a Mark, el director.

—Ah, sí. —Se puso a la defensiva.

—Sobre Emma... Me encantaría encontrarla. ¿Sabe dónde está ahora?

—No, lo siento. Era autónoma. Quizás Mark lo sepa. Trabajaron en algunos contratos de deportistas juntos.

—Ah, bien. Gracias. Le preguntaré.

—Estaba un poco mal de la cabeza. ¿También le gustaba leer las hojas del té cuando la conoció? —Sonrió—. Solía leernos la palma de la mano. Y adivinar los signos del zodiaco. Era bastante impresionante hasta que descubrimos que lo sacaba de un tipo del departamento de recursos humanos. —Luego, se echó a reír, cambiando el peso de un pie a otro mientras miraba el reloj—. Será mejor que siga. ¿Necesita algo más?

—No, no, ya me iba. Gracias.



Me llevo la taza de café a los labios y abro los ojos. Intento calcular en mi cabeza cuánto tiempo se necesita para que crezca el pelo. Emma lo tiene más allá de los hombros, por lo que debe de haber pasado... ¿Cuánto? ¿Un año, al menos? ¿Más de un año?

El café está demasiado caliente, por lo que le quito la tapa, con la mano aún temblorosa, y comienzo a soplar en la superficie.

Más de un año. Dios mío. Intento calmarme al imaginarme a Ben en una mesa limpia comiendo tarta, sonriendo.

Emma no sabe que lo sé. Y Emma no tiene razón para pagarla con Ben. Esto no tiene nada que ver con Ben. Tiene que ver con Mark.

«Emma dice que vamos a ir a nadar, mamá...».

Ben no lo había entendido, ¿verdad? Quiero decir, Emma no tiene ningunas ganas de asustar a Ben. Y Mark no lo permitiría.

Mark. Por Dios. Ahora nada tiene sentido. ¿Por qué la enviaría a Tedbury? ¿Por qué Emma fingía que era mi maldita... amiga?

Siento como la cabeza me da vueltas y me duele. Una especie de relámpago rebota en su interior. No puedo pararlo, ya no.

Miro hacia arriba y allí está él, al lado de mi mesa, de pie con una chaqueta de pana marrón que le ayudé a elegir hace solo un par de meses en una tienda en Exeter. Antes de lo del bebé, del hospital... Recuerdo claramente mirar su reflejo en el espejo y pensar en lo bien que le quedaba, en la suerte que tenía, en la suerte que creía que tenía cuando no sabía que se

había acostado con otra... mujer.

Comienzo a golpearle muy fuerte. Pongo la mano en alto y le doy en la mejilla con tanta energía que provoca un ruido ensordecedor, una fuerza magnificada porque no se acobarda... ni se echa hacia atrás. No intenta siquiera evitar la bofetada. Sabe que lo sé porque Polly le ha dicho que he visto las fotos, que he salido sin dar explicaciones. Le golpeo una y otra vez, en los hombros y en los brazos. Sigue sin moverse.

La gente nos está mirando y me siento mareada, me duele el estómago. Empujo la mesa lejos de mí, haciendo un ruido horrible, mientras me cuelgo el bolso en el hombro y comienzo a caminar por la terminal. Lejos. A cualquier sitio. Simplemente lejos.

—Sophie, tenemos que hablar, por favor.

*No.*

Lo digo en mi cabeza, no en alto, mientras me muevo más y más rápido hacia el cartel con los horarios de los trenes. Quiero estar en otro lugar, lejos de esos ojos fisgones. Quiero hacerme un ovillo en el suelo, doblarme sobre mí misma en un lugar oscuro donde esto no me haga sentir tan mal. Quiero telefonar a Mark para decirle: «Cariño, ven a recogerme. Algo horrible ha ocurrido». Solo que esta vez, por primera vez en mi vida, no puedo, porque él es eso horrible que ha ocurrido. Y no hay nadie a quien llamar. Darme cuenta de esto lo empeora todo. Segundo tras segundo, se va haciendo cada vez más grande y más negro.

—Sophie, tenemos que hablar, por favor.

Me paro en seco, y me giro tan de golpe que se choca conmigo.

—¿Está a salvo? Solo dime si Ben está a salvo con ella.

—¿Has dejado a Ben con ella? —Parece sorprendido.

—Sí, iba a darte una sorpresa y he dejado a Ben con ella porque me permitiste pensar que era mi maldita amiga.

—Sophie, por favor.

Nos estaba mirando mucha gente. Una mujer con un impermeable negro y largo y una bufanda escocesa. Un hombre con un pequeño traje a rayas que pagaba en un puesto cercano por unos sándwiches. Dos niños comiéndose una hamburguesa con su padre al lado de un puesto de periódicos.

—Vamos a coger el tren. —Mark tira de mí hacia el andén—. Va a llegar

pronto.

Me lo quito de encima, levantando el hombro.

—¿En serio piensas que voy a viajar contigo?

—Sophie, no es lo que estás pensando.

—Oh, por favor. No me has respondido a la pregunta. ¿Está Ben a salvo?

—Sí. —Se mira a los pies y hace una pausa—. Sí, creo.

—¿Crees?

Le golpeo de nuevo tan fuerte que se le gira la cara. Me sorprende tanta violencia, lo mucho que me gustaría pegarle una y otra vez. Como no quiero ser parte de eso, dejar que él me convierta en eso, me dirijo hacia los tornos lo más rápido que puedo mientras busco mi billete en el bolso. Sentada, por fin, con el corazón latiéndome a toda velocidad, pongo la cabeza entre las piernas en un intento de reducir el mareo, de conseguir que la sangre fluya mejor.

Tarta. Estarán comiendo tarta. Estará bien. Intento obviar la otra imagen. Agua. Ben en el agua llamándome: «Mamá, mamá...». No, se ha confundido, no lo ha entendido. No van a nadar, eso es lo que Emma ha dicho. ¿Por qué lo harían? Seguramente estarán ahora mismo jugando en el parque de atracciones.

Intento contactar con Emma de nuevo. «El número al que está llamando no está disponible. Deje su mensaje...».

Solo ahora me doy cuenta de que me estoy meciendo, incapaz de calmarme. Intento telefonar a Heather. Una nueva idea. Podría hacer que Heather se pasara por allí para ver si ya se han ido, inventarme alguna excusa. Pero no responde.

Cierro los ojos y, por alguna razón, recuerdo otra vez el momento en el que compramos esa chaqueta, la chaqueta de pana marrón que Mark lleva puesta hoy. Estaba tan guapo con ella en la tienda que le acaricié la mejilla con el dorso de la mano, con mucha ternura. Y el recuerdo de ese momento, de la intimidad y de saber que no es como yo creía se vuelve tan insoportable que comienzo a sentir cómo las mejillas se me empapan de lágrimas. Sigo con los ojos cerrados hasta que siento que me observan. Mark está de pie a mi lado, esta vez en el pasillo, con una cara sombría y horrible. Lleva inexplicablemente dos billetes de tren en la mano.

—He comprado dos billetes en primera clase para que tengamos algo de

privacidad —susurra.

—Vete. —Cierro los ojos de nuevo.

—Por favor, por Ben. Por favor, Sophie, cinco minutos.

Abro los ojos, dudosa, observando esta vez a una joven de rodillas sobre su asiento en una zona detrás de nosotros. Su madre la agarra del abrigo para darle la vuelta.

—Cinco minutos.

Encuentra una sección vacía en un vagón de primera clase, cerca de la parte delantera del tren. Se sienta enfrente con la cara aún sombría.

—No es lo que piensas.

—Para.



La inspectora Melanie Sanders está en la puerta de la habitación de hospital de Gill Hartley. Gill lleva consciente unas dos horas, unas noticias que Melanie ha estado esperando sin desfallecer.

Justo cuando el especialista aparece en la puerta para indicarle que ya puede pasar, el móvil de Melanie comienza a sonar. Matthew. Maldita sea, ¡qué mal momento! Lo pone en silencio para susurrarle al doctor la pregunta que la está quemando por dentro.

—¿Se acuerda?

—Por desgracia para ella, sí. No tarde mucho.

Dentro de la habitación, la madre de Gill agarra la mano de su hija.

—No fue culpa suya. No quería hacerlo. Estaba nerviosa, la habían provocado...

Gill mira a Melanie con expresión de tristeza y resignación. Las lágrimas le caen por la cara mientras le cuenta cómo Emma Carter le dijo en la carpa de la feria que su marido iba a tener un hijo con una mujer más joven, que le había robado la maternidad a Gill... y que no le importaba.

«Lo siento, pero tienes que saberlo. Gill. Se está riendo de ti...».

Lo que ocurrió después lo veía todo borroso, pero Antony no lo había negado ni había dicho siquiera que lo sentía. Simplemente se había cabreado

con Emma. «Esa sinvergüenza ha intentado chantajearme...».

—Cuando me di cuenta de lo que había hecho, quería morirme. —Gill cierra los ojos—. Ojalá estuviera muerta.

En su bolsillo, el teléfono de Melanie vibra con la llegada de un mensaje tras otro. Pide una pausa, se disculpa y mira la pantalla. Cuatro mensajes de Matthew. «CONTESTA. ES URGENTE».



La cara de Mark sigue sombría y el tormento se ve en sus ojos.

—Emma ha sido el peor error de mi vida, Sophie, y no hay nada que pueda decir que lo vaya a mejorar. Pero eso pasó hace años, en un momento de locura horrible, cuando Ben era un bebé, cuando las cosas entre nosotros estaban tan mal y creía que ya no me querías.

Una nueva sensación crece en mi interior. Una confirmación horrible de las imágenes que se cuelan por mi mente. Extremidades y lenguas y Emma con ese precioso pelo de duende. Los labios de Mark en su cuello. Eso que le gusta hacer que creía que era un secreto.

Nuestro secreto.

—No puedo escucharlo, Mark. Necesito volver a casa, volver con Ben. Necesito que me dejes sola, por favor.

—Quise contártelo, Sophie. En aquel entonces. Más que nada en el mundo... Luego, cuando descubrimos que tenías depresión, me sentía tan avergonzado de mí mismo... Sabía que me dejarías si te lo contaba, que nunca me perdonarías.

—Te odio.

—Sophie, lo siento muchísimo, pero tienes que escucharme. Me acosté con ella dos veces. Nada más. Un incidente pasajero, absurdo y estúpido antes de que supiéramos que estabas enferma. No es excusa, lo único que te estoy diciendo es cómo me sentía. La verdad. Pero fui yo quien lo terminó, lo prometo. —Habla muy muy rápido, con la voz cada vez más alta—. Dejó la compañía. Nunca la volví a ver hasta que apareció en Tedbury. Lo juro.

—No te creo. —Veo pequeños puntos oscuros en los lados de mi visión.

—Es verdad, Sophie. La verdad más honesta. Fue la sorpresa más grande de mi vida cuando la invitaste a cenar aquella noche.

—¿Esperas que te crea?



Fuera de la habitación de Gill, Melanie atiende su siguiente llamada mientras se ahueca el pelo con la mano.

—¿Matthew?

—Escucha. Tengo que decirte una cosa sobre el niño, sobre el pequeño de Emma.

—Habla más alto, no te oigo.

—No tengo mucho tiempo, Mel. Tengo que intentar llegar a tiempo al siguiente ferri para volver a casa.

—¿Qué decías del niño? No te oigo muy bien, Matthew.

—Es malo, Mel. He encontrado a la enfermera que estaba tratando a la madre de Emma por lo del cáncer. Se encuentra bien, hecha un mar de lágrimas porque le angustia no haber ido a la policía antes, pero pensaba que nadie le iba a creer.

—¿Crearle sobre qué?

—Dice que la madre confiaba en ella. Tenía miedo de Emma. Al parecer, fue una pesadilla desde la infancia. Mentirosa compulsiva, ladrona, drogadicta, problemática en los trabajos...

—Por Dios, no hay ningún documento sobre eso. ¿Crees que no los he buscado?

—Sí, bueno, es una mujer muy lista. Recuerda que me engañó. Se mueve, cambia de nombre. Y su madre no facilitaba las cosas. Siempre esperó que Emma cambiara, por lo que le cubría las espaldas. Pero, al final, se hartó de que la gente apareciera en su puerta buscando a Emma. Al parecer, tuvo un altercado con los servicios sociales cuando Theo era pequeño, pero Emma se aferró a un tipo rico en Manchester. Contrató a una niñera para que cuidara del niño, pero acabaron discutiendo. Emma se volvió mala, espió al pobre tipo e intentó robarle la identidad a su cuñada. Luego, desapareció. Tiene un perfil

con ambiciones políticas. No sé por qué tampoco lo denunció.

—Madre mía...

—Entonces, cuando a la madre le diagnosticaron cáncer, Emma apareció en Francia de repente, preocupada por la herencia.

—¿Por qué narices la enfermera no le contó nada de esto a la policía antes?

—Emma la despidió y la amenazó con acusarla de robo, acorralándola. Denunció la pérdida de unas joyas para asustarla.

—Por Dios... —Melanie le gustaría contarle a Matthew la confesión de Gill, pero sabe que no debe, aún no. Madre mía.

—La enfermera dice que Theo sabe más de lo que debería, pero que el pobre es leal. Emma se puede volver muy mala, destrozarlo todo y echarle la culpa al crío. Cariño, te voy a tener que dejar, Mel. Tengo que comprar el billete...

Su voz comienza a entrecortarse de nuevo, a pesar de que Melanie aprieta el teléfono contra la oreja.

—Oye, estoy en el hospital. Te escucho fatal. Tienes que hablar más alto, Matthew. ¿No puedes conseguir una línea mejor? ¿Un fijo?

—No tengo tiempo. He llamado a la policía local. La enfermera está declarando ahora mismo. No hubo autopsia, pero la madre se suponía que iba a vivir por lo menos otros seis meses. De pronto, echó a Aveline y su madre murió. Emma estaba sola con su madre. Ni siquiera se presentó en el funeral.

—¿Me estás diciendo en serio que podría haber matado a su propia madre? —Melanie vio a través del cristal a la madre de Gill acariciándole el pelo a su hija.

—Hay algo más, Mel. La enfermera cree que la madre cambió su testamento y se lo dejó todo a Theo.

—Ay, madre mía. ¿Lo sabe Emma?

—Ya lo debe de saber.



—Quiere dinero, Sophie. —Mark, con la cara pálida, se pasa la mano por el

pelo mientras se balancea cuando el tren coge velocidad.

Una nueva ola recorre mi cuerpo. Más miedo gélido. Más puntos negros.

—¿Dinero?

—Sí. Me telefoneó unas semanas antes de que apareciera en Devon. De la nada. Me dijo que Theo era hijo mío, que había habido un contratiempo con la herencia y que necesitaba empezar de cero. Yo no me creí lo del niño. Quería dinero... Mucho dinero, Sophie. Dijo que si no entraba en el juego, te lo contaría todo. Le contesté que se fuera a la mierda o que llamaría a la policía... Y, de repente, apareció en el pueblo.

—¿Theo es hijo tuyo?

—No lo sé... No lo sé. Eso es lo que ella dice. Pero no tenía ni idea de que estaba embarazada.

—¿Ni siquiera usaste protección? Te acostaste con ella sin protección...

—Aprieto los puños tan fuerte que se me clavan las uñas en la palma de la mano—. Tuviste otro hijo con ella.

La forma del vagón cambia, como si se hiciera más largo y yo me estuviera haciendo más y más pequeña.

*Mark... tiene... ¿otro hijo?* Miro hacia la izquierda y, luego, hacia la derecha. *¿Un segundo hijo?*

Nos quedamos totalmente en silencio durante un tiempo. Los puntos negros siguen formándose y parpadeando ante mi vista, por lo que tengo que sujetarme a la parte superior de los asientos para equilibrarme cuando me levanto.

—Tienes que dejarme a solas. Voy al otro extremo del tren a llamar a la policía.

—Mira, solo estaba ganando algo de tiempo, Sophie, para conseguir dinero del negocio y ver qué era lo mejor.

—¿Lo mejor? Por Dios, Mark. Está con... nuestro... hijo.

—Necesitaba más tiempo. Se lo dije. Me contó que estaba prácticamente sin un céntimo. Se estaba enfadando mucho, pero no podía conseguir dinero de la empresa de la noche a la mañana. Y no haría daño a nadie, Sophie. ¿Por qué iba a hacer daño a alguien? —Está hablando muy rápido, con el brazo estirado por encima de la cabeza y la frente muy arrugada—. Ella también es madre. ¿No crees que habría dicho algo, habría ido a la policía, si hubiera pensado

por un segundo que era capaz de...?

—Ben me ha dicho que les va a llevar a nadar.

Su cara cambia completamente. Se le va el color al instante mientras mira hacia el suelo como si una nueva imagen estuviera surgiendo de ahí.

—Puso una excusa, se deshizo de mí. Dijo que era un malentendido, pero no sé si creerla, no sé de lo que es capaz. Ay, Dios mío, Mark. Creo que voy a vomitar. —Cierro la boca para evitar la primera arcada. La retengo y me tambaleo por el pasillo. Mark me coge del brazo mientras huyo por el hueco de las puertas automáticas hacia el baño. Consigo llegar por poco.

Dentro, vomito, primero en el pequeño lavabo de acero inoxidable y, luego, en la taza del váter. Por un momento, me quedo ahí, jadeando, esperando hasta asegurarme de que no me queda nada en el estómago. Intento presionar la cadena con el pie justo cuando el tren comienza a moverse y me manda contra la puerta.

—¿Estás bien, Sophie?

No respondo, me quedo allí un momento, con los pies separados levemente para equilibrarme, abriendo el grifo y tratando de tirar de la cadena de nuevo para limpiar el desastre que he provocado. Luego, oigo el tono del móvil de Mark al otro lado de la puerta y cómo responde con voz cansada y confusa.

—Sí, estoy en un tren, Nathan. Estamos saliendo de Paddington ahora mismo. Sophie está conmigo.

Se produce una larga pausa durante la cual abro la puerta y me encuentro a Mark apoyado contra la pared del pasillo con el brazo estirado sobre la cabeza y una ceja presionada contra el codo. Su postura de pánico.

—¿Cuándo?

Siento como niego con la cabeza de manera involuntaria, como si tuviera un tic. Luego, escucho la palabra «no» repetida una y otra vez en mi mente.

*No.*

Por favor. Señor, *no*.

—¿En el hospital Durndale? Bien, Nathan. No llegaremos hasta dentro de unas horas. Dios mío, al menos... —mira el reloj—, hasta las siete. ¿Puedes llamarme en cuanto llegues? De acuerdo, madre mía, intenta descubrir qué está pasando y llámame enseguida.

Cuelga y mira al suelo. Una pausa larga. Después, me mira con ojos

temerosos y expresión sombría.

—Los niños... Ha habido un accidente, Sophie.

# Hoy

## Ahora

Sí, recuerdo este viaje por partes, como si hubiera ocurrido a través de una especie de neblina, como si estuviera pasando de la consciencia a la inconsciencia. Ahora que la neblina ha desaparecido, emergen diferentes imágenes.

Todas esas llamadas... Nathan. El hospital. La policía.

Al principio, me negué a sentarme con Mark. Luego, como estaba agobiada y me había bajado del tren, tuve que seguir con su mentira para explicar por qué no íbamos juntos.

Después, cuando le pidieron al doctor que me vigilara, nos sentamos uno frente al otro. Fingiendo. Mark fue a buscar té dulce y agua que no fui capaz de beber; en cambio, permanecí sentada e inmóvil mientras las distintas imágenes salían y entraban en la neblina. La imagen de Ben con su flequillo hecho un desastre. El primer día que le quitamos los ruedines y se puso a gritar. «Mira, mamá, mírame».

Recordé un millón de imágenes estúpidas durante horas mientras la lluvia resbalaba por la ventana del tren y Mark y yo estábamos sentados uno frente al otro. De repente, dos desconocidos, incapaces de ofrecerse ningún consuelo.

Cuando las llamadas llegaron, juntando todo lo ocurrido, fueron buenas noticias, malas noticias, buenas noticias, malas noticias...

En un momento dado, cometí el horrible error de buscar en Google con el teléfono de Mark «ahogamiento». Algunos decían que era el peor modo de morir, por lo que me senté en el tren, imaginándomelo. Tomé aire y conté para

ver cuánto tiempo pasaba hasta sentir que los pulmones iban a estrellarme, con las lágrimas cayéndome por las mejillas.

Hasta que finalmente recibimos una llamada que no tenía sentido.

No habían ido a nadar; después de todo, no había agua...

Otro camión en esa maldita colina. Un testigo dijo que Emma había llevado a los chicos al aparcamiento de la plaza del pueblo. Estaban remoloneando portándose mal. Los chicos llevaban toallas bajo el brazo. Ben estaba llorando y Emma parecía enfadada y les gritaba que se dieran prisa. Se oyó un chillido. Después, mucho después, descubríamos que al camión le habían fallado los frenos.

Los tres corrieron, según el testigo, pero no tuvieron tiempo suficiente. La enorme valla del jardín de la casa de Heather se desplomó y piedras enormes cayeron como si fueran una cascada. «Parecían truenos», dijo el testigo.

Emma se llevó el peor impacto. Los chicos estaban más lejos paralelos a la pared, pero quedaron atrapados y aplastados por las piedras. Me los había imaginado ahogándose, que uno de los chicos se había golpeado el pecho o el bazo en una roca al empujarle al agua, quizás en Dartmoor. Pero no. Ahora pienso en un horrible ruido de rocas cayendo. La conmoción. El dolor...

Al principio, le dijeron a Nathan que los niños estaban bien. Pero eso había sido una confusión. Eran dos niños que habían llevado de otro accidente ocurrido al mismo tiempo. Las noticias veraces hablaban de heridas internas. Operaciones. Seguían sin saber qué niño había sufrido un daño más severo...



Cuando por fin llegamos al hospital, tanto Ben como Theo están «estables», pero muy sedados. Sus camas se encuentran una al lado de la otra, con las máquinas pitando y resplandeciendo a su alrededor. Sus diminutos y lamentables cuerpos delgados son demasiado pequeños para las camas. Tienen la cara llena de moratones y puntos, y unos tubos espantosos se extienden por las sábanas.

Le cojo la mano a Ben durante mucho tiempo, acariciándole el dorso de los dedos y susurrándole al oído una y otra vez que todo va a ir bien. Tenía un

pulmón destrozado, que le han reparado en la operación, pero sigue con dolores. Luego, miro al pequeño Theo, cuyos ojos parpadean de vez en cuando. Parece tan frágil. Le han salvado el bazo, pero tiene puntos en la pierna izquierda y las costillas rotas. Parece tan asustado, el pobre, que también le susurro: «Mamá se va a poner bien pronto. Todo va a ir bien, lo prometo».

Luego, veo la bolsa colgada en una de las esquinas de la cama de Theo. La enfermera me dice que la han traído los sanitarios. Es una mochila azul de niño con un kit de natación completo en el interior. Dos bañadores. Dos pares de gafas para nadar. Ningún manguito.

Entonces, miro a través de la ventana hacia los cubículos de al lado, donde Emma está siendo transportada, y algo me estalla en el interior, por lo que cruzo la habitación, atravieso la puerta y me lanzo sobre la camilla antes de darme cuenta de mis intenciones.

—¡Aléjate de mi familia!

Esa voz no es la mía, es de otra Sophie casi logra subirse a la cama de Emma antes de que la cojan por los brazos y la empujen hacia atrás mientras Emma abre los ojos durante un momento. El enfermero me agarra muy fuerte.

—Vamos, esto no ayuda.

—¡Aléjate de mi familia o te juro por Dios que mataré! ¿Me escuchas, Emma? Acércate una vez más a Ben...

—Ya está bien. Llamen a seguridad. ¿Puede alguien, por Dios, llamar a seguridad?

## Epílogo

Algunas personas ven la música como colores. Sinestesia, se llama. Leí en alguna parte que aparecen justo delante de sus ojos, como un arcoíris. Un color distinto para cada nota que escuchan. He pensado mucho en eso porque he comenzado a ver las cosas como formas geométricas, sobre todo triángulos.

Me pregunto si habrá un nombre para esto, para cambiar los detalles complejos y la superposición de imágenes por figuras geométricas básicas, como simplificar las vistas de alrededor en cuadros abstractos.

Por ejemplo, ahora. Según miro a través del rectángulo de la piscina, veo un triángulo grande (las montañas) y dos triángulos pequeños (Theo y Ben).

Es gracioso cómo lo de los triángulos me pasa con los chicos. Primero Ben: los hombros anchos y la cintura delgada hacen que, al mirarle por detrás mientras estoy sentada, lo único que vea sea un triángulo perfecto con una pequeña cabeza (un círculo) moviéndose encima.

Con Theo me llevó más tiempo, no solo por ser más pequeño, sino porque tuvo un año de gordura infantil que ya ha desaparecido.

Sentados aquí, en este momento, con doce y trece años, tan altos y delgados al lado de la piscina con las piernas balanceándose en el agua, pienso en lo extraordinariamente parecidos que son. Sus coronillas se arremolinan de la misma manera, como si fueran una interrogación, lo que hace que me pregunte por qué no lo vi antes, algo invisible para mí, como muchas otras cosas.

Os estaréis preguntando por el agua. A mí también me sorprende. Siento una punzada en el estómago cada vez que los veo juntos así, ya no solo nadando, sino buceando. Ahora son competitivos, como todos los chicos, y quieren ir más rápido. Más alto. Más profundo. Para ver quién aguanta más

tiempo bajo el agua.

A veces sueño que vuelvo al pasado e intento susurrarle a través de la brisa a mi antigua y. Decirle a la Sophie de aquel primer día en la plaza del pueblo que huya, decirle a la Sophie del tren que todo va a ir bien, susurrarle que, al final, será el pequeño Theo (no un profesor especial en una clase especial) el que convenza a Ben de que se meta en la parte poco profunda del mar o hasta las rodillas en el río con las redes de pescar; luego, en la piscina de los pequeños y, finalmente, aquí, lo que nunca habría imaginado. Triste y silencioso, el pequeño Theo, será él quien, al final, se acabe convirtiendo en una motivación para todos nosotros.

Llevamos viniendo al Midi cada verano de los últimos ocho años. Un descubrimiento accidental, gracias a Helen. Un familiar de su difunto marido tiene una casa en el norte de Francia y alquila esta otra todas las Pascuas. Hemos decidido robarle la recomendación sin mirar atrás. Es un segundo hogar con una sensación familiar de verdad: armarios desordenados, muebles que no combinan y una sirvienta que no cree en la limpieza, sino que barre el polvo debajo de las camas y juega con los niños.

A mí me encanta por las flores. La casa, blanca con persianas verdes, parece sujetarse gracias a una maraña de plantas trepadoras que se retuercen y giran, estirándose hacia el sol y, aunque estas plantas y las clemátides han dejado de brotar para cuando llegamos nosotros, hay siempre una profusión de flores blancas en forma de campana que bailan con el viento y llenan el balcón de un olor espectacular. No sé el nombre, pero podría reconocer su esencia en cualquier sitio.

A los chicos, indiferentes a la horticultura, les encanta por la piscina, que es más grande y profunda que la mayoría y que tiene unas vistas increíbles.

Hoy están especialmente emocionados, porque mañana llega Helen con su *beau* George, al que Theo y Ben adoran. Le llaman «el novio» y él finge que le da vergüenza, pero, en secreto, le encanta y, riendo a carcajadas, dice: «Ya no soy un chaval, chicos».

Lo conoció hace unos años. Todo un caballero. Trajes de lino, sombrero de paja. Tiene una tienda de libros de segunda mano en Truro y llega siempre con una maleta llena de historias épicas para que los chicos lean. Además, hace trucos de cartas y recita cómicos poemas con su cara sonrosada y feliz

después del vino de Oporto de la cena. Uno de esos invitados perfectos que tiene muchas historias que compartir y que está lleno de entusiasmo y energía por todo. Helen brilla en su compañía. Y nosotros también.

Ah, sí, Helen. ¿Qué decir? En la pesadilla de hace años ni siquiera la llamé para confirmar el momento en que llegaríamos a Cornualles. O cuánto tiempo estaríamos allí. Después de que les dieran el alta a los chicos, metí todo en el coche y me marché como aquel día en que volví a casa a por el disfraz.

«Quédate todo lo que quieras», dijo, lo que estuvo bien, porque, durante los primeros días, lo único que hice fue dormir. Era como si mi cuerpo se hubiera rendido ante el agotamiento tan completamente que me había consumido.

Desde la ventana, esa primera mañana, vi impotente cómo Helen se hacía cargo de los chicos, llevándolos a un cobertizo de donde sacó un columpio que colgaron en un árbol enorme sobre el camino que conducía al mar. Ahí era donde Theo pasaba todo el tiempo al principio. Triste y silencioso, el pequeño Theo, columpiándose hacia delante y hacia atrás.

Hacia delante y hacia atrás.

Los servicios sociales se pusieron en contacto enseguida y mandaron desde la oficina local a una agradable mujer vestida de color rosa brillante para explicarme los procedimientos que debíamos seguir en cuanto estuviéramos preparados. Pero ¿qué podía hacer?

Triste y silencioso, el pequeño Theo.

Hacia delante y hacia atrás.

Comprobaron quién era el pariente más cercano y, al principio, una parte de mí quería que encontraran a alguna tía lejana o madrina o a alguien. Pero no, no había ni una persona en el mundo que se ocupara de él y no voy a intentar fingir que soy una especie de santa, que no miraba a Theo algunos días y me los imaginaba juntos. A Emma y a Mark. Sus ojos observándome desde los de Theo. La forma de su nariz en el perfil del niño.

Pero cada vez que me agobiaba y pensaba que lo mejor era llamar a la mujer de rosa, me imaginaba la cara confundida de Theo mirando por la ventana del coche mientras se lo llevaba lejos, y no podía hacerlo.

Así, al final, tuvimos que padecer la pesadilla de las pruebas de

paternidad. Abogados, formularios, reuniones. Tenía que sentarme en la sala con Mark y encontrar un modo de actuar como una persona adulta, en lugar de echarme a llorar y pegarle, que era todo lo que quería hacer cuando lo veía aquellos días. Recuerdo pensar por aquel entonces: «¿Y si Emma mentía? ¿Y si Theo no es de Mark?».

Luego, cuando la prueba dio positivo, siendo concluyente, no sabía qué demonios sentir... o hacer. Mark no se podía llevar a Theo a Londres, al menos no al principio, por lo que llegamos a este acuerdo: Theo se quedaría con nosotros en Cornualles y Mark alquilaría un pequeño piso en Helston para que los chicos lo visitaran los fines de semana. Tiempo para respirar.

Irreal, como un universo paralelo, ahora que lo pienso. Más de un año transcurrió así. Mark estaba desesperado porque volviera con él, para jugar a los supervivientes juntos...

Durante doce meses, dije que no rotundamente. Luego, dije que quizás y, tras dos años...

Vi como viajaba de Londres a Cornualles. Vi que se los llevaba a pescar. Escuché las historias de los chicos, cómo les había enseñado a lanzar piedras sobre la superficie del agua. Los llevó a Kynance Cove para acampar en el páramo. Unas usaba el coche-cama, otras volaba y algunas semanas conducía desde el maldito Londres hasta Lizard. Cada dos fines de semana. Hasta que ya no pude soportar más fingir que lo odiaba.

Pero cuando me di cuenta de que no lo odiaba, descubrí que solo me daba miedo quererlo. Y eso era mucho más triste y terrorífico. Incluso enfadada no me podía imaginar una versión de Sophie sin él.

Esta Sophie tiene su propia agencia de publicidad en Truro, que crece año tras año. Esta Sophie tenía dos empleados, luego, tres y, de alguna manera, después, cinco, con oficinas y contratos y todo ese caos de nuevo.

Ahora vivimos en el centro de Truro, en una casa georgiana de tres pisos con un pequeño jardín cercado próximo al núcleo urbano. Durante esos dos primeros años, los chicos pasaron las vacaciones con su padre, durante las cuales Helen se hizo cargo de mí y me mantuvo ocupada, con viajes para comprar libros con George cuando este apareció en escena para que no acabara durmiendo en sus camas u oliendo su ropa.

Durante un período corto de tiempo, intenté verme con alguien. Un

restaurador, encantador, divertido y divorciado. Estaba construyendo un hotel *boutique* en St Ivés e incluso a los chicos les gustaba bastante. Pero entonces comenzó a parecer demasiado interesado y fue solo ahí cuando me di cuenta...

Mark me escribió una carta de amor en cada aniversario que pasamos separados. Largas cartas llenas de disculpas y recuerdos y de su amor por los dos chicos. Y por mí. Se sinceró sobre su intento de comenzar de cero con alguien, pero que era imposible que funcionara. Así, tras la segunda carta del segundo año, pensé que quizás. No porque me encontrara sola ni porque estuviera totalmente segura de que fuera a funcionar, sino porque había entendido lo que Emma podía hacerle a una persona...

Seguimos estando separados por el trabajo. Mark vendió su compañía en Londres y comenzó con una nueva agencia pequeña en Bristol, donde tiene una casa en primera línea de playa de lunes a miércoles. Los chicos la describen como «un lugar mucho más bonito que Truro, mamá». Al menos, ahora también puede trabajar desde casa. Sigue siendo un acuerdo, pero hacemos que funcione. No hay bastantes clientes locales importantes para que se asiente en Devon.

Estos días, en nuestra nueva vida, sueño con menos frecuencia con Tedbury, por lo que me sorprendió totalmente que saliera en las noticias locales la semana pasada. Como el agua helada sobre la piel caliente. La iglesia y la plaza eran las mismas, pero los árboles de magnolias eran más grandes ahora. El tema central era que el pueblo había conseguido por fin su carretera de circunvalación tras años de contratiempos y disputas políticas, ascendía en la lista de proyectos en un momento y al siguiente volvía a bajar, ante una negativa de presupuesto. Le hicieron una entrevista a Heather y fue muy raro, y a la vez genial, verla. Intercambiamos tarjetas de Navidad y de cumpleaños llenas de noticias. La última vez que escribió, el cotilleo se centraba en la familia que se había trasladado a la casa de los Hartley. Pequeños empresarios. Se hicieron con la oficina de correos cuando el viejo Bert se jubiló y también llevan la charcutería. Mi charcutería. Les vendí el equipo y los planos para deshacerme de todo eso, pero al parecer lo han ampliado, convirtiéndola en un supermercado con restaurante y con servicio a domicilio de carne local y cajas de verduras orgánicas. Un gran éxito. Bien por ellos.

Otras noticias nos llegan de parte de Nathan, quien ha mantenido una sorprendente pero duradera amistad con Theo. Todos los años manda una tarjeta de Navidad con un petirrojo y un generoso regalo. Theo guarda todas las cartas en una caja debajo de la cama.

La otra sorpresa es que la inspectora Melanie Sanders, casada ahora con Tom, se ha mudado a una casa en los alrededores del pueblo. ¿Quién se lo habría imaginado?

Nathan nos visita de vez en cuando y es raro y muy triste ver lo perdido que está. Cree que fue él quien debería haber visto lo que pasaba con Emma, descubrirla y pararla. No nos escucha cuando le decimos que los mismos pensamientos nos persiguen a todos nosotros.

Nathan dice que han trasladado a Gill Hartley a una prisión abierta y que le darán la libertad condicional pronto. Durante un tiempo, me pregunté si tendría que escribirle. Para decirle ¿qué? En el juicio, nos enteramos de que Gill había querido tener un hijo durante años, pero Antony decía que no estaba preparado. Entonces, Emma, en esa maldita carpa, había sido muy cruel, compartiendo los detalles de la aventura de Antony y el embarazo de su amante. «Tienes derecho a saberlo. Gill. Si fuera yo, humillada de esa manera, usada... El sostén de la familia mientras él... No me imagino qué haría...».

En el juicio leyeron extractos del diario de Emma, que habían encontrado en su ordenador. Me llamaba «Sophie la estúpida». ¿Y Nathan? Resulta que ella misma tiró el ladrillo por la ventana para mantenerle cerca. Merodeos raros y espeluznantes. Todo era como una suma:  $A+B = \text{hago esto}$ . Tuvo una discusión con Antony en la feria, pero se cansó de chantajearlo porque no tenía dinero. Al parecer, me espió en Cornualles con la intención de mandarle las fotos a Mark a modo de amenaza, pero se acobardó por miedo a que se las diera a la policía. Cuando Mark se retrasó en el pago, se puso furiosa, presionada como estaba por los bancos y los prestamistas, y perdió la paciencia.

«No es culpa mía. Theo tiene mi dinero... ¡MI DINERO!».

Las últimas búsquedas en su ordenador fueron sobre lugares en los que ir a nadar al aire libre en Dartmoor. Piscinas naturales profundas, retiradas. A veces. Ben sigue despertándose con pesadillas. «Nos va a llevar a nadar, mamá... Dice que es para sorprenderte, que me va a enseñar».

Yo también tengo pesadillas en las que la veo llevando a los niños hasta el borde del agua y comienzo a gritarles que corran, que huyan... Entonces, ella los obliga o los empuja para que se metan en las profundidades del agua. Grito, pero las palabras no salen de mi boca... Contengo la respiración y cuento. ¿Cuánto puedes aguantar?

Hubo un tiempo en el que me obsesioné con intentar entender cómo alguien podía ser tan mala persona. Estar tan loco. Quiero decir, ¿por qué quería hacerle daño a Ben? ¿Para castigar a Mark por no poder pagar? ¿Cómo era posible que alguien esperase salir indemne de algo así? Pero tratar de entenderlo acababa siendo inútil y una locura. Contacté con el hombre con el que Emma había vivido en Manchester. «Al principio, era fascinante. Era espontánea y me hacía sentir especial. Luego, de repente, comenzó a robarme. Una noche me desperté y estaba sentada, mirándome con esa expresión horrible en los ojos».

Después, él me escribió cartas. Páginas y páginas. Despotricando, maldiciendo, dándole vueltas. Decía que no solo se sentía estúpido, sino también asustado porque le hubiera tomado el pelo tan fácilmente. Parecía muy normal. «Sophie, me dijo que nunca había conectado con alguien como lo había hecho conmigo. Y le creí...».

Al final, le telefoneé. Me puse firme. «Ya basta».

Mostraron un archivo de imágenes sobre el accidente de los chicos con el camión en las noticias cuando hablaron de la circunvalación. Apagué la televisión y desconecté la antena para asegurarme de que los chicos no lo veían.

Fue Mark el que tuvo que hablar con Theo sobre Emma.

Yo no podía. Nos llamaron a casa poco después de que les dieran el alta a los chicos y me los llevara a Cornualles: noticias sobre una complicación inesperada en la operación de Emma. Le fallaron los pulmones. Muerta. Estaban intentando encontrar a su pariente más cercano, a alguien a quién llamar...



Si no fuera por Helen... Dios mío. Su amigo Patrick, el psiquiatra infantil jubilado, vino a Cornualles para salvarnos. Estaba haciéndolo todo mal con Theo, al intentar con tantas ganas que hablara. Forzándole y persuadiéndolo, fingiendo que no entendía sus sentimientos y sus señales. «Por favor, Theo, habla conmigo».

Pero el mutismo selectivo no es fácil de curar. El niño tiene tanta ansiedad que le da miedo escuchar su propia voz en público. Mi insistencia lo estaba empeorando todo.

«Solo quiérello. Finge que no te importa si habla o no habla. Quítale presión de encima. Dale todo el tiempo que necesite», me recomendó el amigo de Helen.

Solo quiérello.

Lo miro, cuando está cerca de la piscina, queriéndolo todo lo que lo quiero, y no me puedo creer que alguna vez lo haya dudado. Pero esta es la verdad: no me quedé con él al principio porque pensara que fuera a quererte y, sobre todo, no porque fuera el hijo de Mark, sino porque sentía pena por él. Porque no podría soportar la culpa y el juicio de los demás si dejaba que mandaran ese coche a por él.

Supongo que imaginé que una vez se hiciera más fuerte y hablara de nuevo, Mark se lo llevaría a Londres y quizás contrataría a una niñera.

Pero un niño sin madre tiene ese insoportable dolor en los ojos, ese modo de llegarte muy dentro y de apretarte tan fuerte que no puedes respirar.

Al final, fue a mí a quien Theo habló primero. Y fue a mi cama a la que se subió a horas tempranas de la mañana temblando y esperando.

Pasamos página cuando Patrick me enseñó la técnica del «deslizamiento». Había descubierto que, cuando estaba solo en su habitación, Theo le susurraba a su juguete favorito, el pequeño mono en blanco y negro con el largo rabo rizado y los oscuros ojos pequeños y brillantes, el que le había comprado en el zoo. Patrick me explicó que deslizarse consistía en usar una comunicación indirecta para llevar la conversación a través de un intermediario. A veces, los niños con mutismo selectivo solo hablan con un hermano o un amigo, con nadie más. El truco está en observar, esperar y usar ese puente.

Así, un día, cuando Theo estaba hablándole a su mono, me quedé de pie en el umbral de la puerta y le hice una pregunta al muñeco: «¿Sabe el señor Mono

si Theo quiere tomar algo?».

Para mi sorpresa, Theo hizo una pausa, inclinó la cabeza y le susurró en el oído al muñeco antes de usarlo como marioneta: «Theo dice que sí, por favor, zumo de naranja».

Me quedé de pie, tratando de parecer relajada mientras lo interiorizaba. Me di cuenta, profundamente sorprendida, de lo que había hecho y de lo que significaba.

Que Theo iba a ser mi segundo hijo...



El progreso desde ese momento fue lento pero constante. Al final, Theo comenzó a hablarme a través del juguete y, luego, abiertamente. Después, habló con Helen y con Ben a través de mí. Era frustrante y a la vez mágico, como jugar al teléfono escacharrado para hacer que Theo volviera a estar en contacto con el mundo.

No tenemos ni idea de por lo que había pasado con Emma, de lo que ella era capaz de hacer. Los documentos en casa de su madre demuestran que esta se pasó años cubriendo a su hija. Drogas, fraude, deudas.

Se habló de exhumar el cuerpo de su madre en Francia. Aveline, la enfermera, estaba segura de que Emma era culpable. Pero, al final, la investigación se paralizó. Aquello me enfadó. No había dinero ni nadie al cargo y, lo que era peor, a nadie le importaba. Pero los papeles privados presentados por la madre a los abogados confirmaron lo que Patrick había supuesto: que Emma era una sociópata. De alto nivel.

Informe tras informe de especialistas privados según Emma iba creciendo, todos con el mismo veredicto: no tenía remordimientos.

¿Os lo imagináis? Ninguna punzada de culpa... nunca. En resumen, no tenía capacidad para amar o preocuparse por alguien, excepto por sí misma.

Hay artículos y libros... «El sociópata en tu calle». He leído demasiados. Uno de cada veinticinco, dicen algunos estudios.

Me preocupa que pueda ser hereditario, pero Patrick dice que me calle, que Theo es el niño más dulce y tierno que existe. Por eso me he inventado una

versión distinta de Emma para él.

«Háblame de mi otra madre», me sigue preguntando a veces. Era demasiado pequeño en ese momento, gracias a Dios, para recordar lo peor. Así, entrelazo historias de viajes a la playa en verano y le cuento que le quería mucho mucho y que le estará mirando desde el cielo, cuidándolo. Todos los días.

A veces esto se vuelve en mi contra: «Mi madre de verdad lo entendería...». ¿De verdad?

Me metí en una página para padres adoptivos una vez que decía que algunos niños crecen en las barrigas de sus madres y otros en sus corazones.

Cuando tenemos un mal día, cuando dudó si estoy haciendo un buen trabajo, cuando lo veo mirar una foto de Emma o encuentro un recorte de un petirrojo metido bajo su almohada, me aferro a eso, a que lo estoy haciendo lo mejor que puedo y que está creciendo en mi corazón igual que yo. Dios lo quiera, estoy creciendo en el suyo.

Solo ahora entiendo, gracias a Nathan, lo del pájaro. El pobre Theo puso en libertad a ese petirrojo, vio cómo volaba y le dio su corazón. Se lo dibujaba en secreto en el brazo y, por las noches, soñaba que volaba libre y a salvo, porque eso era lo que él necesitaba.



Veo el coche de Mark llegar. Ha venido por su cuenta por razones de trabajo. Durante años, al ver un coche acercarse a la casa, ya fuera en Devon, en Cornualles o aquí en Francia, siempre me imaginaba que sería un ajuste de cuentas. La policía.

Siempre he creído que acabarían viniendo, que era solo cuestión de tiempo que alguien encontrara alguna foto, alguna grabación o algún testigo.

Ahora, tras todos estos años, creo que seguramente se haya acabado... por fin.



Nunca lo planeé. Y sigo recordándolo como si estuviera sonámbula.

En el hospital, al ir a visitar a los chicos, pasé al lado de la habitación de Emma durante un momento. Esa oportunidad inesperada. La enfermera fuera de su puesto. La habitación de Emma desatendida. Ella y las máquinas. Los pitidos y los monitores.

¿La verdad? Fue demasiado fácil silenciar la máquina, desconectar el tubo de oxígeno. Estaba esperando todo el tiempo que alguien viniera, que me parara. Pero nadie entró y vi como le cambiaba la cara y sacudía la cabeza de izquierda a derecha, desesperada por tomar aire. Contuve la respiración y conté como había hecho en el tren. En ese momento pasé a ser otra persona, una persona que no reconocía y que no quería ser.

Esperé y esperé hasta que se quedó quieta, hasta que estuve segura. Luego, volví a conectar el tubo y me fui.

Caminé por la cocina de casa y aguardé, de nuevo, a que vinieran a por mí. Pero, en lugar de eso, llamaron para decir que Emma había muerto.

Sé, a través de Nathan y de Tom, que hubo una investigación interna. La enfermera, que había ido a atender una llamada privada de su hija adolescente, fue sancionada. La muerte se registró como causa natural. Resulta que en los hospitales hay muchos incidentes con el oxígeno cada año.

A veces, me digo a mí misma que me lo he imaginado, que seguramente hubiera muerto igual.

Pero ¿la verdad más complicada de todas? No me importaba ni me sentía culpable. Porque lo más sorprendente es que, si pudiera volver atrás en el tiempo, haría exactamente lo mismo.

Porque ya no soy una persona que cree en la justicia. Ya no soy esa Sophie que veía las cosas en blanco y negro, buenas y malas.

Mientras veía a Emma morir, supe que no había manera de que le permitiera sacar su encanto de allí, venir y amenazar a mi familia de nuevo.



Ahora veo el coche de Mark acercándose más y más, pasando junto a una casa al otro lado de la colina. Un edificio blanco espléndido con macetas de flores

vívidas saliendo de su terraza. Rosas, rojas, azules y blancas.

No se lo conté a Mark ni nunca lo haré. A veces pienso que lo entendería, que lo hice por Ben, por Theo, por amor.

Luego, pienso en Emma sacudiéndose de un lado a otro mientras luchaba por respirar. El horror de haber podido estado de pie allí, soportando. No haber hecho nada.

Yo, Sophie, la esposa y madre normal...

La lección y la horrible consecuencia que saco de todo esto es que debo aprender a vivir con ello yo sola.

Es quien soy ahora.

Es en quien Emma me convirtió.

En ese horrible viaje de tren de vuelta a casa, pensé que la conmoción y la lección más grande es darte cuenta de lo que otras personas son capaces de hacer.

Pero resulta que hay una conmoción mucho más grande y más espeluznante: darte cuenta, ante el mal y en nombre del amor, de lo que eres capaz de hacer.

## Nota de la autora

Muchas gracias por leer *La amiga*. La idea para este libro surgió de mis años como periodista, cuando, juicio tras juicio, me sorprendía al descubrir lo difícil que es detectar el «mal real» en una persona.

Cuando empecé como reportera, me imaginé con inocencia que siempre habría alguna señal, algo en el comportamiento de una persona o en su pasado que la delatara. Entonces, me encontré con casos que tenían que ver con personas normales que me asustaban más que los claros inadaptados. Lobos con disfraz de oveja. Gente como mi Emma ficticia.

El «problema» con tener remordimientos es que esperas que otras personas también los tengan, por lo que analizas y evalúas su comportamiento según tus estándares. Pero los verdaderos sociópatas no entienden por qué nos preocupamos tanto por las normas y las leyes... o las vidas y los sentimientos de los demás.

Vi a muchos testigos y víctimas en estado de *shock* tras toparse con un criminal, y esa «incredulidad» absoluta al ser engañados es lo que he intentado captar en esta historia.

Espero que hayas disfrutado leyendo *La amiga* y, si es así, me encantaría que dejaras una reseña en Amazon. Ayuda a otras personas a descubrir mis libros.

Además, me encanta escuchar a mis lectores, así que no dudes en ponerte en contacto. Me puedes encontrar en mi página web, [www.teresadriscoll.com](http://www.teresadriscoll.com), y saludarme en Twitter(@teresadriscoll) o en mi página de escritora de Facebook: [www.facebook.com/TeresaDriscollIAuthor](https://www.facebook.com/TeresaDriscollIAuthor).

Mis mejores deseos para todos vosotros,  
Teresa.

# Agradecimientos

En todos mis libros quiero darle en primer lugar las gracias a mi familia, porque no son solo mis seguidores más entusiastas, sino también las personas que han tenido que exclamar un «¡sálvese quién pueda!» durante mis altibajos escribiendo y editando cada novela.

Pete, James, Edward: ¡os quiero mucho!

Mi siguiente agradecimiento es para mi segunda familia, todos esos escritores, blogueros y lectores que son tan generosos con su amistad, consejos y apoyo. Una mención especial a los autores del Harrogate Crime Festival por ser tan cariñosos y amables, calmándome los nervios en mi primera visita.

Un gracias de corazón a mi editorial, Thomas & Mercer, y a mis inteligentes y pacientes editores. Jack Butler y Sophie Missing, quienes pusieron ideas fabulosas sobre la mesa mientras intentaba descubrir cómo contar esta historia.

Como siempre, un abrazo de agradecimiento muy especial a la persona que hizo que mi sueño de ser escritora se convirtiera en realidad: mi maravillosa agente, Madeleine Milburn.



TERESA DRISCOLL ha trabajado como periodista especializada en sucesos a lo largo de más de veinticinco años, de los cuales ha sido presentadora del telediario de la BBC durante quince, y a lo largo de su trayectoria profesional siempre ha ahondado en historias que le han mostrado la parte oscura de la vida. Mientras cubría casos de crímenes durante tantos años, era testigo de los efectos colaterales que causaban y la conmovían muchísimo, así como el tremendo impacto que tenían en las familias, amigos y testigos implicados. Son precisamente esos efectos colaterales los que explora en sus novelas.

Teresa vive en Devon, un precioso condado de Inglaterra, con su marido y sus dos hijos. Además de *thrillers*, también escribe ficción femenina, y sus novelas se han publicado ya en varios idiomas.